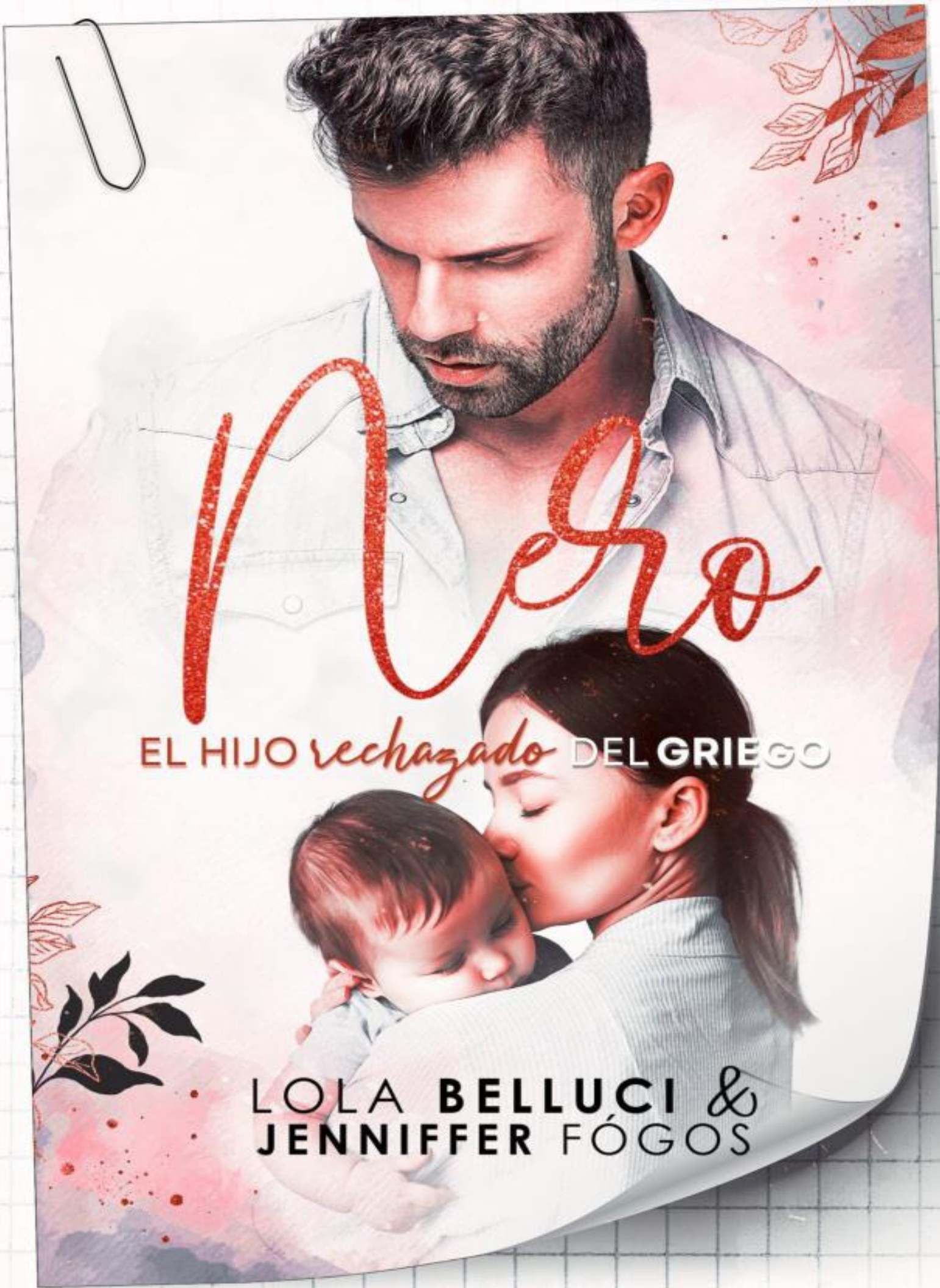

Nero
EL HIJO rechazado DEL GRIEGO
LOLA BELLUCI &
JENNIFFER FÓGOS

Nero

EL HIJO rechazado DEL GRIEGO

LOLA **BELLUCI** &
JENNIFFER FÓGOS

Copyright © 2024 Lola Belluci & Jenniffer Fógos

Nero: elhijo rechazado del grieco

1ª Edición

Publicado anteriormente bajo el título de Nero: o filho rejeitado do grego en portugués

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma, por medios electrónicos o mecánicos, sin el consentimiento escrito del autor/editor.

Revisión y Traducción: Matías San Miguel
Maquetación: Lola Belluci

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida por ningún medio, tangible o intangible, sin la previa autorización del autor. La violación de los derechos de autor es un delito previsto por la ley n° 9.610/98, castigado por el artículo 184 del código penal.

¡Por favor, respeta el arduo trabajo de esta autora! Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o copiada sin permiso, excepto por breves citas utilizadas en reseñas o promociones.

Este libro está licenciado solo para tu disfrute personal. ¡Gracias!
TEXTO REVISADO SEGÚN EL ACUERDO ORTOGRÁFICO DE LA LENGUA ESPAÑOLA.

RESUMEN

RESUMEN
SINOPSIS
DEDICATORIA
PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66

67
68
69
70
71
72
73
74
75
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

Embarazada, Nina Marchesi será rechazada por el padre de su bebé.

A sus 21 años, con una sonrisa fácil y una lengua afilada, la joven regresa a su ciudad natal aún siendo virgen, con un futuro cuidadosamente planeado y sin ninguna intención de involucrarse sentimentalmente.

Nero Zanthos sabe lo que es vivir sin nada. El enigmático heredero del imperio más grande de Grecia tuvo una infancia difícil antes de ser adoptado y ver su vida transformada por completo.

El destino cruza sus caminos, y ambos se encuentran envueltos en una pasión arrolladora e inolvidable que los hace replantearse todas sus certezas. Sin embargo, un plan malintencionado amenaza con separarlos.

Engañado por una mentira, Nero rechaza a Nina, embarazada de su hijo, obligándola a dejar atrás todo lo que había logrado y a buscar un nuevo comienzo, lejos del lugar que siempre consideró su hogar.

Cuando la verdad sale a la luz, Nero está decidido a luchar para enmendar su error y recuperar el corazón de Nina.

Ella intenta seguir adelante. Todo lo que él quiere es una segunda oportunidad. ¿Lograrán superar las heridas del pasado y redescubrir el amor que los unió?

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a ti, que guardas algún recuerdo de rechazo.

A veces, todo lo que necesitas es una familia.

Deja que estos cuatro chicos perdidos te guíen en el camino hacia un final feliz.

Al menos por hoy.

PRÓLOGO

NERO ZANTHOS

16 años antes

—¡Bajen la voz! —reclamo cuando Apolo y Drako empiezan a discutir demasiado alto sobre la mejor forma de echar sal en la inmensa olla de salsa burbujeante sobre la vieja estufa de hierro —. ¡Nos van a descubrir!

Miro de un lado a otro, solo para asegurarme de que eso no haya pasado ya. Por suerte, hoy nadie está preocupado por tres chicos descarriados. En otro momento, el conserje ya nos habría atrapado y estaríamos encerrados en el baño del tercer piso, haciéndole compañía a Atlas. Pero hoy, hasta el viejo Orfeo tiene nuevas tareas, como todos nosotros.

Él no estará revisando los pasillos de la casa parroquial en busca de rebeldes que se salten el toque de queda o que eviten las tareas. Y nosotros, por primera vez, llevamos ropa limpia, ensayamos sonrisas forzadas y memorizamos frases preparadas para impresionar a los posibles padres adoptivos.

Trago el resoplido que amenaza con salir de mis dientes.

Un horno suena con un timbre agudo. Rosa corre a apagarlo y, al abrirlo, un aroma a manzana y canela flota en el aire, llenándome la boca de agua. Galletas. Sonrío y miro a Apolo y Drako, quienes también esbozan una sonrisa.

La cocinera saca una bandeja llena del horno y la coloca sobre la mesa. Nina, su hija, estira el cuello para ver qué hay dentro. La niña es pequeña, con unos ojos azules tan grandes como cucharas. Espero que, al crecer, esos ojos disminuyan un poco. Creo que le haría bien. Sus ojos son... raros.

Una mujer a la que nunca había visto antes, con un delantal puesto, choca contra Rosa cuando esta regresa al horno, provocando que la cocinera murmure algo por lo bajo. No logro escucharlo, pero estoy casi seguro de que son las mismas quejas que siempre recibimos: protestas sobre cómo invadimos su cocina.

Con nosotros, esas quejas vienen acompañadas de una sonrisa y alguna fruta o galleta que nos deja robar. Pero hoy, Rosa no sonríe. La cocina, al igual que todos los pasillos y habitaciones del orfanato, es un caos.

A pesar de que llevo catorce años aquí, sigue siendo extraño ver la transformación que ocurre en Navidad. En mis primeros años, cuando aún no entendía bien cómo funcionaba todo, esa era mi semana favorita del año.

Podía usar ropa sin agujeros ni manchas, comía bien durante varios días seguidos, nadie me golpeaba, y aún tenía la esperanza de que alguna familia me adoptara y me sacara de aquí. Pero dejé de creer en eso después de ver al primer chico devuelto.

Tenía ocho años cuando Pietro regresó al orfanato, y ahí entendí que los padres podían ser tan

malos como los tutores de este lugar. No necesitaba más gente cruel en mi vida. Ya tenía suficientes moretones, aunque en ese entonces no sabía que así se llamaban esas marcas que me cubrían el cuerpo, resultado de las “correcciones” que todos aquí recibimos. Algunos más que otros.

—¡Tú no diste ninguna idea mejor! —Apolo me lanza una mirada fulminante, esperando una respuesta.

Las pecas en su nariz y mejillas parecen más oscuras después de que pasamos la tarde limpiando hojas secas en el techo, para que cada rincón del orfanato luzca impecable hoy. Sí, incluso el techo, donde nadie va a fijarse.

Rujo para mis adentros al recordar que fue justamente ese tipo de comentario el que hizo que su hermano gemelo, Atlas, recibiera una paliza. Está encerrado en el baño desde ayer, sin agua ni comida.

Apolo me observa impaciente. Con el cabello recién rapado, producto del castigo por haber respondido mal al viejo Orfeo la semana pasada, sus ojos parecen aún más oscuros. Ya no se parece tanto a Atlas como antes.

Pensándolo bien, Atlas debería sentirse afortunado. Está preso en el baño del tercer piso, pero al menos no terminó calvo.

—No dije que tu idea fuera mala, solo dije que bajaras la voz, o nos van a descubrir —murmuro.

—¿Hasta cuándo piensan quedarse ahí escondidos? —pregunta Rosa sin voltear hacia nosotros, pero sabemos que nos habla. Los tres nos miramos—. ¡Vengan ya! Tomen sus galletas antes de que se enfríen.

Demasiado tarde. Ya nos descubrieron. ¡Maldición!

***

—¿Ya se aprendieron sus líneas? —pregunta Rosa mientras miro mi galleta, sin decidir si comerla ahora o guardarla para después.

Drako ya se ha metido la suya de un solo bocado, y Apolo la come en pequeños mordiscos, como si quisiera que durara para siempre. Me muerdo la mejilla al pensar en Atlas. Estas son sus galletas favoritas. Siempre dice que, además de nosotros, estas galletas son lo único que puede llamar “suyo” en todo el año.

Cada Navidad, Rosa hornea una galleta con el nombre de cada uno de los 38 niños del orfanato. Y no importa cuánto le roguemos para que las haga en otra ocasión, ella nunca cede. Dice que es algo especial de Navidad. Decido guardar la mía para compartirla con Atlas cuando termine su castigo.

—No vamos a decir nada —responde Drako con rapidez. Es el menor de nosotros, y el más impulsivo.

A sus once años, Drako siempre termina en problemas por no pensar antes de actuar o hablar, a pesar de nuestras advertencias. Atlas, Apolo y yo también nos metemos en líos, pero rara vez

nos atrapan porque planeamos bien las cosas.

Los ojos verdes de Drako desafían a Rosa, quien lo observa con desaprobación. La cocinera sacude la cabeza, haciendo que su gorro se balancee junto con sus mechones grisáceos.

—Tienen que dejar de meterse en problemas, muchachos. ¡Así nunca los van a adoptar! Si quieren estar al frente de la fila, deben seguir las reglas —regaña, aunque su tono es afectuoso.

Rosa es la única persona en este maldito lugar que nos trata con algo de cariño. Si ella fuera la directora en lugar de la bruja que tenemos, todo sería diferente. Baja la voz a un susurro antes de añadir más palabras.

—Ya saben cómo funcionan las cosas aquí.

—Pero nosotros no queremos ir a ningún lado, Rosa —responde Apolo en voz alta, ignorando por completo el tono confidencial que ella había usado antes. Varios pares de ojos en la cocina se giran hacia nosotros—. Tenemos todo lo que necesitamos aquí —afirma, y luego gira la cabeza, mirándome primero a mí y después a Drako—. No necesitamos padres.

Rosa suspira con resignación, exactamente como hace cada vez que tiene esta conversación con nosotros. Nina, su hija, deja caer el colador que usaba para espolvorear azúcar sobre las galletas ya decoradas, haciendo un ruido fuerte que nos recuerda que sigue ahí.

La niña es tan pequeña y silenciosa que resulta fácil olvidarse de ella. ¿Acaso Rosa la habrá olvidado en algún momento? No, creo que no. Ella no haría algo así.

—Perdón —murmura la pequeña, con los ojos muy abiertos y la cara roja como un tomate. Le sonrío y le guiño un ojo para tranquilizarla, pero por alguna razón eso solo la hace ruborizarse más. Frunzo el ceño, confundido.

—¿Dónde está Atlas? —pregunta Rosa, después de besar la cabeza de su hija y tirar el colador sucio en la pileta para tomar otro—. A esta hora ya debería estar aquí, rogándome que lo deje comerse las galletas de los demás.

Mis amigos y yo intercambiamos miradas.

—Está encerrado en el baño del tercer piso —responde Drako, con la voz aguda por la rabia. Rosa abre la boca, formando una “O”, y parpadea varias veces.

—Pero así se va a perder la fiesta —murmura, mirando la cantidad enorme de comida a su alrededor.

El día de la fiesta de Navidad hay más comida en el orfanato que en todo el resto del año junto.

Tal vez por eso nos dejan pasar hambre durante el año: para guardar comida para los invitados elegantes que vienen a “comprar” niños en Navidad. Ninguno de nosotros responde a la cocinera. A diferencia de ella, no nos importa esta maldita fiesta.

Comer es genial, pero no somos juguetes para que nos exhiban en vitrinas. No queremos padres, y aunque los quisiéramos, esa bruja no permitiría que los tuviéramos. Siempre nos esconden en el fondo para que nadie nos vea. Solo los que hacen todo lo que ella quiere durante

el año pueden mostrarse al frente.

Me encojo de hombros.

—Muy bien —dice Rosa mientras apila varias galletas en una servilleta—. Si no va a participar en la fiesta, entonces le daré galletas extra —anuncia con naturalidad, pero sus palabras hacen que todos nos miremos otra vez, sorprendidos. Sabemos lo estricta que es con su regla de "solo una galleta por niño". Hemos estado aquí años y nunca hemos recibido más de una.

Rosa termina de envolver una pila generosa de galletas en la servilleta y le quita a Nina una bufanda de cuadros que llevaba al cuello. Con cuidado, envuelve el paquete en la tela y lo coloca dentro de una lata alta junto a otras similares, en un rincón de la cocina.

—Cuando salga, ya saben dónde tiene que buscar —nos dice al regresar a la mesa. Nos quedamos en silencio, atónitos.

Drako es el primero en reaccionar. Sale de su sitio y rodea con los brazos la cintura de Rosa. Como es tan pequeño, su cabeza queda apoyada contra el vientre de la mujer, que se sorprende con el gesto.

—Gracias —dice, y sabemos que lo hace en nombre de Atlas. Todos lo sabemos.

—Sí, Rosa. Gracias —añado yo.

—De verdad, gracias —remata Apolo.

***

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Apolo, rascándose la nuca, frustrado. Sé que no cree que haya nada más por hacer por su hermano—. ¡No es justo, maldita sea!

—Sí, Nero. ¿Qué vamos a hacer ahora? —insiste Drako, con la cara llena de interrogantes.

Muerdo mi labio, pensando. La idea de dejar a Atlas encerrado en el baño mientras esa bruja celebra su fiesta perfecta me llena de rabia. ¡No! No es justo. Tenemos que hacer algo.

—Podríamos prenderle fuego al pelo mientras duerme —sugiere Drako, disparatado como siempre. Me río ante su propuesta absurda.

—Estamos intentando liberar a Atlas, Drako, no que nos arresten —lo corrige Apolo, frunciendo el ceño.

—Tal vez deberíamos dejar que nos arresten —propongo, y Drako me mira como si acabara de darle la razón.

—¿Lo ves? ¡Te lo dije! —presume, inflando el pecho.

Le doy un manotazo en el cuello.

—¡No de esa manera, idiota! Quiero que nos atrapen con Atlas. No vamos a lograr sacarlo, pero eso no significa que tenga que pasar la noche de Navidad solo.

Apolo entrecierra los ojos, siguiendo mi lógica.

—Orfeo no nos dejará acercarnos al baño del tercer piso —comenta, y Drako mueve los ojos entre nosotros, intentando adivinar a dónde queremos llegar.

Le revuelvo su cabello rapado y sonrío.

—Entonces necesitamos hacer que Orfeo quiera llevarnos allí.

***

—¿Listos? —pregunto, asomándome por la pared para echar un vistazo a Orfeo.

¡Ridículo! El conserje se ve ridículo con un traje viejo y polvoriento que le queda enorme a su cuerpo esquelético. Está claro que este traje pertenecía a un muerto que era mucho más corpulento que él, pero Orfeo parece completamente ajeno a eso. De hecho, se ve encantado con su apariencia, como si no notara lo patético que se ve nadando en esa tela sobrante. Me trago el bufido que quiero soltar.

—Listo. —Drako es el primero en responder.

—Listo. —Apolo confirma enseguida.

—¡Recuerden! Queremos que nos atrapen —les digo, y Drako suelta una carcajada, ya metido en la jugada.

—¡Este es mi momento! —bromea, y no puedo evitar reír también.

La expresión de Orfeo se amarga al instante en cuanto se da cuenta de que estamos cerca, y comienza a girar la cabeza de un lado a otro buscándonos. Nos miramos entre nosotros una última vez antes de chocar los puños y asentir con la cabeza.

—¿Las galletas están seguras? —le pregunto a Apolo, y él asiente mientras se pasa la mano por la barriga, donde atamos el paquete que nos preparó Rosa. Después de decidir qué haríamos, volvimos a la cocina y lo robamos sigilosamente.

—Entonces, vamos en tres. —Los pongo en alerta—. Uno. Dos. Tr... —No termino de contar porque Drako sale disparado de detrás de la pared, riéndose a carcajadas. Se está divirtiendo con esto.

Miro a Apolo, niego con la cabeza y corro tras él.

Orfeo resopla con fuerza al vernos correr hacia él y mete la mano en el bolsillo interno de su chaqueta, sacando su maldito bastón policial. Sabía que no se iba a desprender de él.

—¡Dejen de correr! ¡AHORA! —nos ordena, sin que me quede claro por qué. A estas alturas, ya debería haber aprendido que eso no funciona con nosotros.

—¿O qué? —lo provoco, deteniéndome junto a la alarma de incendios y estirando la mano.

Los ojos hundidos del conserje se abren desmesuradamente al entender mi amenaza, y su rostro se pone pálido. ¡Demonios! Drako tenía razón, esto es divertido. Esto es muy divertido.

—¡No te atrevas!

—¿O qué? —repito, disfrutando el momento en que Orfeo se da cuenta de que voy a hacer lo

que voy a hacer. La sensación es increíble. Tal vez empiece a dejarme atrapar más seguido.

Activo la alarma.

El sonido retumba por todos los pasillos segundos antes de que la gente comience a correr y apenas un minuto antes de que el agua empiece a salir a chorros del techo.

Orfeo abre y cierra la boca varias veces como un pez, y nosotros echamos a correr. Vamos en dirección contraria a las demás personas, chocando con otros niños, tutores y empleados del orfanato.

Orfeo corre detrás de nosotros, gritando que no es nada, que no hay incendio, pidiendo que nos detengan, pero claro que nadie lo hace. Todos están más preocupados por no quedar atrapados en la vieja casa parroquial en llamas.

—¡Atrápenlos! ¡Atrápenlos! —grita Orfeo, mientras Drako, Apolo y yo no paramos de reír, cada vez más cerca de nuestro objetivo.

El conserje es tan tonto que ni se da cuenta de que el camino que elegimos no tiene sentido.

Como si tuviera un reloj interno, la puerta de la oficina de la bruja se abre y ella aparece con el rostro blanco de preocupación. No por la gente corriendo, estoy seguro, sino porque su preciosa fiesta está arruinándose por un supuesto incendio.

En cuanto nos ve, su cara se transforma en una mezcla de furia y frustración.

—¡Deténganse! ¡Ahora! —grita estridentemente, y nosotros, fingiendo que no tenemos más opción ya que el pasillo ha terminado y no hay salida a la vista, nos detenemos, jadeando y empapados, justo frente a la bruja.

Su cabello oscuro gotea y se pega a su frente, su maquillaje está corrido y la ridícula cortina con mangas abullonadas que decidió usar como vestido parece estar derritiéndose sobre su cuerpo.

Es un verdadero reto no soltar la carcajada, pero me pongo serio, fingiendo estar molesto por haber sido atrapado. Drako se ríe por lo bajo y luego suelta un quejido; Apolo seguramente le pisó el pie a propósito.

—Ustedes... —comienza a decir la bruja, pero se interrumpe. Cierra los ojos y aprieta las manos junto al cuerpo—. Ustedes... —vuelve a intentar, pero se calla otra vez.

¡Oh! Está tan furiosa. Si hubiera sabido que esta sería su reacción, habríamos planeado esto desde el principio.

La bruja exhala con fuerza, abre los ojos y se vuelve hacia Orfeo, que sigue detrás de nosotros, jadeando como un espectro.

—No puedo lidiar con ustedes ahora. ¡Orfeo! Enciérralos en el baño del tercer piso. —Ordena, y luego se vuelve hacia nosotros—. Y ni se les ocurra intentar escapar, porque juro por Dios que...

No termina la amenaza; la deja flotando en el aire, como siempre.

Sus amenazas incompletas significan que siempre puede hacer algo peor. Peor que un pellizco. Peor que un golpe o una paliza con el cinturón. Peor que dejarnos días sin comer o beber agua. Peor. Siempre puede ser peor.

Fingimos que nos deprimimos, dejando caer los hombros, y la bruja pasa junto a nosotros, marchando en la misma dirección de donde veníamos, dejándonos a solas con el conserje.

Orfeo agita su bastón y nos suelta un golpe a cada uno, tres veces seguidas, mientras nos empuja hacia las escaleras. Nos hacemos los débiles, fingiendo que no estamos yendo justo hacia donde queríamos, hasta que el conserje abre la puerta y nos empuja dentro del diminuto baño del tercer piso.

La luz que entra dura solo lo suficiente para que vea el rostro mojado y sorprendido de Atlas, antes de que la puerta se cierre, dejándonos a los cuatro atrapados en ese espacio que no mide más de metro y medio de ancho.

Empapados y apretados, nos quedamos en silencio, escuchando los pasos satisfechos de Orfeo hasta que se desvanecen en la distancia.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —pregunta Atlas, rompiendo el silencio.

—¿Cómo que qué hacemos aquí? —responde Apolo, devolviendo la pregunta—. ¡Es Navidad!

—¡Alguien tenía que traerte tus galletas! —agrega Drako.

—Y como Rosa te dio de más por estar encerrado, pensamos que también nos merecíamos algunas extras. Así que aquí estamos —concluyo.

Atlas suelta una carcajada tan fuerte que resuena en el pequeño espacio.

—¿Vinieron hasta aquí solo por unas galletas?

—¡Por supuesto! —responde Drako.

—¡Mentira! —replica Atlas, entre risas—. ¿Dónde están las galletas?

—Las tiene Apolo —digo.

—Esperen —pide Apolo, empezando a moverse, pero en el espacio estrecho y oscuro, sus codos nos golpean a todos.

—¡Ay! —se queja Drako.

—¡Ouch! —reclama Atlas.

—¡Hey! —protesto al recibir un golpe.

—Perdón, esperen... ¡Maldita sea! Aquí están.

Alzo la mano hacia donde escucho su voz, chocando con otras tres en el intento. Nos toma unos segundos reunirnos alrededor del pañuelo húmedo y arrugado que envuelve las galletas completamente deshechas.

—Feliz Navidad, hermanos —digo, llevándome un pedazo a la boca y lamiendo las migajas de mis dedos para no desperdiciar ni una sola.

—Feliz Navidad, hermanos —responden al unísono, en un coro desordenado pero increíble.

1

NINA MARCHESI

Aprieto los labios con fuerza para esconder la sonrisa y sigo colgando las galletas navideñas, colocadas dentro de esferas transparentes de acrílico, en el árbol de la tienda.

De espaldas a las dos únicas clientas que están aquí en este momento -Damalis, la esposa del herrero, y Melaina, la dueña de la panadería-, escucho su conversación. No es que yo sea una vendedora chismosa... pero tampoco soy sorda.

—Dicen que los Karamanlis donaron un espejo, una supuesta reliquia familiar. Dudo que realmente valga algo. Con lo tramposo que es Cleantes Karamanlis, seguro lo compró en alguna tienda barata y lo llama "herencia familiar" —dice Damalis, la de voz más aguda, dirigiéndose a su amiga. Me cuesta reprimir la risa, pero soy una mujer con autocontrol.

—No lo dudo ni un poco —responde Melaina, en un tono más grave—. Ese es capaz de cualquier cosa.

Se quedan en silencio por un par de segundos, hasta que Melaina retoma, esta vez en un susurro.

—También escuché que Eudora va a donar cinco bandejas de baklava. ¿Después de tantos años aún no entiende que debería dejar de intentar? Nadie jamás se lleva los postres que dona.

Ok, tal vez no tengo tanto autocontrol, porque esta vez la risa me sube por la garganta, lista para explotar. Intento contenerla con una tos ridícula. Ah, ¡el espíritu navideño! ¿No es encantador?

Echo un vistazo hacia el mostrador y lo encuentro vacío. Gracias al cielo mi mamá está en el almacén, porque si me hubiera visto, ya me estaría lanzando una de esas miradas de reproche. Aunque no es culpa mía que, desde que abrimos, cada cliente que ha pasado por la tienda no haya hablado de otra cosa que no sea la fiesta de Navidad de la asociación o la subasta benéfica que harán allí.

—Al final, siempre hay uno de los chicos que se lleva todo por lástima.

Y, solo con esa mención de "los chicos", siento que el estómago me da un vuelco. Reviro los ojos ante mí misma. Vicios viejos nunca mueren, ¿verdad? Pero no es como si ellos significaran algo para mí.

—Son unos santos —comenta la otra mujer, y sé que, si alguna decide mirarme, se va a encontrar con mis ojos prácticamente en la nuca, de tanto que los estoy revirando esta vez.

Ahí está el otro tema favorito de todos los habitantes del pueblo: lo perfectos que son "los chicos". Honestamente, ya me estaba preocupando. Hoy nadie los había mencionado todavía, y eso que ya son casi las nueve de la mañana.

Los últimos días me dejaron claro que todo lo que hace falta para que alguien hable de "los

chicos” es abrir la tienda. Y con los preparativos para la fiesta de esta noche -en los que parece estar involucrada toda la isla-, hemos tenido un flujo de clientes mucho mayor al habitual.

Llevo poco más de una semana de regreso en el pueblo, y hoy ha sido sin duda el día más ocupado en la tienda. Considerando lo mucho que a la gente le encanta hablar de “los chicos”, es raro que no hayan sido mencionados. No recuerdo que fuera así antes de irme, hace cuatro años.

Tal vez sea porque, en esa época, no podía dejar de pensar en ellos. Me pasaba el día soñando despierta con que uno de ellos fuera mi príncipe azul, probando cómo sonaban sus apellidos junto al mío en cada papel en blanco que encontraba.

Quiero decir, supongo que es normal que hablen de ellos, ya que son los anfitriones de la fiesta que tiene a todo el mundo emocionado.

La fiesta de la asociación no es cualquier cosa. No solo moviliza a la isla entera, sino que apoya a los negocios locales en una época del año en la que apenas hay turismo. Además, es el evento al que está invitado todo el pueblo. Para las familias, es una fuente de ingresos; para todos los demás, el combustible de los chismes durante el año siguiente.

Así que, claro, la gente va a idolatrar a los organizadores, sobre todo porque -hasta donde recuerdo- esos tipos parecen haber sido moldeados por los dioses.

Incluso yo, que apenas he regresado tras varios años, estoy contagiada por la atmósfera de ansiedad y emoción que recorre las calles de Khione. Es imposible no dejarse llevar cuando pasas el día escuchando cada detalle de la fastuosa fiesta que los dueños de la isla organizan cada Navidad, especialmente porque esta es la primera vez que estaré aquí como una mujer adulta.

Parpadeo y sacudo la cabeza al darme cuenta de que llevo rato con el brazo suspendido en el aire, entre la canasta de galletas y el árbol, sin colgar la esfera que tengo en la mano.

—Me encantaría que alguno de ellos se fijara en mi Kayra —dice la mujer de voz aguda. Y si esta conversación sigue, mis ojos se van a poner en blanco en cualquier momento. Lo juro.

—Oye, niña —me llama Melaina, y necesito un par de segundos para tragarme el comentario sarcástico que tenía en la punta de la lengua antes de girarme con una sonrisa amable en el rostro. Me encuentro con dos pares de ojos azulísimos que no tardan en mirar mis manos, deteniéndose en las decoraciones de gatitos coloridos que hice esta semana. Damalis parpadea, y Melaina frunce el ceño antes de volver a hablar.

—Necesito dos botellas de la miel especial de Rosa —pide, y asiento con la cabeza.

—¡Claro! ¿Algo más?

—Y cien gramos del surtido de frutas secas —añade.

—Yo quiero algunas vainas de vainilla —interviene Damalis. Asiento nuevamente y me pongo en movimiento por la tienda.

Primero recojo las frutas para Melaina, luego las vainas para Damalis y, finalmente, me dirijo detrás del mostrador para tomar las dos botellas de la fila que tengo justo sobre la cabeza.

—¿Algo más, señoras? —pregunto, mientras empaco sus compras junto con lo que habían

puesto en las cestas que me entregaron.

—Me llevaré algunas galletas también —dice Melaina—. Me prometí que este año no las compraría porque estoy a dieta, pero son irresistibles.

Mira la canasta de adornos navideños sobre el mostrador casi con tristeza, como si las galletas la obligaran a romper su dieta. Pobre Melaina. Casi me da lástima. Casi.

En lugar de eso, sonrío. La entiendo. La felicidad que traen esas galletas vale la pena romper la dieta, sin duda. Durante la mayor parte de mi infancia, esas galletas fueron la razón por la que la Navidad era mi época favorita del año.

Excepto por los cuatro años que pasé fuera de la isla estudiando, siempre ayudé a mamá a prepararlas, incluso cuando trabajaba en el orfanato. Las galletas de Rosa Marchesi son, sin exagerar, imposibles de resistir.

—Yo también quiero unas —dice Damalis, mirando la canasta con una expresión completamente distinta a la de su amiga. Mientras Melaina parece abrumada por la culpa de rendirse ante el antojo, Damalis tiene una cara de quien está a punto de relamerse. Dios, contener la risa se está volviendo cada vez más difícil.

Agrego los adornos navideños a sus bolsas y termino de registrar sus compras a toda velocidad, decidida a sacarlas de aquí antes de que alguna diga algo tan gracioso que me haga soltar una carcajada. No lo haría con mala intención, pero dudo que ellas lo vean así, y apenas acabo de regresar a casa. Lo último que necesito es ser el tema de conversación de todo el pueblo.

Dejo escapar un suspiro aliviado cuando las dos cruzan la puerta y me quedo sola. Pero la sonrisa llega enseguida. Qué bueno es estar de vuelta.

2

NERO ZANTHOS

Llevo la taza de café a la boca. La cocina, iluminada tanto por el sol como por las lámparas encendidas, está sorprendentemente tranquila. Un milagro, sin duda, aunque no sé qué santo lo hizo posible, pero debería agradecérselo de cualquier modo.

Desde que llegué a esta casa, el silencio ha sido un lujo raro, especialmente en vísperas de algún evento importante. Respiro hondo y levanto la mirada del mostrador hacia las paredes revestidas de blanco.

El blanco está en todas partes: en las paredes, los muebles, la decoración, los electrodomésticos. A pesar de los años, sigo sin entender la obsesión de mi madre por creer que esta estética fría es sinónimo de elegancia. Pero, la verdad, no me importa.

Escucho sus pasos acercarse por el pasillo, como si los hubiera invocado con el pensamiento. Sé que es ella, porque nadie camina como Lysandra Zanthos, flotando con tal gracia que parece que tocar el suelo fuera un acto indigno para alguien de su categoría. La expresión de desaprobación llega antes que su “buenos días”.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no eres un sirviente para andar comiendo escondido en la cocina, Nero? ¿Por qué no pediste que pusieran la mesa si querías desayunar? —me dice, con ese tono altivo al que nunca me acostumbro, por más tiempo que lleve soportándolo.

Intenté durante años cambiar la mentalidad de mi madre adoptiva. Pero después de varios intentos ignorados, dejé de esforzarme por el bien de nuestra convivencia. Ya no la corrijo.

Es una adulta y sabe perfectamente que está equivocada, pero insiste en aferrarse a sus ideas. No puedo hacer nada al respecto, pero tampoco estoy dispuesto a participar en sus absurdos, así que no respondo.

Con calma, me levanto de la barra y llevo la taza vacía hasta la pileta. Por el rabillo del ojo, veo la expresión de horror absoluto que cruza su rostro al verme hacer algo tan simple. Para ella, estos gestos cotidianos son actos indignos, cosas que "están por debajo" de nuestra familia.

—¡No pago una fortuna para que los empleados hagan su trabajo solo para que tú andes haciendo sus tareas, Nero! —exclama, y casi me da risa. *Casi*.

Primero, porque si alguien sabe cuánto ganan los empleados, soy yo, no ella. Segundo, porque definitivamente no es una fortuna. Y tercero, porque pensar que eso justifica no lavar siquiera una taza me parece ridículo. Pero no le digo nada.

—Buenos días, madre. ¿Cómo amaneciste hoy? —pregunto mientras me acerco y le doy un beso suave en la frente. Ella me rodea con los brazos, un abrazo familiar de rutina.

—Buenos días. Estoy preocupada, y encima insistes en comportarte como los sirvientes a esta hora. ¿Quieres volverme loca, Nero? —se queja, levantando el rostro para mirarme, aunque sigue sosteniéndome como si no pudiera soltarme.

Llevo meses pensando si debería mudarme, pero siempre llego a la misma conclusión: no. La casa de los Zanthos es lo suficientemente grande como para tener privacidad. Ya tuve mi época de vivir solo, y aunque mi madre me exaspere a veces, prefiero mantener la convivencia familiar.

La miro detenidamente, buscando similitudes entre nosotros. Muchas veces, durante mi adolescencia, me pregunté si mi madre biológica se parecería tanto a mí como Lysandra.

—Es Navidad, madre. ¿No crees que, al menos por hoy, deberíamos intentar ser más amables? —sugiero, aunque ella pone una expresión aún más disgustada.

—Lo voy a meditar. —Me río, porque sé que es su respuesta estándar para cualquier cosa que no tiene la menor intención de hacer—. ¿Vas a salir? —pregunta, como si repetir la misma pregunta pudiera alterar una respuesta que ya conoce de sobra.

—Sí, voy a salir.

—No me gusta que salgas en días importantes, Nero. Mañana tenemos el almuerzo y…

—Y voy a estar justo donde se espera que esté, madre. No te preocupes —le aseguro, apartándome suavemente de su abrazo.

Me apoyo contra la isla de la cocina, cruzo los tobillos y saco el teléfono del bolsillo. Todos los años es lo mismo: mi madre colecciona las festividades como si fueran joyas únicas que solo ella tiene derecho a poseer. Y aunque la mayoría no me importa, esta es diferente. Esta es *mi* fiesta, y ya voy tarde.

—Lo que trato de decir es... —empieza de nuevo, pero la interrumpen pasos que vienen por el pasillo. Se voltea para ver quién llega, y yo agradezco a otro santo anónimo por su intervención. O eso creo, hasta que Drako entra en la cocina.

Viene con el uniforme de la asociación y su sonrisa burlona de siempre. No merece agradecimientos, merece que lo saque a patadas por hacerme perder tiempo. Si él no se hubiera retrasado, yo no estaría soportando la paranoia de mi madre.

—Buenos días —saluda a Lysandra con un leve gesto, mientras se acerca al frutero y toma una manzana. Luego, sin mirarme, me lanza otra desde la frutera—. Buenos días, Nero. —Me habla distraído, inspeccionando la fruta como si buscara algún defecto oculto—. ¿Están seguras, no? —pregunta, medio en broma—. No las habrán envenenado porque vine sin avisar, ¿o sí? ¿O será un truco para que piense que no, me la coma y caiga muerto? —Inclina la cabeza, fingiendo que esa duda merece toda su atención.

—Tú primero. —Le devuelvo la sonrisa mientras atrapo la manzana—. Ella no envenenaría a su propio hijo.

No necesito mirar a mi madre para saber que la repulsión le chorrea por los poros. Lysandra nunca ha podido entender mi relación con mis amigos y, por eso, jamás se ha esforzado por tratarlos bien. Atlas y Apolo lo llevan lo mejor que pueden, simplemente la ignoran, pero Drako…

Drako tiene esa molesta costumbre de provocarla sin medir las consecuencias, lo que casi siempre me deja a mí haciendo control de daños. Cierro los ojos brevemente y exhalo despacio.

—Cierra la boca, Drako. —En cuanto termino de hablar, una sinfonía de bocinazos estalla a través de las paredes y ventanas de la casa—. ¿Quién está manejando? —le pregunto a Drako, pero él se queda en silencio, moviendo la cabeza de un lado a otro como si de pronto los azulejos blancos, que sé que odia tanto como yo, fueran fascinantes—. ¡Drako! —digo su nombre entre dientes.

—Oh, perdón. —Finge sorpresa—. ¿Ahora ya tengo permiso para hablar? —Mi respuesta es una mirada de advertencia, y él se rinde—. Atlas.

—¿Y ahora tiene prisa? —bufé, molesto. Fueron ellos quienes llegaron tarde. Me dirijo hacia la puerta, dejando atrás la manzana que Drako me había lanzado.

—Hasta luego, mamá. —Me despido dejando un beso en su frente.

—Promete que estarás aquí para el almuerzo mañana.

—Ya te lo prometí. No lo repetiré —digo, y ella pone los ojos en blanco, igual que los míos.

—Adiós. —Drako se despide con satisfacción excesiva, y mi madre no responde.

Hace años que se declararon la guerra: Drako ataca con sarcasmo y comentarios con doble sentido, mientras que mi madre elige el silencio como su arma.

Atravesamos la casa hasta salir al exterior, donde encontramos a Atlas con su habitual expresión seria, sentado al volante del Jeep negro y alto. Me acomodo en el asiento del copiloto mientras Drako se deja caer en el asiento trasero.

—¿Dónde está Apolo? —pregunto, ya que deberíamos estar yendo todos juntos hacia la asociación.

—Dijo que venía en camino, pensé que vendría directo para acá —responde Atlas.

—¿Durmió en su casa? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Claro que no.

—Seguro te dijo que ya venía para que salieras sin ver el desastre con el que se aparecería. Mientras pasábamos por Nero, él debe estar volviendo a su forma humana. —Drako sugiere, y eso suena exactamente a algo que Apolo haría.

Atlas gruñe bajo, y yo giro la cara hacia la ventana con otro quejido. Drako se ríe en el asiento trasero, levantando su celular para escribir un mensaje.

—Voy a mandarle algo —dice, pero pasan varios minutos y no dice nada más, obligándome a preguntar.

—¿Qué contestó? —Su respuesta es una sonrisa irritante como pocas.

—Sugiero que pasemos a buscarlo —dice, y yo murmuro otra tanda de quejas.

Atlas pone el motor en marcha, y oigo el ruido de las ventanas traseras bajando. Giro el cuello y veo a Drako estirándose en el asiento con los pies sacados por la ventana. Exhalo de golpe, pidiendo paciencia divina, pero Atlas se me adelanta.

—¿Podés meter las piernas adentro del auto, Drako? Si tenemos un accidente, hay un 96,58% de probabilidad de que las pierdas.

—Y un 90% de que pierdas la vida, lo que tampoco sería tan malo ahora mismo. Ponte el cinturón, Drako —digo, y su respuesta es un chasquido de lengua seguido de un ademán despreocupado.

—Bah. Si ustedes no chocan, no pasa nada. Sin accidentes, sin estadísticas funestas. —El comentario termina con lo que me quedaba de paciencia.

Me giro lo suficiente para que mi puño cerrado impacte en sus costillas. Drako se retuerce como puede para esquivar, pero no lo suficiente. Luego, presiono el botón para subir las ventanas traseras, sin preocuparme si logra sacar las piernas a tiempo. Si a él no le preocupa perderlas, a mí tampoco. Sus quejas me confirman que lo consiguió. Bien por él.

—El único riesgo que corro es ser amigo de ustedes, no un accidente de auto —murmura, pero Atlas y yo lo ignoramos—. ¿Por qué tuve que quedarme con ustedes dos, los aburridos? ¿Por qué no con el gemelo divertido? Ya de por sí eres insoportable, ¿dónde está el equilibrio en la vida?

—Él es tan divertido que te dejó aquí con los aburridos —respondo, y él bufa con frustración.

—¿Por qué llevas traje? —pregunta.

—Tengo una reunión en dos horas.

—Es Navidad —protesta, indignado, y yo suelto el aire entre los dientes con un siseo irritado.

—Eso no detuvo los problemas, ¿verdad? Puedes intentar explicárselo a Paulo, ya que la reunión es con él. Encontró errores en las hojas de registro de exportación.

—Lo intentaré. —Drako frunce el ceño y marca un número en su teléfono. Para mi propia frustración, no puedo contener la risa.

—Era sarcasmo, Drako. ¿Podés cortar? Será rápido, voy y vuelvo antes de que me extrañen —prometo. Drako me dedica una mirada desconfiada antes de guardar el teléfono.

Atlas estaciona frente a la casa de Apolo, quien ya nos espera con el cabello mojado, una sonrisa en el rostro y el uniforme de la asociación puesto.

Abre la puerta trasera y se sienta junto a Drako, quien suelta una carcajada después de escuchar un susurro demasiado bajo para que lo entendamos. Miro a Atlas, que sacude la cabeza, negando, pero aún así le reclamo.

—Nosotros también queremos saber.

Apolo sonríe de forma descarada y responde con un tono divertido.

—Lo que pasa en la noche de Khione, se queda en la noche de Khione.

3

NINA MARCHESI

El sonido de las bolitas de la cortina que separa el área de la caja del almacén, chocando entre sí, me hace voltear hacia atrás. Veo a mi madre cargando una cesta enorme, llena de galletas metidas en esferas navideñas.

El rostro de doña Rosa refleja una mezcla de satisfacción y ansiedad. Llega tarde.

—¡Estoy tan atrasada! —Se lamenta apenas termino de pensarlo. Yo me río.

—Todo va a salir bien, mamá. ¿No sale siempre bien? —le digo, acercándome al mostrador.

—Aún no hice el inventario del día, tampoco avancé con la comida para mañana, ni preparé los arreglos y las guirnaldas de flores para la casa. Además, ya casi son las cuatro de la tarde y todavía tengo que llevar estas galletas a la asociación —suelta todo de golpe, rápido y con demasiada desesperación, dejando que su sangre italiana hable más fuerte, como suele hacer.

Aunque mi mamá se fue de Italia cuando yo era apenas una niña pequeña, poco después de perder a mi papá, Italia nunca se fue de ella. Doña Rosa lleva ese temperamento italiano en cada parte de su ser, y a veces es muy gracioso verla interactuar con los griegos, aunque a estas alturas ya debería haberse acostumbrado. Yo, definitivamente, lo hice.

—¿Por qué no mandan a alguien a buscar las galletas? ¿No tienen un auto? —Sacudo la cabeza, negando, apenas termino de decirlo. ¡Qué tontería, Nina!—. Quiero decir, claro que tienen un auto. Podrían venir a buscarlas, estoy segura de que si llamás…

—¡No, no, no! —me corta antes de que pueda terminar—. ¡Cada año yo entrego las galletas! ¡Cada año! ¡No voy a fallar por primera vez! —dice con firmeza, y casi revuelvo los ojos. Casi.

—Mamma, no es fallar. Estás exagerando, como siempre. No es como si no hubieras hecho las galletas o las estuvieras entregando quemadas. Es solo la entrega. Cualquiera podría hacerlo —le explico con obviedad. Ella entrecierra los ojos, medita unos segundos, y al final se deja convencer.

—Tienes razón. Es solo la entrega, cualquiera puede hacerlo. —Empiezo a esbozar una sonrisa triunfante, pero sus siguientes palabras la destrozan por completo—. Tú puedes llevarlas.

De inmediato empuja la enorme cesta que había dejado sobre el mostrador hacia mí. Levanto las manos y las muevo frenéticamente, al igual que mi cabeza, mientras trato de rechazar la idea.

—¿Q-qué? ¡No, yo no! ¡Por Dios, no quiero ir hasta la asociación!

—Fuiste tú quien dijo que no tiene que ser necesariamente yo quien entregue las galletas.

—¡Eso no fue lo que quise decir, mamma! Dije que *cualquiera* podría hacerlo.

—Y estás equivocada en eso, pero tenías razón en que no tenía que ser yo.

—¡Mamá! —protesto, pero ni se inmuta—. ¿Y quién se va a quedar atendiendo la tienda? —

Intento con otra excusa.

—La misma persona que se encargó mientras estuviste fuera estos años, y la misma que seguirá cuidándola cuando termines tu residencia y consigas ese puesto en el hospital. ¡Por favor, Nina! ¡Vamos! Quítate ese delantal, no hace falta que vayas uniformada.

Abro y cierro la boca varias veces sin saber qué decir. La verdad es que ni siquiera entiendo por qué estoy tan reacia a ir a la asociación. No es como si no tuviera pensado pasarme por ahí esta noche, pero solo imaginarme ir ahora me revuelve el estómago.

—¡Apresúrate, Nina! No tenemos todo el día.

Mi madre aplaude para apurarme, y suelto todo el aire que tengo en los pulmones, resignada. Bueno, ¿qué más da? Lo que no tiene remedio, remediado está.

—¡Muy bien, doña Rosa! ¡Muy bien!

***

No es nada como lo recordaba.

Las transformaciones en este lugar comenzaron mucho antes de que yo me fuera de la isla, pero claramente no se detuvieron en mi ausencia. De pie en la acera, frente a lo que alguna vez fue el orfanato del pueblo -donde mi madre trabajó durante toda mi infancia-, no puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mi rostro.

Decir que “los muchachos” salvaron la isla puede ser una exageración, pero Nero Zanthos definitivamente puede ser considerado un salvador por haber cerrado ese lugar.

El heredero de la familia más poderosa de Khione hizo mucho más que clausurar el orfanato. Yo todavía era una adolescente cuando ocurrió, pero recuerdo perfectamente el escándalo que sacudió la comunidad cuando él demolió el edificio principal y el anexo, dejando solo la iglesia intacta.

Nero ordenó arrancar los pisos y plantar nuevos árboles. Eliminó todo rastro del antiguo orfanato para que su pasado no pudiera convertirse en una sombra sobre el presente ni el futuro de Khione. Esa decisión generó gran revuelo en su momento.

Mis recuerdos de ese sitio son vagos, pero los suficientes como para entender por qué hizo lo que hizo. La iglesia era oscura y lúgubre, con un exterior descuidado. Pensar en las personas que trabajaban allí -además de mi madre- me provoca escalofríos.

La mayoría no era buena gente. Incluso con la inocencia de una niña de cinco años, la edad que tenía cuando llegamos a Grecia, me daba cuenta de eso por la forma en que trataban a los niños que vivían allí.

Considerando que Nero vivió ahí durante catorce años completos, no es de extrañar que quisiera borrar cualquier recuerdo de ese orfanato. Aunque fue adoptado, casi quince años en ese lugar fueron suficientes para experimentar cosas que ningún niño debería atravesar.

Sin embargo, nadie tenía idea de lo que ocurría tras esas paredes que ya no existen. Por eso, a diferencia de mí, no podían entender por qué alguien que pasó más de la mitad de su vida ahí

regresaría solo con la intención de destruirlo.

Y como si eso no fuera suficiente para encender las habladurías de la isla, Nero no tenía autorización del consejo para demoler nada. Lo que sí tenía era suficiente dinero para cubrir todas las multas, y eso fue exactamente lo que hizo.

En ese momento no entendí lo que significaba, aunque escuché rumores hasta el cansancio. Hoy lo comprendo y no puedo evitar sentir una profunda admiración cada vez que miro el edificio moderno, claro e imponente, que ahora ocupa el lugar donde antes solo había oscuridad.

Nero no solo eliminó la mancha que ese orfanato representaba para la belleza de Khione, sino que levantó algo mucho mejor: el centro comunitario de la isla, el corazón de nuestra villa. Un espacio abierto para que cualquier persona, sin importar su necesidad, encuentre ayuda.

Aquí hay atención médica gratuita para todos, distribución de alimentos para quienes lo necesiten, una bolsa de empleo y, lo más importante, se fomenta el sentido de comunidad y la idea de que juntos somos más fuertes.

Siempre me pareció una idea fantástica, pero hoy, mientras observo el bullicio en la calle y lo que alcanzo a ver del interior a través de las puertas abiertas, todo me resulta aún más impresionante.

—Quedó lindo, ¿no? —La voz de doña Georgina me saca de mis pensamientos. Lleva dos cestas grandes llenas de adornos con forma de copos de nieve—. La última remodelación realmente hizo una diferencia —añade con una sonrisa.

—¡Doña Georgina, cuánto tiempo!

Me acerco y la abrazo con cuidado, considerando que tiene las manos ocupadas. Sin embargo, su sonrisa cálida me hace sentir tan acogida como un abrazo real.

—Tienes que venir a almorzar a casa algún día. Ya he invitado a tu madre.

—Usted sabe cómo es, siempre está trabajando.

—Es cierto, y no puedo juzgarla. —Asiente, dándose la razón a sí misma—. Mis hijos seguramente dicen lo mismo de mí.

Se encoge de hombros mientras sacude los copos de nieve que se han quedado pegados a las mangas de su vestido. Río al verla.

—Vine a dejar unas galletas, puedo llevarla de vuelta al centro si quiere. —Le ofrezco mientras intento tomar sus cestas, que resultan más pesadas de lo que pensaba.

—Mis cestas aceptan el viaje, pero yo no. Aún tengo algunos ajustes que hacer. —Se sacude el delantal impecable que siempre lleva puesto, sin importar dónde esté—. Si se las das a mi hija, me harías un gran favor.

Mira hacia la iglesia y luego a las puertas del centro comunitario.

—Si es que logras salir de ahí hoy, claro. Yo solo vine a entregar frutas cristalizadas y ya me voy con más trabajo del que tenía cuando llegué.

—Usted se queja, pero no deja de ayudar —bromeo, sabiendo que, como mi madre, se sentiría ofendida si no le dieran más tareas.

—¡Claro! ¡Nací en esta isla! —exclama con orgullo—. La pereza es grande, pero el chisme lo es aún más. —Se lleva una mano al pecho en falso escándalo, y yo no puedo evitar reírme. Definitivamente, ella es una típica habitante de Khione—. Todos los años hay alguna novedad. Quería ver todo antes que los demás. ¿Todavía no conoces la parte trasera, verdad?

—No, pero incluso el frente luce muy distinto de como lo recordaba. Tiene un aire… —Inhalo profundamente y cierro los ojos, buscando la palabra adecuada.

—Feliz —dice con sencillez.

—Eso, feliz —repito, asintiendo mientras los recuerdos del pasado pasan fugazmente por mi mente.

Sacudo la cabeza para despejar esas sensaciones no deseadas. Dejo las cestas en el maletero del auto y tomo la enorme caja con las esferas navideñas llenas de galletas. Con algo de esfuerzo, consigo sostenerla con un brazo mientras cierro el maletero. Luego, la acomodo entre ambos brazos y sigo mi camino, riéndome de mí misma.

—Hasta luego, doña Georgina. Si no aparezco en dos horas, mande a alguien a rescatarme de la esclavitud.

—Nos vemos. —Responde entre risas, para luego añadir su típica despedida—. Pórtate bien.

Basta con cruzar un pasillo corto para darme cuenta de que no estaba preparada para el caos que me recibe en cuanto entro al vestíbulo del centro comunitario. Si desde afuera ya me parecía una locura, estando aquí dentro estoy segura de ello.

Hombres y mujeres uniformados van de un lado a otro con prisa. Hay personas en escaleras colocando adornos en un árbol de Navidad de al menos seis metros de altura. Un ruido ensordecedor llena el lugar, con voces y órdenes que intentan imponerse sobre el alboroto.

Pero lo que menos esperaba era encontrarme con “los muchachos” de Khione, justo aquí y ahora.

4

NINA MARCHESI

No son chicos ya.

De repente, el pensamiento que tuve hace unas horas, sobre cómo se parecían a dioses, cruza mi mente otra vez, y esta vez suena más real que nunca. Por Dios, estos tipos ya no tienen nada de niños. Y mi cuerpo reacciona a su presencia de una forma que no tiene nada que ver con la admiración casi platónica que siempre sentí por ellos. Ni parecen reales, son tan absurdamente atractivos que es difícil de creer.

Todos están aquí, ocupados decorando el inmenso árbol de Navidad. Drako está subido a una escalera, colocando adornos en la parte más alta. La escena es tan ridícula como graciosa: un hombre de casi un metro ochenta, más musculoso de lo que recordaba, balanceándose en una escalera de aluminio para decorar un pino. Su cabello, al igual que su sonrisa, sigue igual que la última vez que lo vi: cortado al ras, pegado al cuero cabelludo.

Drako siempre tuvo esa mezcla rara de picardía en su cara, con esos ojos verdes que esconden algo, como si supiera más de lo que dice. Era adorable, y fue con él con quien más conviví. Al ser el más joven del grupo, fue el último en irse cuando cumplió la mayoría de edad. Su piel bronceada brilla con una capa de sudor, lo que me dice que decorar el árbol es solo una tarea más en su lista del día, no la única.

Al pie de la escalera, sosteniendo una caja de adornos, está uno de los gemelos: Apolo. Lo reconozco al instante. Sería imposible no hacerlo después de haberme pasado años suspirando por él y su hermano. Puedo distinguir las pequeñas diferencias que la mayoría no nota, y siempre me enorgullecí de eso.

Apolo lleva jeans y una camiseta con el logo de la asociación, igual que Drako. Pone los ojos en blanco ante algún comentario de su amigo, pero la sonrisa que asoma en la esquina de sus labios lo delata. De los cuatro, Apolo siempre fue el más divertido, el que tenía un chiste listo para cualquier ocasión. A diferencia del aire misterioso de Drako, Apolo irradia una amabilidad despreocupada, como si llevara la vida con ligereza, sin importar lo que pase.

Drako suelta otro comentario y Apolo se rasca la barba corta mientras inclina la cabeza. En ese momento, Atlas, su hermano gemelo, interviene con una pequeña provocación, lo que hace que Apolo solo gire el cuello para mirarlo por encima del hombro. Si la adolescente que fui viera esto, estaría al borde del colapso.

Tienen los mismos ojos verdes, el mismo cabello castaño oscuro, la misma barba cerrada que empezaron a dejarse crecer demasiado jóvenes. Comparten los mismos labios gruesos, la piel dorada por el sol, y ahora también esos brazos musculosos que hacen que las mangas de las camisetas queden justas, y esas piernas fuertes marcadas por los jeans.

Son prácticamente dos versiones perfectas del mismo cuerpo. Siento cómo mis mejillas y mi cuello se calientan, así que desvío la mirada... Solo para toparme con algo aún peor: Nero Zanthos.

Siempre me gustaron los chicos del grupo, pero con Nero fue diferente. Mi obsesión por él empezó cuando aún era demasiado joven para entender lo que sentía. Quizás fue porque apenas conviví con él o porque siempre fue inalcanzable. Él tenía catorce años cuando yo apenas tenía cinco. A lo largo de los años, recorté fotos suyas de revistas y lo seguí desde lejos, fascinada mientras veía cómo dejaba de ser un adolescente y se convertía en un hombre.

Ahora, está parado detrás de los otros tres, vestido con un traje impecable, muy distinto al uniforme casual que llevan los demás. Mi mirada recorre rápidamente su cuerpo, fuerte y elegante, mucho más que el de sus amigos. Tiene los brazos cruzados y una expresión seria, como si solo hubiera venido a supervisar el trabajo.

Nero siempre tuvo la piel más clara de todos, y su cabello es un tono más rubio que el de los gemelos. La barba, algo más espesa, le da un aire más maduro. Pero lo que siempre me hechizó de él fueron sus ojos, de un azul profundo, igual que el mar que rodea nuestra isla.

Mi corazón ya latía más rápido desde que entré, pero cuando lo veo de cerca, más imponente que nunca, siento que el aire se me queda atrapado en la garganta. No lo había vuelto a ver desde que dejó el orfanato, y el hombre que tengo frente a mí es la versión definitiva de todas mis fantasías.

Mis manos se resbalan, y la caja que sostenía cae al suelo con un estruendo que me arranca del trance. Maldigo internamente por volver a comportarme como una adolescente embobada con ellos. Me agacho para recoger la caja, decidida a salir del salón antes de que sigan revolviéndome la cabeza. Pero apenas doy un paso hacia la puerta cuando una voz se dirige a mí.

—Vaya, vaya... ¿A quién tenemos aquí? ¿Mis ojos me están engañando? —Drako dice, en tono burlón, justo cuando intento escabullirme.

Me doy la vuelta buscando a alguien más, pero para mi mala suerte, no hay nadie detrás de mí, solo la puerta abierta hacia la calle. Y los cuatro están mirándome, esperando mi reacción.

Pasan varios segundos sin que nadie a mi alrededor se mueva para responder a la pregunta que se acaba de hacer, lo que no hace más que confirmar lo que más temía: él está hablando conmigo.

Aprovecho que mi rostro está fuera de su vista para cerrar los ojos por un breve momento y reunir el valor necesario antes de girarme hacia los cuatro amigos.

—Depende, ¿qué creen que están viendo? —El rostro de Drako se ilumina con una sonrisa mientras baja los escalones, y los otros tres me observan con una mezcla de cejas alzadas y labios que no deciden qué expresión adoptar.

—Alguien que, por la caja que trae en las manos, parece no perder la costumbre de alimentar vagos. —Drako responde saltando desde el tercer escalón directamente al suelo y acercándose a mí.

Cuando está lo bastante cerca, mete la mano en la caja y saca una de las esferas decorativas, abriéndola de inmediato para desenvolver la galleta que tiene dentro.

—Hola, Nina. —Se detiene, dándome un vistazo de arriba abajo, juguetón—. Creciste. —Añade finalmente.

El eufemismo del siglo. Reviro los ojos, aunque no puedo evitar que el rubor caliente mis mejillas. ¡Claro que crecí, por Dios!

—Pero los viejos hábitos nunca mueren, ¿verdad? —agrega, llevándose la galleta completamente desenrollada a la boca, con esa sonrisa que nunca pierde, y se la come de un solo bocado.

—¡Nina Marchesi! —Esta vez es Atlas quien habla, acercándose.

Sin titubear, me quita la caja de las manos, y yo relajo los brazos al instante. Sacude la cabeza en dirección a Drako con una expresión de desaprobación.

—Mejor así —dice con amabilidad, logrando arrancarme la primera sonrisa del encuentro.

¿Por qué siento el corazón acelerado, Dios mío?

—Perdón por eso. Drako siempre olvida los modales cuando tiene hambre, lo cual es básicamente todo el tiempo. —Su comentario me hace soltar una risa inesperada, una que no tenía intención de dejar escapar.

—¿Eso no ha cambiado, entonces? —Bromeo, recuperando la compostura.

—Ah, querida, definitivamente no ha cambiado. —Atlas responde, y ambos reímos juntos.

Mi estómago da un par de vueltas extrañas.

—¿Ya no eres la niñita con ojos saltones, verdad? —Ahora es el turno de Apolo de intervenir.

Miro en su dirección justo a tiempo para verlo chocar su hombro de forma intencionada contra el de Nero, que se ha acercado sin decir una palabra y se mantiene a su lado en completo silencio.

—¿No la recuerdas, Nero? Ya no es esa flacucha desgarbada de ojos enormes, pero sigue siendo reconocible.

¿Flacucha desgarbada de ojos enormes? ¿Alguien podría dispararme y acabar con esta tortura, por favor?

Evito tragar saliva con dificultad mientras levanto la mirada para encontrarme con los ojos de Nero. Es el más alto de los cuatro, y yo apenas llego a la altura de su pecho.

De cerca, el azul de sus ojos se ve aún más intenso, y empiezo a cuestionar lo que dijo Drako. Tal vez no he crecido. Tal vez sigo siendo una adolescente idiota atrapada en uno de esos sueños recurrentes con estos cuatro chicos.

Porque esa parece ser la única explicación para que mi corazón se acelere tanto en el pecho, luchando por controlar mi respiración, solo porque estoy mirando a Nero desde tan cerca.

—Claro que me acuerdo —responde él.

No necesito un espejo para saber que el leve rubor en mis mejillas acaba de transformarse en un incendio total.

—¿Cómo está tu mamá, Nina?

—Bien —respondo demasiado rápido, temerosa de parecer lenta si me demoro más. Luego, cuento hasta tres antes de añadir algo más—. Está muy ocupada, así que me pidió que trajera las galletas.

—Gracias por eso —dice Nero, con una expresión un poco más suave que la que tenía cuando llegué. Asiento con la cabeza.

—Bonitas uñas —comenta Drako, fijando la vista en mis manos con una sonrisa divertida.

El halago me hace sonreír sin poder evitarlo.

Adoro mis uñas de esta semana. De hecho, me gustan cada semana más. Para algunas personas, hablar es una terapia. Otras dicen que lavar platos lo es. Yo pinto mis uñas. Cuanto más coloridas y decoradas, mejor.

—Los gatos son lindos —respondo, y esta vez es él quien suelta una carcajada.

—¿Y qué tal la universidad? —pregunta Drako, captando mi atención con su pregunta inesperada.

Tardo un segundo en procesarlo, pero de inmediato comprendo de dónde viene.

—Mi mamá… —murmuro para mí misma, sintiendo cómo la vergüenza me quema viva por lo que sea que ella haya dicho. O peor aún, por la cantidad de veces que lo ha repetido.

Desde que conseguí la beca para la universidad, parece que todos los demás temas de conversación desaparecieron de los labios de mi madre. Decidió que no necesitaba hablar de otra cosa.

Para ella, contarle a cada alma viviente que su hija entró a la universidad, la primera en la familia en conseguir un título, era más que suficiente.

Y no es que no me sienta orgullosa o feliz por darle esa alegría. Lo estoy, y me enorgullece.

El problema es que al resto del mundo no le importa, y estoy segura de que ya lo entendieron desde la primera vez que mi mamá lo mencionó.

No había necesidad de seguir repitiéndolo una y otra vez, en cada oportunidad que tenía. Pero, por supuesto, cuando le sugerí a Rosa Marchesi que dejara de hacerlo, me ignoró por completo.

¿Mamá, verdad?

—Está orgullosa. —La reverencia en su voz borra de inmediato la incomodidad que sentí—. Muy orgullosa. Y con razón. El mérito es todo suyo. —Apenas digo eso, mi rostro cambia, dándome cuenta de que he cometido una metida de pata. Tres de los cuatro hombres frente a mí crecieron sin madre, y aquí estoy yo, hablando maravillas de la mía. Sin embargo, Apolo no parece darle importancia, porque él es quien responde.

—No seas modesta. No otorgan becas completas a estudiantes que no se esfuerzan. —Me encojo de hombros, fingiendo que no es gran cosa, aunque por dentro estoy emocionada por ese pequeño reconocimiento. No porque sea algo que yo no supiera, sino por quién lo reconoció.

—Fueron años increíbles. —Al final, respondo la primera pregunta que me hicieron.

—Puedes hacerlo mejor que eso. —Drako interviene—. Dame los detalles jugosos. —Lo dice con tal descaro que me saca una carcajada, la cual se interrumpe por un grito de un hombre que no conozco.

—¡Oye, tú! Las entregas se hacen por la entrada de servicio, y definitivamente no las recibe uno de los directores. ¡Te equivocaste de lugar! —exclama, asumiendo con razón que la caja en los brazos de Atlas fue entregada por mí. Parpadeo y trago saliva, intentando ordenar mis pensamientos para disculparme y responder.

—No es una empleada, Alastor. —La voz de Nero me toma completamente desprevenida, haciendo que mi corazón se desboque aún más—. Es mi invitada, solo está haciendo un favor. —Su tono es inapelable.

Alastor parpadea, aturdido por un par de segundos, sopesando las palabras de Nero que, evidentemente, no tienen sentido. Claro que soy una invitada; toda la isla lo es para la fiesta de Navidad. Pero eso no significa que no pueda ser trabajadora. Sin embargo, nada de esto sale de los labios de Alastor, quien solo asiente.

—Claro, señor Zanthos. Disculpe la confusión. ¿Necesita algo más?

—No, Alastor. Gracias.

—¿Puedo llevarme la caja? —pregunta, señalando a Atlas con un leve movimiento de cabeza.

—Por favor —responde Nero. Lo observo con asombro mientras Alastor toma la caja de los brazos de Atlas y me lanza una mirada silenciosa de disculpa antes de marcharse.

—Nos vemos esta noche, ¿verdad? —Nero se vuelve hacia mí apenas Alastor desaparece tras una puerta.

—Claro. —respondo rápido, demasiado rápido—. Claro. —Ni siquiera espero los tres segundos. Los labios de Nero se curvan en una leve sonrisa, suficiente para ponerme la piel de gallina.

—Bien. Muy bien.

—T-tengo que irme —tartamudeo, sintiendo cómo los nervios me consumen cada segundo más en su presencia—. Fue un placer verlos de nuevo.

—El placer fue todo nuestro —Drako contesta.

Con un paso amplio, elimina la distancia entre nosotros y coloca su mano grande en mi mejilla antes de besar la otra, sin darme tiempo de prepararme. Apolo y luego Atlas repiten el mismo gesto, uno tras otro.

Son apenas segundos, pero aun así me descubro anhelando el turno de Nero, al entender que todos se están despidiendo. Él nunca me ha tocado.

Pasé años recolectando cada fragmento de información que pudiera encontrar sobre alguien con quien nunca había intercambiado más de diez palabras significativas. Yo tenía solo cinco

años cuando él dejó el orfanato, poco después de Navidad.

Atlas se aparta, y Nero me observa con una mirada que no puedo descifrar antes de acercarse. Con dos pasos más, rompe esa distancia y, a diferencia de los demás, no se limita a besar mi mejilla.

Su brazo rodea mi cintura, y solo me doy cuenta de que no estoy respirando porque hace rato dejé de hacerlo. Debo recordar que respirar es importante, ¿no? Mi cerebro lo agradecería, pero ahora mismo es una tarea imposible.

—Fue un placer verte, Hadita. —Sonrío, perdiendo cualquier avance que mi piel hubiera hecho por recuperar su palidez al oír ese antiguo apodo después de casi una década.

—El placer fue mío. Gracias por la ayuda —digo, dándome la vuelta rápidamente tras su despedida y lanzando un último saludo a los demás.

Soy perfectamente consciente de que parece una retirada apresurada. Y lo es. Necesito aire. Paso por la puerta con pasos lo más controlados que puedo, aunque no es mucho, para ser sincera. Al pisar la acera, mis ojos recorren todo a mi alrededor sin enfocarse en nada.

No registran las fachadas blancas de los edificios, ni el suelo empedrado, ni las mesas de hierro en la acera frente al pequeño café al otro lado de la calle.

Aun así, mi mente lo asimila todo mientras inhalo profundamente, inundando mis pulmones con el aire que tanto necesitaban.

Estoy en casa. Aunque nunca antes se había sentido tan luminosa como en este preciso instante.

5

NINA MARCHESI

—¡Terminamos! —declara mi mamá, juntando las manos con un aplauso.

Las horas desde que regresé a casa, después de hacer la entrega en la asociación, se sintieron como un triatlón. Primero, dejar la tienda lista para la reapertura en dos días, después del feriado de Navidad. Luego, atravesar el pasillo trasero que conecta con nuestra casa para prepararla para la noche de Navidad, aunque no tengamos planes de pasarla aquí. Sería horrible tener que hacer todo esto mañana.

Cuando todo estuvo en su lugar, nos metimos a la cocina, y ahí fue donde el trabajo pareció no acabar nunca. Galletas, pastas y platillos horneados como para alimentar a un batallón, aunque no esperamos recibir más de cinco personas. Pero cuando se trata de comida, mi mamá es el mismo exceso personificado. Así que, alzando las manos al cielo, agradezco sinceramente que por fin hayamos terminado.

—Muy bien. Anda a arreglarte —dice, quitándose el delantal, mientras yo muerdo mi labio.

Escondo las manos tras la espalda y ladeo la cabeza, tanteando el terreno.

—Creo que prefiero no ir —hablo despacio, y mi mamá se queda literalmente paralizada en mitad del movimiento que hacía. Agachada sobre la mesada, levanta la cabeza solo para mirarme.

—¿Qué dijiste?

—Creo que no quiero ir.

—¿“Crees”?

—Estoy segura.

—¿Desde cuándo?

Desde esta tarde, pero no se lo digo. La verdad es que no estaba preparada para enfrentarme al cuarteto fantástico. Sabía que ellos no eran unos niños, por más que la gente insista en llamarlos así. He visto fotos, maldita sea.

Sabía también que ellos estarían en la fiesta, y aun así estaba emocionada por ir. Pero no esperaba tener que interactuar con ellos. Pensé que los observaría desde lejos, como lo he hecho casi toda mi vida. El encuentro en la asociación cambió todo.

Verlos en persona... Verlo a él en persona... Es absurdo. Sé que lo es, pero la expectativa que me aprieta el pecho me confirma que verlos como los adultos que ahora son encendió un interruptor en mi cabeza que llevaba años apagado.

El cuento de Cenicienta. La chica pobre que de pronto captura la mirada del chico rico, y él se enamora perdidamente de ella. Esas cosas no pasan en la vida real. Pero Nero me miró. De verdad me miró. Y, como por arte de magia, volví a perderme en mis fantasías adolescentes.

Lo que me trae a este momento, al borde de arrancarme el cabello por un drama que ni siquiera existe, uno que probablemente tiene sentido solo en mi cabeza... y que, para ser sincera, ni siquiera ahí lo tiene.

En el primer escenario, voy a la fiesta y me ignoran, concentrando toda su atención -que seguramente es muy codiciada- en cosas o personas que les importan de verdad. Ese es el más probable. Y en él, regresaré a casa inevitablemente decepcionada. Es ridículo, pero me conozco. Sé que así será.

En el segundo escenario, me hablan. Eso significa que tendré que hablar con ellos, lo que a su vez implica que esa fantasía infantil, que jamás debió despertar, podría fortalecerse más... o arruinarse para siempre. Definitivamente, ese es el peor escenario, porque ni siquiera sé qué resultado preferiría.

—No seas ridícula —sentencia mi mamá—. Vas a ir a esa fiesta, a reencontrarte con tus amigos y a hacer nuevos. Te hace falta socializar.

—¡Ya tengo amigos! —protesto, indignada.

—¿Ah, sí? —Me quedo parpadeando con la boca abierta, incapaz de creer la audacia de mi propia madre.

—¡Claro que sí! ¡Tengo... tengo muchos amigos en Atenas! —Miento.

No es que haya sido antisocial o solitaria durante los años que pasé en la universidad. Para nada. Disfruté de fiestas, salí con amigas, me emborraché por primera vez e hice todo lo que se espera de una joven universitaria que deja un pueblito diminuto como Khione para mudarse a una ciudad como Atenas. Bueno... casi todo.

Sin embargo, así como nunca hice amistades profundas aquí, tampoco las hice allá. Sí, tenía amigas, pero ahora que he regresado a Khione, me doy cuenta de que solo parecían amigas mientras vivía en Atenas, aunque apenas llevo una semana de vuelta. Aun así, nunca me ha preocupado mucho el tema. Creo que cuando deba encontrar a las personas indicadas, simplemente las encontraré.

Y, como si invocar ese pensamiento fuera suficiente, los del “cuarteto fantástico” vuelven a mi mente, porque ese es justo el tipo de amistad que quiero. Gracias, mamá. De verdad, muchas gracias. Bufo con frustración, y mi mamá me mira arqueando las cejas.

—Genial, pero ya que estás aquí, sería bueno que también te esforzaras en hacer amigos por estos lados. —Evita discutir, aunque sabe que estoy mintiendo.

—No tengo que hacerlo hoy. Y menos en la fiesta de la asociación —respondo, tratando de convencerla. Su mirada se afila, observándome con sospecha.

Cambio el peso de un pie al otro, incómoda, y desvío los ojos para evitar su atención.

—¿Qué está pasando?

—Nada. Solo no tengo ganas de ir. —Miento otra vez.

—¡Por favor! Te conozco, Nina. ¡Yo te parí! Intentaste hacerte la indiferente, pero estabas

emocionada por ir… hasta hoy. ¿Qué pasó durante el día? Esta mañana llegaste a la tienda y…

—¡Está bien, está bien! ¡Voy a ir! ¡No te pongas intensa! —la interrumpo en pánico antes de que comience a reconstruir paso a paso todo lo que hice. No puedo dejar que descubra el verdadero problema.

Por favor, que no se entere. Ya es suficientemente vergonzoso para mí, y no quiero que nadie más sepa sobre mi pequeño colapso mental. Amo a mi mamá, pero no pienso tener esta conversación.

Ya tuvimos una charla incómoda sobre chicos cuando tenía catorce años, y eso fue suficiente para toda la vida. No pienso repetir algo así otra vez.

—Voy a ir a la fiesta —repito, y mi mamá sonríe, satisfecha.

—¡Perfecto! Entonces, anda a arreglarte.

***

Los sentimientos que se revuelven en mi pecho no son nada bienvenidos, pero no sé cómo evitar lo que siento mientras me miro al espejo, admirando el vestido largo con corsé ajustado y falda de tul.

El color terracota resalta mi piel, hace que mi cabello, recogido en un moño medio con algunos mechones sueltos enmarcando mi rostro, se vea más oscuro, y mis ojos más brillantes.

Hasta ayer, creía que este vestido era perfecto, pero ahora no puedo evitar sentirme insegura. Y sé que, en realidad, no se trata del vestido. Lo que me incomoda es esa sensación de inseguridad general que tanto detesto.

Suelto el aire despacio, vaciando mis pulmones por completo, y luego inhalo con la misma calma. Todo va a estar bien, Nina. Solo tienes que ir a la fiesta, aceptar que simpatía no significa interés, y recordar que toda esta locura navideña pasará pronto.

Tal vez mamá tenga razón. Quizás sí necesito hacer una amiga.

Me doy la vuelta, alejándome del espejo, y miro mi habitación con ojo crítico. Frunzo la nariz. Necesito redecorar. El estilo adolescente con pósters en las paredes, muebles rosados y peluches en las estanterías ya no tiene nada que ver conmigo. Lo haré después de Navidad.

Sí, después de Navidad me ocuparé de eso. Aunque, por ahora, las maletas sin abrir junto a la puerta me dejan claro que antes de redecorar mi cuarto debería empezar por desempacar.

Enderezo los hombros y estiro el cuello como si al cruzar esa puerta me esperara una batalla. La idea me hace soltar una risita.

No seas ridícula, Nina. Hoy no va a pasar nada del otro mundo...

6

NERO ZANTHOS

Doblo los puños de la camisa bajo la chaqueta del esmoquin mientras el chofer detiene el auto frente a la casa de muros y escaleras blancas. Los peldaños están a oscuras, al igual que las ventanas y el pequeño recibidor junto a la entrada, lo que me hace fruncir el ceño antes de abrir la puerta del coche y salir.

Subo los escalones hasta llegar a la puerta. La arruga entre mis cejas se acentúa conforme me acerco, y la sensación de que la casa está vacía se vuelve más clara. ¿Qué demonios...? Levanto la mano para golpear la aldaba contra la madera. Por un momento, dudo, pero decido que ya estando aquí, voy a ir hasta el final.

Toco tres veces, pero no hay respuesta. Espero unos cinco minutos, y nada. Me doy vuelta, observando la calle desierta y las casas alrededor tan apagadas como esta. Todos deben estar en la fiesta de la asociación o camino hacia allá. Claro, yo también debería estar yendo, pero no esperaba hacerlo solo. Me río de mí mismo.

Invitar a Nina fue un impulso. Ver de nuevo esa última pieza del rompecabezas que armó los pocos buenos momentos de mi infancia despertó en mí un deseo repentino de prolongar ese instante. No podía mantenerla atrapada en la entrada de la asociación para siempre, así que decir que sería mi invitada fue algo que se me escapó sin pensar. Me arrepentí después, sobre todo al ver su reacción cuando nos despedimos.

Nina prácticamente huyó, y lo último que quería era intimidarla. Recuerdo que, de niños, sus ojos me parecían enormes. Lo que no me daba cuenta en ese entonces es que también son increíblemente expresivos. O quizá no lo eran antes. No importa. Lo que sé es que ahora lo son. Y la tormenta de emociones que cruzó su mirada en ese breve encuentro fue... intrigante.

***

Me bajo del auto nuevamente, y esta vez el panorama es completamente distinto. Las luces decoran cada rincón, iluminando la fachada de la asociación como si el espíritu navideño hubiera tomado el lugar por asalto, y una sonrisa satisfecha se asoma en mis labios.

Meto una mano en el bolsillo y dejo que mi mirada se pasee por los pinos adornados que flanquean la acera y las luces parpadeantes en las ventanas. Siento una presión en el pecho, un sentimiento raro que pocas veces me visita.

No suelo recordar cómo era este lugar en el pasado. Cuando demolí el orfanato, me aseguré de enterrar junto con los escombros la mayoría de los recuerdos que evocaba. Sin embargo, las noches de Navidad siempre insisten en traerlos de vuelta, por mucho que no quiera ser un buen anfitrión para ellos.

Sacudo la cabeza, forzándome a volver al presente. Todavía tengo pendiente encontrar a tres idiotas que deben explicarme por qué no han respondido mis mensajes. Entro al edificio, y la reacción de las personas en el vestíbulo es inmediata.

Esta noche no hay ningún habitante de la isla trabajando. Todo el personal fue contratado de afuera para que los residentes puedan disfrutar la fiesta como invitados. Son ellos quienes ahora me miran como si fuera una especie de divinidad, algo a lo que hace tiempo dejé de resistirme, aunque no le encuentre ningún sentido.

Sonrío y asiento mientras me adentro en el gran patio interior, el corazón del edificio, donde realmente ocurre la fiesta. Las terrazas de los pisos superiores rodean el patio, y desde allí también se desborda la celebración. Recorro el primer piso con la mirada, buscando lo que vine a encontrar.

Lo que me sorprende es ver junto a Atlas, Apolo y Drako a Nina, la mujer a la que fui a buscar y que no estaba en su casa esperándome. Lo lógico hubiera sido que, después de dejarme plantado, se mantuviera lo más lejos posible. Entrecierro los ojos y camino hacia el grupo.

Apenas doy unos pasos antes de ser interceptado por una pareja de residentes de la isla.

—¡Señor Nero Zanthos! ¡Qué fiesta tan maravillosa! —La mujer dice con una sonrisa radiante, y yo asiento—. La asociación realmente se lució este año.

—La comunidad hizo un excelente trabajo —respondo, porque es cierto. La fiesta de Navidad es obra de cada residente de Khione; la asociación solo se encarga de organizar y ceder el espacio.

—No sea modesto, señor Zanthos —interviene el hombre—. Sin usted, nada de esto hubiera sido posible. Estamos muy agradecidos.

Le devuelvo una sonrisa leve, eligiendo no responder.

—Disfruten la fiesta. —Mi sonrisa se ensancha un poco antes de alejarme.

Recorrer la corta distancia entre el grupo que quiero alcanzar y yo se convierte en una especie de carrera de obstáculos. Cada dos o tres pasos, alguien más se me acerca, reclamando un momento de mi atención.

No es que me moleste, pero entre más me acerco a mi objetivo, más crece la necesidad de llegar. Y, sin embargo, sigo siendo interrumpido.

Mis ojos no se apartan de Nina por mucho tiempo. Aunque hablo con cada persona que me aborda, soy plenamente consciente de dónde está mi mirada.

Nina ya no es una niña. Eso me quedó claro esta tarde, pero ahora, viendo cómo su cuerpo pequeño y curvilíneo se amolda al vestido largo, que resalta tanto el tono de su piel como cada curva, esa certeza se refuerza. Es hermosa.

Mis ojos la abandonan solo por un momento, deslizándose hacia los rostros de mis amigos, buscando cualquier indicio de interés en ella. Los conozco lo suficiente para saber leer sus intenciones con solo mirarlos.

Están riendo de algo, conversando sin preocupaciones. Incluso después de observar a Apolo con atención redoblada, no veo nada fuera de lo normal. Solo la misma satisfacción que yo mismo sentí al reencontrarme con Nina.

Eso no debería hacerme sentir mejor, pero lo hace. Me toma casi una hora abrirme paso entre la multitud y alcanzarlos.

—Llegó el que faltaba —dice Drako con una sonrisa demasiado amplia para mi gusto en cuanto sus ojos se posan en mí. Los otros tres pares de ojos se giran hacia mí también.

Hay dos cosas que destacan: las sonrisas burlonas de mis amigos y el rubor que de pronto tiñe las mejillas y el cuello de Nina.

—La encontramos antes que tú. —Se burla Apolo—. Deberías haber venido con nosotros, la habrías encontrado mucho antes. —Se echa a reír y los otros dos idiotas lo siguen. Incluso Atlas suelta una risa discreta.

Nina parpadea y alterna la mirada entre ellos y yo, como si no entendiera de qué demonios están hablando.

—Fui a tu casa a buscarte —explico, y los ojos de Nina se abren de par en par.

—¿Buscarme? —pregunta, genuinamente sorprendida, y de repente todo tiene un poco más de sentido.

—Así es como tratamos a los invitados, ¿no? —Sus labios, perfectamente delineados en forma de corazón, se abren en una "O" mientras procesa lo que dije. De verdad no lo sabía.

Las carcajadas de mis amigos me hacen lanzarles una mirada de advertencia, sobre todo a Apolo y Drako, aunque Atlas solo mantiene su típica sonrisa irónica. A ninguno de ellos parece importarle, y yo niego con la cabeza antes de volver a enfocarme en Nina.

—Y-yo no lo entendí así —se justifica, con el rostro ardiendo de vergüenza.

—Probablemente porque él no se lo explicó bien —interviene Drako, deteniendo su risa solo para responder en mi lugar—. ¡Te lo dijimos!

—Lo siento —murmura Nina, después de escuchar a mi amigo idiota, y yo suspiro.

—No te preocupes. Esta es una de las pocas veces en que Drako tiene razón. Creo que no fui muy claro. —Ella me regala una pequeña sonrisa, y ese gesto hace que, por segunda vez en la noche, me deje llevar por un impulso—. Entonces déjame intentarlo de nuevo: ¿Te gustaría ser mi acompañante esta noche, Nina?

7

NINA MARCHESI

Las palabras saltan en mi cabeza como palomitas de maíz, y respiro hondo cuando su significado me golpea: tu acompañante esta noche.

—Vaya, Nero... Por la cara de ella, creo que está tratando de encontrar una forma educada de decirte que no. —Desvío la mirada hacia Apolo cuando habla y observo cómo él y Drako se ríen de nuevo. Realmente me gustaría saber qué es tan gracioso para esos dos.

Llegué a la fiesta decidida a comportarme como la adulta que soy, en lugar de como la adolescente que he estado representando toda la tarde. Saludaría al cuarteto fantástico en cuanto los viera y seguiría con mi vida, exactamente como harían todos los demás invitados.

Excepto que no tuve ni la oportunidad de intentarlo. En el instante en que entré al salón, tres de los cuatro me rodearon con sonrisas y conversaciones, haciéndome cuestionar en qué tipo de universo alternativo había despertado. Sin embargo, me di cuenta de que también era incapaz de alejarme.

A pesar de que al principio hablé muy poco, la conversación con ellos fluyó fácilmente. Apolo y Drako son perfectamente capaces de hablar entre ellos. No necesitan ninguna ayuda en ese sentido y, entre todas las risas que me sacaron, pasé buenos minutos sin siquiera tener que decir una palabra.

Atlas sigue siendo más serio que los demás, pero incluso él tiene sus momentos. La adulta que habita en mí tomó el control de la situación rápidamente y, en unos minutos, ya me sentía capaz de charlar normalmente, al menos hasta que apareció Nero.

En el momento en que mis ojos se encontraron con los suyos, la adulta salió corriendo, dejándome con nada más que un corazón injustificadamente acelerado. Vuelvo mi mirada hacia el responsable de mi incapacidad para pensar con claridad y sus cejas están ligeramente fruncidas, probablemente porque estoy tardando demasiado en responder.

—Si no quieres, yo…

—Quiero —lo interrumpo antes de que pueda malinterpretar mi reacción—. Solo estoy sorprendida —digo, sinceramente, y él me sonríe.

Las mariposas aletean en mi estómago, estoy segura de que sí. Mi rostro refleja el suyo, devolviéndole la sonrisa, y Nero me extiende la mano. La miro durante dos segundos antes de aceptarla, necesitando ver para creer.

Su toque es firme y cálido, y me contengo para no suspirar. Me siento ridícula y estúpida por mis reacciones hacia este hombre, pero no puedo evitar ninguna de ellas.

—Señores —dice, dirigiéndose irónicamente a sus amigos—. Ya han monopolizado a mi acompañante más que suficiente.

Nero me guiña un ojo, sacándome una risita vergonzosa antes de llevarnos hacia el bar,

alejándonos del trío fantástico sin que yo pueda hacer más que murmurar un “con permiso” apresurado, pero ellos no parecen importarle.

Inclino la cabeza hacia atrás, dándome finalmente tiempo para absorber los detalles mientras trato de calmar mi piel, aturdida por los dedos de Nero entrelazados con los míos.

Es impresionante la belleza de la fiesta de la asociación.

Una cantidad interminable de bolas de Navidad cuelga del techo alto, pintando los espacios que no llenan la nieve artificial que está en las ventanas y en los varios árboles de Navidad distribuidos por el salón, todo en rojo y dorado.

Mesas altas de cóctel agrupan a gente a su alrededor mientras el servicio de buffet camina entre los invitados sin detenerse. Hay cintas, luces parpadeantes y flores adornando la decoración invernal más hermosa que he visto. Es casi como si tuviéramos un invierno de verdad. Esa es una de las características más increíbles de Khione, sin importar la estación del año, nuestra temperatura nunca baja de 25º C. Suspiro, encantada.

—¿Te gusta? —La voz de Nero me sorprende, lo que es absurdo, porque ni por un segundo olvidé que estaba a mi lado. Mi mirada se encuentra con la suya y lo descubro totalmente concentrado en mí.

—Es lo más hermoso que he visto —respondo, y sus labios se asoman en una sonrisa de lado —. ¿Qué pasa? —protesto, aunque él no haya dicho nada, imitando el movimiento de su boca—. ¿No es lo más hermoso que has visto? —Nero se toma unos segundos observándome, sin interrumpir nuestros pasos, antes de responderme.

—No. —Mi corazón cambia de ritmo, perdiendo el poco avance que había logrado en volver a la normalidad, pero eso no tiene sentido, porque Nero no puede haber dicho lo que mi corazón cree haber entendido.

—No puedo imaginar el trabajo que debe haber costado organizar una fiesta así. —Lleno el silencio antes de que se extienda indefinidamente mientras me pierdo en mis pensamientos.

—Bastante. Pero la comunidad hizo la mayor parte. Lo más complicado es organizar la subasta. —No puedo contener la risa al recordar las conversaciones que escuché en la tienda de mi madre esa tarde. Nero levanta una ceja.

—Oí algunas cosas sobre la subasta—explico, pero su ceja no se mueve—. Cosas graciosas. —Es su turno de reírse.

—¿Cosas graciosas?

—No tienes idea. —Me río otra vez al recordar los dulces que nunca compra nadie. Dios mío, soy una persona horrible, pero no puedo evitarlo, incluso bajo la mirada atenta y curiosa del hombre a mi lado.

—¿Qué tipo de cosas graciosas?

—Si te lo cuento, seré una persona aún peor de lo que ya soy por reírme de eso.

—Ahora solo me dejaste más curioso. Vamos, dímelo —pide y yo muerdo mis labios antes de

mover la cabeza, negando—. Está bien. Te cuento algo que me convierte en una pésima persona y tú me cuentas lo que escuchaste, ¿te parece? —Mi reacción es una risa que me hace llevarme la mano a la boca.

—Dudo mucho que puedas contarme algo que realmente te haga una pésima persona. No haré promesas que no puedo cumplir —respondo, aún intentando controlar la risa.

—Muy bien. La semana pasada, Apolo inventó un viaje de último minuto. —Comienza a contar, y si Nero no tuviera toda mi atención, ahora la habría conseguido—. Era un mal momento para viajar, pero no importa cuánto se lo haya dicho, él se negó a escuchar. —Interrumpo nuestros pasos cuando llegamos a un costado del salón, demasiado concentrada en saber a dónde lleva esta historia como para mantener la atención en no tropezar al mismo tiempo —. Escondí su pasaporte y él perdió el viaje. —Intento contener la risa cerrando la boca, pero se me escapa, escandalosa—. Y esa no es la parte mala. —Me advierte, con una sonrisa en su rostro que deja claro que no piensa que haya nada malo—. No puedo recordar dónde lo escondí, así que ahora tendrá que sacar otro pasaporte.

Esta vez dejo que la risa salga libremente, sin preocuparme por disfrazarla. Nero me mira con una sonrisa enorme. Dios, qué hombre tan atractivo.

—No tienes por qué sentirte mal. Por lo que recuerdo de su dinámica, Apolo probablemente haría lo mismo. —Logro decir después de varios intentos por calmar la respiración.

—No me siento mal. Solo sé que haber hecho eso me convierte en una mala persona. Tu turno.

—Ahora creo que eres una persona mucho peor que yo.

—Eso no me sorprende —responde con una sonrisa confiada, y yo muerdo mi labio inferior antes de mirar a los lados, prestando atención a las personas que nos rodean por primera vez desde que nos alejamos del trío fantástico.

Las miradas furtivas y la sensación de murmullos hacen que mi sonrisa se apague mientras frunzo el ceño.

—¿Estás intentando hacer trampa, Nina? —Nero pregunta, atrayendo mi atención de vuelta hacia él, y dejo de lado la extraña sensación que comenzaba a recorrer mi espalda.

Me acerco a él, y sus ojos se entrecierran cuando estamos a solo un paso de distancia. Levanto la mano y flexiono los dedos índice y medio entre nosotros, pidiéndole que se acerque más, y Nero baja la cabeza. Por un segundo, compartimos la misma respiración.

—He oído muchas cosas sobre la subasta de hoy —digo en voz baja, mi voz atrapada entre nosotros dos, así como su mirada—. Una de ellas fue sobre los dulces de la señora Eudora, cinco bandejas de Baklava. —Mi voz no pasa de un susurro, y los labios de Nero se estiran en una sonrisa traviesa.

—¿Y qué escuchaste sobre eso, Hadita? —No sé si es el tono o el apodo que me sonroja, pero algo lo hace.

—Que nadie los quiere y que tú o tus amigos los compran al final de la subasta, como último

recurso.

—Último recurso, ¿eh?

—No soy tan mala como para repetir las palabras que escuché —declaro con firmeza, y entonces es Nero quien se ríe a carcajadas, una risa despreocupada y totalmente inesperada. Parpadeo, observando cómo sus hombros se sacuden y su rostro entero reacciona a la risa antes de sacudir la cabeza y dar dos pasos hacia atrás.

—Quién lo diría, ¿eh?

—¿Que no soy tan mala después de todo? —pregunto, indignada.

—Que esta Hada no es solo colores y dulzuras. —Ruedo los ojos sin poder evitarlo.

—Te lo dije, Nero. No hago promesas que no puedo cumplir.

***

—Gracias. —Agradezco cuando Nero me ofrece una copa de champán. Tomo un pequeño sorbo, disfrutando cómo el sabor se esparce en mi lengua y la sensación de las burbujas en mi boca.

Levanto la mirada de la copa para encontrar a Nero observándome como ha hecho durante gran parte de la noche, siempre que estamos solos. Su mirada es atenta y casi curiosa. Después de nuestra ridícula conversación, descubrí que estar en su compañía es mucho más fácil de lo que jamás hubiera imaginado.

Me he preguntado tantas veces cómo sería hablar con él. Pero, como todo lo que tenía para alimentar mi imaginación eran recuerdos de visiones robadas durante la infancia o información que encontraba en periódicos y revistas, mis pensamientos estaban muy alejados de la realidad.

Nero puede que no tenga el carisma de Drako, ni la ligereza de Apolo, pero definitivamente no es el hombre serio e inaccesible que la gente siempre pinta. Es divertido, atento y tan chismoso como cualquier otro habitante de Khione.

Pasamos la última hora debatiendo sobre cualquier chisme que hayamos oído durante el día, interrumpidos solo por personas que, ocasionalmente, se acercaban queriendo la atención del director de la asociación. La mayoría de ellas me ignoró, lo que fue extraño, al igual que la persistente sensación de murmullos a nuestro alrededor.

Pero esta noche dejó muy claro que a Nero Zanthos no le gusta compartir. No de una manera negativa; simplemente es tan magnético que, una vez que está frente a ti, se vuelve imposible querer atender a cualquier otra cosa o persona.

Cada vez que desvío mi atención para intentar entender los murmullos que llenaban el salón, Nero rápidamente me daba algo en qué pensar o reír, casi como un superpoder. No puedo negar que me gustó eso.

—¿Qué pasa? —Entrecierro los ojos—. ¿Estoy sucia? —Llevo el pulgar a la comisura de mi boca, limpiando la suciedad que no puedo ver, y Nero sacude la cabeza, negando.

—Solo te estoy mirando.

—¿Por qué? —cuestiono desconfiada, y él sacude la cabeza, poniendo de inmediato esa sonrisa de lado que empiezo a pensar que es su favorita.

—Porque eres mi acompañante. —Levanto las cejas y abro los ojos de par en par por un segundo cuando me recuerda esa invitación tan confusa.

—Deberías mejorar tu forma de comunicarte; esa invitación fue horrible. —Bromeo, ahora que la tensión de reencontrarlo se ha desvanecido completamente, siendo reemplazada, literalmente, por el placer de su compañía. Él se ríe suavemente y se rasca la barba.

—Lo recordaré la próxima vez. Prometo.

Inclino la cabeza, analizando sus palabras con cuidado, sin querer darle a mi corazón, ya calmado, algo que acelere innecesariamente. Pero antes de que pueda decir algo, se acerca a nosotros una mujer vestida con una falda lápiz y un traje en lugar de un vestido largo como todas las otras invitadas.

—Con permiso —dice ella, siendo la primera en toda la noche en dirigirse tanto a mí como a Nero. Yo le hago un gesto de reconocimiento.

—Sí, Daphne —responde Nero, reconociendo a la mujer.

—Tenemos una situación, señor Nero Zanthos. —Daphne señala, mirándome de reojo, como si no estuviera segura de si debía revelar la situación en mi presencia—. Sus padres están... —comienza, pero Nero levanta la mano, interrumpiéndola antes de que tenga la oportunidad de terminar.

—¿Dónde están?

—Cerca de la fuente.

Un largo suspiro sale de los labios de mi acompañante antes de que todo el buen humor que llevaba en su rostro sea reemplazado por una expresión seria, mucho más acorde con el heredero griego del que la prensa siempre está hablando.

Menos mal que ya hemos llegado a un acuerdo con el hecho de que no soy una buena persona, porque, de cierta manera, me gusta eso. Me gusta imaginar que alguna parte de este hombre es solo para mí, aunque en el fondo sé que eso no es más que un producto de mi imaginación. Después de todo, en todas las formas que importan, recién nos conocemos. Él se vuelve hacia mí y asiente.

—¿Te molesta esperar aquí? No tardaré, lo prometo. Solo voy a resolver este problema y regreso contigo.

—Claro que no. Está todo bien —aseguro, y él asiente, aunque su rostro no muestra convencimiento ante mis palabras.

Nero da un paso al frente antes de detenerse y mirarme. Yo asiento, diciéndole sin palabras que todo está bien, y él refleja el gesto antes de alejarse de una vez. Suspiro y parpadeo varias veces, sintiéndome un poco incrédula por cómo va esta noche.

Mientras los minutos pasan volando, dejo que mi mente repase cada instante desde que bajé las escaleras de casa hasta ahora. Definitivamente, esta no era la noche que esperaba, pero no me quejo.

Sola en el salón, con el tiempo, los murmullos a mi alrededor parecen volverse más altos y casi dirigidos hacia mí. Tomo otro pequeño sorbo de la copa que tengo en la mano y dejo que mis ojos barran el espacio en busca de mi madre. La he visto pocas veces desde que nos separamos al llegar. La fiesta es enorme y está llena de gente.

No encuentro a quien busco, pero me topo con lo que parecen ser un millón de miradas furtivas lanzadas en mi dirección. El desconcierto se esparce por mi cuerpo como si fuera una segunda piel, y me giro, colocándome detrás de la columna frente a la mesa de cócteles donde Nero y yo nos detuvimos.

Bajo la cabeza, diciéndome que solo necesito un minuto para lidiar con esta sensación. Un minuto y nada más. Khione es una isla llena de chismes. Lo sé y no puedo ni siquiera eximirme de esta culpa, porque no hace ni treinta minutos que yo misma estaba alegremente hablando con Nero.

Aún así, fui lo suficientemente ingenua como para no considerar que aceptar su invitación me convertiría en un blanco del chisme que siempre busca un nuevo tema. Aún no quiero considerarlo. Quiero creer que esta sensación que se instala como un peso en mi estómago no es más que paranoia, pero como si el universo necesitara demostrarme lo contrario, escucho esos comentarios.

—¡Imagínate! Con tantas mujeres interesantes en Khione, ¿él va a salir con la hija de la vendedora de frutas?

Una voz femenina y antigua dice sin preocuparse por su volumen; después de todo, ¿cuáles son las posibilidades de que alguien escuche lo que no debe en medio de la cacofonía de sonidos del salón?

Mis labios se aprietan cuando tragar las palabras se vuelve difícil, porque es obvio de quién están hablando, a pesar de que no se hayan mencionado nombres. Oigo un chasquido de lengua antes de que otra voz, tan antigua como la primera, responda.

—Debe estar con ella por lástima. La chica acaba de volver a la ciudad. ¿Viste cómo se estaba lanzando sobre los otros chicos antes de que llegara Nero? —Ahora mis ojos se abren de par en par. ¿Lanzándome sobre los otros chicos?—. ¿Y el vestido? —La segunda voz continúa, y yo bajo la mirada, observando mi propio cuerpo, buscando algún defecto en mi ropa antes de escuchar el resto de la frase—. Lamentable. Pensé que Rosa tendría suficiente dinero para al menos vestir a su hija decentemente. —La mujer suspira—. No me sorprende que Nero haya sentido lástima.

—Pobre chica... —La mujer que, hasta donde sé, inició el tema finge compadecerme, y yo aprieto los dientes, sintiendo una mezcla de rabia e impotencia.

La conversación continúa. Hablan de mi cabello, de mi maquillaje y hasta de la manera en que camino. Pero independientemente de hacia dónde avanza la charla, el punto de retorno siempre es el mismo: Nero me acompaña solo por lástima.

Es imposible no preguntarme si no soy solo otro caso de Baklava. Así como los dulces de la señora Eudora, ¿Nero solo me está haciendo compañía por lástima? No tenía por qué hacer esto. Nadie esperaba que me acompañara. Su invitación no tiene sentido de ninguna manera, pero que la lástima haya sido la razón tiene aún menos lógica.

—Cualquiera que mire a esa mujer y sea capaz de pensar que alguien disfrutaría de su compañía por lástima, señoras, claramente necesita una consulta con el oftalmólogo. —La voz de Nero corta todas mis conjeturas y silencia a las mujeres detrás de mí.

Me doy la vuelta lentamente, conteniendo la respiración, sin poder creer que realmente haya escuchado eso, y lo encuentro parado exactamente donde me dejó, al otro lado de la columna, detrás de las dos mujeres mayores que hablaban de mí de manera tan malintencionada. Se giran hacia él, con sonrisas avergonzadas en sus rostros y ojos brillantes en un pedido mudo de perdón.

Nero, sin embargo, no está mirando a ninguna de ellas. Solo ha girado el cuello en mi dirección, manteniendo su cuerpo como una barrera entre yo y las dos chismosas. La expresión en su rostro no es la de buen humor que tenía antes de que Daphne viniera a llamarlo, pero tampoco es la dura que mostró antes de ir a resolver lo que sea que haya sucedido.

Las marcas en su rostro forman una imagen completamente nueva para mí y aún no sé qué significa. Es solo cuando balanceo la cabeza y muevo los labios en un gesto mudo diciendo que está todo bien que él se aparta dos pasos a un lado, revelándome ante las mujeres mayores.

Las chismosas tienen al menos la decencia de abrir los ojos como platos antes de saludarme, como si no hubieran estado hablando mal de mí hace solo unos segundos. Se apresuran a despedirse y desaparecer entre la multitud.

Nero extiende la mano hacia mí y yo la acepto. Nos miramos durante unos segundos antes de que yo hable.

—Necesito aire.

Él asiente y, sin decir una palabra, me guía entre los invitados, serpenteando por el salón y cruzando pasillos hasta que la cantidad de personas a nuestro alrededor se reduce a nada. Estoy lista para decir que es suficiente cuando él levanta la mano libre y alcanza la manija de una puerta.

Lo sigo, curiosa, y me encuentro con un jardín al cruzar el umbral. El aire puro y fresco, tan diferente del que compartía con cientos de personas en el interior de la asociación, llena mis pulmones y cierro los ojos, disfrutándolo.

Cuando vuelvo a abrirlos, encuentro los mares azules, que Nero llama ojos, completamente fijos en mí, y no puedo contener la pregunta que brota de mis labios.

—¿Por qué me invitaste?

Él me estudia como si tampoco supiera la respuesta a esa pregunta. Y cuando el veneno impregnado en las palabras de las chismosas, en las miradas de reojo que he recibido esta noche y en los murmullos a mi alrededor está a punto de establecerse como una verdad absoluta en mi corazón, él responde, despojándolo completamente.

—Porque quise.

8

NERO ZANTHOS

La sonrisa que se dibuja en el rostro de Nina me indica que la respuesta es lo suficientemente buena para ella, y su disposición a creerme casi me arranca una risa. Es tan... fácil. Mi mente se resiste a la única palabra que encuentra, pero no hay otra para describir el total desapego con el que la mujer sonríe, conversa o, simplemente, es.

No hay ningún misterio fabricado en Nina Marchesi. No hay intentos de sensualidad disfrazada ni pretensiones de ser lo que no es. Estar en la compañía de alguien así, que no sea uno de mis hermanos, es una experiencia que no había tenido en mucho tiempo. Si es que alguna vez la tuve.

No mentí sobre mis motivos para invitarla. Puede que no sepa justificar el deseo, pero ha existido no solo una vez, sino dos. Sin embargo, no le digo eso.

—Necesitas empezar a mostrar un poco de carácter, Hadita. —Ella desvía la mirada. Una reacción completamente diferente a las otras veces que usé el apodo que mis hermanos y yo le dimos en la infancia. Nina suelta mi mano y da unos pasos más adentro del jardín. Su cabeza se inclina hacia atrás y deja que su mirada se pierda en el cielo de Khione—. Esta es la segunda vez hoy que alguien te menosprecia y no te defiendes. No puedes esperar siempre a que un salvador llegue. En la vida real, los príncipes en caballos blancos no aparecen. Solo los caballos. Y, generalmente, esos caballos solo están ahí para pisotear.

Silencio. Nina no se molesta en desviar la mirada del cielo durante largos minutos. Me acerco de nuevo, deteniéndome a su lado y buscando arriba lo que mantiene su atención alejada de mí. No encuentro nada más que el vacío estrellado de siempre.

—Eso no es verdad —dice al fin, bajando los ojos para fijarlos en mi rostro.

—¿Qué no es verdad?

—Que los príncipes no llegan en la vida real. Tú viniste en mi ayuda las dos veces, ¿no? —pregunta, y no puedo evitar que una sonrisa se acumule en el rincón de mis labios.

—¿Estás diciendo que soy un príncipe, Hadita? —Nina muerde su labio inferior y desvía la mirada como si recién ahora se diera cuenta de lo que implican sus palabras anteriores.

—Solo por esta noche. —Concede con una sonrisa tímida. Suelto una risa baja, sintiéndome, por lo que debe ser la milésima vez hoy, encantado por esa mujer.

—Entonces, ¿bailas conmigo? —Extiendo la mano hacia ella, invitándola con el gesto tanto como con las palabras—. Antes de que el reloj marque la medianoche y te conviertas en calabaza. —Hago una broma y ella suelta una deliciosa carcajada.

—Nunca dije que yo era una princesa.

—¿Pero podrías serlo? —El pedido surge de no sé dónde y fluye de mis labios con una facilidad sorprendente—. ¿Solo por esta noche? —Nina me estudia como si buscara alguna señal

de ironía en mi rostro y, al no encontrarla, acepta mi mano.

Se sorprende cuando acerco su cuerpo al mío, casi fusionándonos, sin querer que el momento que comenzó en el jardín termine.

La necesidad de presionarme contra ella es inmensa, casi como si hubiera un imán atrayendo mi cuerpo hacia el suyo y, de repente, soy hiper consciente de todo sobre ella. De la suavidad de su cuerpo, del dulce y agradable aroma de su piel, de los labios en forma de corazón que recién fueron humedecidos por su lengua y del brillo inocente en sus ojos. Lo opuesto a los deseos que de repente asaltaron mi mente.

Sin embargo, me contento con solo mirarle el rostro e intentar descubrir en sus ojos qué es lo que tiene esta mujer que me hace actuar de manera diferente a como siempre lo he hecho.

—¿Vamos a bailar aquí? —pregunta entre risas y yo entrecierro los ojos hacia ella por no estar siendo tomado en serio.

—Así es. A menos que ya quieras volver al salón, claro.

—No quiero. Pero no tenemos música —comenta y saco el celular del bolsillo. Con unos toques, una música suave comienza a sonar a nuestro alrededor.

Nina muerde su labio y sacude la cabeza, negando, pero sigue mi conducción cuando empiezo a movernos por el jardín. Son pasos cortos que no tendrían cabida en el salón, pero que aquí, en este momento inesperado en el jardín, no parecen nada menos que perfectos.

No pasa mucho tiempo hasta que decido rendirme al magnetismo de la mujer. Nuestros cuerpos se acercan hasta estar pegados y, en algún momento, tener mis ojos fijos en los suyos deja de ser suficiente. Descubrir cómo se siente el roce de sus labios se convierte en una necesidad irrefrenable.

Inclino la cabeza, acercándome despacio, dándole a Nina tiempo para retroceder, para rechazarme, pero ella no lo hace. En lugar de eso, su respiración se detiene en expectativa, sus hombros se relajan cuando se curvan hacia adentro, en mi dirección, y su cabeza se inclina un poco más hacia atrás. Me da todas las señales de que quiere esto tanto como yo y abandono mi contención.

Toco su boca suavemente al principio, probando. Cuando ella acepta la mía con un ajuste perfecto, deslizo mi lengua sobre su labio inferior, luego sobre el superior antes de succionarlos en el mismo orden. Es su lengua la que busca la mía y, cuando se encuentra, la envuelve en un beso húmedo y delicioso como definitivamente no imaginé que daría cuando salí de casa esta noche.

—Dame tu número de teléfono —le pido, manteniendo nuestra frente pegada cuando aparto nuestros labios y abro los ojos, disfrutando la vista de la mujer entre mis brazos, agitada y encendida. Ella sonríe brillantemente antes de responderme.

—Eso rompe un poco nuestro acuerdo. La condición era que yo fingiera ser una princesa solo por hoy. —Me río otra vez, porque definitivamente tiene carácter. Solo necesita aprender a mostrarlo más a menudo.

—Entonces está acordado.

—¿Qué? ¿Qué está acordado? —pregunta, inclinando un poco la cabeza para mirarme con atención.

—Mañana, seremos solo Nero y Nina. Y todavía voy a llamarte.

***

—Yo iré adelante —anuncia Drako cuando salimos de la asociación, como si eso realmente fuera una posibilidad, y le lanzo una mirada de enojo por encima del hombro mientras abro la puerta delantera para Nina.

No pude buscarla, pero no hay manera de que me rinda y la deje en su casa. Lamentablemente para ella, eso significa aguantar a Atlas, Apolo y Drako un rato más. Sin embargo, la sonrisa en su rostro hace parecer que se está divirtiendo.

—Eso no va a ocurrir —le digo, y Nina mira a Drako con una expresión burlona que él le devuelve con ojos entrecerrados y brazos cruzados.

Ella entra al coche, pero a través de la puerta abierta, los dos mantienen su duelo silencioso. Finalmente, Drako suelta un resoplido, abre la puerta trasera y se lanza al asiento, condenando a Atlas a quedarse sentado entre él y Apolo. Cierro la puerta de Nina y rodeo el coche hasta llegar al asiento del conductor. Me acomodo justo a tiempo para escuchar la última queja de Drako.

—Ella acaba de llegar y ya está en la ventana. —Refunfuña como un niño y yo revuelvo los ojos.

—Tú también estás en la ventana —señala Nina, girando el cuello hacia atrás después de abrocharse el cinturón de seguridad.

—Ventajas de tener tetas… —murmura Drako, y Apolo se ríe a carcajadas mientras Atlas esconde su rostro detrás de sus manos y sacude la cabeza en señal de negación. Salgo del estacionamiento y tomo la salida hacia la calle.

—¿Cómo es eso? —pregunta Nina.

—Es lo único que tienes y yo no, y te asegura el mejor asiento.

—No es lo único que tengo y tú no. —Nina se ríe antes de que tenga la oportunidad de decirle que no quiero que lleve a Drako con ella. Aunque él no tiene límites, su respuesta me muestra que le da miedo, y eso es suficiente para mí.

—Si dijera lo otro que tienes y yo no, me echarían del coche y no quiero volver a casa a pie. No hay Uber en esta isla y todos los taxistas ya deben estar dormidos, probablemente borrachos en sus camas, después de la fiesta. —Ahora es Nina quien echa la cabeza hacia atrás en una risa contagiosa.

—Estaba hablando de mi bonita sonrisa. —Le guiña un ojo a Drako, quien asiente con una sonrisa boba en su rostro, la misma que he visto en el rostro de Apolo y hasta en la expresión de Atlas varias veces esta noche.

El viaje hasta la casa de Nina no dura más de diez minutos y se acompaña de una conversación constante sobre todo y nada entre los cinco. Nina está emocionada por haber regresado a casa después de años, y me encuentro queriendo saber todo sobre ese tiempo que estuvo fuera. ¿Qué hizo? ¿Qué planeó? ¿Fue feliz? ¿Qué quiere para el futuro? Son preguntas inesperadas que guardo para otro momento. Extrañamente, no quiero compartir las respuestas con mis hermanos. Y siempre he compartido todo con ellos.

Estaciono el coche frente a la casa de Nina, y ella se quita el cinturón de seguridad y se despide de los chicos con una sonrisa y palabras amigables. Drako salta del coche y le abre la puerta antes de que tenga la oportunidad, no por educación o buena voluntad, sino porque en el momento en que el asiento está vacío, él lo ocupa, provocando otra risa de Nina.

Ella rodea el coche y caminamos juntos hasta las escaleras de su casa. Ella se detiene en el primer escalón, mirándome, mientras yo me mantengo en la acera. Eso casi alinea nuestras alturas. Erguí la mano para tocar su rostro, y la piel suave de su mejilla es cálida y suave bajo mi mano.

—Gracias por la noche. —Le agradezco, y ella sonríe con esa expresión atrevida que estoy descubriendo que adoro ver en su rostro. Nina hace una reverencia ligera antes de responderme.

—Siempre es un placer ser una princesa. —Me río a carcajadas antes de eliminar la corta distancia que nos queda entre nosotros, acercando mi rostro al suyo y viendo cómo sus ojos azules bajan lentamente.

Le beso la mejilla, aunque el deseo de besar sus labios burbujea bajo mi piel. No confío en mis amigos para que no hagan el ridículo, sin embargo. Y la mirada que Nina lanza hacia el coche me dice que ella tampoco se sentiría cómoda. Alcanzando una de sus manos con mi mano libre, siento la necesidad de tocarla un poco más.

—Te llamaré mañana.

—Y seremos solo Nero y Nina.

—Nada más.

—Nero tendrá que esforzarse si quiere superar al príncipe. —Me guiña un ojo antes de girarse y subir las escaleras. Me río alto ante su audacia y, antes de que entre por la puerta, le respondo.

—No debiste desafiarme.

9

NERO ZANTHOS

—¡Gracias a Dios! ¡Estás en casa! —Mi madre entra en mi habitación como un huracán, y levanto la vista del celular antes de guardarlo en el bolsillo del pantalón. Me giro hacia Lysandra.

Su imagen impecable, con un vestido color champaña y tacones blancos, no combina con la gravedad reflejada en su rostro. Inmediatamente, siento cómo mis hombros se tensan por su tono.

Lysandra tiene la mala costumbre de exagerar, y la mayoría de las veces sus "grandes problemas" no son nada relevantes. Sin embargo, no puedo evitar sentir alarma cada vez que suena así. Siempre pienso que, tal vez esta vez, algo realmente malo ocurrió, y lo último que necesitamos es un problema en la mañana de Navidad.

—¿Qué pasó? —pregunto, mientras mi mente corre a mil, buscando soluciones para un problema que aún no conozco.

—¡Esto pasó! —responde, levantando un ejemplar de periódico frente a mi cara, casi restregándolo en mi rostro. Me toma unos segundos procesar la imagen en la portada: Nina y yo, anoche, en los jardines. Estamos uno al lado del otro, mirándonos y sonriendo. La foto fue tomada antes de que bailáramos, antes del beso. Encima de la imagen, destaca el titular: *¿Heredero griego atrapado?*—. ¡Es un desastre de Navidad! —declara Lysandra con dramatismo, y hago un esfuerzo para no bufar. Aparta el periódico de mi cara, lo justo para que pueda ver su expresión genuinamente preocupada.

—Es solo una foto, mamá.

—¡Es una foto tuya con esa... esa…! ¡Urgh! Ni siquiera sé cómo describir a esa chica —masculla, frustrada, y yo me muevo por la habitación, ignorando su berrinche ahora que sé que no ha pasado nada grave. Me pongo el reloj de la mesa de noche en la muñeca—. Tienes que tener más cuidado, Nero.

Me giro solo un poco hacia ella.

—¿Cuidado con qué?

—Con tus... —Hace una pausa, buscando las palabras, aunque conozco a mi madre lo suficiente para saber que tiene cada palabra perfectamente elegida desde el momento en que decidió entrar aquí—. Compañías —concluye—. Debes tener cuidado con las personas que te rodean. Toda la vida tú y esos chicos —escupe las últimas palabras con desprecio, como siempre —han estado en todo tipo de enredos, pero nunca terminaste en la portada de un periódico por eso. No puedes perder la cabeza ahora, Nero.

Levanto una ceja de forma automática. Parpadeo y casi me río. *¿Todo tipo de enredos?* ¿De dónde sacó eso? Meto los labios hacia adentro, luchando por no soltar una carcajada. Sé que solo la irritaría más, y, ¡mierda!, es Navidad.

—¿Todo tipo de enredos? —repito, divertido.

Lysandra revira los ojos.

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

Frunzo el ceño, porque no, no tengo idea de a qué se refiere. Esa afirmación solo tendría sentido si sumáramos todas las mujeres con las que Apolo se ha acostado y sacáramos un promedio para los cuatro. Pero dejo ese pensamiento de lado.

—No creo saberlo.

Mi madre suelta un gruñido frustrado.

—El equipo de relaciones públicas ya está trabajando en esto —dice, ignorando mis palabras por completo—. Pero debes ser más discreto, Nero. ¡Solo eso! Evita aparecer en más portadas con... con ese tipo de persona.

Exhalo un largo suspiro, dejando que sus palabras entren por un oído y salgan por el otro.

Amo a mis padres. Estoy profunda y eternamente agradecido por todo lo que me han dado y por las oportunidades que me permitieron extender a otros.

Pero eso no significa que no vea a los seres humanos que son. Lysandra y Konstantino han sido buenos padres para mí, mucho más de lo que esperaba cuando me dijeron que me adoptarían.

Los primeros años después de salir del orfanato fueron difíciles para todos. Me escapé muchas veces. Hice tonterías a propósito para que me devolvieran, esperando volver con mis amigos, no al orfanato, sino a ellos.

Tomó tiempo y paciencia de parte de Lysandra y Konstantino para que yo entendiera que realmente me habían elegido y que no había nada que pudiera hacer para cambiar eso. Podía resentirme por las oportunidades que de repente caían a mis pies tras años sin opciones, o aprovecharlas. Elegí lo segundo.

Los cinco años que estuve separado de mis hermanos porque mis padres no me permitieron tener contacto fueron los más duros de mi vida. El día que cumplí dieciocho, volví al orfanato y fue la primera vez que los vi en mucho tiempo.

Llevé un pastel que no era para mí, sino para ellos. Porque cada experiencia que viví durante esos años la prometí como un sueño para ellos también. El pastel fue solo el comienzo.

En el orfanato no había fiestas. Como mucho, Rosa traía un cupcake con una velita para cantarnos *feliz cumpleaños* en secreto.

Después de ese día, volví una y otra vez. Cada vez que uno de ellos alcanzaba la mayoría de edad, lo sacaba de ahí. Primero fueron los gemelos, y dos años después, Drako.

Aunque a mis padres les costó aceptar que mi vínculo con mis hermanos no terminaría con mi tiempo en el orfanato, fue gracias a la educación que Lysandra y Konstantino me dieron, y al peso del apellido Zanthos, que logré ayudarlos.

Ellos me criaron como su hijo desde el primer día que llegué a esta casa. Me dieron lo mejor

de sí mismos y lo mejor que el mundo podía ofrecer. De la noche a la mañana, tenía todo, y no lo desaproveché. Estudié, me convertí en el responsable de los negocios familiares y di a Apolo, Atlas y Drako oportunidades que jamás habrían tenido sin mis padres.

Hoy, mis amigos son tan educados como yo y manejan sus propios negocios. Yo financié sus comienzos, pero hace años que cada moneda que invertí me fue devuelta. Ninguno de ellos descansó hasta devolverme hasta el último centavo, aunque no fuera necesario.

Y eso no fue todo lo que la familia Zanthos me dio al adoptarme. Me dieron la oportunidad de asegurarme de que ningún niño en Khione pase por lo que yo pasé. Esa es la misión principal de nuestra asociación: cuidar, apoyar y acompañar.

Por eso cambio de tema.

—¿Cómo va la organización del almuerzo? ¿Necesitas algo?

—¿No vas a salir, verdad? —pregunta mi madre, lista para recordarme que prometí estar aquí.

—Solo más tarde. Si no me necesitas antes de que lleguen los invitados, estaré en el despacho.

Ella asiente, satisfecha, y se acerca. Finalmente, su postura se relaja.

—Solo necesito que estés aquí. —Me rodea la cintura con los brazos y le dejo un beso en la frente—. Buen día, Nero —me dice, sacándome una sonrisa.

Las prioridades, ¿no?

10

NINA MARCHESI

Bajo la mirada hacia el celular en mi mano, incapaz de contener la sonrisa que se dibuja en mi rostro.

Nero/príncipe: Buenos días, Hadita.
PD: Esto no reemplaza la llamada que te prometí.

Leo y releo el mensaje una y otra vez, queriendo asegurarme de que realmente estoy viendo esas palabras. Llego a la conclusión de que esto tiene que ser algún tipo de sueño extraño y muy realista. Estoy casi segura, pero por favor, que nadie me despierte.

Ese beso…

Si no tuvieron la cortesía de despertarme antes de que pasara, dejándome sentir cómo todo dentro de mí me impulsaba hacia la boca de Nero, queriendo más y más, entonces, por favor, no sean crueles ahora. Déjenme seguir soñando, solo un poco más. Respondo rápidamente.

Nina: Buenos días para ti también, Nero.
PD: Me alegra saberlo.

Ni siquiera el sonido de la puerta principal al cerrarse consigue borrar la sonrisa de mi cara. Pero me arrepiento de no haberlo disimulado en el momento en que mi mamá aparece en el marco que separa la entrada del salón. Su expresión me hace bajar los ánimos de golpe.

—¿Qué pasó? —pregunto, viendo cómo aprieta los labios, pensando en sus palabras. Después de casi un minuto, desiste de hablar y simplemente levanta la mano. Entonces noto que tiene un periódico en ella.

Acorta la distancia entre nosotras en unos pasos y me lo entrega. Frunzo el ceño, confundida, pero tomo las hojas de todas formas. En cuanto lo abro, mis ojos se agrandan ante lo que veo: somos Nero y yo, en el jardín de la asociación, la noche anterior. Alguien nos fotografió, y siento cómo mi corazón se acelera al observar ese instante congelado en la imagen.

Estamos mirándonos y sonriendo. El encuadre hace parecer que el cielo estrellado estaba ahí solo para enmarcarnos. Es una foto preciosa. Mis ojos se pierden en ella hasta que las palabras de mi mamá me sacan del trance.

—No creo que esto sea buena idea, Nina.

Levanto la vista, con las cejas arqueadas. Mamá siempre ha sido mi mayor apoyo, sin importar lo que decidiera hacer con mi vida, así que esas palabras me toman completamente por sorpresa.

—¿Perdón? —pregunto, dejando claro que no entendí lo que quiso decir.

—No dije nada ayer en la fiesta porque lo hecho, hecho está, pero solo pasó una noche y ya estás en los periódicos, y la gente ya está hablando. —Hace una pausa, y frunzo la nariz al

recordar por qué Nero y yo nos alejamos al jardín en primer lugar.

—Mamá, Khione es el epicentro del chisme. La gente va a hablar, pase lo que pase. —Doy dos pasos hacia atrás y me dejo caer en el sofá.

—Sí, pero esto no va a afectar a Nero como te afecta a ti. —Suspira mientras se sienta a mi lado—. Sabes cuánto quiero a ese chico. No solo a él, sino a cada uno de los que pasaron por mis manos. Pero Nero, Apolo, Atlas y Drako son especiales. He celebrado cada logro suyo desde que eso significaba pasar un fin de semana sin que se descompusieran los baños del orfanato. Pero eso no significa que cualquiera de ellos sea para ti.

Parpadeo, repitiendo sus palabras en mi mente para ver si encuentro un sentido distinto al que me acaba de dar, pero no importa cuántas veces las analice, siguen siendo igual de ofensivas.

—¿Ninguno es para mí? ¿Me estás diciendo que no soy lo suficientemente buena para ellos? —le digo, necesitando confirmación.

Los ojos de mamá se abren de par en par y se echa hacia atrás, como si mis palabras la hubieran golpeado.

—¡No! ¡Por Dios, Nina! No quise decir eso. Lo que trato de explicarte es que Nero ya no es el niño para el que yo horneaba galletas.

—El tiempo pasa para todos, mamá. —Desvío la mirada.

—No te hagas la tonta, sabes que no me refiero a eso. Su familia es la dueña de esta isla, Nina. Estuviste con él solo unas horas en una fiesta, y ya amaneciste en la portada del periódico más importante de Khione, con un titular que dice: “¿El heredero fue atrapado?”

Vuelvo a mirar el periódico y recién noto el título de la nota. Casi me río.

—¿De verdad, mamá? Solo estuve con él unas horas. No estoy planeando casarme ni pensando en los nombres de nuestros hijos. Entiendo que la gente chismosee y exagere, pero ¿tú?

—Lo que quiero decirte es que, cuando algo se rompe, siempre se rompe por el lado más débil.

—Pues qué suerte que, en este caso, no hay nada que se pueda romper, ¿no?

—Vi cuando te dejó en la casa, Nina.

—¿Me estás espiando? —pregunto, echándome hacia atrás.

—¡Por supuesto! —responde sin vergüenza, y casi se me cae la mandíbula al piso—. Eres mi hija, viviendo en mi casa después de años fuera. ¿Qué clase de madre sería si no te espiara?

—No sé ni cómo responder a eso —digo con sinceridad, mientras mamá baja la cabeza y suelta otro de sus largos suspiros.

—Tu vida es tuya, hija. Siempre lo he tenido claro, y no voy a cambiar ahora. Haz lo que quieras, incluso aparecer en las portadas de los diarios si eso es lo que te hace feliz. Mi único papel aquí es preguntarte si estás viendo todos los ángulos de esta situación.

Muerdo mi labio y ladeo la cabeza, mirando a mamá a los ojos, desarmada por la preocupación genuina que refleja.

—Fue solo una noche. —Es la verdad, aunque en mi mente ya imaginé mil escenarios posibles que podrían salir de esa noche.

—¿Y fue la última? —pregunta, y yo aparto la vista.

—Espero que no. —Le soy sincera y veo cómo, esta vez, es ella quien evita mi mirada—. Pero eso no cambia nada, mamá. Vine aquí con un objetivo, y ni una noche ni diez van a hacer que lo abandone. Tú siempre hiciste todo por mí. Ahora quiero devolverte el favor. —Le tomo la mano y la aprieto entre las mías.

Ella me observa por un momento antes de poner los ojos en blanco.

—Si vas a trabajar tanto para eso, lamento decirte que no tendrás vida. Me debes una fortuna, niña. Criarte me salió muy caro, así que no exageremos, ¿ok? —Hace la broma, y funciona, porque me río. La tensión se disuelve al instante.

—Entiendo tu preocupación, de verdad. Pero no tienes por qué preocuparte tanto. Solo quiero vivir, experimentar.

—Y siempre te voy a apoyar. Solo te pido que cuides dónde pones los pies. Hay caminos que no tienen vuelta atrás.

—¡Cuánto drama, doña Rosa! —exclamo con una risa suave—. No tienes de qué preocuparte conmigo. —Ella aprieta los labios, dudando—. No importa lo que pase, tengo un plan, y no va a cambiar.

11

NERO ZANTHOS

—Este lugar es increíble —dice Nina, un poco sorprendida mientras sus ojos se pierden en la inmensidad de la playa desierta frente a nosotros.

Detrás de ella, las olas rompen en un vaivén interminable, y el sonido del agua espumosa completa el escenario casi perfecto de esta playa privada.

Tengo la tentación de tomarle una foto: su cabello se agita con el viento, al igual que el vestido blanco que le rodea el cuerpo. Me contengo, pero ella se gira hacia mí y me atrapa mirándola.

—¿Qué? —pregunta con una sonrisa traviesa.

Acorto la distancia entre nosotros y paso mi brazo por su cintura, cediendo al deseo que ha estado rondando mi mente desde que se subió a mi auto hace casi una hora: tocarla. Ella inclina el cuello hacia atrás para no perder el contacto visual conmigo, a pesar de nuestra diferencia de estatura.

—Eres hermosa. —Sus labios se curvan en una sonrisa amplia, dejando ver sus dientes, y su piel se sonroja ligeramente. Es la primera vez que veo a alguien sentirse engreída y avergonzada por un cumplido al mismo tiempo. Maldita sea, es encantadora.

—Entonces sigue mirándome así —me dice, firme, haciéndome reír.

—Tengo una idea mejor —murmuro, inclinando la cabeza hacia ella lentamente, disfrutando cada segundo antes de que mis labios encuentren los suyos.

Nuestras bocas se encuentran, y me doy cuenta de que mi recuerdo de su beso no le hacía justicia. La dejo tomar la iniciativa al principio. Nina es voraz e inexperta a la vez. Su lengua busca la mía, envolviéndola en una caricia deliciosa, y luego se aparta para besar mis labios una y otra vez.

Suelto la cesta de picnic en la arena, y el sonido seco del impacto se pierde en el entorno. Libero mis manos y las deslizo entre su cabello, tirando suavemente para tantear su reacción. Ella responde con un gemido suave que me atraviesa directo hasta la entrepierna.

La atraigo más hacia mí, profundizando el beso y tomando el control. Exploro su boca con mi lengua, saboreando cada rincón y memorizando el contraste de su sabor mezclado con el mío. Cuando nos separamos, ambos estamos jadeando, y la sensación de sus pechos presionando mi torso con cada respiración entrecortada me provoca un escalofrío delicioso.

Paso mi mano por su rostro hasta que mi pulgar roza sus labios húmedos y rojos.

—¿Esto era lo que habías planeado para hoy? Porque, si es así, no me quejo —dice con los ojos aún cerrados, provocando una carcajada en mí.

—No —respondo entre risas—. Pero te prometo que lo que planeé para hoy es igual de

bueno.

***

—No puedo creer que la isla sea tan pequeña y, aun así, haya partes que no conozco —comenta Nina mientras terminamos de acomodar el picnic y nos sentamos sobre la toalla en la arena. Una vez más, recorre con la mirada la playa a nuestro alrededor.

—Mucho de Khione es propiedad privada —digo, y ella se ríe.

—Casi toda Khione es propiedad privada. —responde, y no puedo contradecirla. Especialmente porque la mayoría de esas propiedades pertenecen a mi familia—. ¿A qué te dedicas? O sea, sé que trabajas en la empresa familiar y que son los reyes del algodón. Pero, ¿qué es lo que realmente haces?

—¿Reyes del algodón, eh? —le pregunto, y ella se encoge de hombros antes de tomar un durazno del recipiente frente a nosotros y darle un mordisco. Me quedo observándola mientras lame el jugo que escurre por sus labios. Maldita sea—. Hago un poco de todo, por si suena vago —respondo, provocando su risa.

—No creo que vayas a recoger algodón en los campos, Nero.

—Hace tiempo que no lo hago, pero eso no significa que nunca lo haya hecho. —Sus cejas se levantan, y luego me lanza una mirada sospechosa.

—¿En serio trabajaste en el campo?

—Durante meses —aseguro—. Es parte del programa de capacitación en Zanthos. Pasamos por todas las áreas de la compañía para que, cuando lleguemos a puestos ejecutivos, sepamos cómo funciona cada detalle. Es una buena estrategia.

Nina guarda silencio por un momento, mordiéndose el labio. Sus ojos adquieren un brillo malicioso, y de inmediato dirijo la mirada al durazno que aún sostiene en la mano.

—¿Qué pasa?

—Solo estaba imaginando tu versión en el campo. —Su sonrisa atrevida ilumina su rostro, y sus mejillas se tiñen de un ligero rubor.

—¿Y cómo es esa versión, según tú?

—Si te lo digo, voy a tener que matarte —responde sin pensarlo, provocando que me ría a carcajadas. Niego con la cabeza, divertido.

—¿Y tú? —le pregunto, siguiendo el cambio de tema—. ¿Qué quieres hacer ahora que terminaste los estudios?

—Trabajar. Ayudar a mi mamá a comprar nuestra casa y la tienda. La única forma de lograrlo es trabajando duro.

—Suena como un buen plan.

—Llevo mucho tiempo pensándolo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto, curioso.

—Desde la secundaria —admite, y yo levanto las cejas. Ella se apresura a explicar—. Lo único que mi mamá siempre quiso fue algo que pudiera llamar suyo, ¿sabes? Algo nuestro, en realidad.

Yo asiento.

—Criar una hija sola no fue precisamente fácil. Siempre hizo lo que pudo para darme lo mejor dentro de sus posibilidades. Hace mucho que dejó de pensar en ella misma.

—Tu mamá es una mujer increíble. Una madre increíble.

—Lo es. —Nina asiente con una sonrisa orgullosa—. ¿Sabías que, cuando mi mamá se fue a Grecia, me dejó al cuidado de una tía en Roma?

—No lo sabía —respondo, y ella niega con la cabeza, como si su mente viajara a un recuerdo distante, buscando las palabras exactas.

—Se fue de Italia unos meses después de que perdimos a mi papá. Fue una desgracia. Una gripe mal tratada que se convirtió en neumonía y terminó con su vida.

—Lo siento mucho —me apresuro a decir, al ver la expresión en su rostro, como si ella también sintiera ese dolor.

Ella se encoge de hombros.

—No lo recuerdo a él. —Se vuelve hacia mí con una sonrisa triste—. Solo tenía dos años. Mi mamá dejó Italia con una mano adelante y otra atrás, buscando una vida mejor para las dos. Le tomó tres años lograr establecerse y poder venir a buscarme.

—Recuerdo cuando llegaste. La niña de ojos grandes que seguía a Rosa para todos lados —bromeo, y Nina revuelve los ojos azules.

—Me llevaba al orfanato porque no tenía con quién dejarme. —Nina sacude la cabeza, incrédula ante todo lo que su madre hizo por ella—. Devolverle todo lo que hizo fue tan natural como respirar. Desde que tuve edad para entenderlo, no veía la hora de dejar de ser una carga para ella.

—Dudo que Rosa alguna vez te haya visto como una carga, Nina.

—Sé que mi mamá habría hecho cualquier cosa por mí, pero para eso tuvo que dejar de hacer casi todo por sí misma. Mientras estudiaba, aunque ya trabajaba y ganaba lo suficiente para mantenerme, ella insistía en mandarme dinero porque sabía que estaba al límite. Tenía una beca, pero aún necesitaba comer, moverme por la ciudad y cubrir los materiales de la universidad. Cada centavo que recibía me ayudaba a depender lo menos posible de su apoyo. —No sé qué parte de su historia me toca más, pero siento una admiración inmediata hacia ella y hacia su madre. Puedo respetar a alguien que piensa así, tanto como respeto a una madre que se sacrifica por su hijo.

—Te graduaste en enfermería, ¿cierto?

—¿Mi mamá ya les contó eso a todos los habitantes de Khione? —bufa Nina.

—Acabas de decir que hizo todo lo posible por ti. Es lógico que esté orgullosa de que hayas logrado lo que soñaba para ti. Estoy seguro de que, más allá de tus planes, esa es la única retribución que realmente desea.

—Bueno, no es suficiente —declara, firme—. Y sí, me gradué en enfermería.

—El hospital de la isla es de mi familia, ¿sabías? Puedo…

—¡No! —me interrumpe, casi con desesperación. Y si antes ya parecía firme, no tengo una palabra lo bastante precisa para describir lo que transmite ahora—. Te agradezco mucho por ofrecerte, pero ya tengo un plan para eso. —Asiento, sumando otro motivo para admirar a esta mujer.

—*La proposta è a tua disposizione*[1] —le digo, y sus cejas se levantan.

—¿Hablas italiano?

—Es una historia graciosa, en realidad. Pero sí, lo hablo. Drako, Apolo y Atlas también. —Sus ojos se entrecierran, expectantes. Sabe que no voy a detenerme ahí—. Hace unos años, una italiana vino a vivir a la isla. Apolo decidió que tenía que salir con ella, pero como ella no se enamoró de su sonrisa ni de sus malas bromas, como él está acostumbrado, decidió que la mejor forma de acercarse era volverse su alumno.

—¡Ay, Dios mío! —exclama entre risas.

—El problema —continúo—es que ella solo daba clases a grupos de tres o más alumnos. Nos obligó a todos a inscribirnos. —Nina echa la cabeza hacia atrás, riendo a carcajadas—. Y aún hay más. Tiempo después, llegó el novio de la italiana. Resulta que tenía una relación a distancia y, cuando Apolo entendió que nunca caería bajo su encanto, quiso dejar las clases.

—Pero ustedes no lo dejaron, ¿verdad?

—¡Claro que no! ¿Perder la oportunidad de hacerlo probar su propia medicina? ¡Ni pensarlo! Fueron dos años de clases intensivas, aguantando a Apolo de mal humor, pero todos terminamos hablando italiano con fluidez.

—*Molto bene!*[2] —aplaude Nina, divertida—. ¿Qué pasa? ¿Soy hermosa? —pregunta, juguetona, después de notar que la miro por un momento largo.

Le devuelvo la sonrisa.

—Estás demasiado lejos.

Le tomo la mano en silencio, y ella arquea una ceja.

—No lo creo —responde, rozando su rodilla contra mi pierna, como si con eso bastara para demostrar que tiene razón.

—Podrías estar más cerca. Ahora mismo estás mucho más lejos de lo que me gustaría. —Le doy un ligero tirón del brazo, y ella se deja llevar con una risita.

Se acomoda en mi regazo, envolviendo mis piernas con las suyas, justo donde la quiero.

12

NINA MARCHESI

La velocidad con la que la temperatura pasa de cálida a insoportablemente caliente es impresionante. Y no tiene nada que ver con el sol de invierno que brilla suave sobre nosotros. Tener a Nero tan cerca hace que mi piel empiece a arder de repente.

Honestamente, solo verlo sin el traje, tener esa vista de sus antebrazos tatuados, ya me puso en alerta desde el momento en que crucé la puerta de la casa y lo encontré apoyado contra su auto, con los brazos cruzados, esperándome.

La camisa blanca, con las mangas dobladas hasta los codos, apenas dejaba algo a la imaginación. Me hacía preguntarme cómo continuarían los tatuajes más allá de lo que alcanzaba a ver bajo las sombras del tejido.

Sus lentes oscuros ocultaban su mirada, y me sentí una tonta por no haber sacado los míos de la bolsa. Hubiera agradecido tener algo que disimulara lo mucho que lo estaba mirando.

Nero desliza apenas los pulgares sobre mi muslo, justo en el borde donde la tela de mi vestido de playa se ha subido al envolver mis piernas a su alrededor, provocándome mientras su respiración choca lentamente contra mi rostro.

Bajo la mirada hacia sus labios. Besarlo se siente tan bien.

—¿Solo estamos nosotros dos aquí? —pregunto.

—Solo nosotros.

—¿Nadie va a aparecer?

—No, Hadita. Somos solo tú y yo.

No resisto más. Presiono mi boca contra la suya, encajándola perfectamente, lamiendo primero su labio inferior y luego el superior. Los succiono suavemente hasta que Nero atrapa mi labio inferior con sus dientes.

El escalofrío que me recorre es inmediato, y de repente tengo la sensación de estar demasiado vestida para estar en la playa. Nero parece pensar lo mismo, porque sus manos comienzan a deslizarse hacia arriba, levantando mi vestido hasta que lo lanza fuera de mi cuerpo, dejándome en su regazo, vestida solo con un bikini rojo.

Se aparta un poco, lo justo para dejar que su mirada acaricie mi cuerpo, centímetro a centímetro, como si cada parte de mí fuera demasiado valiosa para perderla de vista. Empieza en mi cuello, baja por mi pecho, dedica especial atención a mis tetas, y continúa su recorrido por mi abdomen antes de desviarse hacia mis muslos. Luego vuelve a subir hasta encontrarse con mi rostro.

Sus manos recorren el mismo camino, pero en dirección opuesta.

Ahora es él quien me besa, y lo hace con una intensidad diferente, casi con hambre. Su lengua

es exigente y decidida, lamiendo y chupando la mía, invadiendo mi boca, ocupando cada rincón que encuentra.

Mi cuerpo responde por sí solo, eliminando cualquier distancia entre nosotros, hasta que mis tetas están aplastadas contra su camisa. Entonces pienso que ahora es él quien está demasiado vestido para estar en la playa.

Llevo mis manos hacia el primer botón de su camisa y empiezo a desabotonarla al tacto. Cuando suelto el último, agarro la tela por los hombros y la empujo hacia atrás, obligando a Nero a soltarme por un momento para quitarse la camisa.

Cuando sus manos vuelven a tocarme, ya no hay rastro de provocación. Agarra mis muslos con firmeza, deslizándolas por mi piel hasta apretar con ganas mi culo, arrancándome un gemido entre nuestros besos.

Me empuja contra él, aplastando mis tetas contra su torso. La sensación las vuelve sensibles e hinchadas, y cada roce me hace gemir una y otra vez mientras su lengua sigue dominando mi boca.

Mis manos recorren su cuerpo, acariciando sus hombros, explorando su espalda y enredándose en su nuca. Los gruñidos bajos y profundos que escapan de sus labios son deliciosos, haciéndome sentir poderosa por arrancárselos.

Nero me maneja como si fuera una muñeca, moviendo mis caderas hacia adelante hasta que siento cómo el centro de mis piernas se roza con su erección firme.

Inclino la cabeza hacia atrás, incapaz de mantener el beso mientras mi boca se abre para liberar un gemido entregado.

El placer que siento es completamente nuevo. Sus labios recorren mi mandíbula, y su lengua traza un camino húmedo por mi garganta antes de succionar la piel.

Me muevo contra él, buscando más de ese contacto que acaba de darme, y su boca encuentra la mía otra vez.

Encuentro justo el punto que buscaba, alineando la erección de Nero con mi clítoris y frotándome contra él sin importarme la tela que aún nos separa. La necesidad me consume por completo, dejándome irracional. Lo único en lo que puedo pensar es en que quiero más. Más de su boca. Más de sus caricias. Más del placer que me provoca moverme sobre su regazo.

Mis gemidos se hacen más intensos y frecuentes a medida que mis movimientos se vuelven desesperados, persiguiendo lo que tanto deseo. Nero no parece molesto porque haya perdido el ritmo de nuestro beso, atrapada en la sensación. Sigue tocándome, lamiéndome y chupándome hasta que mi cuerpo no puede más y estalla.

El orgasmo me sacude, dejándome como una masa temblorosa en sus brazos. Mantengo los ojos cerrados por largos minutos, intentando recuperar el aliento y que mi corazón vuelva a su ritmo normal. Cuando finalmente los abro, me encuentro con su mirada azul fija en mi rostro, desbordante de deseo.

—Te ves preciosa cuando acabas, Nina —dice con admiración, y de inmediato siento cómo

me arden las mejillas.

Me río de mí misma y escondo la cabeza en su hombro, avergonzada por la intensidad de su atención. ¿En serio me pongo roja justo ahora, después de usarlo descaradamente para llegar a mi orgasmo? Vamos, Nina, por favor.

Siento sus labios rozar mi hombro, seguidos de la punta de su nariz deslizándose por mi piel, despertando un nuevo escalofrío. Mi cuerpo palpita, entre la satisfacción y un deseo que empieza a reavivarse con sus caricias. Me aparto un poco y Nero roza su nariz contra mi mejilla, en una caricia inesperada.

Me besa suavemente, y con ese toque, el deseo regresa como si nunca se hubiera ido. Esta vez, todo empieza más lento.

Cada movimiento parece calculado, como si estuviera siguiendo una coreografía precisa para encenderme de nuevo. Su boca roza mi mentón, sus dientes arañan mi mandíbula, y sus manos recorren mi costado hasta que siento sus pulgares colarse bajo los tirantes de mi bikini.

Busco su boca con urgencia, deslizando mi lengua dentro de la suya. Sin embargo, apenas tengo un par de segundos de control, porque en cuanto sus dedos rozan mis pezones, piel contra piel, la sensación me arrebata por completo.

—Demasiado rápido —jadeo, separándome de él de golpe. Me doy cuenta de que si seguimos así, las cosas definitivamente se nos van a ir de las manos. Me deshago de su contacto y prácticamente me dejo caer en la arena, a su lado. Me cubro los ojos con el brazo—. Necesito un minuto —añado, aún intentando recuperar la compostura.

La pausa se alarga, y por un momento, casi retiro el brazo porque necesito verlo.

—Yo creo que voy a necesitar tres vidas —responde por fin. Bajo el brazo y lo encuentro sonriendo. Nero se recuesta a mi lado, apoyado en un codo para mantener su altura sobre mí. Su mano libre acaricia mi mejilla, pasando el pulgar lentamente por mi piel—. Es broma. Tranquila, no hay prisa, Nina —me asegura con calma, y yo me muerdo el labio, pensativa.

Tomo una respiración profunda, reuniendo valor antes de hablar.

—Creo que este es un buen momento para decirte que soy virgen.

13

NINA MARCHESI

Es imposible evitar que una pequeña decepción se instale en mi estómago como una piedra al leer el mensaje en la pantalla de mi teléfono, sin importar lo dulces que suenen las palabras.

Nero/Príncipe: Lo siento mucho, Hadita, hoy no podré. Mañana, a la misma hora.

Menos de una semana después de nuestro encuentro en la playa, esta sería la cuarta vez que Nero y yo saldríamos juntos. El sentimiento en mi pecho no tiene que ver con que haya cancelado, sino con el hecho de que no lo veré. Tampoco me parece justo culparlo por eso. Es año nuevo.

Aunque Nero no haya dicho nada al respecto, sé que salir juntos para las tradiciones del primer día del año podría dar una impresión equivocada sobre lo que realmente ocurre entre nosotros. Es un motivo válido para cancelar, incluso si él no lo usó como excusa.

Miro mi reflejo: el vestido azul ajustado en la cintura y con falda suelta, los tacones altos y las pulseras coloridas en mi muñeca, que combinan con el diseño floral de mis uñas de esta semana.

Una parte insegura de mí se pregunta si la cancelación tiene que ver con la revelación que le hice en la playa, pero ahuyento esa idea rápidamente. Hemos tenido otros encuentros desde entonces, y Nero ha sido perfecto en cada uno. Si lo de ser virgen fuera un problema para él, no habríamos pasado del primer encuentro, ni mucho menos llegado al tercero.

Escribo una respuesta rápida diciendo que no hay problema, dejo el teléfono sobre la mesita del centro y voy a buscar a mi madre. La encuentro en la cocina de la casa y me detengo en el marco de la puerta, cruzando los brazos mientras la observo.

Mi madre baila sin música, distraída mientras decora los pequeños frascos con vasilopita[3], que repartiremos en la calle como parte de las tradiciones de año nuevo griegas.

No se percata de mi presencia hasta pasados casi cinco minutos. En cuanto se gira y me ve, suelta un grito y se lleva la mano al pecho, como si intentara calmar su corazón acelerado.

Echo la cabeza hacia atrás y estallo en carcajadas. Mi madre rezonga en griego e italiano, maldiciendo de mil maneras.

—¡No se hace eso, Nina!

—¿Eso qué? ¡No hice nada! —protesto, y ella hace un puchero.

—¿Nero ya llegó?

—Esta tarde solo estaremos tú y yo —explico, y alza las cejas con curiosidad. La tranquilizo con un gesto de la mano.

—¿Es necesario que suenes tan desanimada? —me pregunta, y yo reviro los ojos, segura de que no soné desanimada en lo más mínimo—. Nueve meses de embarazo, dolor de parto, y luego

nos relegan a la segunda opción. La vida es injusta —dramatiza.

Apoyo una mano en la cintura y avanzo hacia la cocina. Me detengo frente a mi madre y entrecierro los ojos.

—Sabes que siempre planeamos participar juntas en la tradición. ¡No es que te esté usando de segunda opción, mamá!

—Eso no importa —declara, tratando de ocultar una sonrisa descarada.

—Claro que no —respondo, riendo, mientras voy al fregadero a lavarme las manos.

Las seco y me coloco a su lado, en la mesada, ayudándola a organizar los ingredientes que necesitamos y metiéndolos en bolsas separadas.

—¿Tenemos las granadas? —pregunto, repasando mentalmente la lista.

—¡Sí! —responde. Abre el armario, saca una cesta con una bolsa dentro y la abre para que elija. Tomo dos y las meto en los bolsillos de mi vestido.

Lleno una bolsita de papel con piedras pequeñas y otra de lino con piedras más grandes. Las ato al cinturón que cuelga en la mesada y lo ajusto con cuidado alrededor de mi cintura.

Me giro hacia mi madre y asiento, indicándole que estamos listas. El sonido de los triángulos y los cantos infantiles se escucha cada vez más cerca. Tenemos que apurarnos.

—¡Vamos, mamá, tenemos que abrir la tienda antes de que lleguen!

—¡Ayúdame con las vasilopitas! —pide, y le hago caso. Apilo tantos frascos como puedo cargar y salgo de casa con ellos en brazos.

Atravesamos el pasillo y, desde la tienda, veo por la ventana cómo se acercan los niños.

—¡Vamos, mamá! —grito, entusiasmada, mientras abro puertas y ventanas.

Los niños empiezan a entrar, trayendo bendiciones con su presencia. Los dejamos pasar por el corredor hasta nuestra casa mientras hacemos oraciones para un buen año.

La primera visita del año debe traer buena suerte, por eso nos aseguramos de que los primeros en cruzar nuestras puertas sean siempre niños.

Claro que no lo hacen gratis. No los dejamos irse con las manos vacías: les damos dulces y algunas monedas. Para ellos es casi un juego ver quién acumula más golosinas en su recorrido.

Un niño me extiende la mano para que le dé una de las granadas y se la ofrece solemnemente a mi madre.

Los niños se marchan de la tienda entre risas, y yo me uno a ellos para cantar y bailar.

—¡Con fuerza, doña Rosa! —gritan los pequeños, emocionados.

Mi madre lanza la granada contra el umbral de la puerta, y la fruta se estrella contra el suelo, partiéndose en varios pedazos. Las felicitaciones y risas resuenan a nuestro alrededor.

Mi madre se agacha para contar las semillas que se desprendieron. Según la tradición, mientras más semillas, más suerte.

—Treinta y una, treinta y dos —los niños se suman al conteo con entusiasmo—, ¡treinta y tres, treinta y cuatro!

Las risas y los cánticos se multiplican. Todos celebramos y agradecemos la visita antes de que los niños sigan su camino hacia la siguiente casa.

Mi madre y yo nos quedamos en la acera hasta que los niños desaparecen de nuestra vista. Luego cerramos las puertas y salimos para hacer nuestras propias visitas.

Paramos de puerta en puerta, dejando una piedra pequeña y una grande en cada umbral o ventana de nuestros vecinos.

—Una pequeña, para que los problemas sean insignificantes, y una grande, para atraer riqueza y prosperidad —recité la breve oración en cada parada hasta que no quedaran más piedras.

Bajamos por las calles viendo cómo todos repetían lo mismo que nosotras. Había niños por todas partes, jugando, recolectando dulces y bendiciendo las casas, mientras los adultos repartían piedras y deseos en las puertas y escaleras.

—¡Rosa! Aquí. —Una de las amigas de mi madre nos llamó al llegar a la plaza.

Cada año se monta una gran carpa cerca del agua. Pasamos la tarde jugando a las cartas y al dominó, ganando frijoles y monedas, disfrutando del momento en comunidad.

Mi madre repartía las vasilópitas entre sus amigas, y yo decidí caminar hacia el mercado. Las luces aún estaban apagadas, pero me gustaba ver los puestos y las decoraciones antes de que se llenaran de gente.

Del 25 al 31 de diciembre, era imposible pasear por el centro de Khione sin que te empujaran, pisotearan o tropezaras con el pequeño mercado navideño, más adornado con luces que otra cosa. Pero el 1 de enero, la plaza se llenaba, y la avenida se convertía en un parque de diversiones para quienes supieran disfrutarlo.

Tomo fotos, reviso lo que encontré y elijo algunas chucherías hasta que me canso.

Al regresar a la plaza, encuentro a mi madre, quien ya ha ganado 32 frijoles y 14 granos de maíz. En tiempos antiguos, eso habría significado oro y plata.

—Estoy rica, Nina. ¡Mira! —Me muestra su próxima jugada, para disgusto de sus oponentes. La beso en la mejilla, pero enseguida nos acusan.

—¡Está haciendo trampa! ¡Nina vio mis cartas y le susurró al oído! Eso no vale.

—No seas ridícula, Rosario. Aprende a perder, mujer. Es el primer día del año y ya quieres sacar ventaja.

—¡Es trampa, eso es lo que es! —insiste Rosario, mientras mi madre, imperturbable, recoge los frijoles y los granos de maíz que ha ganado, uno por uno.

Rosario sigue quejándose cuando las luces del mercado se encienden, anunciando el

espectáculo sobre el agua y el momento más esperado de la noche: partir las vasilópitas. Toda la gente se detiene.

Los pequeños recipientes que mi madre y yo habíamos distribuido reaparecen en nuestra mesa. En las demás mesas, las familias destapan grandes bandejas del postre, y todos empezamos a cortar porciones, buscando la moneda de la suerte.

En mi porción encuentro una moneda dorada con la primera cucharada. No tengo que seguir buscando. Mi madre celebra y me guiña un ojo.

—Feliz año nuevo, mi amor. —Me abraza, toma la moneda, la frota en la palma de mi mano y la coloca en mi bolsillo derecho.

—Feliz año nuevo, mamá. Gracias. —La aprieto fuerte, conmovida.

Poco a poco, los demás van encontrando sus monedas y las levantan en alto, siendo celebrados por la suerte. Me siento y le doy otra cucharada a mi postre, para encontrar otra moneda más. Me río y la escondo rápidamente. Pienso que mi madre la ha puesto sin darse cuenta, pero al revisar un poco más, encuentro otra... y luego otra. Hay una moneda en cada bocado.

—¡Mamá! —protesto, al darme cuenta de que lo ha hecho a propósito, mientras doña Rosa se ríe a carcajadas por mi expresión de sorpresa—. ¡Escondiste monedas en todos los trozos!

—No se juega con la suerte, Nina. A veces hay que darle un empujoncito —admite sin un atisbo de vergüenza.

—¿No les dije que esta mujer hacía trampa? —exclama doña Rosario, provocando otra ronda de risas.

***

—¡Estoy exhausta! —exclamo mientras cierro la puerta de la tienda detrás de nosotras, feliz de poder quitarme los zapatos al fin.

—Yo también, querida. Fue un día largo, pero hermoso —responde, caminando a mi lado.

—El espectáculo de luces sobre el agua estuvo increíble. Duró casi 13 minutos. Este año se superaron, ¿no crees? —comento, sonriendo al recordar las cascadas de colores y fuegos artificiales.

—Sin duda, cada año lo hacen mejor —afirma, dejando su abrigo en la sala y estirando la espalda, tan cansada como yo.

—Feliz año nuevo, mamá. —Me detengo para abrazarla.

—Feliz año nuevo, hija. —Me devuelve el abrazo y se retira a su habitación.

Sigilosamente, voy a la mía y saco el regalo que he preparado durante meses, casi imposible de mantener en secreto.

—Mamá, tengo un regalo para ti —anuncio con entusiasmo.

—No era necesario, Nina —dice mientras toma el gran paquete de mis manos.

Lo desenvuelve sin cuidado, revelando un muestrario de tés que yo misma he recolectado, secado y empaquetado, uno por uno. Cada compartimento tiene una textura diferente, en un diseño que imita una casita de pájaros. Mi madre acaricia las etiquetas grandes de cada ventana y lee en voz alta las instrucciones, encantada.

—"Bébeme si tienes ansiedad"; "Bébeme si estás cansada"; "¿Dolor de cabeza? Esta es la solución"; "Mastica sin hacer muecas". —Se ríe al ver la raíz de jengibre con una forma peculiar.

Debajo de cada saquito hay un pergamino enrollado con una cinta de seda, indicando si debe hervirse, sumergirse en agua caliente o usarse entero.

—Oh, Nina, esto es tan especial —dice con lágrimas asomando en los ojos.

—No llores, mamá —le pido, sentándome a su lado—. Solo quería devolverte un poco de todo lo que haces por mí. Esto no es nada.

—Eres todo lo que necesito, Nina —repite la frase que he escuchado toda mi vida. La abrazo mientras sigue agradeciéndome—. Gracias.

14

NERO ZANTHOS

Las voces a mi alrededor son solo otro motivo para que mi nivel de irritación llegue al tope. Apolo y Drako están enredados en las mismas tonterías de siempre, mientras que Atlas, al igual que yo, está concentrado en la pantalla de su tablet, tratando de encontrar una manera de lidiar con toda la mierda que me ha caído encima desde que, hace tres días, se incendió la casa de máquinas de la granja principal de Zanthos Exportaciones.

Estoy considerando seriamente echar a Drako y Apolo de la sala, y estoy a punto de hacerlo cuando Ícaro entra por décima vez en la última hora. Ni siquiera estoy exagerando. El tipo, de treinta y tantos años, me mira con la clara conciencia de que su insistencia no hace más que ponerme más irritable de lo habitual. Exhalo todo el aire que tenía en los pulmones por la nariz.

—Señor Nero Zanthos.

—Sí, Ícaro. —Hago un esfuerzo monumental para no contestar entre dientes.

—Necesito saber qué desea hacer con las máquinas que no están funcionando. ¿Debemos repararlas o las damos de baja? —El esfuerzo por mantener la compostura no evita que apriete los dientes con tal fuerza que duele.

—Te juro por Dios, Ícaro. Si vuelves a hacerme otra pregunta estúpida, te voy a meter en una de esas máquinas y me aseguraré de que esté funcionando, nueva o vieja. —Los ojos oscuros de Ícaro se abren tanto que parece que sus cejas van a tocarle la raíz del pelo.

—Señor Nero Zanthos, lo siento, pero necesito sus respuestas. Si hago algo mal, ¿cuántas veces tendré que morir en una de esas máquinas para no perder el trabajo? —pregunta sin asomo de humor, y ya no puedo más.

—Esa es otra pregunta estúpida, Ícaro. Felicidades, alcanzaste tu cuota. Haznos un favor a los dos y desaparece de mi vista. —Empuja sus gafas negras por el puente de la nariz mientras su boca se abre y cierra sin decir nada.

Ícaro se gira hacia la puerta, avanza un par de pasos, pero luego se detiene y vuelve a mirarme. Lo noto de reojo, porque ya ni siquiera me molesto en prestarle atención. Finalmente, suspira y sale de la oficina.

—Y el premio al jefe más hijo de puta del año es para… —empieza Drako, haciéndome cerrar los ojos mientras le pido paciencia al cielo—. Redoble de tambores, por favor. —Golpea la mesa de centro con los dedos, imitando el ritmo de un tambor—. ¡Nero Zanthos! —anuncia, aplaudiéndose a sí mismo. Lo ignoro por completo.

Vuelvo a leer los informes en la pantalla de mi computadora. La información es incluso más frustrante que la incompetencia de Ícaro porque deja claro que no hay a quién culpar por el desastre que nos rodea.

Las máquinas son la primera etapa en la preparación del algodón después de la cosecha.

Pueden trabajar al menos 150 veces más rápido que una persona. Que justo el galpón donde estaban se haya incendiado es, sin duda, un desastre total.

No importa qué tan rápido logremos reemplazarlas: el retraso en la producción será catastrófico. Y eso sin mencionar que los almacenes pronto se llenarán de algodón sin procesar, porque la cosecha no se puede detener, o perderemos gran parte de ella.

Necesitaremos depósitos externos, logística adicional, una flota de transporte alternativa y muchas otras cosas. Es un verdadero caos. De todas las crisis posibles, esta es la peor.

Por el rabillo del ojo, veo cómo la puerta de mi oficina se abre nuevamente. Ícaro se detiene en el marco, pero Apolo levanta las manos para indicarle que no entre. Ícaro suspira y se marcha. Vuelvo a concentrarme en la pantalla, pero unos minutos después la puerta vuelve a abrirse.

Esta vez es Drako quien gesticula para que Ícaro se dé media vuelta, y él le hace caso. En la tercera ocasión en que intenta entrar, mis amigos ya no pueden evitar hablar.

—¿Quieres explicar por qué estás actuando como un idiota? —pregunta Apolo, obligándome a levantar la vista de la pantalla. Drako, Apolo e incluso Atlas me miran con atención.

—No sé si te diste cuenta, pero estoy, literalmente, tratando de apagar un incendio.

—Bah, tonterías —dice Apolo, chasqueando la lengua—. Ya has manejado cosas peores sin ponerte así de insoportable. —Estiro los hombros hacia atrás para acomodarme en la silla—. ¿Es por falta de sexo? ¿Cuándo fue la última vez que cogiste, Nero?

—¡Por el amor de Dios, Apolo! El sexo no resuelve todos los problemas del mundo, ¡carajo!

—Eso lo dice alguien que no tiene suficiente sexo para saber que está equivocado —murmura. Luego suspira—. En serio, ¿qué está pasando? Estamos aquí para ayudarte, pero no podremos hacerlo si sigues comportándote como un controlador de mierda. Y, la verdad, me empieza a preocupar Ícaro. La última vez que intentó entrar parecía que estaba a punto de ponerse verde.

—No hay nada que puedan hacer —admito, recostándome en la silla—. Es solo que... —Hago una pausa, dudando en confesarlo, porque conozco a mis amigos demasiado bien como para saber que no me dejarán en paz después—. Llevo tres días seguidos cancelando con Nina y eso me está volviendo loco —reconozco al fin, y el silencio que sigue a mis palabras no es otra cosa que la calma antes de la tormenta.

—¿Me estás diciendo que estás actuando como un idiota solo porque no puedes ver a tu novia? —Drako es el primero en romper el silencio, y ni siquiera me molesto en corregirlo aclarando que Nina no es mi novia. Eso solo le daría más motivos para insistir en que lo es—. Sabes que podrías simplemente dejar de hacer planes con ella, ¿verdad?

—Exacto —interviene Apolo—. Solo dile que estás apagando un incendio y que cuando todo se calme podrán verse. Estoy seguro de que lo entenderá, a menos que tu problema no sea decepcionarla, sino que, si no la ves, no tienes sexo.

—Excepto por la parte del sexo —dice Atlas, mirando a su hermano con desaprobación—, tengo que darles la razón, aunque me cueste admitirlo.

—Ya basta, se acabó. Fuera de aquí —anuncio, aunque sé perfectamente que los tres tienen razón.

Podría, y debería, dejar de hacer planes con Nina para no tener que cancelarlos en el último minuto porque nunca logro salir a tiempo de la granja. Pero solo pensarlo me deja un mal sabor de boca. No quiero empezar el día sabiendo que al final no la veré.

Ignoran completamente mi intento de echarlos. Drako entrecierra los ojos mientras una sonrisa burlona asoma en su rostro. Se levanta del sofá, apoya las manos en la cintura y me observa con esa expresión que detesto.

—Cuidado, Nero. Te estás comportando como un enamorado empedernido, y créeme, no sé si sobreviviría a un espectáculo como ese. No dormiría nunca más pensando en todas las formas de joderte por esto.

—Fuera —repito, seco, y Apolo suelta una carcajada desde el sofá. Atlas, que siempre ha sido el único sensato entre nosotros, se pone de pie en silencio, dispuesto a obedecer.

—Me voy a mi oficina. Si necesitas algo, llámame. Tengo una idea para la logística, y te mandaré el plan antes de que acabe el día.

—¿Ven? —digo, señalando a Atlas mientras pasa por la puerta—. Así es como se es útil.

—Prefiero mi estilo —responde Drako, inclinándose sobre la mesa de centro para escribir algo en un papel. Luego se endereza y, con una sonrisa cómplice, se dirige hacia la puerta. Antes de salir, pega el papel en la parte interior de la misma y desaparece.

—Dile a Ícaro que entre, Apolo.

—Que Dios se apiade de esa alma —responde, y por la velocidad con la que Ícaro aparece en la puerta, sé que estaba esperando justo al otro lado para aprovechar la oportunidad.

—Vamos, Ícaro. Dime todo de una vez y haz todas las preguntas que tengas. No quiero que sigas entrando y saliendo como loco. Y cuando terminemos, cancela todas mis reuniones. Si alguien necesita hablar conmigo, que lo haga por teléfono o mensaje. ¿Entendido?

Ícaro afirma rápidamente, toma asiento frente a mí y empieza a bombardearme con demandas y preguntas. Lo escucho con atención, aunque a mitad de su lista llevo las manos a las sienes para masajearlas.

Es ya muy tarde, mucho después de la hora en que debería haber pasado por Nina, cuando por fin logro salir de la oficina. El papel pegado en la puerta capta mi atención y recuerdo que Drako lo dejó allí.

Al leerlo, me arrepiento de no haberlo quitado antes: solo tiene escrita una palabra.

Eres un idiota.

15

NINA MARCHESI

Por sexta noche consecutiva, siento el estómago hundirse al ver el mensaje en la pantalla de mi celular. Otra vez no va a venir. Sin embargo, esta noche no finjo una sonrisa y decido hacer algo más que justifique todo el esfuerzo que puse en arreglarme.

Voy directo a mi cuarto, lista para quitarme la ropa y sumergirme en la taza de té de hierbas más grande que pueda encontrar en esta casa. El teléfono vuelve a vibrar en mi mano justo cuando me quito los zapatos y apoyo los pies descalzos sobre la alfombra suave al pie de la cama.

Sapo: Perdóname, Hadita. Te juro que estoy haciendo todo lo posible y odio quedar mal así. Te prometo que será la última vez. Las cosas ya casi están bajo control por completo. Mañana te voy a compensar.

Un millón de respuestas cruzan por mi mente, pero la verdad es que sé que no tengo derecho a ninguna de ellas. Salimos algunas veces, sí, pero eso no me da permiso para reclamarle, aunque realmente estoy molesta por las cancelaciones de último minuto durante casi toda la semana.

Ni siquiera la broma interna que hice con su contacto en mi agenda me causa gracia esta vez. La segunda vez que canceló, cambié su nombre de “Nero/Príncipe” a “Nero/Ya no tan príncipe”. Al cuarto día lo modifiqué a “Nero/Se está convirtiendo en sapo”. Ayer lo dejé solo como “Sapo”. Hoy ya no tiene ninguna gracia. Exhalo fuerte antes de responderle.

Nina: Está bien. Esta vez, esperé sentada.

Es lo mejor que puedo hacer, aunque espero no sonar demasiado amarga. Sin embargo, el mensaje que me llega segundos después confirma que fallé.

Sapo: Odio molestarte, Hadita.
Sapo: En serio, lo siento mucho.

No alcanzo a responder porque mi mamá aparece en la puerta del cuarto. Me analiza con esa mirada que lo capta todo antes de que pueda siquiera intentar disimular.

—¿Otra vez te cancelaron? —pregunta, y yo dejo escapar una sonrisa llena de resignación.

—Sí. —Dona Rosa se muerde el labio, como si debatiera internamente si va a guardar su opinión o no. Finalmente decide que no. Entra en mi cuarto, y yo me siento en la cama, preparada para lo que viene.

—Sé que me pediste que no me preocupara, Nina, y traté de mantenerme callada toda la semana, pero ya no sé cómo hacerlo. —Levanto la mano para indicarle que siga. Mi mamá desvía la mirada, luchando con las palabras que quiere decir. —¿No crees que si algo empieza así, está condenado al fracaso, hija?

—No sé qué esperas que te diga, mamá. No, no estoy feliz de haber recibido seis plantones en una semana, pero tampoco creo que sea el fin del mundo. A veces pasan imprevistos.

—¿Seis? ¿Seguidos?

—Dilo de una vez, mamá.

—Me cae bien Nero, pero ya lo dije antes y lo repito: no creo que sea el hombre para ti, hija.

—¿Y por qué tendría que ser el hombre para mí, mamá? No es como si tuviera tiempo para una relación ahora mismo. Solo nos estamos divirtiendo. Te lo dije antes, y lo repito: tengo planes y nadie va a hacerme cambiar de rumbo.

—¿Planes? —murmura—. ¿Y cuáles son esos planes? Tal vez ya es hora de que empieces a avanzar con ellos. No quiero verte metida en esa tienda día y noche. Yo te crié para algo más que eso.

—No hay nada de malo en trabajar en la tienda, mamá. Es tuya, y eso ya es suficiente para que valga la pena.

—Todavía no es mía.

—El local no será tuyo, pero la tienda sí lo es.

—Deja de darme vueltas, Nina. Tus planes. Quiero saber cuáles son. —Bufé.

—Me inscribí en el programa de Enfermería en el Oriente —confieso a regañadientes, sabiendo que si no le doy alguna prueba de que sigo comprometida con mis metas, no me dejará en paz. Ella necesita saber que no estoy a punto de tirar mi vida por la borda por un amor pasajero. Bueno, en este caso, de invierno.

No hace falta que le explique de qué estoy hablando; lo sabe de sobra porque llevo años mencionándolo desde que decidí estudiar enfermería. La sonrisa que se dibuja en el rostro de Dona Rosa es enorme, como si con esa revelación le hubiera dado justo lo que necesitaba para creerme.

Trabajar en los Emiratos Árabes, sin importar la ciudad, paga muchísimo. Mucho más que en cualquier lugar de Europa. El proceso de selección es difícil y el trabajo es agotador, pero si ese es el precio por cumplir mi sueño y el de mi mamá, estoy más que dispuesta a pagarlo.

—¿Cuándo? —pregunta con los ojos bien abiertos.

—Un mes antes de la graduación. Las inscripciones ya se abrieron, y me apunté.

—¿Y no pensabas decírmelo?

—Te lo estoy diciendo ahora, ¿no? —respondo con una sonrisa, y mi mamá entrecierra los ojos, sospechando. Yo los pongo en blanco—. Quería esperar la respuesta de la primera fase de selección, pero veo que estabas demasiado ansiosa para eso, ¿verdad?

—Cuéntame más.

—Si me aceptan, y estoy segura de que lo harán, serán 18 meses de trabajo en los Emiratos. Cualquiera de las ciudades está bien, pero Dubai sería perfecto. Es donde mejor pagan.

—¿Un año y medio? —repite, y aunque estaba entusiasmada al principio, su expresión

cambia de inmediato—. ¿No hay contratos más cortos?

—No, pero con lo que gane, podremos juntar lo suficiente para comprar esta casa y la tienda, mamá. Es un sacrificio pequeño. Muy pequeño. —Ella se muerde el labio y asiente, aunque su cara ya no refleja el mismo entusiasmo de antes.

—Preferiría que no tuvieras que hacer eso.

—¿No eras tú la que quería saber cuáles eran mis planes? —Bromeo, intentando aliviar el ambiente que de pronto se volvió pesado.

—Pero casi dos años es mucho tiempo. Acabas de regresar.

—Son 18 meses para toda una vida, mamá. Luego vamos a poder arrancar desde donde queramos. ¿Quién sabe? Hasta podríamos volver a Italia a visitar. —Mi mamá suspira, como si la idea de regresar la hiciera soñar despierta.

—¿Y dónde entra Nero en todo esto, Nina?

—Me gusta —admito—. Pero claramente no está tan interesado como yo pensé —confieso también—. Pase lo que pase, no va a ser un obstáculo.

—¿Estás segura?

—Completamente.

***

Me tapo la boca con la mano apenas agarro el celular de la mesa de noche y veo una notificación de correo nuevo. Sentada en la cama, todavía en pijama y sin siquiera lavarme los dientes, parpadeo hacia la pantalla.

El corazón se me acelera como loco, y aunque sé que no es saludable, no puedo evitarlo. No después de que, apenas unas horas después de hablar del programa de enfermería en los Emiratos, ya tenga el resultado de la primera fase. Es casi como si haberlo mencionado hubiera atraído la respuesta.

Cuando estoy segura de que no voy a gritar, bajo la mano a mi regazo y respiro profundo. Presiono la notificación y abro el mensaje. Mis ojos recorren rápido las palabras, y cuando encuentro el “Nos complace darte la bienvenida al programa...”, salto de la cama, brincando y gritando sin importarme si despierto a todo el vecindario con mi escándalo.

Mi mamá aparece de inmediato en la puerta, con la mano en el pecho y una expresión alarmada, como si la hubiera asustado a pesar de la distancia.

—¡Nina! ¿Qué pasa?

—¡Pasé, mamá! ¡Pasé la primera fase! —respondo todavía en modo histeria, y sus ojos se agrandan al conectar los puntos.

—¿Pasaste?

—¡Sí, pasé! —Y con eso basta para que, en cuestión de dos segundos, estemos las dos

saltando y gritando como locas en un cuarto con paredes color rosa a las siete de la mañana.

Dos horas más tarde, ya estoy desayunando, pero mi mente sigue girando con todas las posibilidades que implica trabajar en los Emiratos. De pronto, el celular vibra sobre la mesa. Apenas le echo un vistazo, y mi emoción disminuye un poco al ver una nueva notificación de Nero.

No respondí los dos últimos mensajes de anoche, y sinceramente no quiero lidiar con lo que sea que tenga que decirme esta mañana. Ignoro el teléfono por exactamente treinta segundos, hasta que la curiosidad termina por vencerme.

Sapo: Revisa tu ventana.

16

NERO ZANTHOS

Los ojos grandes de Nina me miran a través de la ventana, como si no pudieran decidir si están felices o irritados con mi presencia a las nueve de la mañana, en la puerta de su casa. Le dedico una sonrisa amplia, probando suerte.

No soy un experto como Apolo, pero él siempre dice que esto funciona. Sin embargo, cuando Nina deja la cortina sin mostrar ni una mueca, ni para sonreír ni para mandarme a volar, empiezo a dudar.

Aparece en la puerta unos minutos después, cruzándola con paso tranquilo antes de cerrarla. Lleva el cabello recogido en lo alto, con la frente despejada por un par de mechones sueltos, y viste un short corto junto a una camiseta sencilla.

No tiene nada de especial y, aun así, la idea de que es hermosa se cuela en mi cabeza como humo. Me pregunto cuánto más linda se verá recién despertando.

—Buen día, Hadita —la saludo, resistiendo el impulso de abrir los brazos para abrazarla. Carajo, la extrañé. ¿Cómo es posible?

—Buen día —responde acercándose, pero su rostro no deja ver lo que pasa por su mente—. Llegaste un poco temprano.

—Yo diría que tarde. Seis días tarde, para ser exacto.

Se detiene a unos pasos de distancia, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Qué haces aquí, Nero?

—Dije que iba a compensarte. —Le recuerdo.

—Cinco veces lo dijiste. Perdón si no estuve conteniendo la respiración de la emoción.

—Me lo merecía —admito, arrugando la nariz.

—Sí, lo merecías.

—Y ahora que ya tuviste tu venganza, ¿puedo tocarte? Porque, la verdad, me muero de ganas. —Extiendo la mano hacia ella.

Nina alterna la mirada entre mi mano y mi rostro varias veces antes de poner los ojos en blanco y aceptarla. En cuanto la tengo entre mis brazos, la abrazo fuerte, intentando aliviar la presión que siento en el pecho. No sirve.

Su nariz roza mi cuello, y la escucho inhalar profundamente. ¿Será que ella también se siente igual de sorprendida?

—¿Estás bien? —pregunta, separándose demasiado rápido. Le acaricio la mejilla con el pulgar, deslizándolo suavemente.

—Sí. El incendio ya está literalmente apagado.

—Me alegra escuchar eso —dice, aunque sigue manteniendo más distancia de la que quisiera, y no solo física.

Me separo del auto, acercándome hasta que nuestros cuerpos están tan juntos como el momento lo permite, considerando que estamos en plena calle. No retrocede, y lo tomo como una victoria.

—Tengo un plan para que me perdones, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Sí. Tú y yo, solos todo el fin de semana, navegando alrededor de la isla.

—Es un buen plan —reflexiona—. Pero tiene un pequeño defecto...

—¿Cuál?

—¿Y si no quiero perdonarte?

—Entonces tendré que convencerte.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Ah, Hadita... Puedo ser muy persuasivo.

Las palabras apenas salen de mi boca cuando la tomo por la cintura y la beso con toda la ansiedad que me ha consumido estos días.

Maldita sea, cómo necesitaba besarla. Nina deja escapar un gemido suave al sentir mi lengua jugar con la suya, provocándola justo como le gusta. Su cuerpo se pega al mío.

—Esto es bastante persuasivo —murmura contra mis labios, mientras yo acaricio su rostro e inhalo profundamente su aroma dulce.

—¿Me vas a dejar compensarte? ¿Mimarte todo el fin de semana? —Abro los ojos y me encuentro con los suyos, fijos en mí.

Se aparta ligeramente, rompiendo el beso y creando una distancia mínima entre nosotros.

—No hace falta, Nero. En serio. No voy a mentir, no fue agradable quedarme esperando las últimas noches, pero de verdad no necesitas...

—Claro que necesito. —La interrumpo—. Y quiero hacerlo. —declaro, acercándome más, incapaz de tolerar la poca distancia que dejó entre nosotros tras recordarme lo increíble que es tener su cuerpo pegado al mío—. Solo tienes que dejarme.

Nina suspira, pensativa.

—Te prometo que me voy a portar como un caballero. —murmuro en su oído, y cuando alzo la vista hacia su rostro, noto que sus mejillas han adquirido un tono más intenso.

—Tal vez no quiero que te portes como uno —responde, dándome por primera vez en la

mañana ese atrevimiento que tanto adoro. Sonrío ampliamente.

—Lo tendré en cuenta.

—Voy a preparar una bolsa y avisar a mi mamá. Deberías entrar —dice, echando un vistazo a la calle y parpadeando al notar a varios de sus vecinos en las terrazas, observándonos.

Yo ya los había visto. Hace mucho tiempo aprendí a estar siempre alerta de todo lo que me rodea. Pero me da igual cuántos ojos nos estén mirando. Sin embargo, la mirada de Nina me dice que a ella no le hace gracia.

—Voy entrando —respondo al notar su incomodidad, activando la alarma del auto y siguiéndola hacia adentro de su casa.

***

—*Los Cuatro Mosqueteros*. —Nina lee el nombre del velero antes de inclinar la cabeza y reír. Aprovecho el momento para abrazarla por detrás y besarle el cuello.

—¿Demasiado obvio?

—Modesto, más bien. El nombre, no el tamaño. ¡Es enorme! Aunque, para ser honesta, los llamaba a ustedes el "cuarteto fantástico" en mi cabeza. —Apoyo mi frente en su hombro y gimo.

—Por favor, no le cuentes eso ni a Drako ni a Apolo. No me lo van a perdonar nunca.

Ella se ríe de mí.

—No hago promesas que no puedo cumplir —dice con esa frase que ya me ha soltado antes, aunque, después de la última semana, tiene un significado distinto.

Llevo mis dedos hasta su mentón, obligándola a mirarme.

—No volverá a pasar. Tienes mi palabra.

Nina entreabre los labios, sorprendida por la seriedad de mi tono.

—No quise decirlo así.

—Lo sé, pero yo sí lo digo en serio —le aseguro, dejándole un beso en la mejilla—. ¿Vamos?

Ella se muerde el labio inferior y asiente.

Paso delante de ella para entrar al velero y le tiendo la mano para ayudarla a subir. Mientras la acomodo, el asistente de la marina desamarra la embarcación y enciende el motor. Cuando el hombre se va, me acerco al timón, guiñándole un ojo a Nina.

Ella abre los ojos como platos y se voltea para seguirme con la mirada.

—¿Tú vas a manejar esto?

—¿Preocupada? No hace falta —le aseguro, levantando las cejas con una sonrisa divertida—. Lo he hecho muchas veces.

Nina ladea la cabeza, como si no supiera si creerme o no.

—En videojuegos —añado en voz baja, provocando que casi se le salgan los ojos de la cara antes de comenzar a avanzar hacia mí.

Se detiene a un par de pasos, abre la boca, la cierra y levanta la mano, como si fuera a hacer algo, pero luego la baja.

—Muy bien, paseo cancelado —declara, arrancándome una carcajada fuerte. Enlazo su cintura con mis brazos, confirmando que tener las manos lejos de ella es imposible cuando está tan cerca.

—Estoy bromeando, Hadita. Tengo licencia desde hace años y navego con frecuencia.

—¿Lo juras? —pregunta, y suelto otra risa. Levanto mi meñique en un gesto infantil, uno que haría mil veces más si eso consigue ponerle esa sonrisa tan brillante en el rostro.

Ella alza su mano y enreda su meñique con el mío.

—Lo juro.

17

NINA MARCHESI

—¡No voy a hacer eso! —Me niego rotundamente, moviendo la cabeza de un lado a otro para reforzar mi negativa.

—Es divertido —insiste Nero.

—No, ni loca. ¡Ni en sueños! —Vestida solo con un bikini blanco, miro el grupo de jet skis junto al velero y luego al hombre que flota sobre el mar, impulsado por potentes chorros de agua que salen de las botas en sus pies, manteniéndolo en el aire.

—¿Dónde quedó tu espíritu aventurero?

—Guardado muy dentro de mí, donde lo más extremo que hago es caminar media hora por un sendero. —Su risa estalla al escuchar mi respuesta—. ¿Por qué demonios alguien inventaría algo así? ¡Claramente es peligroso!

—No sabía que eras tan cobarde, Hadita.

—Puedes parar ahí, porque no va a funcionar. Si cuidar mi vida es un signo de cobardía, entonces lo acepto con gusto. Y estaría mucho más tranquila si tú tampoco lo intentaras hoy. Si te mueres, ¿cómo voy a volver a casa?

Nero suelta otra carcajada aún más fuerte y me rodea con sus brazos, abrazándome desde atrás.

Su toque me distrae, y sospecharía que lo hizo a propósito si no hubiera estado buscando cualquier oportunidad para tocarme desde que apareció en mi puerta hace unas horas, rozando sus labios con los míos a cada ocasión.

Tal vez este era su plan desde el principio. Y si disfrutar de ese plan significa que tengo que firmar otro certificado de esta naturaleza hoy, que alguien me traiga otro bolígrafo.

—Se llama flyboard.

—Se llama instinto suicida.

—¿Y los jet skis? ¿Quieres intentarlo?

—¿Me enseñas? —le pregunto, inclinando la cabeza hacia atrás para mirarlo. Él baja el rostro y besa la punta de mi nariz.

—Claro que sí.

—Entonces está bien. Siempre quise probar, parece seguro.

Nero se aparta para hablar con los hombres que manejan las motos acuáticas. En pocos minutos, ellos se organizan y se van en dos, dejando las otras dos amarradas al velero para que las usemos nosotros.

Él toma un chaleco salvavidas y me lo entrega. Me lo pongo con cuidado, ajustando las correas a mi cuerpo, mientras él hace lo mismo sin apartar su mirada maliciosa de mí. No puedo reprochárselo, porque en cuanto tengo la oportunidad, mi atención se posa en las tatuajes que cubren su pecho, brazos y antebrazos, observándolos con descarado interés.

—¿Lista? —pregunta, extendiendo la mano para ayudarme a bajar hasta el jet ski.

Dudosa pero decidida, acepto su mano y doy los primeros pasos con cuidado. Sin embargo, apenas la moto se tambalea un poco, el pánico se apodera de mí.

—Quizás es mejor que esta vez vaya de pasajera. —Sugiero, extendiendo los brazos como si estuviera sobre una cuerda floja.

Nero se ríe sin la menor compasión, se levanta de su jet ski y salta al mío con la facilidad de quien lo ha hecho mil veces. Se sienta detrás de mí, toma el manubrio y enciende la moto, explicándome lo básico.

La vibración del motor hace que la adrenalina me recorra el cuerpo antes de que hayamos avanzado un solo metro.

—Solo relájate y disfruta. A la vuelta, tú manejas, Hadita. —Sonrío al sentir cómo deja un beso en mi cuello y, de repente, acelera, lanzándonos sobre el agua a toda velocidad.

Grito sorprendida, apretando mis manos en sus muslos. El viento me despeina y la espuma salpica en mi cara, haciéndome reír descontroladamente. Nero conduce con destreza, haciendo giros cerrados y saltando sobre las olas, arrancándome gritos de emoción y risas nerviosas.

Después de un rato, reduce la velocidad y nos lleva a una zona más tranquila, donde el mar es sereno y la vista es simplemente espectacular. Apaga el motor, dejando que el jet ski flote suavemente hasta una pequeña playa con aguas cristalinas.

—¿Qué te pareció? —pregunta, sonriendo mientras salta de la moto y comienza a desabrochar las correas de mi chaleco, tomándose más tiempo del necesario y rozando mi piel de forma sutil.

—¡Increíble! —admito, aún sin aliento por la emoción—. Gracias por llevarme, capitán. —Me burlo, haciendo una torpe reverencia con la mano en la frente.

—Siempre a tus órdenes, madame. —Nero sonríe, besa mi mejilla y me ayuda a bajar del jet ski.

—¿Y eso? —pregunto al ver que saca una pequeña bolsa del compartimento bajo el asiento, de la que sobresalen dos tubos.

—¿Sabes nadar?

—Vivo en Khione, Nero —respondo burlona—. Aprendemos a nadar antes que a caminar.

—Yo también vivo en Khione, pero no aprendí hasta los dieciséis.

Me sonrojo al escucharlo, y de inmediato, la imagen del Nero adolescente que conocí en el orfanato inunda mi mente, despertando todos mis instintos protectores. Sin pensarlo, me lanzo a

sus brazos y lo abrazo con fuerza.

—Gracias por preocuparte y no dar por sentado lo obvio. Perdóname por no hacer lo mismo… Yo…

No me deja terminar. Me interrumpe con un beso urgente, aplastando sus labios contra los míos.

La chispa entre nosotros es inmediata, dejándome sin fuerzas en sus brazos. Llevo las manos a su cuello, acercándome más a él, aunque apenas haya espacio entre nosotros para que nuestras respiraciones entrecortadas se mezclen.

Nero enmarca mi rostro con sus manos. El beso cambia, volviéndose más lento y profundo, una exploración perezosa de la textura y el sabor del otro.

En ese momento congelado en el tiempo, donde solo el mar y el sol son testigos, siento que algo inexplicable y poderoso nos conecta, dejando claro que lo que sea que compartimos no puede ser ignorado.

Nuestros labios se mueven juntos en un ritmo que parece al mismo tiempo familiar y completamente nuevo, comunicando deseos y emociones que van más allá de las palabras.

Mis manos recorren el rostro de Nero, delineando sus mejillas y acariciando su nuca, sintiendo la suavidad de su piel bajo mis dedos. Él aprieta los brazos alrededor de mi cintura, acercándome más, mientras su otra mano se desliza por mi cabello, repartiendo besos por mi mandíbula, succionando con fuerza. Nuestros cuerpos se presionan uno contra el otro, como si intentáramos fundirnos en uno solo. El calor que emana de nosotros es casi palpable, y la urgencia del beso crece, alimentada por el deseo que nos consume.

Un grito escapa de mi garganta, rompiendo el momento, y Nero se sobresalta.

—Creo que una serpiente acaba de rozar mi pierna —comento, alarmada.

—Salvados por la serpiente —murmura, echando un vistazo a su erección—. Bueno, quizá no tan salvados.

Me pasa la máscara de snorkel y me ayuda a colocar las aletas. Cuando se pone de pie, me da un beso rápido y casto en los labios, y luego dice, serio.

—Tal vez tres vidas no sean suficientes para esto, Hadita.

Yo intento no reír, pero fallo estrepitosamente, presionando mis labios.

—Ven. —Me besa de nuevo, como si no pudiera contenerse, y se sumerge en el agua sin soltar mi mano.

Peces de colores vibrantes nadan a nuestro alrededor mientras observamos los corales y las pequeñas criaturas que se arrastran entre ellos. La frescura del agua nos envuelve, y Nero me atrae hacia él, con nuestros cuerpos casi rozándose.

De repente, me besa bajo el agua. Siento la presión de sus labios en los míos. La intensidad del beso nos hace olvidar, aunque sea por un momento, la necesidad de respirar, hasta que él nos

guía suavemente de regreso a la superficie. Al salir, inhalamos profundamente, sin dejar de mantener nuestros labios unidos.

Nero me ayuda a flotar, y yo rodeo su cintura con mis piernas, pegando aún más nuestros cuerpos. Mi cadera se roza contra la suya, y siento cómo el deseo crece en mí, potenciado por el contraste entre la fría agua marina y el calor que emana de su piel. Es una sensación tan estimulante que me deja sin aliento.

Él me sujeta con firmeza, permitiéndome perderme en el momento y entregarme a las sensaciones que compartimos. Nuestros besos se vuelven más profundos y urgentes, mientras nuestras manos exploran cada rincón del cuerpo del otro, descubriendo nuevas formas de provocar y excitar.

Cuando siento que estoy a punto de perder el control, me aparto de él, escapando momentáneamente, y río ante la expresión desconcertada en su rostro. Me alejo nadando algunas brazadas, y él me sigue.

Llegamos a una roca que divide la corriente marina.

—Eres hermosa incluso bajo el agua —susurra en mi oído, provocándome un estremecimiento.

Sus manos vuelven a atraparme, recorriendo mi cuerpo con avidez, acariciando mi espalda y descendiendo por mis muslos. Cada toque acelera mi pulso, despertando más deseos dentro de mí.

—Nero, esto es... demasiado intenso —jadeo.

Él sonríe y vuelve a besarme. Mis manos recorren sus hombros y brazos, disfrutando de la firmeza de sus músculos, y me pierdo en la sensación de tenerlo tan cerca.

El tiempo se nos escapa entre los dedos. Cuando el sol comienza a ponerse, pintando el cielo con tonos naranjas y rosados, decidimos regresar al velero.

Esta vez, soy yo quien toma el control del jet ski, mientras Nero se acomoda detrás de mí, rodeando mi cintura con sus brazos. No parece tener miedo por su vida, porque pasa todo el camino besándome el cuello, los hombros y la espalda. Cuando desliza su lengua por mi columna con descaro, lo amenazo.

—Si quieres morir, hazlo solo. Yo tengo planes para mañana.

Él no se detiene, y la velocidad del jet ski en mis manos es ridícula. Estoy segura de que, con aletas y un poco de esfuerzo, llegaríamos más rápido al velero.

—Mañana está muy lejos. Yo tengo planes para esta noche —dice, recordándome con picardía lo que le dije antes—: "No quiero que te comportes".

—No pensé que pondrías en riesgo nuestras vidas por eso.

Al divisar el velero a lo lejos, respiro aliviada. Nero ha perdido por completo el sentido del peligro. Sus dedos se cuelan bajo mi bikini, encontrando evidencia de la tortura que he soportado durante esta lenta travesía.

Cuando acaricia y frota mi carne con destreza, me recuesto contra su pecho, abriendo más las piernas para facilitar su acceso, olvidándome por completo del control del jet ski.

El calor de su cuerpo contra el mío incrementa la sensación de euforia. Mis gemidos se mezclan con la brisa marina, que acaricia mi piel sensible. Me muevo contra su mano, buscando más fricción, hasta que un orgasmo profundo me sacude en medio del océano, con el atardecer como telón de fondo.

Nero no deja de tocarme mientras recupero la respiración, sus manos recorriendo mi piel con ternura, su boca depositando besos en cada rincón que encuentra.

Cuando intento girarme para tocarlo, acaricio su erección a través de su sunga, pero él me detiene, levantando mi mano para besar la palma con suavidad. Luego me gira de nuevo.

—Más tarde, Hadita.

—Eso no es justo.

—Definitivamente no lo es.

Cruzo mis brazos sobre los suyos, sintiendo la presión en mis pezones sensibles. Él me da un beso en el cuello y sujeta mi rostro para besarme en la boca.

—Me estoy volviendo adicto a verte disfrutar —murmura.

—Ojalá pudiera decir lo mismo, pero no colaboras mucho.

Nero suelta una carcajada y toma el control del jet ski.

—Más tarde, Hadita.

—¿Lo prometes?

—Es la primera vez que conozco a una hada pervertida.

—Y espero que la única —respondo sin pensar, pero antes de preocuparme por lo que dije, Nero me ofrece una respuesta que disipa cualquier inquietud.

—Pervertida y celosa. Mi tipo favorito.

18

NINA MARCHESI

Martirio. Esa es la única palabra que mi mente encuentra para describir las sensaciones que los labios de Nero disparan en cada punto de mi abdomen que tocan. Me retuerzo contra el asiento acolchado del barco, gimiendo, desesperada por más que simples promesas de placer.

—Si no vas a dejarme tocarte, entonces no quiero nada. —Le lanzo un ultimátum que suena poco convincente, pues mis palabras se intercalan con jadeos. Nero se ríe, perfectamente consciente de que ahora sería incapaz de apartarme de su contacto. No cuando sus manos han aprendido cada rincón de mi cuerpo, como si conocieran todos mis secretos más íntimos.

Nero me toca y me besa con tal destreza que es imposible no perder la cabeza y dejar de lado cualquier orgullo, incluso rogar, si eso significa que me dará más.

—Por favor —le pido, deslizando las manos de sus hombros hacia su espalda, arañando su piel con fuerza. Él levanta la vista de mi abdomen y me observa con una intensidad feroz—. Por favor... —repito, casi sin aliento.

Nero recorre mi cuerpo con su lengua, marcando un camino húmedo sobre mi piel, provocando mis pechos que ahora están completamente expuestos, pues las tiras de mi vestido se soltaron y la tela se acumuló en mis caderas, dejando mis piernas al descubierto.

Nuestras bocas se alinean por fin, y mi torso desnudo se pega al suyo. Enredo mis piernas alrededor de su cintura, y él presiona su erección contra mi centro, todavía cubierto por una capa inútil de tela. Maldigo mentalmente la ropa que aún queda entre nosotros.

Gimo y elevo mis caderas, deseando más. Deseando que no existieran ni mi tanga, ni sus bermudas, ni su boxer.

—Solo quiero que tu primera vez sea especial —murmura con ternura, y me hace reír, a pesar de que el vaivén lento de sus caderas me tiene al borde de la locura.

—Créeme, hay formas mucho peores de perder la virginidad que bajo un cielo estrellado, en la cubierta de un velero, en medio del mar.

—Ahí está la garra de mi Hadita —susurra contra mis labios, justo antes de empujar contra mi entrepierna, arrancándome un gemido agudo—. ¿Estás segura, Nina? No tenemos que seguir si no quieres. Aunque probablemente tendría que darme un chapuzón en el agua helada para bajar esta erección, pero después todo estaría bien.

La rapidez con la que paso de estar encendida y ansiosa por un orgasmo a soltar una carcajada histérica es impresionante. Nero se ríe conmigo mientras recorre mi rostro con besos suaves, desde mi mandíbula hasta el mentón, sin dejar de besarme ni cuando empiezo a llorar de tanto reír.

Pero en cuanto atrapa el lóbulo de mi oreja entre sus dientes, mi risa se apaga al instante, reemplazada por jadeos y gemidos.

—Estoy segura, Nero. Completamente segura —le susurro al oído. Él me mira a los ojos y sé

que lo he convencido.

Entonces me besa con furia, su lengua sometiendo la mía, mientras sus caderas siguen moviéndose entre mis piernas, frotando su erección justo donde más la necesito. Sus embestidas se vuelven más intensas, y mis gemidos más fuertes, incluso con nuestros labios unidos.

Mis dedos se clavan en su espalda, y las manos de Nero se cuelan entre nuestros cuerpos, atrapando mis tetas y apretándolas con deseo. Luego abandona mi boca para chupar mis pezones, y exploto en cuanto sus dientes rozan la punta sensible. Todo mi cuerpo se estremece mientras jadeo, aún atrapada en las ondas del orgasmo.

—Podría verte acabar todos los días de mi vida. Eres mi espectáculo favorito —susurra, pasando su lengua caliente por mi piel. Me muerdo el labio inferior, aún sin recuperar el aliento, pero deseando más.

Me envuelve con sus brazos, apoyándome contra su pecho mientras se sienta sobre sus talones, llevándome con él. Sus manos bajan por mi espalda, agarran el vestido y lo deslizan por mi cabeza cuando levanto los brazos para ayudarlo.

Se aparta de mí por un momento y, al ponerse de pie, toma mis piernas como si fuera una muñeca, acercándome al borde de la superficie acolchada. Todo lo hace mirándome fijamente.

Sus dedos envuelven mis tobillos y suben lentamente por mis piernas, provocándome, hasta engancharse en los bordes de mi tanga. La desliza hacia abajo y me deja completamente desnuda.

Su mirada recorre cada rincón de mi cuerpo, encendiendo cada centímetro de mi piel, antes de ponerse de rodillas. Me arranca un jadeo cargado de expectativa.

Agarra mis muslos y los separa tanto como puede, luego deja que la punta de su nariz y sus labios rocen la parte interna de uno de ellos. Sus ojos se cierran como si el placer de tenerme así fuera demasiado, como si esto fuera lo único que deseaba.

Entonces, su boca me devora sin piedad, y no puedo evitar gritar. Su lengua se sumerge entre mis pliegues con hambre voraz, consumiéndome por completo.

Cada toque me arranca un poco más de consciencia, hasta que solo soy un conjunto de músculos tensos, sudor resbalando por mi piel y gritos que rompen la quietud de la noche griega estrellada.

Los dedos de Nero se clavan en mi piel con la fuerza suficiente para dejar marcas mientras lame, chupa y huele entre mis piernas como si allí se encontrara el banquete más exquisito.

Muevo mis caderas contra su rostro, buscando más de esa lengua perversa que parece dispuesta a destruirme con cada caricia. Y con cada movimiento mío, él se vuelve más decidido a llevarme al límite.

Cuando llega el segundo orgasmo, siento que me lanzo hacia las estrellas que estoy mirando. Mi mente se desdibuja tanto que, por unos breves segundos, me parece ser una de ellas. Hasta que cierro los ojos y la oscuridad me envuelve, arrastrando mi conciencia hacia el vacío.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que Nero se arrastre sobre mí, su piel rozando la mía y provocando pequeños choques eléctricos, prolongando el placer que aún palpita en mi cuerpo.

Él acomoda sus caderas entre las mías, anunciando su desnudez con la fricción ardiente de su erección deslizándose por mi vulva empapada. Abro los ojos y los fijo en el punto donde nuestros cuerpos se encuentran, viendo por fin la imagen que he deseado durante días: la verga de Nero, cubierta por un preservativo, frotándose contra mi calor.

Vuelve a meter los brazos bajo los míos, sus manos presionando mi espalda. Entonces mueve las caderas, colocando la punta de su verga justo en mi entrada, y me besa lentamente.

Su lengua se desliza con calma, provocadora, en perfecta sintonía con sus caderas, que rozan su erección en mi interior una y otra vez, preparándome para la penetración. Cuando los primeros centímetros me invaden, gimo contra su boca.

Mis dedos se aferran a su espalda, acercándolo más a mí. Cada avance suyo me hace desear el siguiente.

Nero entra y sale, cada vez más profundo, y nunca nada se ha sentido tan bien. De repente, se detiene, enterrado completamente en mí, y lo miro, parpadeando. Me lanza una mirada que es casi un aviso, y yo asiento, apenas.

Él respira hondo, sus fosas nasales se ensanchan, y luego me besa de nuevo, haciéndome derretir en sus brazos. Su boca toma la mía con paciencia, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y cuando creo que podría vivir eternamente sintiendo su lengua recorriendo la mía, Nero embiste de golpe, arrancándome un jadeo ahogado sin siquiera apartar sus labios de los míos.

Se queda quieto otra vez, dejándome acostumbrarme a la sensación de tenerlo tan dentro. Solo cuando yo empujo con mis caderas, él empieza a moverse de nuevo. Sus embestidas son lentas, largas, arrastrando ese ardor placentero a cada entrada y salida.

No odio la sensación, pero a medida que la presión supera al ardor y una corriente de hormigueo recorre mis manos y pies, siento que mi mente se prepara para desconectarse otra vez, dejándome sola con el placer.

Los labios y manos de Nero nunca dejan de explorarme. Una de sus palmas abandona mi espalda para recorrer mi costado, frotando un pezón endurecido, apretando mi pecho y deslizándose hacia mis caderas, sobrecargándome de sensaciones. Al mismo tiempo, sus caderas chocan lenta pero implacablemente contra las mías, acercándome a un punto sin retorno.

Mis labios dejan escapar gemidos y gritos incontrolables, y mis dedos se aferran desesperadamente a su piel, como si mi vida dependiera de ello. Cuando acelera, deteniéndose solo al final de cada embestida para mover su pelvis contra mi clítoris hinchado, ya no puedo distinguir nada más allá del placer. Mi visión se oscurece bajo la intensidad del orgasmo que me sacude.

Mis gritos resuenan en la noche sin fin, quebrando el silencio estrellado y secando mi garganta.

—Mírame, Hadita —pide, y con esfuerzo abro los párpados.

Encuentro su mirada fija en mi rostro, sus ojos azules como el mar que nos rodea. Me observa casi con adoración mientras jadeo, sin poder controlar mi respiración.

Es como si hubiera estado esperando solo eso: que lo mirara. Con una última embestida, Nero llega al orgasmo, inclinando ligeramente la cabeza hacia atrás, dándome una vista perfecta de su garganta sin apartar los ojos de los míos.

Ojalá pudiera congelar este momento. Ese instante fugaz en el que, por primera vez, veo el reflejo del cielo estrellado en sus ojos.

19

NERO ZANTHOS

—¿Qué lugar es este? —pregunta Nina mientras acerco el velero al muelle de una pequeña isla. El bronceado en su piel está mucho más marcado después de casi dos días completos de sol y agua salada.

—Nuestra última parada.

—Esa no es una respuesta muy clara.

—La paciencia es una virtud, Nina Marchesi.

—Una que no tengo.

—Entonces vamos a mantenerte ocupada. ¿Qué opinas de aprender a amarrar un velero?

—Me parece una pésima forma de distraerme. —Sus palabras dibujan una sonrisa maliciosa en mi rostro.

—Ayúdame a amarrarlo, y prometo distraerte de la manera correcta. —Ella se ruboriza al escucharme y revira los ojos.

—¿Qué hago? —cede, a pesar del color en sus mejillas, y no me resisto a acercarme lo suficiente para robarle un beso.

La poca ropa en su cuerpo es una tentación. Nina no lleva más que un bikini y unos shorts de mezclilla. Está descalza, y el viento de la tarde agita su cabello.

Cualquier imagen que tuviera en mente de lo hermosa que podría ser por la mañana quedó eclipsada por la realidad: la mujer adormecida entre mis brazos cuando desperté. Su rostro sereno descansaba sobre mi pecho, su brazo rodeaba mi cintura y una de sus piernas estaba entrelazada con las mías.

Me quedé unos minutos observándola. Intenté incluso respirar despacio, temeroso de despertarla antes de haber disfrutado lo suficiente de esa extraña calma en mi pecho. Era una paz desconocida. La certeza de que no había ningún otro lugar en el mundo donde debería estar en ese momento.

Horas más tarde, esa sensación seguía ahí, aunque ya no estuviéramos en la cama, enredados uno con el otro.

Le doy indicaciones sobre qué hacer, y Nina verifica todo dos veces antes de asentir con la cabeza. La ayudo a bajar del velero y caminamos por el sendero de madera hasta que nuestros pies se hunden en la arena suave de la islita.

Avanzamos tomados de la mano, sin apuro, simplemente disfrutando de la compañía mutua. El sol empieza a ocultarse, pintando el cielo con las tonalidades vibrantes típicas del atardecer. Me siento en la arena y extiendo un brazo hacia Nina. Ella lo acepta y se acomoda entre mis piernas.

El silencio entre nosotros es cómodo. La brisa me llena del olor de su piel, y es lo único que respiro.

—Este lugar es increíble… Y pensar que ayer juraba que no había nada más hermoso que una puesta de sol en altamar. —Sonrío, escondiendo el rostro en su cabello.

—Aquella fue una puesta de sol preciosa, pero esta isla tiene algo mágico.

—¿Cómo se llama este lugar?

—Téssera.

—¿Cómo es que nunca había oído hablar de esta isla?

—Estamos bastante lejos de la costa. Téssera es parte de un pequeño archipiélago, y es una de las islas centrales. Casi nadie ha descubierto este lugar.

—Pero tú lo descubriste.

—En realidad, fue Apolo.

—Recuérdame agradecerle a él.

—¿Por qué? —pregunto, fingiendo indignación.

—Por descubrir Téssera, ¿qué más?

—Acepto los agradecimientos en su lugar. Los besos también son bienvenidos —declaro, y Nina suelta una carcajada mientras apoya la cabeza en mi hombro.

Le beso la mejilla hasta que ella gira lo suficiente para que pueda encontrar su boca.

Nos quedamos en la playa, conversando, besándonos, acariciándonos y contemplando el paisaje hasta que el cielo se tiñe de un azul profundo.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Vamos a cenar.

—¿Dónde? —pregunta, mirando alrededor como si buscara un restaurante o algo similar. Pero con la luna como única fuente de luz, sería difícil encontrar algo, incluso si existiera—. ¿Volvemos al barco?

Me limito a sonreír mientras me pongo de pie.

Le ofrezco mi mano para ayudarla a levantarse, entrelazo nuestros dedos y la guío por un camino que ya conozco de memoria.

Nina me sigue, pero cuando nos acercamos a la vegetación de la isla, se detiene, desconfiada.

—¿Por qué estamos a punto de meternos entre los arbustos? Sé que prometiste distraerme, pero prefiero la cubierta del velero o la cama, cualquier día, antes que arena y matorrales —advierte, y su comentario me arranca una carcajada.

—Anotado, Hadita. ¿Podemos seguir?

—Aún no respondes mi pregunta. ¿Por qué vamos a meternos en el monte?

—¿Confías en mí?

—Definitivamente es demasiado pronto para una pregunta como esa —responde con sinceridad, y me echo a reír.

—¿Podrías, por favor, confiar en mí esta vez? —reformulo la pregunta.

Nina frunce los labios y los mueve de un lado a otro, dubitativa.

—Te prometo que no habrá una caminata de más de treinta minutos involucrada.

—¿Pero va a haber alguna caminata? —se queja, haciendo un puchero.

Yo niego con la cabeza, asegurándole que no habrá que caminar mucho.

—Entonces, ¿está bien así? —pregunto.

—Sí, pero por favor, no me mates ni dejes mi cuerpo aquí —suplica con dramatismo, y no puedo evitar reírme de nuevo.

Nunca nadie me ha hecho reír y sonreír tanto como esta mujer.

Vamos a lo largo de la orilla de la vegetación hasta que se abre un camino de arena, cubierto por árboles, hacia el centro de la isla, donde ya hay lámparas encendidas. Pasamos bajo un arco cubierto de enredaderas, y Nina gira el cuello de un lado a otro, atenta a cada pequeño detalle del sendero que nos rodea.

Dos minutos después de caminar, pasamos por otro arco y, detrás de él, encontramos la cabaña. Nina se detiene, jadea y abre la boca, completamente sorprendida por la construcción de madera y vidrio anidada en medio de la vegetación de la isla.

La miro con una sonrisa satisfecha en el rostro e inspiro el aroma de la comida que proviene de la casa. Pedí que enviaran nuestra cena aquí. Aprieto ligeramente la mano que sostiene la mía antes de continuar caminando. Mis cejas se fruncen al darme cuenta de que todas las luces de la cabaña están encendidas.

Eso ni siquiera es lo más preocupante. Las voces que se hacen más fuertes con cada paso que damos hacia la entrada me hacen cerrar los ojos y exhalar profundamente. Distraída con todas las novedades a su alrededor, Nina no percibe mi reacción.

Muevo la cabeza de un lado a otro, negando y tratando de convencerme de que estoy equivocado. Lo que creo que está sucediendo no puede estar realmente sucediendo. Sin embargo, cuando posiciono el dedo sobre el lector de huellas en la puerta y finalmente entro detrás de Nina, encuentro a Drako, Apolo y Atlas sentados en el sofá de la sala.

¿Qué fue lo que dije sobre Atlas siendo el único de mis amigos con un poco de sentido común? Estaba equivocado. Completamente equivocado. Drako, que estaba de espaldas a la entrada, se vuelve con una enorme sonrisa en el rostro.

—¡Por fin! —dice a Nina y a mí mientras extiende la mano hacia Apolo. El hermano gemelo de Atlas hace una mueca antes de sacar algunos billetes del bolsillo y ponerlos en la mano extendida de Drako. Ah, genial. Una apuesta. Hicieron una maldita apuesta—. ¿Cómo es que ustedes salieron a una cita y no nos llamaron?

Nina alterna la mirada entre ellos y yo, con los labios entreabiertos, evidenciando su sorpresa, pero su reacción dura solo unos segundos. Luego, muestra una enorme sonrisa antes de entrar a la sala, acercándose a donde están los tres.

—Eso probablemente habría arruinado todo el propósito de esto —responde, mirándome por encima del hombro el tiempo justo para darme un guiño—. Hola, chicos.

Me quedo parado en la puerta, observando mientras ella saluda a cada uno de mis amigos idiotas con un beso y un abrazo antes de lanzarse al sofá, al lado de Apolo, y doblar las piernas debajo de sí misma.

—¿Qué están haciendo aquí? —Finalmente me descongelo del lugar y avanzo más hacia el interior de la sala con muebles rústicos. Apolo estira el brazo en el respaldo del sofá, alcanzando a Nina antes de responder.

—¿Cómo que qué estamos haciendo aquí? Venimos a hacer un luau. Trajimos comida, malvaviscos y todo lo que se necesita para un luau. Solo estábamos esperando por ustedes.

—¿Y quién dijo que queremos participar en su luau?

—Nina quiere, ¿no es así? —pregunta Drako directamente a ella, y yo también desvío mi mirada.

—Podemos irnos ahora, si quieres —le ofrezco, y ella medita por solo dos segundos.

—Está bien, podemos quedarnos.

—¿Estás segura?

—No seas aguafiestas, Nero. Te dimos tiempo para que te disculparas, pero no puedes monopolizar a nuestra vieja amiga —dice Apolo.

—Es muy egoísta —explica Drako a Nina después de cubrirse la boca con una mano, a pesar de que su tono de voz es lo suficientemente alto para ser escuchado en Khione. Nina ríe de todo y de todos.

—Tengo hambre. ¿Podemos cenar antes?

—¡Claro! Pero realmente deberíamos salir de aquí antes de que la marea suba y la casa quede sumergida —avisa Drako como si fuera verdad, y Nina se queda con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —pregunta alarmada, volviéndose de inmediato hacia mí.

—¡Cállate, Drako! —digo, perdiendo la paciencia.

20

NINA MARCHESI

Si la primera noche con Nero fue perfecta en términos románticos, la segunda fue igual de perfecta en cuanto a diversión. Pasar horas en compañía de los cuatro amigos es como asistir a un show de comedia en vivo.

No dejé de reír ni un solo minuto, y anoche, cuando nos despedimos de los chicos para volver al barco donde Nero y yo dormimos, mientras el trío fantástico se quedó en la cabaña, mis mejillas dolían de tanto reír. Incluso Atlas, a su manera, es divertido.

—Tienes que admitirlo, Nina. Tu cita fue mucho mejor con todos nosotros presentes —dice Drako mientras me ayuda a salir del barco en el puerto de Khione.

Aunque dormimos en lugares separados, regresamos todos juntos a la isla a bordo de "Los Cuatro Mosqueteros".

—Nunca lo sabrás, no de mi boca, al menos —respondo y le guiño un ojo a Nero, que me mira con expresión de sorpresa por no haber rechazado de inmediato la sugerencia de su amigo.

—Pueden irse ya —les dice Nero a los chicos cuando llegamos a su auto en el estacionamiento del puerto, pero ninguno les presta mucha atención. Uno por uno, me besan en la mejilla y me abrazan, despidiéndose con calma antes de ir hacia su propio vehículo, un jeep alto y oscuro.

Entro en el convertible de Nero y él levanta la capota en cuanto nos acomodamos. Sonrío, porque me encanta la sensación del viento en la cara mientras cruzamos las calles de Khione. La mirada que me lanza me dice que Nero ya se dio cuenta de esto.

No pido permiso para encender la radio, simplemente extiendo la mano y lo hago, cambiando de estación hasta que una canción pop animada suena durante el corto viaje a casa.

Muevo los hombros, bailando sentada, y Nero se ríe de mí. Es un momento tan natural como cualquier otro que hemos vivido este fin de semana, incluso el encuentro inesperado con sus amigos.

Cuando el auto se detiene frente a mi casa, me siento tonta por ya estar extrañando un momento que aún no ha terminado. Imágenes de nosotros dos, fundiéndonos en el camarote del velero bajo la noche estrellada, brillan tras mis ojos y de repente me siento caliente.

—Tuve un fin de semana fantástico. Muchas gracias por eso —digo, desabrochándome el cinturón de seguridad.

Nero se quita el cinturón y acaricia mi mejilla con la palma de su mano. Me da una caricia suave y placentera, y no puedo evitar suspirar.

—Entonces, ¿mi plan funcionó? ¿He sido perdonado? —pregunta, mientras sostengo mi mentón entre mis dedos índice y pulgar, fingiendo pensar.

—Funcionó. Has sido perdonado —declaro—. Y deberías agradecer a los chicos. Su

presencia fue clave.

Nero se rasca la garganta antes de acercarse, asaltando mi boca con una necesidad incontrolable después de haber pasado los últimos dos días juntos, y lo entiendo, porque es la misma necesidad que siento.

Su lengua se entrelaza con la mía de manera deliciosa, y gimo suavemente, incapaz de contenerme.

—Pensé que las principales responsables de que me perdonaras eran mis habilidades orales —me provoca, con la frente y los labios aún pegados a los míos.

—Eso ayudó, sin duda —respondo riendo—. Buenas noches, Nero.

—Buenas noches, Hadita.

***

Encuentro a mi madre caminando de un lado a otro en su habitación, sacando ropa del armario y metiéndola en una maleta abierta sobre la cama. El nivel de desesperación que refleja cada uno de sus pasos nerviosos me asusta.

—Mamá —la llamo al entrar en su habitación, preocupada.

—¡Gracias a Dios llegaste! Iba a llamarte antes de salir.

—¿Salir? ¿Salir a dónde, mamá?

—¡Doña Joaquina se cayó en el baño, Nina! Estoy corriendo para allá, sabes que no tiene familia, no tiene a nadie. Cuando su vecina me lo contó, casi me da un infarto.

—¿La doña Joaquina que vivía aquí y que ahora está en Atenas?

—Esa misma. Todos los días la llamo. Me preocupa un montón que una señora de noventa y dos años viva sola. Hoy, cuando la llamé, no respondió. Hace unos diez minutos decidí llamar a su vecina, doña Gaia, y ahí me dieron la noticia. Está sola en casa, sin poder ni levantarse de la cama. Estoy corriendo desde entonces.

—Pero, mamá…

—Necesito que cuides de la tienda sola esta semana, hija. Ya sabes cómo funcionan las cosas y si necesitas algo, solo llámame, pero no puedo quedarme tranquila si no ayudo. ¿Te imaginas si fuera yo? ¿Cuando tuviera noventa y dos? Ay, Cristo. De ninguna manera voy a dejar sola a doña Joaquina —declara, cerrando la cremallera de la maleta y saliendo disparada del cuarto. La sigo cuando oigo su voz viniendo del baño—. No, no. De ninguna manera.

La encuentro en el pasillo, regresando a la habitación con los brazos llenos de productos de higiene básica. Regreso con ella a su cuarto.

—¿Me das noticias cuando llegues allá? —pido, sabiendo que no hay nada más que hacer además de lo que ella está haciendo.

—Claro, hija. ¡Claro! Tan pronto como llegue allá, te aviso.

21

NINA MARCHESI

—Entonces, ¿con cuál de ellos realmente estás saliendo? —me pregunta una clienta de la tienda mientras estoy de espaldas, reponiendo la estantería de miel detrás del mostrador.

Solo giro la cara, mirándola por encima del hombro. Su rostro joven y bronceado me dice que debe tener una edad muy parecida a la mía, pero la expresión que tiene es una que espero que nunca aparezca en mi cara.

Su cabello oscuro y lacio cae suelto por su espalda, mientras que dos mechones largos están sujetos detrás de sus orejas. Sus ojos oscuros parecen esperar ansiosos mi respuesta, y me canso de mirarla después de reconocer el vestido azul que lleva y la revista que tiene bajo el brazo, que no deja dudas sobre el tema del que está hablando.

Además de ella, otras dos mujeres me observan con expectativa. Aparentemente, para este trío, las noticias que leyeron en los periódicos y revistas de hoy no fueron suficientes.

Lo que nunca deja de sorprenderme es hasta dónde pueden llegar los habitantes de Khione por un simple chisme, francamente. ¡Mi rostro apareció de nuevo en los periódicos! Sin embargo, los titulares de hoy no mostraban solo fotos de Nero y de mí.

Las imágenes capturaron el momento en que regresamos al puerto anoche, con Nero y sus amigos. Pasé el día escuchando susurros sobre lo que esto podría significar, porque, una vez más, la audacia de esta isla no tiene límites. He perdido la cuenta de cuántas personas han visitado la tienda hoy, no para comprar nada, sino para entablar conversación y tratar de sacar alguna información nueva.

Gracias a Dios mi madre no está aquí. Esto la habría vuelto loca. No me importa que hablen de mí todo lo que quieran; sé muy bien cuáles son mis límites, así como que no estoy cruzando ninguno de ellos.

Además, sé que en algún momento la gente se cansará de hablar de mi vida. Soy el tema hasta que alguien más lo sea. Mientras no afecte a mi madre, que hablen. Yo me hago la desentendida.

—¿Perdón? —pregunto.

Mi evidente falta de disposición para colaborar con la mujer, de la que ni siquiera recuerdo el nombre, no afecta su determinación. Ella saca la revista de debajo del brazo y la levanta hacia mí, mostrándome la foto.

—¿Cuál de los cuatro? —pregunta más directamente y dejo escapar una sonrisa falsamente amable.

—Creo que te equivocaste de lugar. Aquí vendemos frutas, especias y condimentos, no información. —Le guiño un ojo y una expresión levemente sorprendida cruza su rostro. Casi me río.

Es decir, ser extremadamente inoportuna no la choca, pero ser tratada como su comportamiento merece, sí? ¡Ah, por favor! Ojalá ya hubiera encontrado un té que curara la

estupidez.

—Solo hice una pregunta. —Se defiende, llevándose la mano con la revista al pecho de manera dramática, y las otras dos a su lado susurran entre ellas, sin que les preste atención.

—Y yo te di una respuesta. Lamento que no fuera la que querías oír. ¿Puedo ayudarte con algo más? ¿Quizás una botella de miel especial de Rosa? —ofrezco, girándome completamente hacia ella con una de las botellas en mano.

—Si no hablas, van a pensar que estás con todos ellos, ¿sabías? —Tuerzo los labios y arqueo una ceja, fingiendo estar pensativa.

—¿Eso sería realmente tan malo? —Muevo la cabeza lentamente—. Quiero decir, esos cuatro... Sería todo un logro, ¿no crees? —La boca de la morena se abre y sus ojos se agrandan.

¡Ah, perfecto! Aparentemente, la bonita no entiende el concepto de sarcasmo. Casi me arrepiento de lo que acabo de decir al darme cuenta de que probablemente acabo de darle más fuerza al rumor que comenzó hoy.

Revuelvo los ojos y me encojo de hombros mentalmente. Soy el tema de conversación hasta que deje de serlo. Se van a cansar.

—Estás diciendo que…

—¿Estás segura de que no quieres llevarte una botella de la miel especial de Rosa? —La interrumpo, ofreciéndosela de nuevo, y la mujer suelta un suspiro profundo y ruidoso.

—No, gracias —responde y se da la vuelta para irse. Las otras dos la siguen al instante, imitándola como si fueran parte de una versión extraña de *Chicas Malas*. Me río sola, pensando en lo divertido que sería que tuvieran un código de vestimenta para los miércoles.

Muevo la cabeza y miro el reloj. Falta poco para cerrar la tienda. Me doy la vuelta y sigo organizando la estantería de miel. Luego, hago un inventario rápido de las demás estanterías que también necesitan reposición y empiezo a trabajar en eso.

Los minutos siguientes se pasan en una secuencia de agacharme, levantarme y reponer, lo que llena mi mente lo suficiente como para no pensar en nada más, ni siquiera en el hombre que ha estado ocupando cada rincón vacío de mi cabeza desde anoche. Para ser honesta, se ha adueñado de algunos pensamientos que ya estaban allí.

—Disculpa, ¿es aquí donde encuentro a la responsable de mi programa favorito?

La voz del mismísimo diablo me alcanza cuando estoy cerrando la caja de la tienda, y levanto la mirada hacia él con una sonrisa en el rostro, feliz por su visita sorpresa, a pesar de que no han pasado ni veinticuatro horas desde que me dejó en casa la noche anterior.

—Tal vez debería empezar a vender entradas —sugiero, burlona, y él se encoge de hombros.

—Mientras yo sea el único comprador, no veo ningún problema.

—Esa fue una buena respuesta. —Salgo de detrás del mostrador y camino hacia sus brazos—. Hola —susurro en sus labios cuando se inclina para besarme.

—Hola, Hadita. —Me besa de nuevo y luego me da un pequeño beso en la nariz.

—No es que me esté quejando, pero ¿qué haces aquí?

—No quería dejarte sola. Si me hubieras dicho ayer que tu madre había viajado, habría vuelto para hacerte compañía.

Miro al hombre que me abraza y me cuesta reprimir un suspiro ansioso que se me escapa de los labios. Nero siempre parece saber qué decir en el momento adecuado.

Me negué a pensar en todo lo que el fin de semana significó para mí hasta que estuviera acostada en mi propia cama, sola con mis pensamientos. Cuando ese momento llegó, me di cuenta de que no había nada de lo que realmente necesitara preocuparme, excepto por el propio Nero.

La virginidad no era algo importante para mí. La mantuve porque, hasta ahora, tenía otras prioridades, y tener sexo con alguien solo para perder una etiqueta nunca me pareció una decisión sensata.

Sin embargo, las palabras que Nero me dijo mientras me miraba a los ojos, hace dos noches, tenían un peso imposible de ignorar: “Solo estoy tratando de hacer que tu primera vez sea especial”.

No se trata solo de la primera vez. Pero, ¿qué mujer no querría que el hombre con quien decidió compartir su cuerpo se preocupara lo suficiente como para tener un deseo así? Me cuesta imaginar una.

—No tienes que hacer esto —le respondo finalmente, y Nero sonríe de forma traviesa. Se inclina hacia mi oído y sus siguientes palabras son un susurro que me eriza la piel.

—Tengo mis propios intereses. —Suelto una risa ante su tontería.

—Ah, ¿de verdad? Eso debió haber sido la huelga de sexo más rápida de la historia.

—Que yo recuerde, te hice llegar al orgasmo al menos cuatro veces ayer, Hadita. No creo que eso pueda considerarse una huelga de sexo, pero es bueno saber que extrañaste mi verga. —Nero muerde mi labio inferior y lo tira. La crudeza de sus palabras en un contexto tan cotidiano me hace sonrojar de inmediato, y él se ríe—. ¿Todavía te duele? —pregunta, y la única respuesta que puedo darle es un gesto afirmativo con la cabeza—. Entonces creo que necesitaré ser creativo.

22

NERO ZANTHOS

—Es una decoración interesante —comento con una media sonrisa, tratando de ocultar la risa al entrar en el cuarto de paredes rosas y muebles blancos. Hay pósters pegados por todas partes y algunos peluches acomodados en los estantes.

—No seas condescendiente —Nina se vuelve hacia mí, levantando un dedo en señal de advertencia, con una expresión muy seria en el rostro—. Ya es bastante vergonzoso sin que te burles.

—Es algo tierno. —La atraigo hacia mis brazos, juntando nuestras frentes—. Probablemente tengamos que cubrir los peluches para lo que tengo planeado esta noche, o sería raro, pero me ha gustado ver un poco de la adolescente que fuiste.

Nina hace una mueca, nada impresionada por mi intento de distraerla de su incomodidad por haberme dejado entrar en su espacio.

—Puedo irme si quieres —le ofrezco, y ella levanta la mirada hacia mí.

—No es eso, solo que ninguna chica quiere que el tipo con el que se acuesta vea su cuarto de adolescente. Es embarazoso.

—¿El tipo con el que te acuestas?

—¿El tipo guapo con el que se acuesta? —responde con sarcasmo, agregando un cumplido como si no supiera perfectamente a qué me refería desde el principio.

—Creo que necesitamos hablar de etiquetas.

—Ay, ahora el que se está poniendo tierno eres tú.

—¿El tipo con el que te acuestas y encima tierno? —Chasqueo la lengua, sacudo la cabeza y niego con suavidad—. Definitivamente necesitamos esa charla sobre etiquetas —digo, girándola y dejándola caer en la cama de una plaza que está detrás de nosotros. Suelta un gritito entre risas, y me inclino sobre ella, arrodillándome en el colchón. Entrelazo sus dedos con los míos y elevo sus brazos por encima de su cabeza—. ¿Recuerdas lo que te dije hace unos días, Nina?

—¿Que soy tu show favorito? —responde, esquivando el tema con una sonrisa traviesa que me hace reír por lo bajo. Acerco mis labios a su oído antes de hablar.

—No, Hadita. Te dije que puedo ser muy persuasivo.

La última palabra apenas sale de mi boca cuando tomo ambas manos con una sola y deslizo la otra bajo su vestido, acariciando su entrepierna por encima de la ropa interior. Nina gime suavemente.

—¿No tienes una respuesta ingeniosa esta vez? —Le sostengo la mirada mientras ella abre los labios y alza las caderas, restregándose contra mi mano, pidiendo más. Sonrío con picardía.

—Perfecto. Ahora que estamos en sintonía, hablemos de esas etiquetas.

***

—¿Qué tal? ¿Ya convenciste a Nina de hacer de ti un hombre decente o sigues siendo un perro callejero? —me pregunta Apolo apenas cierra la puerta del auto.

Echo una mirada rápida a Nina, recordando la conversación que tuvimos hace un par de días en su casa. Salgo del auto y camino hacia su lado para abrirle la puerta.

—Voy a dejar que ella te lo responda —declaro, entrelazando nuestros dedos mientras nos dirigimos con Apolo hacia la salida del estacionamiento del restaurante. La forma en que se sonrojan las mejillas de Nina me dice que está pensando exactamente lo mismo que yo.

—¿Y entonces? —insiste Apolo, ahora directamente a ella. Atlas se une al grupo cuando llegamos a su altura, unos cuantos autos más adelante.

—¿Por qué lo trajimos con nosotros, exactamente? —pregunta Nina, evitando la respuesta, y yo entrecierro los ojos.

—No conoces bien a Apolo si crees que eso va a funcionar.

—No va a funcionar —responde Apolo con suficiencia, y Nina pone los ojos en blanco.

—¿De qué hablan? —pregunta Atlas.

—Estamos averiguando si Nina decidió hacer de Nero un hombre decente o si va a seguir teniéndolo solo como su antojo de medianoche —responde su hermano gemelo, esbozando una sonrisa. Nina me mira, buscando ayuda desesperada.

Ella sigue resistiéndose a aceptar que estamos en una relación. Me inclino hacia su oído y murmuro, lo suficientemente bajo para que solo ella escuche.

—¿Acaso no fui lo suficientemente convincente, Hadita?

—Tal vez lo fuiste demasiado, y ahora solo estoy buscando excusas para que lo hagas de nuevo —responde con la misma voz suave, con un brillo travieso en los ojos.

—Ah, Nina. Entonces deberíamos hablar sobre lo hábil que puedo ser cuando se me recompensa como me gusta. —Se echa a reír con ganas ante mi comentario.

—¡Consíganse un cuarto! —protesta Atlas, pero ni siquiera se calla antes de agregar—. A menos que solo haya uno disponible; si es así, dénselo a Drako. Él claramente ya empezó con los aperitivos.

Sus palabras nos hacen girar hacia la misma dirección en la que él está mirando. Encontramos a Drako besándose con una rubia, como si su vida dependiera de ello.

Vuelvo la mirada hacia mis amigos, notando el ceño fruncido de Atlas, que no pasa desapercibido. La reacción de Apolo me hace pensar que me perdí de algo, pero la explicación no tarda en llegar.

—¿Esa no es la mujer con la que me crucé en nuestra cocina la semana pasada? —pregunta Atlas, curioso. Nina, de pronto interesada, se coloca delante de mí para seguir mejor la conversación.

Alzo las cejas, sorprendido. Parece que mi Hadita no es inmune a la maldición del chismoso. Apolo se encoge de hombros antes de responder.

—No soy celoso. De hecho, si necesitas recomendaciones, tengo una lista.

Atlas lo mira incrédulo, abre la boca para responder, pero termina negando con la cabeza antes de entrar al restaurante sin hacerle caso a la camarera anfitriona que está en la puerta.

—Si eres tan generoso compartiendo, sugiero que vayas a avisarle a Drako que ya llegamos. No creo que atienda una llamada ahora mismo —digo con fastidio. De entre todos los amigos que podría tener…—. No me malinterpretes, me encanta la idea de que consigan novias. Así ya no tendré que compartir la mía.

—¿Quién dijo que vamos a conseguir novias? —pregunta Apolo, horrorizado—. Preferimos la tuya.

Suelto un suspiro largo antes de dirigirme a la mujer vestida de negro que observa nuestra interacción con demasiada curiosidad.

—Buenas noches, Cleo.

—Buenas noches, señor Nero Zanthos —responde con una inclinación de cabeza mientras entramos al restaurante.

23

NERO ZANTHOS

Nina se mueve en la cama estrecha y, aunque me encanta tenerla tan pegada a mí, el riesgo muy real de caer al piso me hace considerar, por primera vez en mucho tiempo, mudarme a un lugar propio.

Es la cuarta noche que duermo en su cuarto de paredes rosas. Para la segunda noche, los peluches habían desaparecido misteriosamente, y para la tercera, ya no quedaban ni los pósters. Desde que me contó que su madre estaría fuera por unos días, alejarme de ella se volvió imposible.

Me ha dicho decenas de veces que no hace falta que la incluya en mi rutina solo para que no se quede sola. Pero “crear una rutina” es una forma mucho más precisa de describir lo que he hecho.

Durante los últimos cuatro días, pasé a buscar a Nina por la tienda al final de su turno, y no me separé de ella hasta la mañana siguiente, cuando la dejé en la tienda de nuevo. Lo más curioso es que cuanto más tiempo paso con ella, más quiero estar a su lado.

—¿Estás segura de que no puedo comprarte una cama nueva? —ofrezco, como lo hice cada noche anterior. Ella suelta una risa ligera y niega, como siempre.

—Segurísima. —Exhalo con fuerza.

—¿Y si compro una para mí? ¿Dormirías en ella? —pregunto, mientras ella se gira en mis brazos, pegando su pecho al mío.

—¿No tienes cama? —arquea una ceja, divertida.

—Qué graciosa eres... —respondo, y ella ríe, pero la diversión no dura.

De repente, su mirada se pierde en algún lugar distante de su mente, y me doy cuenta de lo egoísta que soy: no quiero compartirla ni siquiera con sus propios pensamientos. No aquí. No ahora.

—¿Qué pasa? —le pregunto, acariciando su mejilla. Nina parpadea y sacude la cabeza, negando despacio.

—No quiero hablar de eso. —Frunzo el ceño, pero asiento.

—¿Quieres dormir? —Ella vuelve a negar.

—No puedo. Me siento muy inquieta. —Asiento otra vez mientras deslizo mi pulgar suavemente por su rostro—. Creo que prepararé un té —dice. Un destello pícaro cruza mi rostro.

—Conozco uno muy bueno.

—¿De manzanilla?

—Es dulce... —susurro, acercando mis labios a los suyos. Ella apoya la cabeza en mi brazo,

pensativa, sin captar todavía mis intenciones. Me esfuerzo por no reír.

—¿Hierba dulce? —pregunta, inocente. Me muevo para colocarme sobre ella, abriendo mis piernas alrededor de las suyas.

—Es duro también —susurro al oído, lamiendo detrás de él.

Soplo sobre la piel húmeda y Nina se retuerce bajo mi cuerpo. Sus manos suben lentamente por los costados de mi torso mientras me lanza una mirada traviesa, captando por fin lo que insinúo.

—Eres justo el tipo de amigo del que mi mamá me advirtió.

—¿Amigo, eh? —Muerdo su mandíbula, arrastrando los dientes hasta su cuello, donde chupo sin delicadeza y luego recorro con mi lengua la marca que dejo, arrancándole un gemido suave.

—¿No eres mi enemigo, cierto? —Ella sigue provocando, y yo froto mi erección contra ella, llevando una mano a su cuello. Nina atrapa mi muñeca con ambas manos, sonriendo con descaro —. ¿Vas a matarme?

—Voy a enseñarte cómo debes llamarme.

—¿Y cómo sería?

—Tienes opciones: novio o amor mío.

—¿Y si no te llamo así?

—Tienes un talento para desafiarme en los peores momentos. —le advierto, enredando los dedos en su cabello y tirando suavemente, obligándola a inclinar la cabeza y exponer su cuello.

Besos fuertes marcan su piel, y ella jadea cuando mi lengua encuentra uno de sus pezones, que chupo con intensidad. Todo su cuerpo se arquea bajo el mío, y sonrío sin despegar los labios de su piel. Sus quejidos suaves son un estímulo delicioso, así que abro aún más mi boca sobre su seno.

Nina cierra los ojos con fuerza y separa más las piernas para acomodarme mejor mientras mi lengua juega con su pezón, prometiéndole más placer del que mis palabras podrían ofrecerle. Intenta moverse bajo mi peso, buscando más contacto, pero la inmovilizo, arrancándole un bufido frustrado. Me río sin contenerme.

—¿Qué dijiste, querida? —la provoco, soplando aire frío sobre su pezón, que se endurece aún más. Lo acaricio con la palma de la mano, arrancándole un gritito furioso y una mirada fulminante—. Dímelo, Nina. No puedo darte lo que quieres si no me lo dices primero —susurro sobre su pezón antes de dejarlo.

Paso la nariz por su otro pecho, dándole la falsa esperanza de que voy a chuparlo, solo para frustrarla al besar sus costillas con suavidad.

—Esto es chantaje, Nero —se queja con un tono infantil.

—La última vez que comprobé, tenía al menos dos abogados. Demándame. —Rozando sus dientes con mi lengua, muerdo ligeramente su pezón.

—¿Seguro que quieres invitar a Atlas y Apolo a nuestra cama? —pregunta, intentando provocarme con celos.

Su golpe es preciso, pero Nina debería saber que mi deseo por ella siempre superará cualquier otra emoción. Aplasto esa sensación ardiente en mi estómago en segundos, como si nunca hubiera existido.

—¿Eso es una solicitud? —murmuro, apartando su delgada tanga, la única prenda que lleva. Sus ojos se abren de par en par, y ella sacude la cabeza rápidamente—. Perfecto —respondo, hundiéndome en su interior sin previo aviso, largo, profundo y muy despacio.

Mis embestidas marcan el ritmo de su respiración, y juego con eso un poco, viendo cómo su pecho sube y baja, completamente alerta a cada movimiento mío.

Dejo de tocarla por completo. Cada posición de mi cuerpo y cada uno de mis movimientos están enfocados en que el único punto de contacto entre nosotros sea su vulva, que compensa la falta de proximidad apretándome con fuerza y contrayéndose a mi alrededor.

Mis manos se hunden en el colchón, junto a sus caderas, y las embestidas se vuelven más crueles. Nina gime, moviéndose contra mí, retorciéndose y aceptándome más profundo, exigiendo más.

—¿Qué quieres, Nina? —La llamo por su nombre de nuevo, sabiendo que lo odia porque cada vez que lo hago, su mandíbula se tensa.

—Quiero que dejes de intentar demostrar tu punto de vista y me cojas de verdad —responde, con la voz entrecortada. Sus palabras se vuelven más débiles porque sigo penetrándola sin darle tregua, haciéndole imposible pensar o hablar con claridad.

—¿Dónde está tu romanticismo, querida? —El “querida” la irrita aún más, llevándola al borde de la frustración.

Nina me da un manotazo en el brazo antes de clavar sus uñas decoradas en mi hombro y arrastrarlas hacia abajo sin piedad. Me río de nuevo, sintiendo lo mojada que está alrededor de mi verga. La facilidad con la que entro en ella es una señal clara de lo cerca que está de acabarse, aunque mis movimientos sean deliberadamente lentos.

—Basta, Nero —me suplica, y me detengo—. No, no así —aclara rápidamente, y retomo las embestidas, ahora más lentas que antes. Ella grita frustrada—. Mierda. Eres un...

—¿Un novio dedicado? —completo por ella. Cierra la boca al instante porque me detengo unos segundos—. ¿Un novio atento? —añado, mientras mi mano se posa finalmente en su cintura pequeña.

—Un novio chantajista —me acusa con firmeza.

—Una descripción floja, pero vas por buen camino, querida.

—Si me llamas “querida” una vez más... —gruñe, más frustrada que molesta.

—¿Fastidia, no?

Abandono su vagina apretada y le quito la delgada tela de la tanga mojada. Le doy solo un segundo de respiro antes de hundirme de nuevo en su calor, usando la cabeza de mi verga para esparcir sus fluidos por su clítoris.

—Nero... —gime, incapaz de mantener la postura enojada.

—Cuando la gente no nos llama como nos gusta... —me burlo, frotándome entre sus labios vaginales hinchados. Cuando retiene el aliento, presiono mi erección con la palma, profundizando la fricción y embistiendo con movimientos cortos.

Nuestra excitación se mezcla en su piel y moja mi mano. Sus dedos tiran de las sábanas mientras su cuerpo se estremece al borde del orgasmo. Sus muslos tiemblan contra los míos, pidiendo más, aunque sus palabras me acusan.

—Eres un pésimo novio, Nero.

—¿Ah, sí? ¿Ahora soy tu novio?

—¿Escuchaste lo de pésimo?

—También escuché “novio”.

—¡Lo eres, maldita sea!

—¿Soy qué?

—Mi novio.

—Bien.

La penetro de nuevo, con mi verga bien dura y hambrienta, deslizándose con facilidad hasta la base. Los músculos internos de Nina, aún tensos por el orgasmo rápido, me aprietan, perfectamente lubricados para seguir.

—¿Y qué quieres, Nina? —repito con perversidad.

—Quiero que mi novio me meta la verga.

—Buena chica, Hadita. —La recompenso por la confesión descarada, y ella sonríe solo por un segundo antes de que me posicione con firmeza. Mis manos toman sus tetas, y las suyas se colocan sobre mi pecho. Nada vuelve a ser lento.

—Tu novio va a darte su buena verga—prometo, y es lo último que digo antes de que mis caderas se pongan en marcha con un ritmo implacable.

Cada embestida deja una marca en su interior. La combinación de la lubricación abundante y la penetración profunda hace que su segundo orgasmo llegue más rápido de lo que esperaba, pero no es suficiente para mí.

Sigo entrando y saliendo de ella mientras su cuerpo se estremece, y su vagina se contrae alrededor de mí, exigiendo que me acabe también. Me derramo en su interior con un gruñido que hace que cada músculo de mi cuerpo se contraiga y se relaje en cuestión de segundos, mientras un latido intenso pulsa en mis sienes.

Caigo de espaldas y la arrastro conmigo, dejándola recostada sobre mi pecho.

—¿Todo bien? —pregunto, aún sin aliento, y ella asiente, ahorrándose las palabras.

Mis dedos recorren su piel, acariciando sus brazos, pero parece que está lejos de querer dormir.

—Necesito agua —pide sin moverse, y me levanto completamente desnudo.

—¿Novio? —me llama mientras cruzo la puerta, y al girarme, encuentro su mirada llena de orgullo—. Por favor, mantente lejos de las ventanas abiertas.

—Descuida, Hadita —respondo, bajando las escaleras.

***

—¿Alguien se levantó con buenas ideas? —pregunto aún con los ojos cerrados, sintiendo los labios de Nina en mi verga.

—Buenos días, novio.

—Buenos días, Hadita —la saludo, observando cómo mi erección se mete entre sus labios con calma—. Si esto es una venganza, elegiste una pésima forma —bromeo, pero ella me calla acariciando mis bolas con el pulgar, haciéndome retroceder contra el colchón.

Nina deja un beso rápido en la cabeza brillante de mi verga y me mira con preocupación repentina.

—Si lo hago mal, ¿me lo dirás?

—Eres tú, Hadita —le aseguro, llevando mi mano a su rostro e intentando levantarme para tranquilizarla.

Pero no logro completar la frase porque su mano firme en mi pecho me detiene.

—No dije que podías levantarte, novio. Solo dije que me avises si algo sale mal. Es la primera vez que hago esto —explica, mandona y segura.

—Soy todo tuyo para que experimentes lo que quieras —le digo, cruzando los brazos detrás de la cabeza, listo para disfrutar el momento.

—Lo sé. Mi novio, mi verga, mi momento. Ya es hora de dejar de ser espectadora en tu show favorito y presentar mi propia función —declara con confianza, guiñándome un ojo.

—Por favor.

24

NINA MARCHESI

—¿Qué? —pregunta Nero cuando me quedo en silencio demasiado tiempo, mirando kilómetros y kilómetros de campos de algodón.

Desvío la mirada hacia él, sintiendo cómo se me calientan las mejillas, pero no digo nada. Me niego a admitir en voz alta que lo estaba imaginando sin camisa, con la piel tatuada de sus brazos y pecho cubierta de sudor, usando solo unos jeans gastados, un sombrero para protegerse del sol y guantes de trabajo, en una escena obscenamente erótica mientras cosechaba algodón.

Por supuesto, Nero se da cuenta exactamente hacia dónde se fueron mis pensamientos sin que yo tenga que decir una sola palabra.

—Estabas pensando en sexo, ¿verdad? —pregunta, y otra vez no respondo—. Estoy creando un monstruo —declara, fingiendo horror. Sin embargo, la sonrisa en su cara hace evidente que lo único que siente es orgullo.

—Tal vez estaba imaginándote como cosechador de algodón... —confieso en voz baja, y su sonrisa se ensancha.

—No me provoques, Nina. O te juro que mando a todos los empleados a casa temprano solo para penetrarte entre las filas de algodón.

—¿Cuánto trabajo te daría hacer eso? —lo tiento, y la mirada de Nero me dice que, por mucho esfuerzo que requiriera, lo haría.

—Señor Nero Zanthos. —La voz de su asistente, Ícaro, a quien conocí más temprano, nos interrumpe.

Para evitar que me sintiera sola durante los días que mi madre está fuera, Nero sugirió que aprovecháramos el día libre de la tienda para mostrarme su trabajo. No es que me diera muchas opciones, pero ¿qué alternativa tenía, en realidad?

Cuanto más tiempo paso a su lado, más quiero seguir cerca de él. Si eso no era razón suficiente para aceptar, mi curiosidad lo era. Realmente quería verlo en su entorno.

Giro hacia Ícaro al escucharlo hablar, pero Nero me observa unos segundos más, como si estuviera a punto de devorarme, antes de girarse hacia su asistente.

—Dime, Ícaro.

—Sé que me pidió que no lo interrumpiera salvo en caso de incendio... Bueno... —Ícaro se detiene, nervioso—. No es exactamente un incendio, pero sí es una emergencia.

Sus ojos oscuros se mueven entre Nero y yo, como si no supiera si debería continuar frente a mí. Estoy a punto de levantarme para ir al baño y dejarles privacidad, pero Nero habla primero.

—Habla de una vez, Ícaro —ordena. Me suena un poco brusco, pero es difícil formarme una opinión sobre su forma de ser como jefe, considerando que es la primera vez que lo veo fuera de

nuestra burbuja.

Ya lo he visto varias veces con los chicos, especialmente esta semana, porque Nero ha pasado por la tienda al final del día todos los días.

Algunas veces hemos hecho planes de pareja. Otras, fuimos directo a mi casa y nos perdimos en conversaciones triviales y caricias desesperadas. En otras ocasiones, nos encontramos voluntariamente con los chicos, y algunas noches ellos aparecieron sin avisar, interrumpiendo nuestros momentos.

Y, aunque Nero y Atlas siempre se quejan de las locuras de Drako y Apolo, parece que las disfrutan más de lo que quieren admitir.

Estoy convencida de que estas quejas tienen más que ver con lo mucho que disfrutan hacerlo que con su verdadera opinión sobre cómo viven Drako y Apolo. No creo que los más serios del grupo encuentren a los otros dos tan molestos como dicen.

A mí, en lo personal, me gusta la compañía de los chicos. Me encanta observar su dinámica y, sobre todo, sentirme parte de ella. Es curioso cómo, de la noche a la mañana, empezaron a tratarme como si fuera una hermana menor.

El Nero que llena mis días siempre está rodeado de amigos. Sin embargo, aún no tengo una opinión clara del Nero jefe. Lo que sí tengo claro es que no es el mismo hombre relajado y juguetón que comparte mi cama.

No lo culpo. En las pocas horas que llevo en la exportadora, apenas he visto una parte del proceso que maneja, y ya me siento abrumada.

Nunca quise un trabajo de oficina. Estaría mintiendo si dijera que elegí enfermería por razones románticas. Una de las principales razones fue que es una profesión que me permitiría trabajar en cualquier lugar; al final, todos necesitan hospitales.

Sin embargo, eso no fue todo. Siempre me vi haciendo algo fuera de lo común, algo que cambiara cada día y mantuviera mi mente y mi cuerpo activos. Aunque la primera vez que entré a una sala de emergencias como profesional en vez de paciente, me pregunté si no había exagerado un poco con mis expectativas, nunca me he arrepentido de mi elección.

—La evaluación de seguridad de la nueva maquinaria se pospuso y si…

—Si no logramos reprogramarla para la fecha original, tendremos que suspender el trabajo otra vez. ¡Maldita sea! —Nero interrumpe a Ícaro y termina él mismo la frase, con el deseo y la calma que tenía segundos antes esfumándose en un instante.

¿Está mal que esto me excite tanto como mi fantasía del "Nero de algodón"? Dios, definitivamente me estoy volviendo una pervertida. Sacudo la cabeza, alejando los pensamientos indebidos y enfocándome en el hombre frente a mí. Casi puedo ver cómo su mente trabaja a toda máquina.

Se gira hacia mí, y su expresión se suaviza apenas antes de que sus palabras salgan.

—Tengo que volver a mi oficina para resolver esto. ¿Me acompañas?

—Claro.

***

—Si fuera tú, no me sentaría ahí —dice Drako en mi oído justo cuando estoy a punto de dejarme caer en un sillón del apartamento de Atlas y Apolo.

Apartamento es un nombre muy modesto, en realidad. Los gemelos viven en la penthouse de uno de los pocos edificios lujosos de Khione y me invitaron a conocerla cuando me los encontré esta tarde en los pasillos de la exportadora.

Después de la sesión habitual de quejas de Nero sobre sus amigos entrometidos, accedió a hacer lo que yo quería. Me enderezo y camino hacia un sofá.

Cuando miro a Drako, lo encuentro observándome atento. Su cabeza se mueve de un lado a otro en una negativa silenciosa, así que inspecciono el ambiente, buscando dónde sentarme. Pero cada vez que me acerco a un sofá, silla o poltrona, él vuelve a negarlo con la cabeza.

—¿Por qué estás de pie? —pregunta Nero, regresando de la cocina con dos vasos de agua en las manos.

Miro por encima de su hombro, verificando que Atlas y Apolo estén demasiado lejos para escuchar mis siguientes palabras.

—Drako dijo que no era buena idea sentarme en ninguno de estos sofás, poltronas o sillas —le confieso en voz baja, y los ojos de Nero se dirigen directo a su amigo.

Drako no aguanta ni dos segundos antes de estallar en una carcajada. Mi mandíbula se cae al darme cuenta de que estaba burlándose de mí. ¡Maldito! Le lanzo una mirada de advertencia, prometiendo venganza, pero a él no le importa en lo más mínimo.

—¿De qué se ríen? —pregunta Apolo, apareciendo de donde sea que estuviera.

—De nada. Drako solo está siendo el imbécil de siempre —responde Nero por mí.

—Dijo que no era seguro que me sentara en ninguno de sus muebles —agrego yo.

—¡Soplona! —me acusa Drako, fingiendo indignación con la boca abierta.

Me encojo de hombros, divertida. Cuando Apolo lo reprende con la mirada, yo sonrío, satisfecha, y finalmente me dejo caer en el primer sillón que había elegido.

—Lo admito, lo dije, pero ella me creyó. ¿Qué dice eso de lo que piensas de ti misma, eh? —Drako intenta darle la vuelta a la situación, y por un segundo casi le doy la razón, pero reacciono rápido.

—Dice que pensé que eras de confianza, claramente me equivoqué. Y cuando vaya a tu casa, llevaré mi propio banco, por seguridad.

La sala queda en completo silencio por unos segundos, hasta que todos estallamos en carcajadas por lo absurda que es la conversación. Sí, estoy completamente contagiada por el humor infantil de los Cuatro Fantásticos.

—Esa fue una buena respuesta —reconoce Drako, y yo le hago una reverencia exagerada.

—A tu servicio —le digo, guiñándole un ojo.

Atlas aparece al final del pasillo y se deja caer en el sofá frente a mí. Su hermano toma asiento a su lado, Nero se acomoda en el brazo de mi sillón, y Drako se desploma en la silla a mi izquierda.

—¿Qué vamos a comer? —pregunta Atlas.

—Yo me antojaría de un mexicano hoy —responde Drako sin perder tiempo.

En el mismo tono infantil de antes, todos giramos la mirada hacia él. Drako rueda los ojos y me señala con el dedo.

—¡Pervertida! —me acusa, aunque todos estábamos pensando lo mismo.

—Tú solo te buscaste esto. La convivencia es el peor maestro —le respondo, y él se ríe.

—Mexicano me parece bien —digo, y los demás asienten.

Atlas saca su celular del bolsillo y empieza a buscar la comida.

—¿Y entonces, Nina? ¿Ya conociste a tu bruja? —pregunta Atlas de repente, pero corrige rápido—. Digo, a tu suegra.

Abro la boca para responder, pero Nero se me adelanta.

—No. Y no la va a conocer pronto.

Su tono es tan definitivo que nadie cuestiona nada. Lo miro buscando alguna explicación, pero su rostro está completamente cerrado.

—¿Tacos de camarón? ¿Quién quiere? —pregunta Apolo.

Parpadeo, confundida por la reacción de Nero, pero decido no pensar en eso ahora.

—Yo quiero dos —respondo, y lo que sigue es un caos de pedidos, como si estuviéramos alimentando a un ejército en vez de a cinco personas.

25

NINA MARCHESI

Coloco el pequeño florero en el centro de la mesa y sonrío. Reviso por última vez para asegurarme de no haber olvidado nada. Los platos, cubiertos, tazas y vasos están en su sitio.

Se me hace agua la boca con los panes, pasteles y galletas acomodados en pequeñas bandejas a lo largo de la mesa. Estiro la mano hacia una galleta de mantequilla, la llevo a la boca y se deshace al instante. Mi mente viaja directo a Nero, imaginando cuánto le encantaría probarlas. Hago una nota mental para guardarle algunas.

Miro el reloj en la pared del comedor. Hace veinte minutos, mi mamá me avisó que había llegado a la estación del ferry. Después de diez días fuera, finalmente está de regreso, y por mis cálculos debería llegar en cualquier momento.

Saco el celular del bolsillo, reviso las notificaciones y descubro una decena de mensajes en el grupo de WhatsApp “El quinteto fantástico”. Nero casi explotó cuando Drako creó el grupo, diciendo que era una tortura para mí y que lo mejor sería eliminarlo.

Pero Drako no le dio permisos de administrador, así que no pudo hacerlo. Yo, por supuesto, no quería salirme. Drako y Apolo tienen los mejores stickers. A mi novio no le quedó otra opción que resignarse. *Novio.* La palabra sigue sonando extraña incluso en mi propia cabeza, pero no deja de provocarme mariposas en el estómago.

Cuando volví hace unas semanas, no esperaba nada de esto. Me muerdo el labio, recordando el correo que recibí la semana pasada, pero sacudo la cabeza, decidida a no pensar en eso ahora.

Vuelvo la atención al celular y, como sospechaba, la mayoría de los mensajes del grupo son stickers. Estoy a punto de abrir la conversación cuando escucho pasos afuera.

Me siento boba por la emoción que me invade, pero esta mesa de café significa mucho para mi mamá y para mí. Durante la adolescencia, siempre la preparaba para ocasiones especiales: Día de la Madre, del Padre, de la Amistad… Eran los únicos regalos que podía darle, además de algunas manualidades. Con el tiempo, se convirtió en una tradición nuestra.

Sin embargo, en los últimos cuatro años no tuvimos oportunidad de hacerlo ni una sola vez. La falta de dinero para visitar en los feriados nos mantuvo separadas.

Desde que volví, hemos compartido otras comidas, claro, pero el desayuno así tiene un significado distinto.

El ruido de la cerradura me saca de mis pensamientos, y la puerta se abre con un chirrido.

—¡Bienvenida a caaaasa! —canto alegremente, pero mi sonrisa se borra al instante.

Mi mamá cierra la puerta y se gira hacia mí con una expresión que me pone en alerta. Salgo de la cocina y me acerco rápido al recibidor, lista para ayudarla con lo que sea que haya pasado.

—¿Qué pasó, mamá? —pregunto sin poder contenerme.

—Tenemos que hablar.

***

Desvío la mirada hacia la ventana y paso la mano por mi cabello.

—¿No vas a decir nada? —pregunta mi mamá. Hago un esfuerzo por mirarla a los ojos.

Sentada en el sofá, entrelazo los dedos y los apoyo sobre una rodilla, mientras la pierna que tengo cruzada sobre la otra se mueve nerviosa.

—No sé qué esperas que diga. Siento que estamos teniendo la misma conversación por tercera vez.

Ni siquiera se cambió de ropa antes de acorralarme. Todavía lleva puestos los jeans oscuros y la camiseta de manga media con flores estampadas. Su rostro está rígido, y las arrugas de expresión parecen más marcadas.

Se pasa las manos por su corto cabello oscuro, acomodando mechones detrás de las orejas, y suspira. El desayuno que preparé con tanto cariño sigue intacto en la mesa.

—Bueno, cuando lo primero que escucha una madre al regresar a casa, después de diez días, es que su hija es una cualquiera, tiene todo el derecho de preocuparse y hacer las mismas preguntas varias veces —dice con un tono seco que me hace cerrar los ojos.

No es la primera vez que escucho esas palabras, al menos no las más hirientes. Como me temía, los rumores sobre mí empeoraron después de que respondí mal a una clienta impertinente que me preguntó con quién de los chicos estaba saliendo.

Sabía que la gente estaba hablando pestes, pero nunca imaginé que el chisme había crecido tanto como para ser lo primero que escuchara mi mamá al bajar del ferry que la trajo de Atenas.

Las personas que estaban hablando de mi vida ni siquiera sabían quién era yo, ni que ella era mi madre. Simplemente estaban chismeando sobre la mujer escandalosa que acababa de regresar después de años lejos y que, según ellas, no solo se había metido con uno de los chicos más codiciados de Khione, sino con los cuatro.

Los oídos de mi madre reconocieron enseguida de quién estaban hablando, y fue por eso que llegó a casa con esa cara de preocupación.

—¿Qué quieres que haga? No puedo controlar lo que la gente dice.

—No, pero sí puedes controlar algo mucho más importante: la materia prima de esos chismes, que es tu comportamiento —me responde. Abro la boca para contestar, pero decido pensar mejor lo que voy a decir. Paso la lengua por mis labios.

—¿Me estás diciendo que debo dejar que la gente dicte cómo vivir mi vida? Porque, si es así, creo que entendí todo mal en estos últimos veintiún años de crianza —le digo con toda seriedad, y ella cierra los ojos por un momento.

—No es eso lo que quiero decir, hija —responde, tomando mis manos y entrelazando sus dedos con los míos antes de continuar—. Mi punto es que pronto tú te irás, pero yo me quedaré

aquí. Y no quiero pasar los próximos meses escuchando cómo difaman a mi hija. Tampoco quiero terminar en la cárcel por un chisme barato. Estuve a nada de romperle la cara a las que estaban hablando de ti. Por unos segundos, se me olvidaron las leyes que protegen a los mayores y el significado de la sororidad —dice, alzando la voz con cada frase. No puedo evitar reírme, y ese pequeño alivio disipa un poco la pesadez que sentía en el pecho.

La idea de que mi madre pueda estar pidiéndome algo que contradice todo lo que me enseñó, o peor, que podría haber creído al menos una parte de esas mentiras que circulan como si fueran verdad, hace que me pese aún más que estos rumores la afecten tanto. Respiro hondo y suelto el aire lentamente.

—Voy a ser más discreta —digo al final, aunque la mera idea me haga querer torcer la boca. Mi madre asiente, y no me sorprende que no sepa qué más decir. ¿Qué podría agregar? A veces, la vida es una auténtica mierda.

Decido enfocarme en algo positivo. Aunque mi noticia ya no me parece tan emocionante en mi cabeza, la comparto como si fuera la mejor del mundo.

—Recibí otro correo.

Los ojos de mi madre se iluminan, y ese brillo que esperaba ver cuando entró por la puerta finalmente aparece en su rostro.

—¿Del programa de enfermería? —Asiento con la cabeza.

—Vamos, Nina, dime qué decía.

—Me citaron para hacerme unos estudios y entregar documentos en las próximas semanas. También fijaron la fecha de mi viaje.

Dejo para el final la parte que más me cuesta digerir. Mi madre, sin sospecharlo, da unas palmadas de emoción. Si no logro ser enfermera, tal vez podría ser actriz, porque parece que me está creyendo sin esfuerzo.

—¿Cuándo te vas?

—En tres meses.

—Tres meses… —repite en voz baja antes de fruncir los labios y rodearme con sus brazos, estrechándome en un abrazo.

—No puedo creer que apenas regresaste y ya te tengo que despedir de nuevo.

—No seas tan dramática, mamá. No me voy a morir, solo me voy a trabajar a otro país. Esta vez va a ser distinto. Tendremos suficiente dinero para vernos cada mes, ya sea que tú vengas o yo regrese. —Repito el mismo discurso que me he dado mil veces a mí misma, pero ahora dirigido a ella.

He perdido la cuenta de cuántas veces tuve esta conversación conmigo misma. Siempre empiezo diciéndome que me estoy preocupando sin razón, que el plan sigue intacto y que nada ha cambiado. Sin embargo, apenas pasan unos segundos y ya me descubro pensando que tal vez no podré sostener esta mentira por mucho más tiempo.

Aunque hubiera planeado todo con meses de anticipación, nada cambiaría el hecho de que ya no es solo la distancia lo que pesa, sino lo que estoy dejando atrás. Claro que me dolerá alejarme otra vez de mi madre, pero eso es parte de la vida: los hijos crecen y toman su propio camino.

El problema es que el camino que elegí en estas últimas semanas no es tan sencillo de abandonar como pensé.

Veo el entusiasmo en el rostro de mi madre, y aunque sé que habrá un costo, no importa cuánto me cueste: lo pagaré. Esto es lo que quiero. Este es mi plan. Todo lo demás es pasajero.

26

NERO ZANTHOS

—¿Por qué estamos en un apartamento vacío? —pregunta Nina, mirando a su alrededor—. ¿Acaso esta es la casa de Drako y están tirando los muebles que no son aptos para tocar? —Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada antes de responder.

—No, pero voy a guardar esa idea para el futuro.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí? —Nina no me mira mientras habla. De hecho, camina lejos de mí, recorriendo el pasillo al final de la enorme sala.

La sigo, manteniendo cierta distancia. Dejo que su curiosidad se apodere del lugar y disfruto viéndola explorar un espacio que no tiene ni idea de lo que es.

—Estamos explorando —respondo después de un rato, aunque dudo que realmente le importe mi respuesta. Ahora está subiendo las escaleras hacia el segundo piso del penthouse.

Entra en la primera puerta, la recámara principal, tan vacía como el resto del apartamento. Luego gira sobre sí misma y abre la puerta de la izquierda.

El clóset vacío no logra capturar su interés. Sin embargo, al abrir la puerta derecha y encontrar la suite principal, deja escapar un suspiro de admiración que borra cualquier duda que hubiera tenido. Todo este plan era justamente para esto.

—Definitivamente me encantaría explorar esa jacuzzi —dice entre risas, y aprovecho para eliminar la distancia entre nosotros. Paso mis brazos alrededor de su cintura y, apoyando mi barbilla en su hombro, susurro.

—Podemos hacerlo ahora.

Ella se ríe suavemente, pero su alegría desaparece de golpe. Se suelta de mi abrazo y se da la vuelta para mirarme.

—¿Este lugar es tuyo? —pregunta, alarmada.

—Depende. ¿Te gusta?

—¿Qué?

—Que si te gusta el lugar.

—¿Y por qué eso importa?

—Importa. ¿Te gusta o no? —La observo mientras piensa por unos segundos.

—Bueno, está vacío, así que no puedo dar una opinión definitiva, pero es enorme y me encanta el piso. Ah, y podría vivir en esa jacuzzi —dice señalando la bañera con el pulgar.

—Entonces, este lugar ya es mío.

Ella suelta otra carcajada.

—¿Lo compraste en los últimos diez segundos?

Entrecierro los ojos, saco el celular del bolsillo, desbloqueo la pantalla, abro la aplicación de mensajes, selecciono el contacto correcto y envío una sola palabra.

—Comprado.

Sus ojos azules parpadean varias veces, mientras su boca, en forma de corazón, se abre y cierra sin articular ninguna palabra.

—No puedes estar hablando en serio. —Finalmente encuentra las palabras.

—¿Y por qué no?

—No puedes comprar un apartamento solo porque me gusta. —Esta vez su tono no es el divertido con el que bromeaba antes. Es más... ¿preocupado?

—¿Y por qué no? —repito, sin alterarme—. Espero que pases mucho tiempo aquí, así que quiero que te guste.

Le digo la verdad, y por un instante su expresión se suaviza, aunque rápidamente la oculta. Es raro. Siempre ha sido directa y clara con lo que siente, y verla actuar de esta forma tan reservada no es propio de ella.

—No sabía que ibas a mudarte —dice en voz baja, mirando hacia cualquier parte menos hacia mí.

—Dijiste que te preocupaban los chismes y que querías ser más discreta. Pensé que era un buen momento —le recuerdo, aunque eso no basta para que me mire—. ¿Me ayudarás a escoger la cama? Porque también espero que pases mucho tiempo en ella. —Le lanzo una sonrisa traviesa, buscando aliviar la tensión que noto en su cuerpo, y vuelvo a abrazarla.

La acerco hacia mí, esperando una respuesta atrevida, pero solo obtengo una sonrisa apagada, sin vida en sus ojos. Estoy a punto de preguntarle qué le pasa cuando su celular empieza a sonar.

Ella lo saca del bolsillo y lo mantiene cerca de su cara, como si quisiera evitar que viera quién está llamando. Frunzo el ceño.

—Perdón, tengo que atender esto —dice, apartándose nuevamente y saliendo del cuarto para hablar por teléfono lejos de mí.

Observo con curiosidad cómo se aleja. No es que quiera invadir su privacidad, pero nunca ha hecho algo así. Y este no es el único comportamiento raro que he notado en ella últimamente.

Durante los últimos días, ha rechazado al menos media docena de llamadas cuando estábamos juntos, diciendo que no era nada importante, cuando antes contestaba el teléfono como si cada llamada fuera una emergencia.

Después de unos minutos, regresa al cuarto con la misma sonrisa forzada de antes.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien. No era nada importante. —Eso es lo único que dice, y me resulta imposible

no cuestionarla. Si no era nada importante, ¿por qué se alejó tanto para atender?

—¿Y entonces? ¿Qué te parece si elegimos la cama el miércoles? Si tienes tiempo libre, podemos elegir en el mismo Khione, pero si quieres ir en tu día libre, podemos ir a Atenas el martes.

—Esta semana las cosas están un poco ajetreadas en la tienda, tenemos algunas órdenes, no puedo salir antes. ¿Y el martes? —pregunta, sujetando un mechón de cabello detrás de la oreja —. El martes no puedo, estaré muy ocupada.

—¿Ocupada?

—Muy ocupada. —Espero que me dé más información que eso, pero no sucede. Nina sigue en silencio, mirándome con inseguridad.

—¿El próximo martes? —sugiero cuando pasa demasiado tiempo sin que se diga nada.

—Suena como un buen plan. —Asiente y abre la boca para continuar hablando, pero se interrumpe. Al final, decide seguir, gracias a Dios—. No es necesario que me lleves a elegir tu cama, Nero. Estaré feliz de acostarme en cualquier cama que elijas.

—¿Eso es lo que te molesta? —pregunto, extendiendo mi mano hacia ella, y Nina acepta, volviendo a mis brazos—. ¿Que haya considerado importante tu opinión?

—Cuando lo dices así, parece que estoy siendo ridícula.

—Háblame, Hadita —pido en voz baja, acomodando su mentón entre mis dedos pulgar e índice para que sus ojos no se desvíen de mí.

—No se trata solo de la cama, Nero. Es el apartamento. Es que crees que necesitas mi opinión para decidir algo tan importante como dónde vas a vivir. Pasaste días durmiendo apretado en una cama individual en mi habitación rosa, pero lo hiciste porque querías estar conmigo. Yo haría lo mismo, estaría feliz con lo que elijas.

—Entonces, en realidad, se trata de que quiero tu opinión. —reflexiono y ella muerde su labio —. Pensé que ya habíamos llegado a un acuerdo sobre el hecho de que somos pareja.

—Esto es un poco más que solo ser pareja.

—¿Y por qué es un problema? —Nina traga en seco ante mi pregunta. Sin poder girar el rostro, solo desvía los ojos.

—Solo parece que es demasiado pronto.

—¿Demasiado pronto para qué?

—Para cosas tan definitivas como esta.

—No sabía que nos estábamos limitando a las cosas pasajeras.

—No es eso... Es solo... —Vuelve a mirarme—. Olvídalo —pide, apoyando su frente en mi pecho. La aprieto aún más contra mí y beso su cabello.

—Si esto se trata de tus sueños, de que te preocupes de que esta isla se quede pequeña para

ellos, nada nos impide comprar una cama en otro lugar, Hadita. Ni comprar un sofá o una mesita de noche.

Nina aleja su rostro de mi pecho y inclina la cabeza para mirarme.

—¿Una mesita de noche? —pregunta.

—Sí. Una mesita de noche.

—¿Por qué una mesita de noche? —Entrecierro los ojos, con una sonrisa pequeña ya dibujándose en mis labios para ella.

—¿Tienes algo en contra de las mesitas de noche, Hadita? —Nina se ríe y sacude la cabeza de un lado a otro.

—No, Nero. No tengo nada en contra de las mesitas de noche.

***

La pantalla de mi teléfono sigue vacía de notificaciones de Nina durante todo el día, mientras conduzco por las calles de Khione. Ninguna respuesta a mis mensajes, ninguna llamada, ningún retorno de las que hice y ella no atendió. Ni siquiera ha visto los mensajes que le envié.

Eso no puede ser por la compra del apartamento, no todavía. Una mezcla de frustración con irritación por mi propia impotencia ante un problema que no puedo entender inunda mis venas.

Es una decisión instantánea. Tomo el retorno que me lleva hacia la casa de Nina en lugar de seguir el camino hacia la mía, aunque ya pasan de las nueve de la noche.

Es su día libre y Nina me dijo que estaría ocupada, pero ¿en qué tipo de actividad podría estar involucrada para que responder a un mensaje se volviera una tarea imposible? No puedo imaginar ninguna.

La preocupación en mi pecho es infundada y lo sé. Si algo hubiera sucedido, la noticia me habría llegado en un abrir y cerrar de ojos. El espíritu chismoso de la isla no permitiría que fuera de otra manera. Aun así, no puedo obligarme a dar media vuelta e irme a casa.

Solo necesito verla, asegurarme de que está bien y marcharme. Llego a su casa en diez minutos. A través de las ventanas, veo las luces internas encendidas. Apago el auto, pero no salgo. Sé que es una vacilación inútil. Golpee o no la puerta, mañana, Nina sabrá que estuve aquí, porque, de nuevo, el espíritu chismoso de Khione nunca falla.

Antes de que pueda abrir mi puerta y dirigirme a los escalones de la casa alta de muros blancos, mis ojos encuentran, a unos metros, caminando lentamente hacia donde estoy, la silueta del cuerpo que a estas alturas ya soy capaz de identificar, sin importar a qué distancia esté.

Debería ser suficiente. Dije que ver a Nina sería suficiente. Pero además de que no tiene sentido que simplemente arranque el auto, cuanto más se acerca Nina, distraída, más intrigado me siento sobre la razón de su ausencia durante el día y cómo el hecho de que esté fuera a esta hora se relaciona con eso.

Me dijo que estaría ocupada, ¿por qué no mencionó que saldría? Nina lleva una mochila.

¿Pasó el día entero fuera? Las preguntas en mi cabeza, junto con el hecho de que estoy dentro del auto, parado frente a su puerta cuando no hemos acordado nada, me hacen sentir como un acosador obsesivo, pero no puedo evitarlas.

Nina solo se da cuenta de mi presencia cuando llega a su puerta. Se sobresalta, asustándose momentáneamente con mi auto.

—Nero —dice, asustada.

—Hola, Hadita —saludo, abriendo la puerta del auto y acercándome a ella.

—No esperaba encontrarte aquí. —Aún con la iluminación nocturna, puedo ver la inquietud en su rostro, lo que solo aumenta el número de preguntas sin respuesta en mi cabeza. No le digo nada de esto, sin embargo. Extiendo mi mano hacia ella.

Ella mira mi palma, dudosa, luego gira el rostro a ambos lados, como si buscara testigos de nuestro encuentro, y me acuerdo. Discreción, claro. Dejo mi mano caer a un lado, la irritación burbujeando en mi estómago aumenta significativamente por no poder tocarla.

No es con Nina con quien estoy molesto, es con la situación. Con la falta de información, con las dudas, con esa sensación desconocida que me carcome. Ella parece darse cuenta de que necesito algo y se acerca un paso, dejando todavía buenos treinta centímetros entre nosotros. Su mano acaricia mi mejilla y Nina toca suavemente nuestros labios.

Cierro los ojos, aspirando su fragancia a pesar de que está mucho más lejos de lo que desearía. La quiero pegada a mí. Su cuerpo en el mío, su perfume impregnado en mi piel, su boca unida a la mía.

A pesar de todos esos deseos, no levanto mis manos para tocarla, porque sé que en el momento en que sienta el calor de su piel, voy a mandar la discreción a la mierda.

—Me preocupé por ti, Nina —digo, abriendo los ojos—. Desapareciste todo el día.

—Necesitaba ocuparme de algunas cosas. —*¿Qué cosas?* La pregunta está en la punta de mi lengua, pero me la trago. Si quisiera decírmelo, ya lo habría hecho.

Hay una expresión casi culpable en su rostro. Nina toma una respiración profunda, y la distancia entre nuestros cuerpos se convierte en una sensación aún peor.

—¿Te quedas conmigo esta noche? —pido, necesitando acabar con la opresión en mi interior —. Podemos ir a un hotel, podemos salir de la isla, si quieres —digo. Cualquier cosa, podemos hacer cualquier cosa, siempre que signifique que podré tocarla. Sus dientes atrapan su labio inferior antes de que me responda.

—No puedo, Nero —niega, pero la angustia en su rostro me dice que le gustaría, aunque su expresión corporal no me dé ninguna evidencia de eso.

—¿Estás bien? —pregunto, necesitando saber, y ella me ofrece una sonrisa tranquilizadora.

—Estoy bien. —Nina hace una pausa, suspirando—. Solo estoy cansada, muriéndome de ganas de perderme en tu olor, de besarte como se debe, y queriendo arrancarme el cabello de la irritación por no poder hacer eso porque esta maldita isla no puede guardar la boca cerrada. —El

alivio que traen sus confesiones es tan grande que me asusta.

Desisto de la resolución de no tocarla. Levanto la mano y acaricio su mejilla, decidiendo que el contacto mínimo es, de hecho, mejor que nada.

—Necesitamos comprar esa cama.

—Dormiría en el suelo con gusto si eso significara que estarías a mi lado, pero si salgo de aquí a esta hora contigo, solo Dios sabe qué tipo de rumores inventarán mañana por la mañana. —Ella inclina su rostro hacia la caricia de mi mano y deja un beso en mi palma—. No me importaría si fuera solo yo, Nero. Juro que, por mí, pueden volar todos por los aires, pero le prometí a mi madre.

—Lo sé, Hadita. Lo sé. Abrazarte sería genial, mierda, dormir contigo sería el cielo, pero me conformo con saber que estás bien. Realmente me preocupé —digo, pero mantengo mis ojos en los suyos para asegurarme de que entienda también lo que no estoy diciendo: “No desaparezcas más así, por favor.”

—Lo siento por eso. Fue un día ajetreado.

—¿Puedo preguntar con qué? —Nina se encoge de hombros, la rigidez repentina en ellos delata que no está tan indiferente a lo que sea que esté eligiendo no decirme.

—Solo estaba ocupándome de algunas cosas. —Me da la misma respuesta de antes y es mi turno de hundir los dientes en mi labio inferior. Asiento.

—Es mejor que me vaya —digo y ella asiente con la cabeza, deja un beso más en mi palma y da un paso atrás. Inclino el cuello, mirándola como un aviso de lo que estoy a punto de hacer, antes de eliminar la distancia entre nosotros y unir nuestros labios en un contacto que resuena en todo mi cuerpo. Nina gime suavemente, tan necesitada de más como yo—. Buenas noches, Hadita.

—Buenas noches, novio. —Las palabras salen en un suspiro frustrado y me arrancan una sonrisa contenida de satisfacción.

Entro al auto, pero aún la miro por casi un minuto entero antes de encenderlo y, a cada metro que las ruedas avanzan por las calles de adoquines, la frustración inunda mis venas y gana más fuerza.

Aunque siempre he llamado al espíritu chismoso de Khione una maldición, es la primera vez en toda mi vida que realmente lo veo así.

27

NERO ZANTHOS

Apago la vela colocada entre dos arreglos bajos de flores. La mesa, puesta de manera romántica para dos, era una sorpresa hace hora y media. Ahora no parece más que un sello en mi certificado de novio incompetente.

El vacío en el apartamento se siente más profundo desde que llevo casi dos horas aquí, plantado como un idiota, esperando a Nina, quien ni vino ni dio señales de por qué no lo hizo.

No sé qué hacer. Me río de mí mismo, aunque lo último que siento en este momento es gracia. Las últimas dos semanas han sido… complicadas.

Quizás Nina tenía razón al decir que íbamos demasiado rápido, pero también lo estaba yo al decir que no me importaba. Los días que pasamos compartiendo cada segundo de nuestro tiempo libre aceleraron las cosas entre nosotros. La vida, sin embargo, hizo su parte cuando el tiempo se agotó, obligándonos a pisar el freno a fondo, sin que importaran las consecuencias.

Pasamos de tener una rutina compartida a apenas vernos tres veces por semana. Pero mi deseo por ella no entiende de ritmos nuevos y me aplasta el pecho a cada momento, como si esta transición fuera el cambio de toda una vida y no de unos días.

Esta noche debía ser una escapatoria. Los documentos de compra del apartamento finalmente se firmaron, lo que significa que una parte considerable de nuestros problemas ya quedó resuelta.

Debía ser una celebración, un momento en el que nada más importara: ni el trabajo que está devorando cada minuto de mi día, ni las obligaciones de Nina, ni los malditos chismes de la isla, ni ninguna otra cosa que no fuera tener a mi pequeña Hadita entre mis brazos.

Y, sin embargo, aquí estoy, solo, en un apartamento vacío, sin la menor idea de cómo manejar esto, porque no tengo a nadie más a quien culpar. Soy un novio de mierda.

Nina se ha estado alejando más y más cada día. Donde antes había sonrisas sinceras y entrega sin disimulo, ahora solo encuentro evasivas e incomodante indiferencia. Y no solo no he podido descubrir por qué, sino que tampoco he sabido arreglarlo.

Podría haber delegado más tareas, debería haberme esforzado en sacar más tiempo para ella, en hacerla sentir segura para que se abriera conmigo sobre todo aquello que estaba guardando.

Podría haber presionado al vendedor y a su intermediario para que la compra del apartamento se concretara más rápido. Pero, absorto en el trabajo, dejé que todo siguiera su curso. Podría haber hecho muchas cosas y, aun así, no lo hice.

Me siento impotente. Totalmente impotente, y pocas cosas odio más en el mundo que esta sensación. La había desterrado de mi vida hace años, y que sea precisamente Nina -la única mujer que pensé que entendería esa necesidad- quien me arrastre de vuelta a este lugar que tanto deseaba no volver a pisar, es una ironía del carajo.

Levanto el celular de la mesa por… ¿quién sabe cuántas veces ya? Todavía nada. Sin mensajes. Sin llamadas. Desbloqueo la pantalla y la conversación con Nina ya está abierta. Los

símbolos bajo mis mensajes siguen solitarios y grises: ni siquiera los ha recibido.

Me levanto arrastrando los pies hacia la cocina. Despedir al pequeño equipo que contraté para la cena es la parte fácil. Lo complicado empieza cuando tomo las llaves del auto y bajo al garaje.

Las memorias de la última vez que sorprendí a Nina en su puerta por la noche no me invitan a repetirlo, pero ¿qué otra opción tengo sino arriesgarme?

***

La preocupación en el rostro de doña Rosa, al abrirme la puerta, activa cada nervio de mi cuerpo.

—¿Todo bien, doña Rosa?

—Sí, todo bien —dice, pero su mirada la traiciona.

—¿Nina está en casa? —pregunto, y las manos de mi suegra se retuercen en la falda de su vestido estampado.

—No. —Miro mi reloj por reflejo: son las nueve y quince de la noche—. Salió en la mañana y todavía no regresa. Ya debería estar aquí. Estoy preocupada. Dentro de poco llega la última barcaza, y no he podido contactarla.

Las palabras salen atropelladas, finalmente soltando toda la angustia reflejada en su cara. Aprieto los dientes, furioso como el carajo con la información inesperada. No es la primera vez que Nina omite cosas.

¿Cómo se supone que resuelva el problema si no tengo todas las piezas? Sería mucho más fácil si simplemente hablara conmigo.

—¿Fue a Atenas?

—Sí.

—¿Y fue a ver a alguien? ¿Sabes si quedó con alguien para que puedas llamarle y averiguar a qué hora la vieron por última vez?

—No, que yo sepa, no —responde, mirando a los lados, como si esperara que su hija apareciera de repente. Asiento.

—Voy a la estación a esperar la última barcaza. Si Nina no viene en esa, veré qué hacer. Te llamo en cuanto llegue. —La preocupación me corroe por dentro.

—Gracias, hijo. Muchas gracias. Si llega antes, yo te aviso.

28

NINA MARCHESI

Todo mi cuerpo pesa mientras prácticamente me arrastro fuera de la barcaza junto a la multitud, pero el peso de mis miembros no se compara con el que llevo en el pecho. Dejé a Nero solo, plantado, sin noticias, en lo que se suponía que sería nuestra noche especial, y realmente la necesitaba.

Las últimas semanas han sido un caos constante entre la culpa y el desorden en mi corazón. Cada vez que le ocultaba algo a Nero, cada ocasión en la que aprovechaba su ausencia para avanzar en los requisitos del proceso de selección, sabiendo que nuestro tiempo juntos se estaba agotando, sentía que mi corazón se encogía.

Quería contárselo. Necesito contárselo, pero simplemente no puedo, y ni siquiera sé por qué. Lo único que deseaba esta noche era perderme en sus brazos.

Tengo ganas de llorar, pero después de pasar el día en un agotador entrenamiento de primeros auxilios, no me queda energía para hacerlo. Dejo escapar un largo suspiro y alzo el celular a la altura de mis ojos.

Presiono el botón de encendido, pero el aparato no responde. Está tan muerto ahora como lo ha estado durante las últimas horas. Mi mente vacila entre pensar en una excusa para justificar lo imperdonable ante Nero o simplemente fingir que, al menos por esta noche, no tengo que enfrentarme a eso.

Cruzo la rotonda y salgo de la estación, dejándome llevar por el flujo de personas hacia las calles empedradas tan típicas de Khione. Mis hombros suben y bajan con cada respiración profunda que suelto, aunque ninguna logra aliviarme del agotamiento físico y emocional.

Y entonces lo veo. Nero está ahí, con los brazos cruzados, apoyado en su auto, esperándome justo a la salida de la estación. Mis pasos se detienen en seco, y una mujer detrás de mí choca contra mi espalda.

Me giro rápidamente y me disculpo, pero ella solo asiente y sigue su camino con prisa. Las demás personas que vienen detrás se dispersan hacia ambos lados para evitar más tropiezos. Cierro los ojos un instante antes de girarme otra vez hacia él.

Por un momento pienso que tal vez es mi imaginación jugándome una mala pasada, pero cada vello de mi cuerpo está erizado, y sé que no es una ilusión. Abro los ojos, y ahí está Nero, exactamente donde lo vi antes, en la misma postura. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo supo que volvía de Atenas? Pero ninguna de esas preguntas es más importante que la única que debo responder: ¿qué le voy a decir?

Intento sacudir la pesadez de mi mente y forzarla a encontrar una justificación rápida. Pero mis pasos son lentos, demasiado lentos, aunque eso no deja de ser conveniente. Después de unos minutos, finalmente llego hasta él.

—Hola —saludo en voz baja.

—Hola, Nina —responde, dándome un beso rápido en los labios antes de abrir la puerta del copiloto. Subo al auto y me dejo hundir en el asiento de cuero, rodeada por su aroma. Cada hueso de mi cuerpo parece cantar de alivio.

Me quito los zapatos para liberar mis pies agotados y cierro los ojos. Podría quedarme dormida en ese instante. De hecho, creo que lo hago por un par de segundos, pero me despierta el sonido de la puerta del conductor cerrándose cuando Nero entra al auto.

No me hace ninguna pregunta. Solo arranca, y durante unos minutos, el silencio, que pensé que sería reconfortante, se vuelve insoportable.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le pregunto, rompiendo el silencio.

Él deja escapar una risa baja y seca.

—Tu madre me lo dijo. Estaba preocupada de que perdieras la última barcaza —responde, sin ocultar la molestia en su tono.

Asiento con la cabeza, sintiendo cómo mi corazón se encoge.

—¿Me prestas tu celular? Quiero llamarla, pero el mío se apagó hace horas.

—Claro, sabes la contraseña. Pero ya le avisé que te encontré y que te estoy llevando a casa.

Retiro la mano al escuchar eso.

—Gracias —murmuro, y él asiente en silencio—. ¿Estás bien? —le pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

Él deja escapar otra de esas risas breves que tanto detesto.

—No, Nina. No estoy bien.

—¿Qué pasó?

Nero aparta la vista del camino por un segundo para mirarme.

—¿Qué pasó? —repite, con un tono entre incredulidad y enojo—. ¿De verdad me estás preguntando qué pasó, Nina?

Exhalo, sintiendo cómo me late la cabeza de cansancio.

—Perdón por faltar a nuestra cena. Perdí la barcaza anterior, no había boletos para la siguiente y solo conseguí volver en la última. Me quedé sin batería y no pude avisarte. Sé que fue una cagada, pero mi día fue agotador, Nero. Si es por eso que estás molesto, yo también me quedé esperando varias veces antes, así que creo que tengo algunos créditos a mi favor.

No lo digo como un ataque, solo estoy cansada. De verdad no quiero tener esta conversación ahora.

—¿Crees que estoy molesto porque no fuiste a la cena? —su tono se vuelve aún más serio—. No sabía que llevábamos la cuenta, Nina. Si es así, por favor, haz todo lo que creas necesario para que estemos a mano y podamos seguir adelante, porque realmente quiero que esta sea la última vez que algo así pasa. No me gustó, Nina. No me gustó nada.

Aunque habla con seriedad, hay una mezcla de frustración y afecto en su voz que me hace sentir como la peor persona del mundo.

Echo la cabeza hacia atrás, apoyándola en el asiento, y cierro los ojos.

—Perdón —lo digo haciendo un esfuerzo mayor del que me siento capaz, para que mi voz suene clara—. De verdad lo siento, solo estoy cansada, Nero.

Él no responde, dejando que el silencio se asiente entre nosotros. Cada segundo en ese vacío me hace sentir más culpable, porque, incluso después de toda esta mierda, Nero sigue tratándome con cuidado.

—Perdón —repito, y sus ojos se desvían brevemente de la carretera hacia mí—. ¿Podrías parar el auto? —pido, sintiendo que el estómago me da vueltas.

—¿Te sientes mal? —pregunta con preocupación mientras ya toma el carril hacia el acotamiento.

—No —admito—. No es nada que un baño y una buena noche de sueño no puedan curar, pero necesito contarte algo. —Me suelto el cinturón en cuanto Nero apaga el auto y giro mi cuerpo hacia él. Él hace lo mismo, y quedamos uno frente al otro.

—¿Vas a decirme dónde estuviste hoy? ¿O por qué has estado distante estas últimas semanas? —Va directo al grano, y me muerdo el labio.

—Te dije que estaba ocupada con algunas cosas —empiezo.

—Una y otra vez.

—Sí, solo que nunca te dije para qué. —Nero frunce el ceño levemente al escucharme—. Fui aceptada en un proceso de selección y he estado pasando por las siguientes etapas: exámenes, entrenamientos, papeleo interminable y entrega de documentos. Eso es lo que he estado haciendo cuando salgo de la isla.

—¿Un trabajo? —pregunta, con cara de confusión—. ¿Eso es lo que me estuviste ocultando? ¿Un trabajo?

—Sí.

—No entiendo, Nina. —dice, sonando agotado—. ¿En algún momento hice algo que te diera la impresión de que vivir tu vida y seguir tus sueños sería un problema entre nosotros?

—El trabajo que acepté es en Dubái, Nero. —Su rostro se descompone al instante.

Sus ojos azules, esos que tanto me gustan, parpadean, y casi puedo ver las engranajes de su mente girando. De repente, siento todo mi cuerpo en alerta, completamente despierto por el impacto de esta conversación.

—¿En Dubái? —pregunta, y asiento con la cabeza—. ¿Es algún tipo de intercambio? ¿Cuánto dura? ¿Tres meses? ¿Seis? —suelta las preguntas de golpe, y parpadeo antes de contestar.

—Dieciocho meses.

—Diecio... —Empieza a repetir, pero se interrumpe a mitad de palabra. Nero mira hacia el frente, perdiendo la vista en la carretera durante casi un minuto. Luego, vuelve a mirarme y lanza otra pregunta—. ¿Y no creíste que esto era importante como para decírmelo antes?

—No sabía cómo —confieso en voz baja, sintiendo que los ojos se me llenan de lágrimas.

La rabia que se apodera de su rostro supera cualquier escenario que hubiera imaginado. Me muerdo el labio hasta sentir dolor, esperando su reacción. La decepción que irradia es como una cuchilla clavándose en mi pecho. Es justo lo que había intentado evitar.

Todas mis inseguridades y autocríticas salen a la superficie durante esos segundos de silencio. No quiero involucrarme lo suficiente como para que mi ausencia le importe a alguien. Y, sin embargo, aquí estamos.

Veo venir todo esto; podría detenerlo en cualquier momento, pero soy egoísta. Deseo tanto lo que tengo en mis manos que sigo mintiéndome a mí misma, repitiendo que nada ha cambiado, aunque en mi interior sé que ya no me siento igual.

No importa que todo suceda demasiado rápido, porque ya es un hecho. No hay vuelta atrás; lo único que queda es dejar de evadirlo. Siempre supe que no podía tenerlo todo, pero aun así, disfruto cada segundo en el que finjo que sí.

—Voy a tener que contradecirte, Nina, porque, desde mi punto de vista, acabas de contarlo, y adivina qué: ¡tu lengua sigue en su lugar, carajo! —exclama con furia, golpeando el volante con ambas manos.

No sé si lo que más me duele es la violencia de sus palabras o la verdad que contienen. Me sobresalto en el asiento, parpadeando repetidamente. Abro y cierro la boca varias veces, pero no encuentro nada que pueda suavizar la situación, así que elijo quedarme en silencio.

Nero tampoco dice nada más. Enciende el auto y arranca, acelerando por las calles desiertas de la isla como nunca lo ha hecho conmigo a su lado. La conducción roza lo peligroso. Contengo la respiración y me ajusto el cinturón.

El trayecto hacia mi casa se siente interminable, y cuando por fin estaciona frente a la acera, veo a mi madre espiando por la ventana. En cuanto me ve, desaparece tras la cortina. Me giro hacia Nero con los ojos ardiendo, pero logro contener las lágrimas.

—Lamento no habértelo dicho antes. —Él me mira con enojo, pero no responde. Asiento, sintiéndome derrotada—. Gracias por venir a buscarme esta noche. —Abro la puerta del auto y salgo. Antes de girarme para entrar a la casa, escucho su voz nuevamente.

—Aquella semana... —dice entre dientes, con las fosas nasales dilatadas—. Esa maldita semana... No creas ni por un segundo que fue menos que miserable para mí. Odié cada maldito instante en el que te dejé esperando. Si buscabas vengarte por eso, te alegrará saber que para mí fue un castigo.

—Nero… —susurro, dejando caer los brazos a los lados del cuerpo. El frágil control que tengo sobre mis emociones se rompe, y las lágrimas empiezan a caer, aunque ya no hay nadie para verlas.

Nero arranca el auto y desaparece en la oscuridad de la noche, dejándome sola con el llanto que finalmente encuentra su camino fuera de mi corazón.

29

NERO ZANTHOS

Estoy solo. Me estoy metiendo en esta relación yo solo. Ahora todo tiene más sentido. Presiono el acelerador con fuerza, sin saber ni siquiera a dónde quiero llegar tan rápido.

Debo haberme vuelto completamente ciego, dejándome llevar por la idea de que Nina sería distinta a todas las demás personas que me rodean. La certeza de que podía confiarle mis vulnerabilidades me convirtió en un completo idiota.

Ella sabía quién soy, de dónde vengo y lo que me costó llegar hasta aquí. Sabía todo eso y aun así... Sacudo la cabeza, tratando de mantener la mirada en la carretera, aunque lo único que quiero es cerrar los ojos por un momento.

Repaso mis acciones durante las semanas que vivimos juntos. No encuentro un solo instante que pudiera haberle dado la impresión de que necesitaba mentirme o esconderme cosas.

Nunca he manejado bien el abandono. Me despierta algo que enterré hace muchos años y que nunca quise volver a encontrar. Y ahora, el desprecio viniendo de Nina me arrastra a un torbellino de dolor y rechazo que ni siquiera siento como mío.

No pedía mucho. Solo necesitaba que fuera sincera, que respondiera cuando le pregunté. Porque le pregunté. Varias veces. ¿Qué estaba esperando para decirme que planeaba mudarse de país por casi dos años? ¿A que me enamorara de ella?

—¡Demasiado tarde, carajo! —grito, golpeando el volante con rabia.

Admito para mí mismo lo que mi cuerpo ya sabía desde hace tiempo, ese sentimiento que traicionaba mis ojos cada vez que intentaba ocultarlo y fallaba. Ella nunca lo notó... y ahora entiendo que fue porque decidió no verlo.

No entiendo cómo pudo mentirme en la cara de esa forma. Doblo una esquina sin reducir la velocidad, y los neumáticos rechinan violentamente. No puedo llegar a casa así. Decido estacionar antes de provocar un desastre más, y esta noche ya tiene demasiados.

Salgo del auto, frustrado y con la sensación de que me falta el aire. Camino sin rumbo por las calles, intentando calmarme y ordenar mis pensamientos. Me acerco al centro de la isla, donde hay más movimiento, y las personas que pasan me miran con curiosidad. No me importa; las ignoro, culpando internamente a cada uno de ellos por lo que está pasando.

Camino lo que parece una eternidad, sin darme cuenta de que mis pasos me llevan al único lugar donde sé que encontraré algo de consuelo. No es la casa de mis padres, ni el apartamento impersonal que compré hace poco.

El portero me saluda, y yo le respondo con una mueca y un "buenas noches" gruñido. No espero el ascensor. Estoy agotado, y subir los veinte pisos por las escaleras parece casi atractivo. Quizá así pueda tomar una ducha y dormir, sin más.

Abro la puerta de las escaleras para desesperación del portero, que ya sabe que solo visito un

apartamento en este edificio: el que está en el último piso. Me mira como si hubiera perdido la cabeza por querer subir todas esas escaleras.

Pierdo la cuenta después del escalón 664. Todo se vuelve un borrón. Cuando finalmente llego al pasillo, ya son más de las tres de la mañana. Espero que los gemelos hayan dejado la puerta abierta como siempre, para no tener que despertar a nadie.

Por suerte, la dejaron. Me quito los zapatos en la entrada y subo un piso más, hacia el baño, tratando de no hacer ruido. Mi reflejo en el espejo muestra algo más que cansancio; la decepción marca cada uno de mis rasgos.

Enciendo la ducha y no paso más de cinco minutos bajo el chorro de agua caliente. Me seco sin ganas y entro en el cuarto de huéspedes, que sigue sin lámpara desde la última vez que me quedé aquí.

El grito asustado que escucho no es mío, y me levanto de un brinco como si tuviera un resorte.

—¡Qué carajos! ¿Qué mierda haces? —Drako me alumbra la cara con la linterna del celular, dejándome momentáneamente ciego.

—Apaga esa porquería, imbécil.

—¿Qué demonios haces desnudo, acostándote encima de mí, animal? —Baja la voz cuando se da cuenta de que soy yo.

Me cubro la cara con las manos porque el idiota sigue sin apagar la linterna. Se levanta y enciende una lámpara de pie que no recuerdo haber visto antes.

—¿Qué haces aquí a esta hora, Nero? —pregunta, ajustando la intensidad de la luz hasta iluminar toda la habitación. Me observa de arriba abajo con desconfianza y, luego, lanza la única pregunta que parece tener sentido para él—. ¿Tenemos que salir a matar a alguien o podemos esperar hasta mañana?

—Tu capacidad de decir estupideces a medio dormir es impresionante.

—Llegas aquí a las tres de la mañana con esa cara de mierda... ¿qué esperabas que pensara?

Se vuelve a sentar en la cama king size y me lanza dos almohadas en la cara con fuerza. Caen al suelo, y ni siquiera intento recogerlas.

—¿Te echaron de tu casa o qué? —pregunta, girando el cuello hacia mí. Le lanzo una mirada de fastidio y niego con la cabeza—. Porque si te echaron, hay que celebrarlo. La bruja mala se estaba engordando contigo solo para cocinarte después.

—Cierra la boca y déjame dormir, ¿quieres?

—¡Ni loco! Ponte un short, ¿o tengo cara de tu novia para dormir con un tipo desnudo pegándose a mi espalda?

Le devuelvo el golpe con una almohada, dándole en plena cara. Su maldición me hace reír por lo bajo.

—¡Hijo de puta!

—Probablemente lo sea.

Me lanza un short desde la mesa de noche.

—¿Está limpio, Drako?

Me mira ofendido.

—¿Acaso parezco un mugroso?

Revuelvo los ojos y me dejo caer en la cama, obligándolo a pasar por encima de mí para acomodarse de su lado, junto a la pared.

—¿Estás de mal humor porque Nina decidió meterte un dedo en el culo?

Le doy otro almohadazo, esta vez más fuerte.

—Está bien, ya, ya. —Se rinde, acomodándose bajo las sábanas. El silencio apenas dura un minuto antes de que su voz rompa la oscuridad—. ¿Pero todo está bien con Nina?

—Sí —respondo de inmediato, esperando que se calle, aunque la palabra me sabe a mentira.

30

NERO ZANTHOS

Aunque estoy exhausto, no consigo dormir. La imagen de Nina y sus mentiras me persigue. Cada vez que cierro los ojos, siento que mi rabia se hace más fuerte. Drako, en cambio, no tiene ni de lejos el mismo problema. Sus suaves ronquidos llenan el cuarto.

Después de un rato, me doy por vencido e intento levantarme con cuidado para no molestar al grandulón que sigue tirado a mi lado. Me pongo una camiseta y salgo del cuarto, caminando hacia la cocina. La casa está silenciosa y a oscuras, así que me muevo con cautela para no despertar a nadie.

Bajo las escaleras, abro la nevera y saco una botella de agua. Le doy un largo trago para aliviar la sequedad en mi garganta. La tenue luz del refrigerador ilumina la cocina, y mis ojos se acostumbran poco a poco a la oscuridad.

Perdido en mis pensamientos, ni siquiera noto que Drako aparece en lo alto de las escaleras, frotándose los ojos con sueño.

—¿Qué pasa, hermano? —pregunta preocupado. Me toma un segundo decidir que es mejor sacar esto de mi cabeza de una vez que seguir dándole vueltas yo solo.

—No puedo dejar de pensar en todo lo que pasó. Discutí con Nina —respondo con la voz áspera.

Drako se queda pensativo, apoyando las manos en el pasamanos sin decir nada, hasta que Atlas aparece en el pasillo, sin duda despertado por nosotros, aunque hayamos estado hablando en voz baja.

—Llegaste justo a tiempo, Atlas —comenta Drako, y él nos observa con curiosidad, alternando la mirada entre los dos.

—¿A tiempo para qué? —pregunta, mirándome, pero es Drako quien responde.

—Nero tiene un problema.

Atlas asiente y baja las escaleras. Al ver que la conversación se alargará, pone una sartén en la estufa y saca la mezcla para panqueques, sin preocuparse por la hora. Drako desaparece por el pasillo y regresa poco después, trayendo a Apolo agarrado del brazo.

—Quiero mis panqueques con mantequilla y mermelada de fresa —pide Apolo, sentándose en la barra.

—¿Acaso parezco tu sirviente? —reclama Atlas, señalándolo con el dedo, advirtiéndole en silencio. Drako está a punto de responder que sí, pero algo lo distrae: dos mujeres idénticas aparecen en lo alto de las escaleras, con una expresión algo avergonzada.

Apolo se pone de pie y las acompaña hasta la puerta, con una sonrisa de autosuficiencia, prometiéndoles compensarles por el final anticipado de la noche. Las besa a ambas en los labios, sin sorprender a nadie. Luego cierra la puerta y, antes de que Atlas pueda reprocharle su actitud,

se adelanta con sus palabras.

—Traje una para mí y otra para ti, pero, cuando llegué, ya estabas dormido. —Se encoge de hombros con un gesto descarado—. No iba a dejarla ir, así que, como buen hermano, hice el sacrificio de quedarme con las dos.

Con la cara más cínica del mundo, agarra una manzana y le da un mordisco, despreocupado. Atlas niega con la cabeza, desaprobando en silencio, y vuelve su atención a los panqueques.

—¿Qué problema hay ahora? —pregunta Apolo, intentando entender. Drako señala hacia mí mientras se mueve por la cocina y pone a funcionar la cafetera. Coloca cuatro tazas sobre la mesa, luego los platos. Cuando Atlas trae los panqueques apilados en una tabla, Drako vierte café en cada taza ya preparada. Es una rutina que hemos repetido mil veces.

Cuando todo está listo, nos sentamos alrededor de la mesa. Atlas y Apolo de un lado; Drako y yo, del otro. Sin embargo, el más joven de mis amigos se mueve y se sienta apretado entre los gemelos. Endereza la espalda, hace como si se acomodara un cabello largo e imaginario que nunca ha tenido, y habla con tono solemne.
—Acusado Nero, puede empezar con su declaración. La defensa lo escucha.

Los gemelos se ríen, y los tres levantan sus tazas y toman el primer sorbo al mismo tiempo, haciéndome sentir juzgado de verdad.

Respiro hondo, tratando de controlar la rabia y la tristeza que amenazan con apoderarse de mí, y empiezo a contar todo lo que pasó con Nina. Ellos escuchan sin interrumpir, y puedo ver cómo la indignación crece en sus rostros.

***

—Y lo peor es que, mientras ella me mentía en la cara, yo me sentía como un imbécil, echándome la culpa por la distancia, por sus desapariciones, por la falta de atención. —Hago una pausa, tratando de calmar mi tono exasperado—. Intenté arreglar algo que ni siquiera era mi culpa. Mi diploma de idiota ya puede colgarse al lado de los otros en la pared de la oficina —declaro.

Los tres me miran como si me hubiera crecido una segunda verga, y yo fuera el único bendecido con semejante rareza.

—A ver si entendí bien —empieza Atlas con ese tono irritantemente calmado que no viene al caso a esta hora de la madrugada—. Conseguís una novia y le compartís parte de tu historia pasada. —Levanta un dedo como si estuviéramos en primaria—. La chica es estudiosa, trabajadora y comprometida. —Levanta otro dedo, y ya me empiezo a calentar porque sé que esto no pinta bien para mi lado—. El mayor sueño de su vida es recompensar a su madre por los sacrificios que hizo para que ella se graduara. —Me lanza una mirada cargada de ironía, como si le hablara a Apolo o a Drako—. Y ahí vas tú, todo emocionado, acompañándola a todas partes. —Levanta un último dedo y lo apunta directo a mí—. ¿Y cuando la chica decide actuar con un mínimo de responsabilidad para no tirar sus planes a la basura, vas y la dejas tirada en la calle como si no valiera nada? —Se masajea la sien, como si no pudiera creer lo que oye—. ¿Eso fue lo que entendí? Por favor, dime que estoy equivocado, porque no puede ser que seas tan mimado y yo nunca me haya dado cuenta.

—¡El problema es que me mintió, maldita sea! —grito, frustrado.

—Tienes 30 años, Nero, madura ya —suelta Apolo, para mi sorpresa—. Nina tiene apenas 21. Apenas salió de la universidad. —Levanta las manos como si la respuesta fuera obvia—. Si esperabas que se comportara como una mujer madura, con experiencia y sin errores, hiciste muy mal los cálculos.

Sus palabras me golpean como un puñetazo. Por un segundo le doy la razón y, viéndolo desde esa perspectiva, me doy cuenta de que he sido un verdadero idiota. No, no pueden estar entendiendo bien. Debí haber explicado mal.

Drako se me acerca, inspeccionándome, y retiro la cara cuando intenta tocarme con el dedo. Insiste y termina dándome un toque en la mejilla.

—Sí. Confirmado. La bruja malvada lo consiguió —sentencia—. Lamento informarte, hermano, pero ahora mismo te pareces exactamente al niño rico arrogante que tu mamá siempre creyó haber criado.

Las palabras de cada uno se mezclan con las de Nina en mi cabeza: su precaución, la forma en que nunca bajaba la guardia del todo, su propia incertidumbre. Ella también estaba lidiando con todo esto, sin saber qué hacer. Y cuando finalmente confió en mí y me contó la verdad, ¿qué hice yo? Le di la razón para no confiar en mí. Actué como un maldito bruto.

—Mierda. Arruiné mi relación, ¿verdad? —pregunto sin esperar respuesta.

—Dicen que las flores y los chocolates funcionan —sugiere Apolo —, aunque no tengo idea, nunca he regalado flores.

—O podríamos reventarte a golpes y que ella sienta lástima por ti, así viene a cuidarte —interviene Drako con una sonrisa burlona, pero Atlas le da un manazo en la cabeza antes de que termine la frase. Drako lo mira indignado y abre la boca para protestar, pero Atlas le hace una llave al cuello y le cierra la boca.

—O podrías esperar a una hora decente, pensar en qué vas a decirle, disculparte como corresponde y tratar de no ser un idiota otra vez tan pronto —sugiere Atlas con firmeza. Drako le da un codazo en las costillas, forzándolo a soltarlo mientras se frota el torso con una mueca—. Es una relación, Nero, no un contrato. Incluso tus empleados, que tienen que soportar tu puño de hierro, habrían tenido más oportunidades de explicarse de las que tú le diste a tu novia.

—¡Maldita sea! —suelto una maldición mientras subo las escaleras a toda velocidad.

—¿Adónde vas? —pregunta Apolo.

—¡A ver si todavía tengo novia!

—Si ya no te quiere, dile que estoy disponible para consolarla —bromea Drako con una sonrisa, y yo lo fulmino con la mirada, deseando perforarle el cráneo.

—Idiota, celoso y posesivo. Es oficial, chicos, lo perdimos. Está completamente enamorado —dice Drako, alzando una hoja imaginaria y tachando mi nombre con un gesto teatral antes de golpear la mesa con un martillo también imaginario—. ¡Culpable! Este juicio queda concluido.

31

NINA MARCHESI

—No. —La voz alta y tajante de mi madre me arranca de un sueño inquieto en el que apenas había caído.

La noche fue un desastre, una mierda total. Me sentí como una tonta, llorando sin parar, herida y con culpa, y fue imposible ocultárselo a mi madre.

La saludé de lejos cuando llegué a casa, con un "buenas noches" rápido y una disculpa por haberla preocupado, antes de correr escaleras arriba y encerrarme en mi cuarto. Al rato, mi mamá apareció con un sándwich que no pude comer y una taza de té que, al menos, pude beber.

No me hizo preguntas ni me soltó el típico y merecido "Te lo advertí". Solo me abrazó y me dejó llorar en su regazo hasta que se me secaron las lágrimas, quedando solo un silencio cargado por el caos de mis pensamientos. Todavía no sé cómo sentirme.

¿Con culpa? Claro, y ¿qué más? ¿Dolida? Sí, también, pero no sé si tengo derecho a sentirme así. La forma en que Nero me miró, en cómo me habló... nunca pensé que llegaría a sentir tanto rechazo de su parte, y eso abre mil preguntas.

—Por favor, doña Rosa, necesito verla. Quiero disculparme. —El sonido de la voz de Nero hace que me levante como si fuera una marioneta y él un titiritero tirando de mi espalda.

En segundos, estoy en la puerta del cuarto, ignorando cómo el suelo frío pellizca mis pies calientes y las veces que mis ojos parpadean para despejar la niebla del sueño y el cansancio. Sin embargo, no cruzo el umbral.

Solo me quedo ahí, entreabriendo la puerta, afinando el oído para escuchar la discusión que ocurre abajo.

—¡No vas a entrar, Nero! ¡Mi hija pasó la noche llorando! Sabía que esto no era buena idea, ¡te lo advertí! Pero en el fondo todavía creía que serías decente, que la tratarías como se merece. ¡Nina es una chica de familia, Nero!

—Doña Rosa, por favor, sé todo eso. —Su tono, al estar de acuerdo con mi madre, suena tan derrotado, tan triste—. Solo necesito verla. Si no quiere hablar conmigo, juro que me iré.

El silencio que sigue a su súplica hace que mi corazón lata con fuerza en el pecho.

—Se durmió hace un rato. Veré si está despierta y si acepta hablar contigo. Si está dormida, no la voy a despertar —avisa y luego, tomando aire, añade—: y no vas a quedarte hasta que despierte.

—Solo quiero que sepa que estoy aquí —dice Nero, y escucho la puerta cerrarse.

No me muevo de mi posición de espía cuando oigo a mi madre subir las escaleras. Me encuentra parada en el umbral, aún con la puerta entreabierta. Su mano es suave al empujarla.

—¿Escuchaste? —pregunta, acariciando mi mejilla con ternura. Asiento en silencio—. ¿Y

qué quieres hacer? Puedo mandarlo a volar, solo tienes que decirlo.

—¿No lo dejaste entrar?

—No.

—Pero la gente…

—Que todos se vayan al diablo, Nina. Ningún chisme será más importante que tu bienestar para mí. —Asiento otra vez, agradecida—. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Quieres un té?

—¿Qué hora es? ¿No vas a la tienda hoy? —pregunto, mirando de reojo el reloj colgado en la pared de mi cuarto. Las agujas marcan las siete de la mañana.

—Todavía es temprano, pero si me necesitas, cumpliré mi jornada de mamá y nada más hoy. —Sonrío con tristeza y doy un paso antes de envolverla en un abrazo apretado.

Me quedo allí, protegida por el calor de sus brazos por un buen rato. Eso me da la fuerza para tomar una decisión. No puedo seguir con estos sentimientos consumiéndome el pecho.

—Voy a verlo, mamá. Dile que suba.

—¿Estás segura? Puedo echarlo, aunque sea con la escoba. —La risa que me provoca imaginar esa escena es genuina.

—Sí, déjalo subir.

***

Nero me encuentra parada junto a la cama cuando entra en mi cuarto. Su mirada examina cada parte de mí, desde el pijama cómodo hasta mis ojos hinchados y la nariz roja, dedicando especial atención a estos últimos dos.

—Si viniste a seguir peleando, por favor, vuelve la semana que viene, porque ya agoté todas mis lágrimas por esta. —Siento la necesidad de decir, cuando el silencio se extiende demasiado.

—¡Maldita sea, Hadita! —Gruñe, dando un par de pasos hacia mí, pero yo retrocedo otros dos, manteniendo la distancia entre ambos. Eso lo hace detenerse—. Solo necesito tocarte. —Sus palabras son un ruego apenas disimulado, y suelto una risa seca, deseando que suene tan odiosa como las que tuve que escuchar de sus labios anoche.

—Vaya cambio de ayer a hoy —digo, ahora que está aquí, frente a mí, sintiendo que el resentimiento me invade más que cualquier otro sentimiento. Aprovecho esa sensación.

—Fui un idiota.

—Sigue, por favor.

—No voy a ser hipócrita, no me gusta que me hayas ocultado cosas, Nina, pero…

—Nunca te mentí —lo interrumpo—. Puede que haya guardado información, pero jamás te mentí.

—Las verdades a medias son mentiras completas, Nina, y no voy a disculparme por estar

seguro de eso, pero sí por todo lo demás. Perdóname. —Su voz se suaviza en las últimas palabras, y yo bajo la cabeza, mirando al suelo. Tiene razón. Me encantaría quedarme aquí, fingir ser la ofendida que no hizo nada mal, pero no puedo. Cuando levanto la mirada, sin embargo, no veo acusación en el rostro de Nero, sino la misma angustia que siento en el mío—. Fui impulsivo y un imbécil —dice en voz baja, pero con la claridad suficiente para que no haya dudas sobre sus palabras.

—Lo fuiste. —Nero apoya una mano en la cintura y lleva la otra a la nuca, frotándosela. Luego gira el rostro y una sonrisa sin humor se dibuja en sus labios.

—La idea —dice, volviendo a mirarme—de que te fuera tan fácil ocultar algo que nos distanciaría, mientras yo apenas puedo respirar cuando no estás cerca, me llevó a un límite del cual no me enorgullezco, Hadita.

Contengo la respiración mientras escucho sus declaraciones. Mi corazón, antes oprimido y desbocado, se vuelve completamente frenético mientras parpadeo, preguntándome si habré entendido mal sus palabras.

Él se muerde el labio y da un paso hacia mí. Cuando no retrocedo, avanza de nuevo, hasta que apenas unos treinta centímetros nos separan.

—No hay justificación para cómo te traté, Nina —susurra, acercando lentamente su rostro al mío, como si le fuera imposible controlarse ahora que ya no hay un cuarto entero entre nosotros.

Sus palabras alivian parte del peso en mi pecho, pero otra parte, aquella que solo puedo culparme a mí misma, se niega a desaparecer, al menos, no antes de que yo también confiese mis propios errores. Giro el rostro, evitando su mirada, y admito.

—Sé que no soy inocente en esto, Nero. Debería habértelo contado antes.

—Deberías.

—Tenía miedo. —confieso para él y para mí misma—. Estaba aterrorizada de que decirte la verdad pusiera un punto final en una historia que ni siquiera debí haber dejado que empezara. Solo que...

Él me interrumpe, acortando la distancia entre nosotros en un solo paso y colocando cada una de sus manos en mis mejillas, obligándome a mirarlo, pese a la vergüenza.

Casi todos sus dedos se pierden en mi cabello, mientras sus pulgares acarician mi rostro. Parpadeo, enfocando mis ojos completamente en los suyos.

—Perdóname —pido también, finalmente—. Debí contártelo antes, sé que debí, pero no quería admitir que mis deseos habían cambiado. He pasado demasiado tiempo de mi vida centrada en mis planes, la idea de renunciar a ellos por…

—No necesitas renunciar a nada, Nina —dice él, seguro, interrumpiéndome, y apoya su frente en la mía—. No por mí, nunca. —Nero hace una pausa y toma una profunda inspiración, llenando los pulmones con el aire que compartimos—. Te lo dije antes, Hadita. Podemos comprar una cama en cualquier lugar, y un sofá, y una mesita de noche. —El principio de una sonrisa asoma en la comisura de mis labios al recordar la conversación que tuvimos, semanas

atrás, la primera vez que fui a su nuevo apartamento.

—Debería habértelo contado aquel día.

Él se encoge de hombros.

—No podemos cambiar lo que ya pasó.

—No, no podemos.

—Pero no tenemos que repetir nuestros errores. No me importa cuánto tiempo necesites, yo no me voy a ir a ninguna parte.

—El programa dura casi dos años, Nero. Y tengo que completarlo entero.

—Entonces quizá deba ir a Dubái unas cuantas veces a la semana —responde con simpleza —. No cambia el hecho de que no me voy a ningún lado, lejos de ti.

—Estás haciendo que "seguir asustada" sea una tarea muy difícil para mí.

—¡Gracias a Dios! —suelta las palabras con una risa, y yo me río también—. Quiero que te sientas segura, Nina. Sé que piensas que lo nuestro pasó muy rápido, pero ¿por qué eso tiene que ser un problema? Pasé treinta años de mi vida sin ti, fue suficiente.

Me muerdo el labio, sintiendo cada grieta de mi corazón llenarse con las palabras de Nero, hasta que parece renovado y brillante.

Me acerco a él, rozando nuestros rostros y cierro los ojos. Lo respiro; cada fibra de mi cuerpo vibra con su cercanía y se inclina hacia él. Sus manos bajan, acariciándome con suavidad hasta posarse en mi cintura.

Cuando intento juntar nuestros labios, sin embargo, Nero se aparta, poniendo algo de distancia entre nosotros aunque sin dejar de tocarme. Frunzo el ceño, confundida, y él se apresura a explicar.

—No hay nada que quiera más ahora que besarte hasta que mi cuerpo olvide que necesita respirar y terminemos desmayados por falta de aire, Hadita, pero tu mamá está aquí cerca, y estoy casi seguro de que, posiblemente, escuchando detrás de la puerta.

Revuelvo los ojos.

—¿Tienes miedo de una italiana de metro y medio?

Nero aparta sus manos de mí y levanta un dedo en mi dirección, su rostro se transforma en una caricatura seria, mientras habla con una voz aguda.

—¡Mi hija merece respeto! ¡Es una chica de familia!

Su imitación de mi madre me saca una carcajada, y espero que no esté realmente escuchando detrás de la puerta. Nero sonríe.

—De aquí en adelante, prometo no ponerte más que sonrisas en la cara, Hadita. —Su pulgar roza rápidamente la punta de mi nariz. Me acerco de nuevo, intentando besarlo, pero se aparta una vez más.

—¡Nero! —protesto, pero él se ríe.

—Mantén tus manos lejos de mí. ¡Soy un chico de familia!

Entorno los ojos y abro la boca, cruzando los brazos, indignada.

—¿Me acabas de hacer promesas de amor eterno y ya estás huyendo de mí? —bromeo, pero el ambiente pasa de ser ligero y divertido a completamente aterrador cuando me doy cuenta de las palabras que acabo de soltar. Antes de que intente retractarme, Nero me responde.

—Creo que te amo, Hadita.

32

NINA MARCHESI

—¿Qué es esto? —pregunto al entrar al nuevo departamento de Nero y encontrar su habitual vacío interrumpido por una pequeña mesa redonda, preparada para dos, con velas encendidas y pequeños arreglos de rosas rojas en el centro.

Inhalo profundamente el aroma delicioso de la comida que invade el espacio y miro por encima del hombro, buscando esa mirada azul que tanto adoro.

—Me debes una cena, Hadita —explica, empujándome suavemente para cerrar la puerta detrás de nosotros.

—¿Eso era lo que tenías preparado para nosotros? ¿Anoche? —le pregunto, sintiéndome culpable de nuevo por haberlo dejado plantado.

La confusión en mi pecho sigue tan viva como lo estaba esta mañana, cuando me desperté con la discusión entre mi madre y Nero. Solo que ahora, los sentimientos que me revuelven son otros.

La confesión del hombre que está detrás de mí es el centro de todos esos otros sentimientos. “Creo que te amo”. Dijo esas palabras como si no fueran las más aterradoras del mundo y, cuando lo cuestioné al respecto, su respuesta fue que no había nada que hacer al respecto.

Sus palabras exactas fueron: “De hecho, estoy seguro, Hadita. Es un hecho”.

Y no conforme, Nero se rió en mi cara de asombro, besándome la mejilla y diciéndome que si quería ese beso que buscaba antes, tendría que ir a su departamento esta noche. Apenas recuerdo haber aceptado, demasiado sorprendida, y aquí estamos.

—No podemos cambiar lo que ya pasó, amor. —¡Ah, caray! ¿Desde cuándo me llama amor? Su risa llama mi atención hacia sus ojos—. No sé qué me gusta más, si tu cara de sorpresa o lo bien que suena esa palabra en mi boca. —Se acerca y rodea mi cintura con los brazos—. Es deliciosa, Hadita. Creo que ya no voy a poder dejar de decirla.

—¿Recuerdas lo que dije sobre que me estás haciendo difícil seguir sintiéndome asustada?

—Ajá… —murmura, besando mi frente.

—Me equivoqué —declaro, y Nero se ríe otra vez.

—Vamos a cenar, amor. Tal vez lo único que necesitas es comer algo —dice, guiñándome un ojo.

***

—Esta cama es realmente muy buena —comento, acomodándome más al cuerpo cálido de Nero. Mis ojos se sienten pesados, y mi cuerpo está sumido en la relajación después del orgasmo.

—Mi asistente fue realmente increíble eligiéndola. —Río suavemente—. Tal vez debería ayudarme a escoger toda la decoración también —sugiere despreocupadamente, pero a estas alturas, mi cerebro, siempre alerta, ya sospecha de todo lo que Nero dice como si fuera cualquier cosa.

Inclino la cabeza hacia atrás y abro los ojos, encontrándome con la mirada de Nero fija en mi rostro y una gran sonrisa en sus labios.

—¿Qué dijiste?

—Justo lo que escuchaste.

—Realmente tienes que dejar de decir esas cosas.

—¿O qué? —pregunta con un brillo malicioso en los ojos que no tiene nada que ver con el deseo. No respondo, solo vuelvo a acurrucarme en su pecho, ignorando los latidos acelerados de mi corazón—. Tomaré eso como un sí. Voy a buscar algunos estudios de diseño en Atenas y podemos reunirnos con los que más te gusten la próxima semana.

—Duerme, Nero —le digo, intentando terminar la conversación antes de que las palabras emocionadas salten de mi boca sin estar lista para decirlas. Pero él tiene otros planes que no implican preservar mi tranquilidad. Claro que los tiene. Siempre los tiene.

—Creo que no quiero —dice, moviéndose en la cama hasta que su cuerpo queda sobre el mío, sus piernas rodeando las mías. Su miembro descansa sobre mi abdomen y le echo una mirada fugaz—. Pervertida —acusa Nero al ver hacia dónde fueron mis ojos.

—Creí que ya habíamos acordado que tú creaste este monstruo. La culpa es única y exclusivamente tuya, pero estás a salvo de otra ronda. Tengo sueño, la noche pasada no fue de las mejores. —Nero aclara la garganta.

—Dormir con Drako de adulto ciertamente tampoco está en mi top diez de noches favoritas.

—¿Dormir con Drako?

—Es una larga historia. —Entorno los ojos, tratando de decidir si cedo a mi curiosidad o al sueño. No elijo ninguno de los dos.

—¿Top diez noches favoritas?

—Todas fueron contigo —dice, bajando sus labios hacia los míos, y suspiro, completamente envuelta por el placer de su toque, su presencia, sus palabras.

***

—¿Van a ver a arquitectos? —pregunta mi madre mientras acomodo mi bolso.

Nero no estaba jugando. En una semana, me apareció con una lista de al menos diez portfolios de decoradores de interiores para que eligiera los que más me gustaran. Por supuesto, me negué, pero él realmente sabe ser muy persuasivo. Un escalofrío recorre mi espalda, y me siento terriblemente pervertida por estar pensando en sexo justo cuando mi madre está a mi lado.

—Solo voy a hacerle compañía —le explico mis planes, aunque dudo mucho que Nero me

permita quedarme solo como espectadora. Está muy decidido en su misión de hacer que me sienta completamente a gusto en su ático.

Sus palabras exactas fueron: “Quiero que veas este lugar como tu segunda casa.” Y había, claro, una sugerencia en su mirada que preferí no interpretar, demasiado asustada de lo que podría encontrar allí.

—Aun así, eso suena serio —dice mi madre mientras bajamos las escaleras, siguiéndome hacia la cocina.

—No lo es.

—Nina —me llama cuando llego a la cocina y abro la nevera en busca de un vaso de agua.

—¿Sí? —Le echo un vistazo por encima del hombro.

—No quiero ser la aguafiestas, hija. —Parpadeo y enderezo mi postura, cerrando la nevera y desistiendo del agua—. Pero no puedo evitar preocuparme. Hace apenas unas semanas estabas llorando toda la noche. —Suspiro.

—Fue tanto culpa mía como de Nero, mamá. Creí que te caía bien, que estabas contenta con nosotros. La cena aquí en casa fue muy agradable —comento, porque realmente lo fue.

Después de reconciliarse conmigo, Nero se esforzó en hacer lo mismo con mi madre. Y aunque ella le dijo que lo único que necesitaba hacer para permanecer en su lista de personas queridas era tratarme bien, estoy segura de que a mamá le encantó su actitud. Desde que todo empezó, fue la primera vez que vino a nuestra casa de forma “oficial”, no solo a buscarme o cuando mi madre estaba ausente.

—Lo fue, y no dudo que estén bien. Mi preocupación ahora es que están yendo demasiado rápido. No ha pasado ni un mes y medio desde Navidad, y ya están viendo decoradores juntos. Me preocupa que mañana llegues a casa diciendo que te vas a mudar. —Ruedo los ojos y suelto una carcajada.

—¡Por el amor de Dios, mamá!

—No es tan exagerado desde mi punto de vista, Nina. —me dice y vuelvo a abrir la nevera. Saco una botella y la pongo sobre la mesa de la cocina. Me sirvo un vaso de agua y me lo bebo sin prisas, rellenándolo cuando lo vacío.

—¿Qué necesitas? ¿Una garantía de que esto no pasará? —pregunto, volviendo a meter la botella en la nevera—. Bueno, considérala dada.

—Ah, ¿igual que me aseguraste que lo que pasara entre Nero y tú sería temporal? —Abro la boca, pero la cierro, pensándolo mejor antes de darle una respuesta.

—¿Cómo te enamoraste de mi padre, mamá? ¿Fue una elección totalmente consciente y calculada o inesperada y abrumadora?

—Eso es un golpe muy bajo, Nina.

—Sólo estoy probando mi punto.

—¿Me estás diciendo que estás enamorada de Nero? —me pregunta y yo abro los ojos al ver la cama que me he hecho. ¡Mierda! Creo que he caído en mi propia trampa.

33

NERO ZANTHOS

Salgo del armario, extiendo el brazo y miro la camisa que tengo en la mano, dudando si quiero llevarla al departamento o no. Decido que sí, porque una camisa extra nunca está de más, y eso me hace reír. Parece que la indecisión de Nina para elegir entre opciones se me está pegando.

Nina todavía no ha decidido cuál de los proyectos de decoración del arquitecto le gusta más, lo que significa que aún no tengo muebles. He dejado algunas prendas colgadas en un perchero, porque desde que estrenamos mi cama, hace unas semanas, prácticamente dormimos en ella todas las noches. Solo cuando mi indecisa Hadita no puede quedarse conmigo, vengo a la casa de mis padres.

El sonido de la puerta de mi habitación al abrirse me hace voltear el rostro y encuentro a mi madre, caminando hacia mí sin siquiera tocar antes de entrar. Antes no me molestaba, pero últimamente siempre me deja una sensación de incomodidad.

Lysandra observa la camisa en mi mano y luego mira la maleta cerrada sobre la cama, junto al estuche donde pienso guardar la camisa. La expresión de su rostro me dice perfectamente hacia dónde se dirige la conversación, incluso antes de que abra la boca.

—Tal vez deberíamos poner un letrero afuera de la casa. —Levanta las manos como si estuviera dirigiendo una orquesta. Su conjunto de blusa y pantalón negro hoy la hace parecer una directora. Y bueno, si tomamos en cuenta su habilidad para el drama, tal vez lo sea—. Hotel Zanthos. ¿O debería ser Albergue Zanthos? —dice con ironía. Contengo las ganas de rodar los ojos con mucho esfuerzo.

—Hola, mamá —la saludo, dirigiéndome a la cama para guardar la camisa en el estuche.

—Ya casi no paras en la casa, Nero. Pasas más tiempo afuera que aquí. Quizá sería mejor que te mudaras de una vez.

—Si eso es lo que quieres, solo tienes que decirlo. Puedo arreglarlo mañana mismo —respondo con sequedad, sintiéndome poco dispuesto a aguantar la sesión dramática programada para esta tarde.

Desde que empecé a dormir fuera, cada vez que me encuentra en casa, mi madre me repite el mismo sermón. Antes nunca le había molestado, pero desde que se dio cuenta de que Nina es la constante en mi ausencia, decidió que hacerme la vida imposible es su nueva misión.

Mi madre suspira exageradamente ante mi respuesta. No necesito mirarla para saber que ha puesto una mano en su pecho, como si mis palabras le hubieran herido físicamente.

—Solo estoy preocupada por ti —se lamenta con voz llorosa—. Siempre fuiste un hijo ejemplar, pero últimamente, Nero… últimamente ni te importa tu padre ni yo. No es justo que nos trates así por culpa de esa mujerzuela interesada. —Mis dientes se aprietan hasta el punto del dolor, y un poco más sin que pueda evitarlo.

El insulto gratuito a Nina me enfurece a niveles estratosféricos, y decido que ya cruzamos la línea hace tiempo. Me giro hacia Lysandra, asegurándome de que vea lo serio que estoy cuando le digo lo siguiente.

—Ya es hora de que empieces a respetar a Nina, mamá. He soportado bastante tu actitud condescendiente hacia ella, pero esto se acaba ahora. No voy a tolerar más este tipo de cosas.

—¿Tolerar? —pregunta ofendida. Su cara se transforma en una mueca de falso llanto, intentando conmoverme—. ¿Así es como hablas conmigo ahora? ¿Me "toleras"?

—Cuando decides hablar o actuar de una manera que sabes que no comparto, no encuentro una palabra mejor. Las cosas están cambiando, y tienes que aceptarlo. —Las lágrimas ruedan por sus mejillas y no hace nada por secarlas.

En otras épocas, la habría consolado. Habría dejado de lado cualquier discusión o punto de vista solo para no hacerla sufrir, aunque fuera teatro. Siempre supe que mi madre usaba sus lágrimas como una forma de manipulación, pero mi gratitud hacia ella era tan grande que nunca tuve un sentimiento lo suficientemente fuerte como para contrarrestarlo. No importaba lo que yo deseara o creyera, mi amor y gratitud hacia Lysandra siempre estaban por encima.

Cada paso que di en la vida, desde que entendí que ser adoptado podía ser algo bueno, estuvo guiado por ese sentimiento. Desde la ropa que adopté como estilo hasta la carrera que estudié en la universidad, todo lo hice intentando devolver, aunque fuera un poco, todo lo que esta familia hizo por mí.

Pensaba que nada cambiaría eso, pero ahora entiendo que ya no es una verdad absoluta. Sigo amando a mis padres igual que antes, pero finalmente hay algo más que ellos y la necesidad de compensarlos, algo que me impulsa a luchar, aunque le cueste a mi madre algunas de sus lágrimas de cocodrilo.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —pregunta aún llorando.

—Yo cambié, mamá. Cambié porque nadie nunca me había hecho sentir como Nina lo hace. Ella está en mi vida para quedarse, y sería genial que te esforzaras para que podamos mantener una relación saludable. De lo contrario, me veré obligado a hacer algunos ajustes que estoy seguro de que te resultarán dificultosos.

—¿Qué tipo de ajustes? —cuestiona, su tono cambiando del llanto al alarma en una fracción de segundo. La miro detenidamente.

—Hablaba en serio cuando dije que Nina está en mi vida para quedarse. Solo depende de ti ser parte de lo que pretendo construir con ella, o no. —Un ruido sale de la garganta de mi madre y se echa el cabello hacia atrás, comenzando a caminar de un lado a otro.

—¡Apenas conociste a esa mujer, Nero! ¿Cuánto lleva en tu vida? ¿Dos meses?

—Nina lleva años en mi vida, mucho antes que tú, de hecho —respondo, sin mirarla.

Cierro el estuche del traje y hago un inventario mental, asegurándome de que no olvido nada de lo que vine a buscar.

—Te saqué de la calle, pero por más que pase el tiempo, insistes en mantenerte al alcance de

esa gente —Lysandra cambia de estrategia. Cuando el drama no le sirve, se vuelve pasivo-agresiva—. Primero esos amigos y ahora esta mujer. —acusa, y respiro profundo, tragándome la rabia que arde en mi estómago, esperando salir de mi boca.

—Te quiero, mamá, y estoy muy agradecido por todo lo que tú y papá han hecho, por todo lo que me dieron, pero esta vida aún es mía para vivirla, no tuya. —Recojo mis cosas de la cama y me encamino a la puerta.

—¿Me estás diciendo —su voz me detiene cuando alcanzo el picaporte—que si tienes que elegir entre esa mujer y tu familia, la vas a elegir a ella?

Le lanzo una mirada de un segundo por encima del hombro y le doy un asentimiento antes de abrir la puerta y salir.

34

NINA MARCHESI

Las idas y venidas constantes a Atenas en las últimas semanas hacen que me parezca mucho más cerca de lo que era cuando vivía aquí y casi nunca podía regresar a casa. Nunca fue realmente por la distancia, sino porque cada centavo que ganaba lo destinaba a mis estudios. Los boletos de ida y vuelta no eran un lujo que pudiera permitirme.

La atmósfera tranquila de la capital griega, vacía en esta época del año, es casi irreconocible para alguien que solo la ha visto en pleno verano, cuando está llena de turistas. Sigo caminando hacia la estación de ferris, agradeciendo a Dios que hoy puedo regresar a la isla temprano.

La misión de esta mañana fue completar el trámite de visa en el consulado de los Emiratos Árabes. No puedo decir que fue rápido, pero podría haber sido mucho peor, así que agradezco estar camino a casa a las once de la mañana.

Inclino el cuello de un lado a otro, intentando aliviar el dolor persistente en mis hombros desde que empecé a caminar. El abrigo grueso que llevo parece exagerado, pero el cambio de clima entre Khione y Atenas siempre me resulta incómodo.

Ignoro el sudor frío en mi piel, pero no puedo hacer lo mismo con el malestar que me invade de repente. Siento vértigo y náuseas al mismo tiempo. Mi corazón se acelera de golpe y mi respiración se vuelve pesada. Extiendo una mano hacia la pared, sujetándome en el momento exacto en que mis piernas flaquean, y respiro profundo, intentando recuperar el aliento.

No sirve. Las sensaciones crecen, apoderándose de mí hasta que siento que ya no puedo mantenerme en pie. Todo mi cuerpo pesa demasiado, mi cabeza pesa demasiado, y mi cuello parece haber desaparecido, como borrado por una fuerza inexplicable.

Sé lo que va a suceder antes de que ocurra. Todo a mi alrededor se vuelve borroso y distante, y empiezo a sentir cómo mi mente se desconecta. Mi visión se nubla, mis piernas ceden, y todo se vuelve negro.

***

Abro los ojos, pero enseguida los cierro de nuevo. Presiono mis manos contra la superficie sobre la que estoy y me doy cuenta de que el resto de mi cuerpo también está ahí. Estoy en el suelo. Abro los ojos otra vez.

Encuentro varios rostros desconocidos alrededor y frunzo el ceño, incapaz de razonar bien y sin entender por qué. De repente, todo me parece demasiado: demasiado ruido, demasiada luz, demasiada gente.

—¿Estás bien? —pregunta una voz masculina, y giro el cuello en su dirección. Un hombre de mediana edad está agachado a mi lado. ¿Estuvo aquí todo el tiempo? ¿Qué hago en el suelo?

Intento levantarme, pero no puedo; no tengo suficiente energía para mover mi propio cuerpo. Una parte de mí, en algún rincón de mi mente, sabe que debería esforzarme un poco más, concentrarme, buscar puntos de dolor o posibles lesiones, pero la niebla en mi cabeza me impide

hacer nada de eso.

—Te desmayaste —dice el mismo hombre, y esta vez entiendo sus palabras con más claridad —. Ya llamamos a una ambulancia, viene en camino.

Abro la boca para decir que no es necesario, pero un miedo irracional me recorre la piel, y decido que nadie ha muerto por seguir su instinto. Asiento con la cabeza, haciéndole saber al hombre que le entiendo.

Me quedo quieta, esperando la ambulancia, y poco a poco siento cómo cada uno de mis sentidos vuelve a la normalidad. Cuando llega la ambulancia, subo por mi cuenta, sintiéndome mucho mejor, aunque aún con esa extraña sensación de pánico en el pecho. Sentada en la furgoneta de emergencia, respiro hondo, diciéndome a mí misma que no es nada grave. El médico me dirá que estoy bien; al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podría decir?

***

—Estás embarazada —dice un hombre de bata blanca, y yo parpadeo, pensando que aún estoy bajo los efectos del desmayo.

—¿Perdón? —pregunto, segura de que entendí mal.

—Felicidades, mamá —me dice sonriendo, antes de bajar los papeles que sostiene y acercarse a mí tanto como la mesa entre nosotros le permite—. El embarazo está en sus primeras etapas. Seis semanas.

Una risa nerviosa escapa de mi garganta antes de que pueda evitarlo. Esto no es posible. No puedo estar embarazada.

—Doctor, creo que hay un error —digo con la voz temblorosa. El hombre, de aspecto amable, baja la vista hacia los papeles nuevamente.

—¿Te llamas Nina Marchesi?

—¿Sí?

—Entonces no hay ningún error, Nina. Estás embarazada de seis semanas.

Esta vez, cuando el mundo da vueltas, el suelo sigue en su lugar. Todo el resto de la conversación con el médico es un borrón, y cuando me doy cuenta, estoy en el ferry, cruzando de regreso a Khione sin la menor idea de cómo llegué aquí. Estoy llena de pánico.

Embarazada. Estoy embarazada.

No importa cuántas veces repita esta información en mi cabeza; sigue pareciendo demasiado irreal. No soy estúpida. Sabía perfectamente que existía una posibilidad. Ridículamente pequeña, claro. Pero había una posibilidad.

Solo tuvimos sexo sin protección una vez. Fue un desliz. Uno de esos momentos de “no pudimos controlarnos” que siempre juzgué cuando escuchaba las historias de otras personas.

Como hacía poco que había empezado a tomar anticonceptivos, Nero y yo decidimos que lo más seguro era que tomara la pastilla del día después, solo por precaución. Pero, claro, de todas

las personas que podían caer en una estadística absurda, yo tenía que ser la elegida.

Embarazada. Estoy embarazada.

Oculto el rostro entre mis manos, deseando desaparecer. Las consecuencias de esta realidad han dado vuelta a todas mis certezas y planes, sin dejar nada en su lugar. Todo va a cambiar. Todo ya cambió.

Siento como si tuviera la cabeza bajo el agua, cegada y ensordecida por el flujo, mientras el mundo a mi alrededor se retuerce en una cacofonía de sonidos, olores y colores, incapaz de distinguir nada de lo que me rodea.

Me levanto. Camino hasta la puerta lateral de la embarcación y la cruzo. El viento helado me golpea la cara y llena mis pulmones mientras respiro grandes bocanadas de aire, tratando de recuperar algo de claridad. Tengo que contárselo a Nero. De todas mis certezas, esa es la única que permanece.

Debo decírselo. Ocultarlo o esperar no son opciones, aunque apenas logro procesar cómo ha cambiado mi vida en un instante. No es el fin del mundo, claro. No estoy sola, eso lo tengo claro. No importa lo que piense Nero, mi madre jamás me abandonaría.

Y, conociendo a Rosa Marchesi, seguramente estará más feliz con la idea de un nieto que con la de comprar nuestra casa y la tienda. ¿Que si es una locura? Claro que sí, es una locura total. ¿Que si me siento lista para ser madre? Por Dios, no. Definitivamente no.

Tener hijos era un plan de esos a largo plazo, de esos tan lejanos que casi parecen sueños, y en un abrir y cerrar de ojos, el momento ya está aquí. Hay un bebé dentro de mí, creciendo, desde hace seis semanas. Mis manos van a mi vientre de forma involuntaria.

Es desesperante, pero no es una tragedia, me digo a mí misma. Mi mirada se pierde en el mar que me rodea. Es como mirar en los ojos de Nero. Intento mantenerlo fuera de mis pensamientos y deseos, pero fallo enseguida.

Me prometió que no se iría a ningún lado. Me aferro a esa certeza con todas mis fuerzas mientras mi mente se desboca, proyectando un sinfín de escenarios y deseos distintos, y en cada uno de ellos, Nero es tan protagonista como yo.

El teléfono suena en mi bolsillo, y al verlo siento aún más ganas de llorar al descubrir que es él. Dejo que la llamada se vaya al buzón de voz, vuelve a llamar y tampoco contesto. A la tercera vez, sé que si no atiendo se preocupará, así que tomo aire en un intento de llenar ese espacio vacío de valentía, y contesto.

—¿Amor? —me llama, con una nota de preocupación en la voz. Solo oírlo decir esa palabra me calma, como si su voz enviara suaves caricias a todo mi cuerpo. Aunque sé que es un error aferrarme a esta sensación, lo hago.

—Hola. Perdón, había perdido el celular en la bolsa.

—¿Estás bien? ¿Lograste resolver lo del visado? —Su preocupación aprieta mi pecho. El visado. Casi río de la desesperación. Ahora es completamente inútil.

—Sí, lo logré. Estoy de regreso.

—Bien, genial. ¿Cenamos juntos? —Me invita, y miro el reloj en mi muñeca, sorprendida de no saber en qué momento del día estoy. Descubro que ya pasaron las cinco de la tarde—. Estoy atrapado en la oficina, pero puedo pedir comida de ese restaurante que te gusta.

—Está bien —acepto, decidida a arrancar de una vez esta herida—. Necesitamos hablar, Nero. —La línea se queda en silencio mientras procesa mis palabras.

—Nada bueno viene después de esas palabras, Hadita. —Su certeza me duele, porque despierta un temor que aún no me había permitido reconocer. ¿Y si Nero realmente lo toma mal? No lo planeamos, pero sabíamos que existía un riesgo y aun así nos dejamos llevar por el deseo y tuvimos sexo sin protección. Cierro los ojos y aprieto los dientes, y cuando no digo nada, Nero habla de nuevo—. ¿Qué pasa?

—Prefiero tener esta conversación en persona, Nero.

—Amor... —empieza, pero lo interrumpo.

—Ya estoy en camino. En dos horas, a más tardar, estaré ahí.

—Dos horas es mucho tiempo. Te busco en la estación.

—Acabas de decir que estás ocupado, no hace falta, tomaré un taxi. Además, prefiero que hablemos en un lugar tranquilo.

—Me estás dejando preocupado como la mierda, Nina.

—Ya llego —es lo único que alcanzo a decir, incapaz de tranquilizarlo, porque no tengo idea de qué esperar, aparte de la inevitable revelación de la verdad.

35

NERO ZANTHOS

Golpeo el pie sin parar contra la calle adoquinada. Detrás de mí, el edificio de administración de la exportadora podría estar en llamas, y probablemente me daría igual mientras el maldito taxi de Nina no llegue. Debí haber insistido en recogerla en la estación. Habría sido mucho más eficiente. No he logrado concentrarme en nada más que en las suposiciones que pasan por mi cabeza desde que colgamos. Trabajar simplemente no fue una opción.

No cuando su voz sigue repitiéndose en mi mente, como un eco sin fin. “Tenemos que hablar.” Las famosas últimas palabras. Yo pensé que estábamos bien. Estaba seguro de que estábamos bien. Pero ahora, después de repasar cada segundo de las últimas semanas en busca de alguna señal de cuál podría ser el problema, solo encontré uno: la presioné demasiado.

No fue mi intención. Fui sincero cuando le dije que ya no quería esperar para vivir lo que encontré con ella. Cada “Te amo” que salió de mi boca fue genuino. Cada vez que la llamé amor, lo hice de corazón. Cada gesto y palabra que usé para demostrar esos sentimientos fueron reales.

Y aunque Nina nunca me ha dicho lo mismo, pensé que solo necesitaba tiempo. Para entenderse o para sentirse segura con lo que siente, no me importaba. Le daría todo el tiempo que necesitara. Pensé que estaba feliz.

La ansiedad me hace apretar las manos en puños cuando el reloj parece ir más lento solo para que el trayecto del taxi desde la entrada hasta aquí se vuelva interminable. Levanto la mirada del suelo cuando, finalmente, el ruido del motor rompe el silencio y sigo cada centímetro que avanza por el camino.

El auto se detiene, y siento que estoy a punto de arrancar la puerta de golpe con la fuerza con que tiro de la manija. Nina paga el viaje y se despide del conductor con una sonrisa amable. No espero ni a que el auto se haya ido antes de abrazarla con fuerza, incapaz de sacudirme el miedo de que esta sea la última vez que me permitirá hacerlo. Al diablo con la discreción.

—¿Estás bien? ¿Todo está bien? —pregunto sin soltarla, y ella toma una profunda respiración contra mi pecho. Su mano sube y baja en mi espalda en una caricia lenta.

—Estoy bien. ¿Podemos entrar?

—Claro. Claro —digo, alejándome de ella a regañadientes.

Entrelazo nuestros dedos y entramos al edificio. El camino hasta mi oficina lo hacemos en silencio. Cada segundo sin sonido se siente como una década perdida. Abro la puerta y Nina entra primero. Cobardemente, tardo unos segundos más de lo necesario en voltear después de cerrar la puerta.

—Estoy embarazada —dice, ya en el centro de la sala, cuando finalmente me doy la vuelta y parpadeo.

—¿Espera, entonces no vas a terminar conmigo?

—¿Qué? —Su rostro se arruga en una expresión de confusión absoluta—. ¿Terminar?

—¿Qué dijiste? —la interrumpo cuando sus primeras palabras finalmente atraviesan la niebla de mis pensamientos preocupados. Mi corazón empieza a latir con fuerza, y siento que me mareo —. ¿Qué dijiste? —Nina parpadea un par de veces y exhala profundamente.

—Dije que estoy embarazada. —Por un instante, me quedo congelado, pero en cuanto recupero el control de mi cuerpo corro hacia ella, colocando mis manos en sus mejillas. Miro directo a sus ojos y pregunto, necesitando confirmación, aunque una sonrisa enorme ya se dibuja en mi cara.

—¿Embarazada? —Mis ojos se llenan de lágrimas, y maldita sea, no estaba preparado para esto—. ¿Estás embarazada? ¿Vamos a ser padres? —Nina asiente, y una lágrima me recorre la mejilla.

Sin embargo, su mirada permanece igual de inexpresiva que antes, y mi mente corre intentando entender por qué. La idea de que tal vez no quiera este embarazo, que quizás no quiera a este hijo, me pesa en el estómago como una piedra. Tendría sentido. Nina es muy joven, tiene planes, sueños.

—Sentémonos —digo, tomando su mano y llevándola a uno de los sofás en mi oficina.

Ella se sienta, y yo voy hasta el frigobar. Saco una botella de agua y se la ofrezco. Ella la acepta, bebe un pequeño sorbo, y yo me siento a su lado, tomando su mano nuevamente.

Mi Hadita sigue en silencio, y la falta de expresión en sus ojos me preocupa cada vez más con cada segundo que pasa.

—Si no quieres esta… esta situación, Nina… —Me cuesta cada gramo de fuerza decir esas palabras, pero las digo, porque aunque en los últimos treinta segundos ya haya soñado con un millón de cosas que ni siquiera sabía que deseaba, sé que esta no es solo mi decisión. Nina necesita saber eso. Tiene una elección. Conmigo siempre la tendrá.

—¡No! —responde, su rostro finalmente expresando algo: un horror absoluto invade sus facciones. Nina se levanta, respirando agitadamente mientras me mira con pánico—. ¿Estás loco? —La pregunta sale casi como un grito.

—No estaba insinuando nada, amor —digo, levantándome con las manos abiertas en señal de calma—. Solo quería que supieras que tú tienes una elección. De mi parte, no hay nada que desee más en este mundo que estar contigo, y con este bebé. —Me acerco lentamente, probando su disposición a aceptar mi toque y, cuando no se aparta, acerco nuestras frentes, deslizando una mano por su cuello hasta su nuca mientras la otra permanece en su mejilla—. Todo lo que quiero es quedarme contigo para siempre. Quiero casarme contigo. —confieso, con mis labios casi rozando los suyos.

—¿Q-qué? —tartamudea, y yo río.

—No me hagas repetirlo.

—Si quieres que diga que sí, vas a tener que repetirlo, porque eso definitivamente no cuenta como una propuesta, y soy una chica decente. —Río, pero su sonrisa no es la radiante a la que me he acostumbrado a desear con todas mis fuerzas.

—¿Qué pasa, amor?

—Solo estoy procesando.

—Sé que aún no…

—Te amo —dice ella, interrumpiéndome, y juro que si tengo otra gran emoción hoy, mi corazón va a estallar—. No pensaba que debía decírtelo, porque es demasiado pronto, pero creo que el tiempo definitivamente ya no importa, ¿o sí?

—Nunca importó. —Le beso la punta de la nariz.

—Aún quiero que me lo pidas —murmura, arrancándome una risa más.

—Lo haría ahora mismo si tuviera un anillo —le aseguro, y luego doy un par de pasos hacia atrás.

Las cejas de Nina se fruncen mientras me observa caminar hasta mi escritorio y recoger una pequeña liga que estaba ahí. Vuelvo hacia mi Hadita.

—¿Te casarías conmigo, Nina? —le pregunto, ofreciéndole la liga—. Te prometo que la cambiaré después, pero ¿te casarías conmigo? —Ella muerde su labio.

—No quiero que lo hagas solo por el bebé. Sé que sería complicado, pero podemos... —La callo con un beso. Uno profundo e intenso, con labios, lenguas y dientes. Un beso que espero deje claro cuánto la deseo.

—Quiero casarme contigo, Nina —susurro aún pegado a sus labios—. Quiero tener este hijo y otros diez. Yo...

—¿Diez? No soy una máquina de clones, Nero. Quédate feliz si me convences de tener un segundo, y, definitivamente, eso será dentro de muchos años. —Me interrumpe protestando, y mis labios se estiran en lo que debe ser la sonrisa más grande de mi vida—. ¿Qué pasa?

—¿Eso es un sí? —le pregunto, y ella pone los ojos en blanco.

—Sí, Nero. Es un sí. —Enredo la liga en su dedo en tres vueltas antes de atraerla a mis brazos y unir nuestras bocas otra vez.

***

—Tienes un problema —dice Nina, mientras estamos acostados en mi cama. Yo sigo recorriendo su abdomen con una hilera de besos, mimando a nuestro bebé.

—Hoy no. Hoy los problemas no existen y la vida es perfecta. —murmuro contra su piel, y todo su cuerpo se sacude con la carcajada que suelta, frotándose contra las sábanas.

Acaricio sus muslos y rozo la punta de mi nariz en su ombligo. Mis ojos arden de nuevo, como me ha pasado todo el día cada vez que me quedo mirando su vientre por más de un par de segundos. ¡Voy a ser padre, carajo! ¡Padre!

Nunca había planeado esto. Nunca había tenido a alguien en mi vida con quien quisiera hacer este tipo de planes. No traería a un niño a este mundo sin la certeza de que sería amado y cuidado

como se merece, y siempre supe que daría ese paso solo si tenía una confianza extrema en la persona a mi lado. Hasta que llegó Nina, no pensé que fuera una posibilidad real.

Por eso, después de que me dijo sí esta tarde, dejé de lado todas las cosas que requerían mi atención en la empresa y la llevé a casa. A nuestra casa. Quería tenerla en mis brazos, sin restricciones, sin inhibiciones, sin nada entre nosotros.

Levanto la vista hacia su rostro y veo una lágrima en su mejilla. No es la primera vez que Nina llora hoy.

Pasados los primeros momentos de inseguridad y el choque por la avalancha de eventos del día, se permitió relajarse, y las lágrimas fueron parte del proceso. Lágrimas de alegría, me aseguró. También de expectativa, sobre todas las cosas que están a punto de cambiar en nuestras vidas.

Subo por su cuerpo hasta que mi boca queda a la altura de su rostro y beso el camino que la lágrima recorrió, provocando más risas en ella.

—Los padrinos de boda —dice, retomando la conversación—. Solo puedes tener dos.

—¿Alguna posibilidad de que nos casemos en Las Vegas, amor? Porque si elijo dos y dejo fuera a uno, hay muchas probabilidades de que quedes viuda antes de la boda. —Su respuesta es otra carcajada. Doy un sorbo a mi bebida.

—Bueno, Drako siempre podría hacer de “niño que lleva los anillos" —sugiere entre risas. Ver su expresión vacía esta tarde es algo que espero no volver a experimentar. Me acomodo a su lado, pero mantengo mi mano sobre su vientre.

—Hola, bebé —le hablo a su piel tibia y luego miro a mi Hadita—. ¿Crees que será niña? Yo creo que será niña. Probablemente, en algún lugar ahí arriba, hay un ángel de la guarda que solo estaba esperando a que alguien pagara por los pecados de mis amigos. Siempre estamos juntos, no me extrañaría que el ángel crea que hago las mismas locuras. —Nina ríe, sacudiéndose, y coloca sus manos sobre su vientre, cubriendo la mía con una de las suyas.

—Yo creo que será niño.

—No creo tener tanta suerte —comento con sinceridad.

Permanecemos en silencio un rato, disfrutando de la compañía mutua, sintiendo en la piel y en el corazón este acontecimiento inesperado y maravilloso.

—Un hijo, Hadita —digo, por lo que debe ser la milésima vez en las últimas horas—. Estás esperando un hijo mío. —Pongo la mano en su mejilla, y Nina gira un poco el rostro para besar mi palma antes de inclinarse hacia ella.

—Necesitamos contárselo a mi mamá —dice después de un rato, y yo río, preocupado.

—¿Crees que ella quiera reclamar mi muerte en lugar del padrino que quede fuera? —le pregunto, y se ríe de mí.

—No, pero creo que nos veremos obligados a pasar por una charla muy incómoda sobre métodos anticonceptivos. —Es mi turno de reírme.

—Creo que puedo tolerar eso. También necesitamos contárselo a mis padres. —Nina muerde su labio, y la alegría en su rostro se tambalea.

—No parecías muy emocionado ante la idea de que los conociera antes —comenta con cautela, y yo suelto el aire lentamente.

—Mis padres son complicados... Sabía que tarde o temprano te los presentaría, pero intenté ahorrarte el disgusto todo lo posible.

—¿Complicados cómo? —Suelto una risa sin humor.

—No creo que pueda explicarlo. —Niego con la cabeza, y Nina hace lo contrario, asintiendo —. Pero no te preocupes, todo va a estar bien.

—¿Estás seguro? No tenemos que hacerlo si no quieres.

—Serás mi esposa, Nina. La madre de mis hijos, todos los que logre convencerte de tener —bromeo, y el rostro que tanto adoro se ilumina de nuevo con esa sonrisa que me tiene loco—. Todo lo que quiero es presumirte. —Le doy un suave beso en los labios.

—Te amo —dice contra mis labios, y todo mi cuerpo reacciona a su declaración, aún sin poder creer que Nina finalmente lo dice con todas sus letras.

—Yo también los amo, mi Hadita. A los dos —declaro, acariciando otra vez su vientre.

36

NINA MARCHESI

—¿Embarazada? —pregunta mi madre, alternando la mirada entre Nero y yo mientras nos sentamos en el sofá tomados de la mano, tratando de mostrar una imagen unida. El gesto no pasa desapercibido para ella, pero no dice nada, aún impactada por la noticia—. ¿Desde cuándo?

—Seis semanas. Me enteré ayer en Atenas. Me desmayé y…

—¿Te desmayaste? —me interrumpe ansiosa, con los ojos bien abiertos—. ¿En plena calle?

—Fue solo un malestar típico del primer trimestre, mamá. No duró más que unos minutos.

—Nos aseguraremos de que no vuelva a pasar —interviene Nero.

—No puedes controlar los síntomas del embarazo, Nero. —repito por enésima vez.

Nero me hizo contarle, con lujo de detalles, cómo descubrí todo. Cuando llegué a la parte del desmayo, él casi enloquece y decidió que debíamos evitar que eso ocurriera otra vez. Le expliqué, una y otra vez, que es algo impredecible y que no se puede evitar, pero él se niega a ser racional al respecto.

—Pero podemos asegurarnos de que siempre estés acompañada mientras duren los síntomas. Si pasa algo así de nuevo, no estarás sola.

—Estoy embarazada, no enferma. No necesito una niñera.

—Compañía —corrige él.

—Niñera —insisto.

—¡Bueno, bueno! —Interviene mi madre, aplaudiendo suavemente—. Increíble noticia —dice, intentando calmar el ambiente, aunque su expresión aún revela el impacto de la revelación.

—Como no sabía lo que estaba pasando, acepté ir al hospital cuando desperté. Me hicieron un análisis de sangre y, bueno, ya te imaginarás el resto.

—Increíble noticia —repite ella, asintiendo.

—Y no es la única —anuncia Nero, orgulloso, y mi madre inclina la cabeza, curiosa.

—¡No me digas que son gemelos! —pide, alarmada, con una ligera sonrisa en el rostro, dejando en claro cuánto le gustaría.

—Todavía es muy pronto para saber, mamá.

—Pero sería increíble si lo fueran —añade Nero, y lo miro, entrecerrando los ojos hacia esta nueva faceta de su personalidad, la que me ve como una especie de máquina de hacer bebés. ¿Diez hijos? Debe estar bromeando.

—¿Entonces cuál es la otra noticia? —pregunta mi madre, y mi mirada hacia Nero cambia. Ahora sonrío, sintiendo una mezcla de nervios y emoción que hace revolotear las mariposas que

parecen haberse mudado permanentemente a mi estómago.

—Nero me pidió matrimonio —digo, girando el rostro hacia mi madre, y, como esperaba, esta segunda noticia la deja aún más impactada que la primera.

Su expresión se relaja por completo, y parpadea lentamente, sin mostrar ninguna señal de lo que está pensando, aunque sé que hay mucho procesándose en su cabeza en este momento.

—Espero que te sientas cómodo durmiendo en una cama individual en un cuarto pintado de rosa —dice, dirigiéndose a Nero después de una eternidad de silencio. Tanto él como yo fruncimos el ceño—. Claro, cuando el bebé llegue, las cosas se pondrán un poco más apretadas, pero confío en que ustedes encontrarán la forma de hacer que funcione.

—Disculpe, señora Rosa, no creo haber entendido —responde Nero, y mi madre se encoge de hombros.

—Hace menos de un mes que mi hija me juró que no se mudaría a tu casa bajo ninguna circunstancia, así que supongo que eres tú quien se mudará aquí, ¿no?

—¡Mamá! —exclamo, y ella me lanza una mirada fulminante. Nero ríe en silencio a mi lado, y lo regaño con la mirada.

—Me gustaría pedir su bendición, señora Rosa. Sé que las cosas no han ocurrido en el orden tradicional, pero le garantizo que mi única intención es amar y cuidar de su hija y, ahora, de su nieto o nieta… o tal vez de ambos.

El brillo en los ojos de mi madre me dice que mencionar la palabra con “N” fue un movimiento astuto de parte de Nero, y cuando lo miro, descubro una sonrisa confiada en su rostro que me confirma que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—Entonces, ¿supondré que el viaje a Dubái queda oficialmente cancelado? —Pero ella no se deja deslumbrar con la promesa de bebés adorables. Después de unos minutos, va directo al grano con la pregunta del millón de dólares. Estoy lista para responder, pero Nero aprieta suavemente mi mano, pidiéndome sin palabras que lo deje manejar la situación.

—Por ahora, sí. —responde Nero por ambos—. El embarazo probablemente complicaría la firma del contrato de Nina de todos modos, pero cuando nazca el bebé, sea cual sea la decisión de Nina, la apoyaré. Si eso significa que necesitamos mudarnos a Dubái por un año y medio, tres o diez, realmente no me importa.

Sin querer, giro la cara hacia él mientras mi corazón se acelera. No habíamos tenido esta conversación. Nero me ha hecho un sinfín de promesas sobre nuestro futuro, asegurándome una y otra vez que podríamos construir un hogar en cualquier lugar.

Pero estas palabras, estas que acaba de pronunciar con tanta firmeza frente a mi madre, son la primera vez que las escucho.

—Acabas de decir exactamente lo que quería oír —dice mi madre, pero no puedo apartar mi mirada del rostro de Nero para verla a ella. Él parece percibir que se aproxima un “pero”, porque, a pesar de su aparente triunfo al ganarse la aprobación de mi madre, sigue mirándola con seriedad—. Pero las palabras siempre han sido engañosas, ¿verdad? Te dije una vez, Nero, que a

quien besen mis hijos, yo le doy mi bendición. Cumple tus promesas y siempre tendrás en mí una madre. Rómpelas, y no dudaré en usar mi escoba. No tienes idea de en qué tipo de arma puedo convertirla. —Entorno los ojos, al mismo tiempo abochornada y conmovida por la advertencia encubierta de mi madre. La risa de Nero llega a mis oídos antes de que pueda volver a abrir los ojos.

—Me quedo con la parte de ser su hijo —responde.

—Pensé que dirías eso, parece una elección sensata. Bienvenido a la familia Marchesi.

***

—¿Puedo pasar? —pregunta mi madre, golpeando la puerta abierta de mi cuarto horas después de que Nero se fue. Es mediodía, probablemente acaba de regresar de la tienda para almorzar en casa. Me sorprende no haber escuchado su llegada. De verdad estaba concentrada en redactar el correo para retirarme del programa de enfermería.

—Claro, mamá —le respondo, y ella entra al cuarto con un pequeño paquete de tela en las manos—. ¿Qué es eso? —pregunto, mientras ella se sienta en mi cama y da unas palmaditas a su lado en el colchón. Me levanto de la silla en la que estaba y me siento donde me pidió. Mi madre coloca la pequeña bolsa en su regazo y empieza a desatar el lazo de cinta que la mantiene cerrada. Cuando el tejido se abre y revela lo que hay dentro, siento cómo se me humedecen los ojos. Ella toma un par de zapatitos diminutos y los coloca en la palma de su mano.

—Fueron tuyos —me dice—. Traje esta bolsa cuando vine a Grecia. Cada vez que las cosas se volvían muy difíciles, cuando me sentía agotada o quería rendirme, la abría y olía tus zapatitos, recordándome por quién estaba luchando. —Apenas termina de decirlo y dos lágrimas gruesas ya están resbalando por mis mejillas—. Sé que no planeaste este embarazo, hija. —Levanta la vista para mirarme, y al verme llorando, usa su mano libre para secar mis lágrimas—. Pero también sé qué clase de mujer eres. Sé que harás todo lo que esté a tu alcance por la felicidad de este bebé, igual que yo hice por la tuya. Y pase lo que pase, puedes contar conmigo.

—¡Mamá! Las embarazadas somos emocionalmente sensibles, ¡qué injusto! —reclamo entre sollozos, y ella ríe, abrazándome. Cuando dejo de llorar, toma mi mano, la abre y deposita los zapatitos en mi palma.

—Son tuyos, para tu bebé. Para eso los guardé. No sé si todo servirá, pero espero que algo le quede bien. —Inclino la cabeza y busco su mirada.

—Gracias —le digo, mirándola a los ojos, que ahora también están enrojecidos y llenos de lágrimas—. Gracias por todo. —No necesito explicar más; ella entiende.

Le agradezco por su amor, por su compañía y por su cuidado. Por no juzgarme ni presionarme en ningún momento. El pecho se me llena de emoción al pensar que, si logro ser la mitad de la madre que es Rosa Marchesi, este bebé tendrá mucha suerte. Mi madre me besa en la frente.

—Ser madre no siempre es el amor más fácil, hija. A veces, una tiene que guardar lo que sabe y lo que quiere para que sus hijos descubran y sigan su propio camino. Y eso no es tan simple como suena. Aun así, ser madre es el amor más fuerte que existe. Muy pronto vas a entenderlo. Descubrirás que nunca tendrás nada por lo que agradecerme.

—Te amo —susurro, abrazándola con fuerza.

—No más de lo que yo te amo a ti, mi vida.

37

NINA MARCHESI

El chofer estaciona el auto frente a una mansión que, de inmediato, sé que es la casa de la familia de Nero, aunque no esperaba que me trajeran aquí.

Cuando me dijo por mensaje que enviaría un auto para llevarme a donde estaba él, ya que seguía ocupado en el trabajo, asumí que me llevarían primero a la exportadora. Después de algunos minutos, noté que no reconocía el camino, pero imaginé que Nero estaría trabajando en algún lugar fuera de su oficina hoy.

Lo que nunca pasó por mi mente fue que me enviaría directamente aquí, y sola. Especialmente después de que admitió que sus padres son personas complicadas.

¿Qué se supone que significa eso exactamente? Si él no pudo explicarlo, ¿cómo se supone que yo pueda lidiar con eso? Le sonrío amablemente al hombre de mediana edad sentado al volante.

—Disculpe, ¿Nero me está esperando aquí?

—No, el señor Nero Zanthos aún no ha llegado, pero no se preocupe, hay alguien más para recibirla —responde, haciéndome fruncir el ceño.

—¿Alguien más? —El hombre no me responde esta vez.

Abre la puerta de su lado y sale del auto, rodeándolo antes de abrir la mía e indicarme con un gesto que avance hacia la casa. Humedezco mis labios y hago lo que me dice.

Una sensación incómoda se apodera de mí, y sacudo la cabeza, intentando deshacerme de ella. Camino lentamente por el sendero de piedra y subo los tres pequeños escalones de mármol blanco, deteniéndome justo al llegar a la puerta.

Estoy debatiendo si debo tocar o esperar cuando se abre. Una mujer en un elegante vestido azul oscuro aparece. Su piel clara brilla en contraste con su cabello muy oscuro y sus ojos azules. Si no supiera que Nero es adoptado, al ver a su madre, nunca lo hubiera imaginado; se parecen bastante.

—Hola, buenas tardes —digo, esbozando mi mejor sonrisa, sintiéndome nerviosa como si estuviera conociendo al Papa en vez de a mi suegra.

—Ah —responde con una expresión nada amigable, mirándome de arriba abajo como si todo en mí le pareciera inapropiado, desde mi cabello hasta mis zapatos, si el desagrado en su rostro es un indicio—. Por fin llegaste. Estás retrasada —me acusa, y yo retrocedo, confundida.

—Yo…

—Ahórrate tus excusas. Y hazme el favor de comportarte. Entra por la puerta de servicio —me interrumpe con una orden, y antes de que pueda explicarle que debe estar cometiendo un error, simplemente me cierra la puerta en la cara.

Parpadeo, sorprendida, frente a la puerta blanca. Nero me dijo que sus padres eran complicados, sin poder precisar más. Bueno, haberme advertido que su madre es una pedante, presumida y, además, una jefa abusiva, habría sido un buen comienzo.

Necesito unos segundos para reaccionar. Miro sobre mi hombro, buscando a alguien que pueda ayudarme a entender qué hacer.

Al no encontrar a nadie, me doy la vuelta y bajo las escaleras. Recorro con la mirada toda la propiedad que puedo ver. Primero a un lado, luego al otro. A mi derecha, veo a un jardinero.

Estiro el cuello y suelto el aire despacio por la boca, dándome tiempo para reunir el coraje necesario para enfrentar esta situación. Si antes estaba nerviosa, ahora no tengo palabras para describir lo que siento.

Esforzándome por mantener el equilibrio sobre los tacones mientras mi cuerpo entero parece listo para temblar, camino hacia el hombre, medio oculto por unos arbustos mientras poda.

—Disculpe —lo llamo, dedicándole una breve sonrisa. El jardinero me responde con una inclinación de cabeza—. ¿Podría decirme dónde está la entrada de servicio? —le pregunto, y él me recorre rápidamente con la mirada.

No es un acto malicioso. Parece más bien que se pregunta por qué buscaría la entrada de servicio en lugar de la puerta principal, considerando que claramente no estoy vestida para trabajar. Es una excelente pregunta.

—Solo siga por aquí y gire a la izquierda —me indica, señalando el camino.

—Gracias —agradezco y camino en la dirección indicada.

La sensación incómoda que me invadió al bajar del auto ahora se apodera también de mi estómago. Me pregunto si debería llamar a Nero, pero decido no hacerlo.

La primera impresión que tuve de su madre fue terrible, es un hecho, pero puedo tragarme algunos sapos si eso significa que haré feliz a mi prometido. Fue solo un malentendido, Nina. Solo tienes que aclararlo.

La entrada de servicio está abierta, y sin nadie a quien avisar, entro. Camino por un largo pasillo hasta llegar a una cocina blanca, impecable y completamente vacía. Dios, ¿qué se supone que debo hacer? No tengo que esperar mucho para obtener la respuesta. Lysandra, la madre de Nero, aparece.

—¿Eres tan tonta que te perdiste? —pregunta, con un tono que parece realmente curioso. Aprieto los dientes, tragándome la respuesta que realmente quiero darle.

—No soy una empleada. Estoy aquí por Nero —explico, y la boca de Lysandra se abre mientras asiente como si finalmente entendiera.

—Ah, claro. Thalyssa, ¿verdad? —pregunta sin mucho interés, y juro que nunca antes alguien me cayó tan mal, tan rápido.

—No.

—¿Diana?

—No —respondo, y lograr no soltar la negativa entre dientes me cuesta todo.

—¿Afrodita, tal vez? —Rueda los ojos brevemente en una expresión despectiva—. No, definitivamente no. Sería un nombre demasiado divino para alguien como tú.

—Creo que sabes que no soy ninguna de esas. —Me canso de jugar su juego, y ella sonríe con desdén.

—Ah, ¡tienes razón! ¿Cómo pude confundirme? Eres la que está siendo compartida por mi hijo y los tres parásitos que se niegan a soltarlo. —Toco la punta de mi lengua en el centro de mi labio inferior sin poder creer que esto realmente esté sucediendo. La escena parece sacada de las peores pesadillas que una mujer puede tener sobre conocer a su suegra y me quedo paralizada—. Te lo diré una vez y no más —avisa, mirándome de arriba a abajo con tanto desprecio que un insulto verbal habría sido menos ofensivo que su mirada—, mi hijo no caerá en tu trampa, si no tuviste una madre que te criara bien y te protegiera de convertirte en esto —señala hacia mí, dejando claro que me considera un error completo—, debes saber que Nero tiene —escupe esas palabras venenosas y mis manos van, inmediata y protectivamente, a mi vientre. Lysandra ríe—. Qué adorable. —Se burla. —Admito que tonta no eres. Fuiste rápida en conseguir un bastardo, asegurando una pensión de por vida.

Mi respiración se queda atascada en mi garganta cuando ella habla de mi hijo. ¿Cómo sabe de él? Y si antes podía tragarme mis respuestas cuando sus abusos iban solo hacia mí, ahora se vuelve imposible seguir haciéndolo.

—Mi hijo no será un bastardo —digo entre dientes, con lágrimas de odio quemando en mis ojos—. Te guste o no, Nero y yo nos vamos a casar —digo solo para descubrir que, si creí que alguna de las sonrisas crueles que me lanzó antes era mala, fue solo porque aún no había visto lo que se dibuja en sus labios después de mi declaración.

—Eso es algo que veremos —asegura y un frío helado recorre mi columna ante su tono amenazante—. Si quieres esperar a que llegue Nero, quédate aquí. No quiero verte deambulando por mi casa. —Y, con esa última agresión, me da la espalda y se va, dejándome sola en la cocina desconocida.

Miro mi muñeca, tratando de descubrir en el reloj cuánto tiempo he pasado en esta realidad alterna. Ni siquiera quince minutos, me dice el objeto. La rapidez con la que salgo no solo de la cocina, sino de la propiedad es casi increíble. Camino varios metros antes de avistar un taxi y hacerle señal. Cuando me dejo caer en el suave asiento de cuero, toda la felicidad que había invadido mi pecho en los últimos días parece haber sido envenenada.

Cada plan que hice con Nero, cada deseo de futuro, cada promesa que intercambiamos parece un sueño distante del que acabo de despertar. Aplasto esa sensación, expulsándola de mi pecho con golpes mentales y llenando el espacio que dejó con nada más que un odio ardiente hacia la mujer que mi prometido llama madre.

Cierro los ojos y respiro profunda y calmadamente varias veces hasta que mi corazón encuentra el ritmo correcto de latir, porque si dejo que la amargura plantada en mi pecho por Lysandra eche raíces, esa mujer gana. Y prefiero perder a mi enemigo número uno, liquidándola,

cualquier día de la semana, antes que permitir que eso suceda.

***

—Hola, amor —Nero me saluda horas más tarde, al llegar a su apartamento y encontrarme sentada en el único mueble del lugar además de la cama que compartimos casi todas las noches y el perchero donde mi prometido ha guardado su ropa, un sofá.

Levanto la vista de los varios papeles a mi alrededor, en los que estudiaba, obsesivamente, los proyectos de decoración que los arquitectos y diseñadores de interiores nos enviaron semanas atrás.

Le dije a Nero que no había podido decidir, pero la verdad es que estaba postergando, aferrada a la idea de que era demasiado pronto para que me incluyera en este tipo de decisiones, no importa cuán insistente fuera al respecto. Ahora, sin embargo, empiezo a sentir que estoy retrasada, porque hay un niño por llegar en siete meses y medio y su casa está vacía, literalmente.

—Hola —digo en voz baja, ofreciéndole una sonrisa y él inclina la cabeza, se quita el saco y afloja la corbata. Lo observo atentamente, porque podría hacer esto todo el día. Mi hombre es guapísimo.

—¿Esa mirada es una invitación?

—Mis puertas están siempre abiertas. —Bromeo.

—¿Y tus piernas? —pregunta, acercándose y curvándose para besarme la frente, la nariz y, por último, los labios. Inhalo profundamente su olor.

—Pensé que de eso estábamos hablando desde el principio. —Su risa es ronca al reaccionar a mis palabras. Nero mira los papeles esparcidos sobre mis muslos y a su alrededor.

—Esos están desactualizados —dice sentándose a mi lado—. Ya pedí que me envíen nuevos, incluyendo uno para el cuarto del bebé. —Después de esas palabras, su mano va inmediatamente a mi vientre y Nero besa mi hombro.

Es un alivio que no sabía que necesitaba. Me dije a mí misma, una y otra vez, que no me dejaría afectar por mi encuentro con Lysandra esta tarde, pero por más que logré convencerme casi por completo de eso, hay una parte de mí que se aferra a un hecho innegable: ella sigue siendo la madre de Nero.

—¿Pediste un diseño para el cuarto del bebé? —pregunto, injustificadamente emocionada.

—Claro, amor. —Una lágrima rueda por mi mejilla y Nero abre los ojos, alarmado. Se levanta de la postura relajada en la que estaba sentado y gira mi rostro hacia él con delicadeza—. ¿Qué pasó? ¿Hice algo mal? ¿Querías elegir sola? ¡Puedo cancelar! —dispara las preguntas una tras otra, apenas respirando entre ellas, y yo río, desestimando su desesperación con un gesto.

—Solo estoy emocionada —explico—. Hormonas, Nero. Están descontroladas. —Mi prometido suelta una profunda exhalación.

—Ok, Hadita. Así no llegaré vivo al final de esta gestación. ¡Qué susto!

—¡Exacto! —concuerdo—. Imagina diez meses. —Es su turno de reírse de mi argumento tonto y me besa lentamente, con ternura e intensidad, hasta que me convierto en un pozo de suspiros felices.

—¿Qué pasó esta tarde? ¿Por qué no me esperaste? ¿Te sientes bien? —hace todas las preguntas que esperaba tener más tiempo para responder.

—Me puse nerviosa —confieso parte de la verdad y la voz de Nero me dice que las verdades a medias son mentiras completas resuena en mi mente sin ser invitada—. Pensé que el coche me llevaría hasta ti y que iríamos juntos a la casa de tus padres. Cuando me vi allí, sola, todo en lo que podía pensar era en la posibilidad de que ya hubieran oído los rumores que circulan por la isla y concordaran con ellos, pensando que estoy tratando de estafarte o algo así. No pude obligarme a pasar por eso sin ti, comencé a sentirme mal y pensé que era mejor venir a casa, dejarlo para otro día.

A pesar de que mis palabras no guardan ningún significado divertido, los labios de Nero se estiran en una sonrisa que podría iluminar el mundo entero.

—¿Qué? —pregunto confusa.

—Dijiste “venir a casa”. Y aquí estás.

—Ah —digo, sintiendo de inmediato cómo me sonrojo. Ni siquiera me di cuenta de lo que estaba diciendo, así como tampoco sé en qué momento exactamente la idea de que este lugar es mi hogar se afianzó en mí. Nero se ríe.

—Creo que mi plan funcionó —declara, guiñándome un ojo, y yo le echo una mirada de desdén.

—¿Ese era tu plan? ¿Desde el principio?

—Te dije que quería que pasaras mucho tiempo aquí.

—Mucho tiempo no es lo mismo que todo el tiempo, Nero.

—Semántica —desestima con un guiño y me rasco la garganta. Nero acerca su rostro al mío, rozando nuestros labios con ternura—. No me importa lo que digan las personas —retoma el tema—, ni hasta dónde hayan llegado los rumores, Nina. Sé quién eres. Me importa esto. Nosotros dos. Los tres —asegura, deslizando su mano hacia arriba y hacia abajo por mi barriga, y cierro los ojos, dejando que la promesa se asiente en mí.

Quiero preguntarle a Nero sobre cómo su madre ya sabe de mi embarazo. Habíamos acordado contarle juntos a mi madre y a sus padres. Lysandra no debería saberlo. El problema es que para preguntarle eso, primero tendría que admitir que hablé con su madre y no estoy lista para esa conversación aún.

—¿Lograste concertar la cita? —pregunta, porque sabe que llevo dos días intentando. Su voz me saca de mis pensamientos y levanto las cejas antes de negar con un gesto.

—No. Nadie tiene agenda. Estoy empezando a pensar que tal vez necesitemos hacer el control prenatal en Atenas. —Nero frunce el ceño, sin gustarle mucho esa opción. A mí tampoco me agrada, pero de repente, parece que los nueve hospitales de la isla y los tres centros médicos

están todos saturados.

No es que tengamos muchas opciones aquí, no las hay. Hay pocas posibilidades de atención médica especializada en un radio de 790 kilómetros cuadrados. Aún así, nunca había tenido un problema remotamente parecido antes; en el peor de los casos, me habrían enviado a una clínica y me hubieran atendido allí. Estoy atravesando una racha de mala suerte, supongo.

—Podemos traer un médico a la isla para ti —sugiere Nero como si la solución no fuera absurda y me echo a reír, aliviando un poco la tensión que tengo acumulada.

—¡No podemos!

—Sí podemos. Y es lo que haremos si no encontramos a algún médico local que te atienda. —Su tono deja claro que no va a admitir una negativa.

Quiero insistir en que esto es un gran exagero, pero la verdad es que precisamente ese tipo de cuidado desmedido es lo que necesito después de la tarde de hoy. Rozo mi nariz contra la de Nero, acariciando su rostro con suavidad.

—Gracias. —Él sonríe.

—Tengo otro tema en la agenda de esta noche —anuncia y yo río.

—¿Esta noche tiene agenda?

—Tiene. Necesitamos elegir la fecha de nuestra boda.

—¿La fecha? —Parpadeo, sorprendida. Es obvio que sabía que tendríamos que elegir una fecha, solo que no esperaba que Nero quisiera hacerlo tan pronto.

Por milésima vez desde que escuché estas palabras esta tarde, las palabras de Lysandra resuenan en mi mente: “Eso lo veremos”, dijo cuando afirmé que me casaría con Nero. No soy una persona supersticiosa, pero el escalofrío que su declaración disparó por mi espalda no es algo fácil de ignorar. Me controlo para no tragar en seco.

—Sí, señora Nina. La fecha. No puedes hacerme perder el tiempo para siempre.

—¿Hacerte perder el tiempo? ¡Ni siquiera me has dado un anillo! —acuso, tratando de desviar el tema, levantando la mano derecha donde la liga que Nero ató a mi dedo, días atrás, sigue en su lugar.

—Me alegra que hayas dicho eso. —Él habla con una sonrisa arrogante que domina cada línea de su rostro. Nero saca la mano del bolsillo de su pantalón y mis ojos se abren de par en par cuando una pequeña caja de terciopelo negro aparece frente a ellos.

—Nero...

—Prometí que lo reemplazaría. Me tardé porque sabía exactamente lo que estaba buscando y necesitaba tiempo para encontrarlo.

—No pasaste ni una semana, eso no puede considerarse tardanza.

—Por mí, te habría puesto un anillo en el dedo al día siguiente, Hadita. —Nero abre la caja y

mi respiración se detiene en la garganta cuando el anillo de oro blanco se revela. El anillo es simple y liso, y hay solo una piedra en forma de gota en su centro. La piedra brilla en un tono dorado que parece oro líquido. Nunca he visto nada igual—. Esta piedra se llama Kavir, es de una región muy específica de los Emiratos Árabes. No es Dubai, pero pensé que cumplía con el propósito. Quería una piedra de allí porque quiero que cada vez que mires tu anillo, recuerdes que no es una prisión, Nina. No espero que nuestro matrimonio te aleje de tus sueños, solo deseo que me dé la oportunidad de ser parte de ellos.

Me lanzo a sus brazos sin darle la oportunidad de decir algo más. Los papeles en mi regazo vuelan, esparciéndose por el aire y el suelo. Con lágrimas nublando mi visión, me siento sobre las piernas de Nero y cubro su rostro de besos mientras siento que mi corazón podría explotar de tanto amor por este hombre.

—Te amo —digo entre cada beso que planto en su piel—. Te amo. —Nero se ríe de mi entusiasmo y levanta la mano para secar las lágrimas que siguen cayendo por mi rostro.

—¿Hormonas? —pregunta.

—No. Felicidad —declaro, rozando mi nariz con la suya.

—Dame tu mano derecha —pide y obedezco, apartando nuestros cuerpos solo lo suficiente para que Nero pueda quitar la liga que tengo en el dedo anular y reemplazarla por el anillo más hermoso que he visto en toda mi vida.

Estiro el brazo y mantengo mi mano abierta con los dedos separados. La joya es aún más perfecta en mi dedo.

—Ahora que tienes un anillo, ¿podemos hablar de la fecha? —Bajo la mirada hacia el hombre que está debajo de mí con una sonrisa traviesa en el rostro. Me muevo lentamente y Nero suelta un bajo gruñido. Entonces sacudo la cabeza, negativamente.

—Ahora tengo otros planes. —Son mis últimas palabras antes de besarlo.

38

NERO ZANTHOS

Desde que Nina estuvo en la exportadora, ya no veo los campos de algodón de la misma manera. Ahora, cada vez que miro la extensión de tierra cubierta de esas plumas blancas, me pregunto exactamente qué habrá imaginado mi prometida con su cabecita tan creativa.

Sacudo la cabeza, intentando despejar las imágenes que mi mente proyecta justo detrás de mis ojos antes de que termine con una erección en medio de la jornada. Me limpio una sonrisa de los labios con el pulgar mientras camino hacia la casa de máquinas, donde al fin todo volvió a funcionar como debía.

Después de semanas de trabajo intenso, logramos dejar atrás el control de daños y volver a operar a ritmo normal. El sol está fuerte, y parece que estamos en pleno verano en lugar de en el medio del invierno. Me subo un poco más las mangas dobladas de la camisa y paso la mano por la frente, limpiando la fina capa de sudor que se había acumulado ahí.

Saludo con un leve movimiento de cabeza a los empleados por los que paso, y empujo la puerta de vaivén cuando llego al final del pasillo. El galpón está lleno de los sonidos de las máquinas en marcha, o al menos eso creo, hasta que oigo unos murmullos.

—Escuché que ayer estaba en una fiesta. Sola.

—Al menos, antes el cuerno era entre amigos, ¿no?

—¿Sigue siendo cuerno si él sabía? Porque si no le importa compartir...

—¿Qué tendrá esa mujer para volver loco al patrón así? ¿Para que acepte cosas como esas?

—Ah, amigo, eso nunca lo sabremos. Una mujer como esa ni se nos acerca.

Detengo mis pasos y presto atención a la conversación. Aunque no hubieran usado la palabra "patrón", no necesito esforzarme para saber de quién están hablando esos dos empleados, escondidos detrás de las máquinas.

Desde Navidad, Nina se ha convertido en el blanco favorito de las habladurías en Khione. Nunca me han importado los chismes, aunque los he escuchado infinidad de veces. Pensé que, con el tiempo, la gente lo dejaría pasar, pero parece que la población de la isla encontró cierto placer perverso en inventar cosas que nunca pasaron, solo para seguir alimentando los rumores sobre mi prometida.

Nina no estuvo en ninguna fiesta anoche. La pasó en mis brazos, en nuestra cama, como lo hace siempre, salvo por las pocas noches a la semana que se queda con su madre. El impulso de ir y decirles unas cuantas verdades a esos chismosos que están tan contentos difundiendo mentiras hierve en mis venas.

Pero sé que eso sería peor. Una reacción, aunque justa, solo generaría más rumores, y ya tenemos más que suficientes de esos. Ignoro a los que están hablando basura, sin siquiera preocuparme por verles la cara. Sigo mi camino hacia la oficina detrás del cristal, al final del largo galpón, decidido a hacer mi trabajo.

39

NINA MARCHESI

—¿Sí? —contesto la llamada, extrañada por el número desconocido.

—¿Señora Nina Marchesi? —pregunta una voz femenina y melodiosa.

—Soy yo.

—Estoy llamando respecto a su consulta de ginecología y obstetricia. —Parpadeo y miro la pared vacía de mi cuarto mientras intento recordar mi agenda de la semana.

Como imaginaba, no encuentro ninguna cita programada, porque, aunque llevo una semana intentándolo, no he podido conseguir turno. Nero está a una negativa más de hacer que traigan un médico a la isla solo para que me atienda.

—Logramos hacerle un hueco, señora. —La mujer continúa, y entreabro los labios; esto, sí, tiene sentido. Insistí mucho en que me avisaran si surgía algún espacio de última hora. Un hueco. Sonrío, aliviada.

—¡Ah, qué bueno! ¿En qué consultorio? ¿O es en el hospital? ¿Para cuándo?

—En realidad, no es en el hospital ni en ninguna de las clínicas en las que dejó la solicitud. Somos un centro médico de atención privada en el lado este de la isla.

—Oh —murmuro, sorprendida, sintiéndome algo tonta por no haberlo pensado antes.

Siempre he estado tan acostumbrada a depender del sistema de salud pública que no se me ocurrió que, al no encontrar disponibilidad ahí, podía simplemente buscar una clínica privada.

Aún me parece un poco excesivo, considerando que el servicio público siempre ha sido eficiente. Pero, tomando en cuenta que la alternativa de Nero es traer a un médico desde Atenas solo para que me atienda, la idea de pagar una consulta privada resulta mucho más razonable.

—Como solicitó urgencia máxima para el turno, su contacto fue incluido en la base de datos compartida con las unidades públicas de Khione. Estoy llamando porque se abrió un horario disponible hoy a las 14:20 con el doctor Kayrus —dice la mujer, y miro el reloj, notando que son las dos de la tarde—. ¿Le gustaría confirmar? —Abro y cierro la boca, haciendo cálculos mentales. No hay forma de que me cuadren, pero decido intentarlo de todas formas.

—Sí, por favor. ¿Podría enviarme la dirección exacta por mensaje?

—Claro —responde la mujer amablemente—. Nos vemos pronto. Buenas tardes, señora Nina.

***

Me siento algo nerviosa en la sala de espera, observando las paredes claras y la decoración sofisticada del lugar. Llegué tarde al consultorio, obviamente. Pero Malana, la mujer con la que hablé por teléfono, fue aún más amable en persona y me aseguró que me atenderían a pesar del horario, solo debía esperar un poco.

El centro médico no es solo una clínica privada. Es una clínica de lujo, y no puedo evitar sentir una ligera opresión en el pecho. Parece ridículo, considerando que soy profesional en el área de la salud.

Pero esa angustia no me abandona, y no tiene que ver con el agujero que hice en mi tarjeta de crédito para pagar la consulta. El problema es lo que este lugar me recuerda; o mejor dicho, a quién: la madre de Nero. Este es exactamente el tipo de sitio que imagino que Lysandra Zanthos frecuentaría.

Suelto un suspiro, alejando la imagen de Lysandra de mis pensamientos. Este es un buen momento, un momento feliz, y no voy a permitir que ella lo arruine con su sombra. Solo lamento no haber tenido tiempo de avisarle a Nero.

Si le hubiera dicho que venía, habría dejado todo lo que estaba haciendo para acompañarme. Mi prometido ha pasado los últimos días preocupado por una reunión importante que tendría esta tarde. No quise interrumpirlo. Esta es solo la primera consulta.

Decidí que le contaría más tarde, cuando estuviéramos juntos en casa. Nero no va a estar contento, pero espero salir de aquí con el calendario de las próximas consultas en la mano. Estoy segura de que vendrá a todas las demás.

—¿Señora Nina Marchesi? —llaman mi nombre, y me levanto. Una mujer uniformada me espera con una sonrisa cordial, y cuando llego a su lado, me guía por un pasillo hasta entrar en un consultorio de paredes azul claro y muebles color marfil—. El doctor Kayrus la atenderá en un momento. —Me informa, y asiento.

—Gracias.

La mujer se retira, y yo espero, tamborileando los dedos contra mi pierna. De hecho, antes de que pase un minuto, la puerta a mis espaldas vuelve a abrirse.

—Bueno, eso fue estúpidamente rápido. —Un hombre relativamente joven, de piel clara, cabello y barba oscuros y con gafas redondas, dice al sentarse en la silla frente a mí, dejando la mesa de consulta entre nosotros.

Ajusta las solapas de su bata, manteniendo su aspecto impecable, y coloca una carpeta sobre el escritorio de vidrio. Con una mano, enciende la pantalla de la computadora. Frunzo el ceño, sin entender a qué se refiere.

—¿Perdón?

—Ya estás embarazada del heredero de la isla —lo dice en un tono que podría sonar a un "¡Felicidades!" esperado de un obstetra, pero no; parece una acusación. Sus palabras me golpean como una bofetada, y abro los ojos de par en par.

—¿Y-yo aún n-no creo que haya entendido bien? —tartamudeo al principio, demasiado aturdida como para hablar con claridad. Mi mente sigue dando vueltas, tratando de confirmar, una y otra vez, si realmente escuché bien. En un abrir y cerrar de ojos, la indignación empieza a llenar mis venas, dominando mi tono. Puedo tolerar los chismes, pero no me voy a quedar aquí soportando juicios en un lugar como este. ¡Por Dios, esto debería ser un espacio seguro para cualquier mujer! ¡Este hombre hizo un juramento!—. De hecho, prefiero pensar que no entendí

bien. Esta es su oportunidad de reiniciar esta consulta, doctor. —Esta vez, mi voz sale firme.

Hace mucho que dejé de responder a los rumores interminables sobre mí. Después del desastre de la última vez, cuando mis palabras irónicas solo avivaron el chisme absurdo de que estaba involucrada románticamente no solo con Nero, sino también con sus amigos, aprendí que la mejor forma de combatir las mentiras era ignorarlas.

Quizás estuve equivocada. Porque ¿qué tan insensible tienen que creerme para que un médico se sienta con la libertad de decirme algo tan absurdo como lo que acaba de decir? Cada fibra de mi cuerpo se retuerce de odio, y el médico lo nota.

—Tranquila, niña. No tienes que ponerte nerviosa. Estoy aquí para ayudarte. Solo quiero asegurarme de que entiendes todas las opciones que tienes. Todas las formas de lograr lo que quieres.

—¿Y qué sería eso? ¿Qué es lo que tú crees que yo quiero? —pregunto, las palabras brotando de mi boca a la velocidad de mi indignación, no de la razón.

Sé que lo que sea que está diciendo no nace de una preocupación genuina. No debería molestarme en escucharlo. Pero antes de que pueda levantarme e irme, el doctor Kayrus responde.

—Bueno… —Ríe, condescendiente—. Creo que no necesitamos andar con rodeos, ¿cierto, niña? Volviste a la isla hace menos de tres meses, ya estás esperando al heredero y es de conocimiento general que andas "disparando en todas direcciones". —Mezcla hechos y chismes como si todos fueran parte de una verdad perversa e innegable de la que no tengo derecho a discrepar—. Está claro que este bebé es una moneda de cambio —afirma, y solo escuchar esas palabras en voz alta me hace doler el pecho. Dejo de respirar, apretando los dientes hasta sentir dolor—. Mi pregunta es: ¿cuánto vale para ti? Porque conozco personas dispuestas a pagarte lo suficiente como para que tengas tu libertad sin pasar por esto. Todo lo que tienes que hacer —hace un gesto despectivo hacia mi vientre—es deshacerte de esto.

Su siguiente movimiento es aún más claro que sus palabras. Desprecio y desdén, eso es lo que expresa sin decirlo antes de apartar la mano, abrir un cajón de la mesa y sacar una tira con dos pastillas.

El doctor Kayrus la coloca sobre el cristal de la mesa y la empuja hacia mí. La sensación que tengo es como si hubiera sido transportada a una especie de realidad alterna y perturbadora. Aun así, extiendo la mano y tomo la tira, leyendo el nombre de los medicamentos en la parte trasera. Aborto. Son pastillas para iniciar un aborto.

Levanto la mirada hacia el médico, preguntándome cómo es posible esto. La respuesta, sin embargo, me golpea tan rápido como la pregunta misma. Lysandra. Su nombre resplandece detrás de mis ojos, aunque dudo.

¿Ella sería capaz? Me hizo amenazas directas, sí, pero ¿qué clase de psicópata amenaza a un bebé inocente que aún no ha nacido?

Porque no tengo dudas, esto es una amenaza. El consultorio lujoso, las paredes elegantes y el médico tan arreglado no son más que una fachada para lo que siempre fue esta consulta: una intimidación cuidadosamente orquestada, fuera del alcance de ojos curiosos. Un "hueco en la

agenda", me recrimino. Dios, ¿cómo pude ser tan estúpida?

Un nudo se forma en mi garganta, haciéndome difícil cualquier cosa que no sea ahogarme en arrepentimiento. No debí venir. No debí venir sin avisarle a Nero. No debí venir sola.

—¿Quién te mandó hacer esto? —logro preguntar, llevándome la mano instintivamente al vientre. Otra vez, la condescendencia se cuela en la risa del médico antes de que sus palabras broten llenas de veneno.

—¿No me digas que eres tan ingenua como para pensar que realmente encontraste un príncipe encantado? —cuestiona, y mis ojos se dirigen de inmediato al anillo en mi dedo con su insinuación.

Eso es suficiente para mí. Me levanto de la silla y salgo del consultorio sin preocuparme por nada en mi camino. Me llevo por delante algo o alguien, pero no me detengo para averiguar qué fue.

Solo quiero caminar rápido, salir de este lugar, desesperada por respirar un aire que no esté contaminado por ese hombre y poder olvidar que todo esto sucedió.

Ese privilegio me es negado, sin embargo, porque cuando finalmente pongo un pie en la acera, me encuentro con Lysandra Zanthos esperándome.

—Sube —dice, aún dentro del auto, hablándome a través de la puerta trasera que está abierta. Miro a mi alrededor, dudando.

Sin embargo, rápidamente me enderezo, negándome a sentir miedo. ¿Qué podría hacerme? A pesar del espectáculo de horrores que acaba de ocurrir, que estoy casi segura de que fue planeado por la mujer frente a mí, seguimos en Khione. No puede hacerme daño aquí. No sin que cada alma viviente de esta isla lo sepa.

En el peor de los casos, terminaré arrestada por haber matado a mi suegra dentro de un auto en movimiento. O tal vez, por haberla empujado fuera de él. Lleno mis pulmones de aire antes de tomar mi decisión.

Subo al coche.

40

NINA MARCHESI

—Veo que no eres una estúpida y tomaste la decisión correcta —dice Lysandra con una sonrisa apenas cierro la puerta y el auto arranca.

Haciendo un esfuerzo para mantenerme lo más alejada posible de ella, prácticamente me hundo en el asiento de cuero, aunque haya más que suficiente espacio entre nosotras.

Cuando comprendo lo que ha dicho, frunzo el ceño, pero noto que está mirando hacia abajo. Sigo su mirada y veo que está fija en mi mano, en el blíster de pastillas que, sin darme cuenta, aún llevo conmigo. Lo suelto de inmediato.

—¿Qué clase de monstruo eres? —pregunto, asqueada—. ¿Qué tipo de persona sería capaz de hacer algo así?

Ella deja escapar una risa seca, casi burlona.

—Parece que no eres tan inteligente, entonces. ¿O solo estás intentando ver si puedes hacer un trato mejor eliminando al intermediario?

—Detén el auto —exijo—. Sí, soy una estúpida, pero no por no haber aceptado tu amenaza asquerosa. Soy estúpida por haberme subido a este coche. No tengo nada que decirte que no pueda decir con tu hijo al lado —escupo las palabras, y Lysandra se ríe en mi cara.

—Me pregunto, ¿eres realmente tan ingenua?

—¡De-ten-el-au-to! —digo entre dientes, mi voz se eleva con cada sílaba, pero el vehículo sigue en movimiento pese a mis protestas.

—¿De verdad crees, Nina, que es el primer problema de Nero que debo resolver? —pregunta, y mi cuerpo reacciona de inmediato a sus palabras. El corazón se me acelera, los pulmones se me niegan, la boca se me seca, y siento un hormigueo en las palmas—. ¿Crees realmente que eres el primer caso de Nero que tiene una charla con el doctor Kayrus? Porque si de verdad lo crees, me sorprende que hayas durado tanto tiempo en su cama. Generalmente elige compañía mediocre, pero no tan completamente ingenua —dice, mirando por la ventana por un instante—. ¿Al menos preguntaste? —me dice, volviendo a clavar su mirada en mí—. ¿Te informaste sobre cómo suele actuar Nero con las mujeres o simplemente te tiraste a su cama? ¿Ansiosa por una pensión de por vida?

La confusión me deja sin palabras. La miro en silencio, mientras mi mente intenta procesar toda la información que me está lanzando.

—No conoces a mi hijo —afirma—. Nero no tuvo muchas oportunidades durante su infancia, y sabiendo eso, no pude evitar mimarlo cuando finalmente llegó a nosotros. El resultado es un hombre que no siempre está dispuesto a limpiar sus propios desastres.

Nada de lo que dice tiene sentido. Intento, de todas las maneras posibles, encontrar algo de lógica en sus palabras, pero no importa cuántas veces las repase en mi cabeza, no encajan en ninguna escala de coherencia. Me sorprendo lamentándome por la mujer elegante sentada a mi

lado.

Por fuera, hermosa. Indiscutiblemente hermosa. Pero por dentro, tan terriblemente podrida que no creo que exista parte de ella que pueda salvarse.

Quizás, algunas semanas atrás, hubiera optado por callarme, dejarla sumida en su propia miseria. Tal vez le habría permitido soltar todos sus delirios sobre mí hasta que Lysandra se sintiera mejor con su miserable existencia, porque, en ese momento, no me habría costado nada.

Hoy, sin embargo, sé que podría costarme todo. Esta mujer fue capaz de manipular mi atención médica. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar si simplemente bajara la cabeza y fingiera no importarme? Jamás pondría en riesgo a mi bebé de esa manera.

—No sé qué clase de juego enfermo estás jugando, Lysandra, pero sinceramente, no me importa, porque no pienso jugarlo. Guarda tus mentiras para ti y déjame en paz.

Ella no hace nada más que suspirar ante mi declaración. La madre de Nero me mira con algo que casi parece lástima en su mirada.

—Nero me ha hecho parte de su vida. Tienes que aceptar eso.

—¿Y qué vida es esa en la que te hizo parte? ¿Te dio un tour por la exportadora? ¿Te llevó a un par de paseos con los lacayos a los que pretende llamar amigos? ¿Se encerró contigo en un apartamento vacío para evitar andar contigo en público? Ni siquiera se molestó en amueblar el departamento, ¿no te pareció extraño? —revira los ojos—. ¡Francamente! Nunca te presentó formalmente a su padre ni a mí. Jamás te presentó a sus amigos de verdad, esos con los que se encuentra en clubes y eventos, los que importan. Nunca te tomó en serio.

—¡Me pidió matrimonio! —digo, tratando de hacerle ver que no hay nada que pueda hacer. Ninguna mentira podrá borrar la verdad.

—¿Y también crees que fuiste la primera? —pregunta, esbozando una sonrisa. Sus ojos se posan en el anillo de mi dedo. Mi primer instinto es ocultarlo, no dejar que su mirada venenosa manche la belleza de lo que esa joya significa—. Déjame adivinar… —dice con un tono que destila condescendencia, mientras se acomoda el cabello detrás de la oreja—. ¿Alguna tontería sobre lo importante que es esta piedra para lo que significará su matrimonio? ¿O esta vez usó la clásica historia de que el anillo es de familia? ¿Te dijo que era mío? ¿Y que antes había sido de mi madre? Ay, niña…

Esas palabras de Lysandra me golpean de alguna manera. Una puerta, antes bien cerrada, se abre con sus insinuaciones, y mi mente insiste en preguntarse: “¿Será?”

Aprieto la garganta y sacudo la cabeza, negando. No. Eso es lo que ella quiere. Quiere confundirme. Hacerme cuestionar lo incuestionable.

—¿De verdad crees que todo esto —la madre de Nero levanta un dedo y lo gira en el aire— fue idea mía? ¿Piensas que este paseo particular es un secreto? Nero sabe exactamente lo que está ocurriendo ahora, puedes llamarlo si quieres. ¿Y quieres saber por qué te pidió matrimonio? Porque nunca dejaría que una amante oportunista manche la imagen que Khione tiene de nuestra familia. Siempre preferimos tratar estos asuntos con discreción. Así, cuando te vayas, las cosas simplemente volverán a ser como deben ser. Hasta la próxima niña ingenua que se crea lista,

claro.

—Estás loca —digo, simplemente—. Hicimos planes, nosotros...

—¿De verdad soy eso? —pregunta, interrumpiéndome—. ¿Por qué no lo llamas? Llama y descúbrelo tú misma —sugiere por segunda vez, desatando el pánico en mí.

¿Por qué me diría eso si Nero no supiera lo que está pasando? Con los dedos temblorosos, abro el cierre de mi bolso, sin sentirme preparada para hacer la llamada, pero... ¿Qué otra opción tengo? La voz de Lysandra, sin embargo, me interrumpe.

—Esperaba no tener que hacer esto —se lamenta, soltando un largo suspiro—. Llámame sentimental —sus hombros se levantan y luego bajan—, pero aunque no lo creas ahora, no disfruto destruyendo ilusiones. Es parte del trabajo, ¿entiendes? No hay nada que no haría por mi hijo. —Su mano se mueve hacia el espacio a su izquierda, en el asiento del auto, sin apartar la vista de mí—. Intenté ahorrarte esto —dice, como si realmente le importara—. Pero ya que te niegas a ser racional, no me dejas otra opción. —Lysandra levanta el celular que tomó del asiento y hace unos toques en la pantalla para desbloquearlo.

Luego de unos segundos buscando algo, sus ojos vuelven a posarse en mí.

—Escucha —dice y toca la pantalla otra vez.

No tengo el menor interés en oír nada de lo que esta loca piense que debo escuchar, pero cuando la risa de Nero llena el auto y luego su voz, siento que se me congela la espalda.

"Es una interesada. Otra más, para variar. Sinceramente, no sé por qué sigo haciendo esto," dice Nero, hablando con alguien que no logro identificar, y la única parte de mi cuerpo que se mueve es mi boca, aunque no sale ni un solo sonido.

La risa de mi prometido vuelve a resonar por los altavoces antes de que continúe. "La verdad es que sí sé. No sé qué tienen estas mujeres, pero siempre son las que mejor chupan la verga", dice Nero, y siento que voy a desmayarme de nuevo.

Quiero acusar a Lysandra de estar loca una vez más. Quiero decir que está delirando y que sus fantasías no me van a convencer. Quiero mandarla al diablo y pedirle que se mantenga lejos de mí y de mi hijo, pero no hago nada de eso, porque podría pasarme el resto de mi vida refutando cada cosa que Lysandra dijo en este coche, pero no puedo refutar los hechos. Y el hecho es que la voz que estoy escuchando es la de Nero.

Es su voz, aunque el tono, las palabras, la risa amarga y agresiva no podrían sonar más equivocadas; la voz que está diciendo esas barbaridades sobre mí es la de mi prometido. No puedo respirar.

Ese no es el hombre que conocí. Esas palabras... Ese no es el niño con quien compartí parte de mi infancia. Un dolor explota en mis sienes y en la parte superior de mi nuca. El vacío que se abre en mi pecho tiene el tamaño de un abismo y se arrastra por mi cuerpo, arrasando con todo a su paso.

Parpadeo, tratando de contener las lágrimas, pero el efecto es el contrario. Se deslizan por mis mejillas sin mi permiso, y como el mundo es un lugar cruel, descubro que el peor momento de

mi vida aún no ha terminado.

"Me las arreglo. Para el final de la semana, espero haberme deshecho de ella y del niño. Aunque me da la impresión de que esta me dará un poco de trabajo". Deja escapar una profunda exhalación, una que ya me tiene harta, antes de continuar. "Pero tampoco estaría tan mal. Si no coopera, me quedo con el niño; necesitaré un heredero en algún momento, de todas formas. Después de que nazca, me deshago de la madre. Seguir con este teatro sería un sacrificio, pero supongo que valdría la pena."

—¡Apágalo! —suplico, ya completamente destrozada, con el rostro empapado en lágrimas y la mente hecha un torbellino de dolor infinito—. ¡Apágalo! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡No quiero escuchar más! ¡No quiero! —El sollozo que brota de mi garganta lleva consigo toda la tristeza del mundo y rodeo mi vientre con los brazos, pidiéndole perdón a mi hijo por todo esto.

Quisiera borrar de mi mente cada una de las palabras que escuché, pero sé que jamás seré capaz. El vacío que me consume por dentro jamás lo permitiría.

Mi bebé, sin embargo, no debería estar pasando por todo esto. Es solo culpa de mi falta total de control sobre mis emociones que ahora él sienta toda la confusión en la que me he convertido, y esta es inmensa.

Soy un caos de duda, miedo, dolor, desconfianza y una esperanza, una pizca de fe, en que nada de esto sea real. Esa última es casi una necesidad, algo que puedo tocar si extiendo las manos.

Necesito, desesperadamente, creer que hay una explicación. De alguna manera, en algún lugar, existe una explicación racional para todo esto y simplemente no puedo verla.

El coche se detiene. Mis manos van de inmediato a la manija de la puerta.

—Lo siento mucho —dice Lysandra—. Esperaré a que me busques cuando estés más tranquila y entonces podremos resolver esto civilizadamente. No te preocupes, querida. Lo superarás —declara, y no digo nada antes de abrir la puerta y salir.

Inhalo una gran bocanada de aire que no parece ayudarme en nada. Estoy tan aturdida que ni siquiera sé cuánto tiempo pasa hasta que me doy cuenta de que estoy en la estación de ferris.

Miro a ambos lados, buscando algo que ni siquiera sé qué es, y, cuando me doy cuenta, estoy pasando por el torniquete y entrando a la estación. Vacía de prácticamente todas mis certezas, solo me queda una: necesito aire.

41

NINA MARCHESI

Podría ser una noche cualquiera en la vida de cualquier turista que encontró este lugar por pura casualidad o suerte, pero no lo es. Sentada en un café en el punto más alto de Atenas, miro la ciudad debajo de mí sin realmente ver nada. Mi mente está llena de cálculos infinitos que no me llevan a ningún resultado.

Llevo horas aquí, torturándome con la vista del mar griego que me provoca la misma sensación de siempre: la de estar ahogándome en los ojos de Nero. Giro el anillo en mi dedo en un gesto nervioso que no he podido evitar. La sensación de pérdida contra mi piel es, al mismo tiempo, bienvenida y desoladora.

El teléfono apagado está sobre la mesita de madera blanca frente a mí, justo al lado de la taza de té más grande que sirven aquí. Ninguno de los dos está cumpliendo su propósito. El té fue inútil en calmarme y el teléfono está apagado porque ya no sabía cómo seguir rechazando las llamadas de Nero.

No ver los mensajes ni escuchar el sonido de las llamadas no ha puesto fin a mi tormento. Nero me llamó por primera vez ayer en la noche, después de haberme enviado varios mensajes. No abrí ninguno, solo los leía desde las notificaciones.

Al principio, eran solo mensajes casuales, pero cuando llegó al quinto sin respuesta, empezaron a sonar preocupados. Que no respondiera a sus llamadas hizo que los siguientes mensajes se volvieran desesperados.

Parecía tan real. Tan genuino, que estuve a punto de ceder y responder, de correr a sus brazos y olvidar todo lo que escuché en el asiento del copiloto de ese auto. Fue en ese momento que decidí apagar el celular. Porque, aunque ahora no estoy segura de muchas cosas, de algo sí lo estoy: necesito tiempo. Aunque el tiempo también parece ser incapaz de hacer su trabajo. Ha pasado un día entero desde que desembarqué en Atenas, completamente perdida, y nada ha cobrado más sentido.

Nada tiene lógica. La reacción de Nero ante mi ausencia solo hace que todo sea más difícil de entender. Ese hombre que me busca como un loco no encaja con la imagen que las palabras de su madre sembraron en mi mente, ni con la voz que, en esa grabación, grabó a fuego en mi cerebro.

Esas declaraciones siguen atormentándome cada segundo que paso despierta y en cada instante que intento dormir. Ese no es el hombre que conozco. No es el hombre que puso este anillo en mi dedo y me hizo mil promesas. Ese no es el hombre con quien estaba segura de querer compartir mi vida.

Sin embargo, hay algo que ha cambiado. Algunos de mis sentimientos se han intensificado. El odio, por ejemplo.

Odio a Lysandra Zanthos. Nunca pensé que diría esto en serio sobre alguien. ¿Como una exageración? Siempre. ¿Pero en serio? Nunca. Supongo que las cosas cambian, porque en medio del caos de dudas que soy, esa no es una de ellas: odio a esa mujer.

Odio su apariencia engañosa, su sonrisa cruel y esa forma en que siempre me hace sentir inferior. Odio su corazón podrido, sus intenciones sádicas y sus palabras venenosas.

Odio que sea la abuela de mi hijo, odio que sea la madre de Nero. Odio que haya sido capaz de hacerme dudar de los sentimientos y las intenciones de Nero. La odio. Con cada parte de mí, la odio.

Y es por eso que sé que, aunque entienda o no todo lo que ha pasado, jamás voy a tomar sus palabras como la verdad absoluta. En algún momento, tendré que aceptar la posibilidad muy real de que me rompan el corazón y enfrentar a Nero.

En algún momento, tendré que escucharlo, darle la oportunidad de explicarme cómo es posible que todos estos últimos sucesos puedan coexistir con la realidad en la que él es el hombre enamorado que prometió hacerme la mujer más feliz del mundo.

En algún momento, pero no hoy.

42

NERO ZANTHOS

Desapareció. Otra vez.

Esta vez, sin embargo, la situación parece mucho peor. Hice todo bien. Rebusco en mi mente cualquier cosa que pudiera haber hecho mal, no sería la primera vez que me precipito en juzgar y fallo.

Pero no hay nada, ninguna posibilidad, de que algo que dije, hice o incluso pensé pudiera justificar su desaparición.

Acepté todo. Lo quise todo. Di absolutamente todo de mí para hacer propios los sueños de ella. Para que se sintiera segura. Para que confiara en mí. Para que jamás dudara de que yo no quiero ser un problema, sino solo parte de la solución.

Entiendo que su vida cambió completamente en un instante, y todo se volvió confuso y caótico. Las cosas se salieron de control y avanzaron más rápido de lo que tal vez ella estaba preparada para enfrentar, pero vamos a tener un hijo.

No se puede fingir que la vida no cambiará de aquí en adelante, aunque yo esperaba que ella enfrentara esta nueva realidad conmigo. Que confiara en mí, carajo.

Tuvo miedo antes, está bien. Me tomó un tiempo entenderlo, pero lo acepté. ¿Y ahora? Si había algún problema, fuera el que fuera, ella debió hablar conmigo en lugar de alejarme como si fuera un extraño. Yo soy la constante, parte de la pequeña familia que estamos formando.

Distanciarse fue un golpe bajo. Me hace sentir prescindible. Desechable. Y ese sentimiento me lleva a un lugar de recuerdos ingratos, dejados de lado hace demasiado tiempo como para aceptarlos ahora como viejas amistades.

Hay pocas cosas en la vida en las que recuerdo haber fallado. La posibilidad de que eso haya pasado cuando lo único que intentaba era hacer lo correcto es como una gravedad doble que me hunde, haciéndome sentir pequeño, desplazado.

Y por si fuera poco, ella le avisó a su madre que estaba bien. Doña Rosa se negó a decirme algo sobre a dónde fue o qué está haciendo. No quiso preocupar a su madre... mientras que yo... Descartado. Cada pequeña decisión que tomó resuena con esa misma palabra en mi cabeza.

Me gusta pensar que si Nina me hubiera dicho que necesitaba tiempo para pensar, para estar sola, aunque fuera lejos de mí, lo habría aceptado. Me habría molestado, claro. Estaría triste y decepcionado también, pero no habría dicho que no.

Probablemente, yo mismo la habría llevado, con el peso en el corazón, a donde ella quisiera estar sin mí. Pero ella, en cambio, eligió dejarme en la oscuridad.

Siempre he tenido miedo de la oscuridad. Estar en habitaciones apenas iluminadas o sin luz alguna me provoca una angustia indescriptible, una reminiscencia de mis años de malos tratos. Aun así, nunca me permití abrazar esa debilidad del todo. Siempre me aseguré de enfrentarla,

porque eso es lo que hago.

Con Nina, solo puedo sentirme tragado, aplastado, porque ninguna de mis acciones parece ser suficiente para ser siquiera considerada... Mis manos se van a mi cabello y ni siquiera siento el dolor al tirarlo con toda mi fuerza.

Es una manera disfuncional de intentar frenar mis pensamientos antes de que me encierren, solo, en ese lugar de nuevo. La oscuridad no es bienvenida.

Inhalo aire con dificultad, como si respirara agua. Arde, pesa y duele. La ansiedad, que hacía mucho no sentía, me recuerda que hay algo que odio más que la impotencia: el no ser suficiente.

Mientras me enfoqué en preocuparme por ella, en asegurarme de que Nina estuviera bien, de que se sintiera segura, de que tuviera todo lo que necesitaba, no hubo espacio para nada más. Ahora, el alivio de ese momento pasó y dio lugar a este tormento.

Mis demonios internos tocaron a mi puerta, todos a la vez, y distraído por el vacío de su ausencia, la abrí. Después de unas pocas horas en su compañía, ahogado en pensamientos teñidos de amargura, el único sabor que reconozco en mi boca es el de la traición.

Porque eso es, ¿no?

No entiendo. No puedo comprender por qué sentiría la necesidad de desaparecer de repente sin dejar rastro. No han pasado ni dos días desde que estuvimos en nuestra cama, haciendo planes, pensando en nombres para nuestro bebé, simplemente no logro entender.

Me pierdo en un ciclo vicioso a medida que pasan las horas. Comienza con la impotencia, pasa al sentimiento de traición y termina en la agonía de no tener a Nina al alcance de mis manos.

Quiero pelear con ella. Quiero decirle todas las razones por las que lo que está haciendo está mal, quiero acusarla de irresponsabilidad y quiero culpar su edad, pero quiero que esté aquí, frente a mí, para poder decirle todo eso y, después, besarla.

Después, abrazarla, sentir su olor y exigirle la promesa de que nunca volverá a hacer algo así. Porque no importa que esté rompiendo una promesa ahora mismo, voy a creerle, quiero creerle.

El timbre suena y me veo de pie, frente a la puerta, más rápido de lo que creí posible. Desafortunadamente, la bienvenida es solo para la decepción.

—No puedo hablar contigo ahora, mamá —digo al ver a mi madre parada en el umbral.

—Es importante —responde, entrando sin ser invitada—. Lo último que quería hacer hoy era venir hasta aquí. Pero hay algo que necesitas ver y no puede esperar.

—Mamá, elegiste el peor momento. Por favor, si no quieres discutir...

—¿De verdad ya no te importa lo que hago, verdad? —me interrumpe, con la voz quebrada —. Todo lo que hago, todo lo que he hecho ha sido pensando en lo mejor para ti, Nero. ¿Ahora no merezco ni un minuto de tu tiempo?

Solo niego con la cabeza, comenzar esta conversación es un error. No es un buen momento

para involucrarme en una discusión de cualquier tipo, especialmente en esta.

Mi madre puede ser culpable de muchas cosas, pero no tiene nada que ver con mi estado. Y me conozco lo suficiente como para saber que mi temperamento dispara primero y pregunta después cuando se me lleva al límite.

—Por favor, mamá, te estoy pidiendo que te vayas —cada palabra sale de mi boca buscando una batalla. Mi cerebro quiere paz, pero todo mi interior vibra en guerra.

Unos segundos de silencio separan mis palabras de los primeros sollozos que escapan de su boca.

—¿Todo esto por qué? —Su voz rezuma desdén. Le doy la espalda porque necesito agua. Mucha agua. Apenas alcanzo un vaso y la jarra cuando me ataca—. Es por esa mujer, ¿verdad? Estás preocupado porque ella desapareció.

Me giro hacia ella de inmediato.

—¿Cómo sabes eso? —las palabras se atropellan al salir y una risa de desprecio se escapa de sus labios.

—Descúbrelo por ti mismo —dice, levantando un sobre de papel marrón que sostiene en una mano. Lo lanza hacia mí, y pienso dos veces antes de darle el gusto de verme agachado para recogerlo.

Cruzo los brazos sobre el pecho, resistiendo la tentación. Su mirada me desafía, y sabiendo que para ella cada gesto es un castigo, me niego a ceder. Permanezco inmóvil.

—Si vienes a hacer juegos, una vez más, te sugiero que te vayas —le ofrezco, agotado.

—Esa mujer no te merece, Nero —da un paso al frente—. Mira tu estado. Mira lo que te está haciendo.

Sus manos se acercan a mi rostro, pero retrocedo. No lo suficientemente rápido para evitar la cortina de odio que cubre de inmediato sus ojos.

Levanta el sobre del suelo y lo rompe, revelando su contenido en la mesa improvisada de trabajo.

—Mira con tus propios ojos —susurra entre dientes.

—¿Qué es esto? —pregunto, observando la primera imagen, una foto de Nina.

—No me creerías si te lo contara, aquí tienes las pruebas de que esa mujer no es quien dice ser —declara ella, esparciendo los documentos frente a mí.

Frunzo el ceño, agotado. Lysandra insiste con su absurda obsesión contra Nina, y ni siquiera hemos tenido oportunidad de contarle sobre el bebé, sobre la boda.

No me importan los motivos por los que mi madre cree que Nina no es la mujer adecuada para mí, pero supongo que es mejor acabar con esta persecución de una vez.

Levanto la primera hoja, que parece ser un informe de su pasado, y ruedo los ojos,

imaginando las tonterías que mi madre considera que debo saber.

Sostengo los papeles en una mano y paso la otra página. Sin embargo, lo que descubro ahí es cualquier cosa menos irrelevante.

Las fotos anexas al informe que tengo entre mis manos me hacen el corazón latir violentamente, y siento como el aire abandona mis pulmones. ¿Qué demonios es esto?

—Quería haberte evitado esto —dice mi madre, pero no puedo dejar de pasar y mirar, foto tras foto, el archivo.

—¿Qué significa esto? —pregunto entre dientes, apenas logrando respirar debido a la presión que aplasta mis órganos, y dejo que las páginas caigan al suelo.

Me vuelvo hacia mi madre. Sus ojos no vacilan ante mi furia ni se desvían de los míos.

—Te dije que ella no era la mujer para ti, Nero. —Una risa amarga brota de mi garganta mientras su evasiva respuesta llena el espacio entre nosotros—. Lamento que tengas que sufrir esta decepción.

—¿Decepción? —la interrumpo, apoyando las manos en mi cintura, pero luego las suelto, sin saber qué hacer con ellas. No puedo creer que realmente esté teniendo esta conversación. Desearía que todo esto fuera una maldita pesadilla. Aprieto los dientes y giro la cabeza, exhalando profundamente antes de volver a mirarla—. Llamar a esto "decepción" es como comparar una tormenta con perder la cosecha. Ver fotos de mi mujer desnuda en las camas de otros hombres, usando el anillo de compromiso que le di, es algo mucho más que una simple decepción, ¡maldita sea!

—¡Modales, Nero! Que insistas en rodearte de gente vulgar no me obliga a tolerar ese lenguaje también.

—Perdóname, madre, si en este momento lo último que me preocupa son tus delicados oídos. Quiero respuestas.

—De nuevo, lamento que tuvieras que ver esto. Habría evitado este espectáculo si creyera que me ibas a escuchar sin pruebas.

—Qué amable de tu parte.

—No soy la villana aquí, Nero. —Se acerca, protestando por mi tono—. No fui yo quien te traicionó.

Traicionó. Esa palabra dispara dardos directos a mi corazón y empieza a sangrar recuerdos de las imágenes que ahora están esparcidas por el piso.

Son varias. Hombres diferentes, habitaciones diferentes, camas distintas. La única constante en todas ellas es Nina, mi Nina, desnuda, entregando a otros lo que juró ser solo mío. La herida en mi pecho amenaza con consumirlo, controlada solo por la esperanza de que haya una explicación, porque tiene que haber una.

Esas fotos no son de un tiempo antes de nosotros. Eso sería una justificación válida, aunque no contuviera mis celos. Pero Nina era virgen, ¿no? Y está el anillo. El anillo por el que moví

cielo y tierra para conseguir, estampado en cada una de las fotos que me hacen desear haber nacido ciego para no haber tenido que verlas. Pero hay una explicación. Tiene que haberla.

—Eso es lo que ella hace mientras tú dejas tu casa para hacer el papel de tonto enamorado —mi madre lanza esas palabras a mi cara sin piedad—. Probablemente está haciendo eso justo ahora, mientras tú estás aquí, maltratando a la única mujer en tu vida que realmente quiere lo mejor para ti.

—¿De qué hablas, Lysandra? —pregunto y ella retrocede, pareciendo sorprendida por que la haya llamado por su primer nombre. Es la primera vez en muchos años que lo hago en voz alta —. Nina es…

—¡Una estafadora! —me acusa, interrumpiéndome—. ¡Una mujer sin escrúpulos! ¡Una cazafortunas! ¿Qué más necesitas, Nero? ¿Quieres que junte a esos hombres en una sala? Junto contigo. Porque puedo hacer eso si es necesario.

Solo la idea de estar en el mismo lugar que esos hombres en las fotos me hace sentir como un animal. Probablemente saldría de allí esposado.

—Esa mujer estaba buscando a un idiota, Nero. No eres el único con quien ella estaba fingiendo ser una buena mujer, inesperadamente embarazada. Tenía opciones y probablemente se quedaría con el primero que cayera en el engaño.

—Eso no tiene sentido. —Me niego a creerlo.

—No lo descubrí por casualidad —comienza—. Contraté a un detective para investigar sobre ella y no me gustaron los resultados. Le pedí que la siguiera por unos días y me trajo las primeras pruebas. También me sorprendí al descubrir que no fui la única en contratarlo. Esa chica nunca fue la santa que finge ser, Nero.

—¡Ella era virgen! —intento defender lo indefendible.

—Para ti y para todos los demás.

—Estoy seguro.

—¿Basado en cuántas experiencias? —se burla. Me muevo de un lado a otro y me paso las manos por el cabello. Nunca había estado con una virgen antes, pero no es posible. ¿Ella habría mentido sobre eso también? ¡Maldita sea! ¿Incluso sobre eso?—. Despierta, Nero. Esa mujer te dijo lo que querías oír.

—Nunca me importó una cosa así.

—Claro que no. Pero, sin duda, empezaste a tratarla diferente después de saber que serías el primer hombre en su cama. Hay una razón por la que se llama el engaño más antiguo del mundo. No eres el primero en caer en él, ni serás el último —Lysandra suspira—. Después de descubrir que no eras su única víctima, necesitaba saber con qué tipo de escoria estábamos lidiando. La mandé a investigar más a fondo y lo que encontré… Desde la universidad, ya hacía juegos, buscando a los jóvenes más prometedores del campus, pero no logró nada en ese entonces y siguió intentando. Bueno, supongo que quien espera, siempre alcanza.

—Eso no tiene sentido. No tiene sentido —digo para mí, comenzando a caminar de un lado a

otro—. Nina nunca quiso ninguna de las cosas que le ofrecí. Nunca me dio indicios de que le interesara el dinero, los bienes...

Levanto la vista y encuentro a mi madre pasándose las manos por el cabello como si acabara de rendirse.

—No puedo creer que haya invertido millones en tu educación y aún tenga que enseñarte a identificar una estrategia de manipulación. Pensé que te había criado mejor que eso, Nero. —Ella desvía la mirada, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, negando antes de dejar escapar un suspiro—. Una cosa debo admitir, con los pocos recursos que tenía, esa chica logró, en pocos meses, lo que tú me acusaste en silencio de intentar hacer toda tu vida.

—¿Y eso qué sería?

—Manipularte. Si no fuera mi hijo una de las víctimas de esta puta de mierda, la aplaudiría.

—¡Basta! —grito, perdiendo la última gota de control que quedaba en mi cuerpo—. ¡Basta! —Levanto las manos como si pudiera poner una barrera entre yo y el abismo que mi madre ha abierto—. ¡Basta! —Agarro su brazo, llevándola hacia la puerta con más fuerza de la necesaria.

—¿Me estás echando de tu casa? Eres patético, Nero —me acusa, tambaleándose en sus tacones. —Cuando esa perra regrese humillada, que de seguro lo hará, porque las madres de los otros tontos que engañó ya se me adelantaron, recíbela de nuevo aquí, en tu casa. Deja que te haga pasar por el padre de su hijo bastardo, un hijo que ni siquiera es tuyo.

Expulso a mi madre como si sus verdades fuesen demonios, pero cuando cierro la puerta detrás de mí, siguen aquí, esparcidos por el suelo de la sala.

43

NERO ZANTHOS

La pared, que solía ser fría, ya está caliente contra mi espalda después de pasar toda la noche apoyado en ella. El celular, tirado en el suelo entre mis piernas, permanece tan helado como el concreto que se ha calentado con el tiempo, tan frío como desde que Nina desapareció.

Ella sigue sin contestarme. No ha devuelto ninguna de mis llamadas. No ha respondido a ninguno de mis mensajes. Ni a los preocupados, ni a los desesperados, ni a los furiosos y mucho menos a los humillantes, en los que le decía que debía volver. Que tenía que regresar a casa y arreglar todo lo que, de repente, se rompió.

Esos últimos mensajes no los escribí yo, sino la botella de whisky barato que ahora yace vacía a mi lado. Para ser honesto, ni siquiera recuerdo haberlos escrito.

Recuerdo, sin embargo, haber golpeado la puerta del cuarto hasta que quedó torcida en las bisagras. Recuerdo haber lanzado el vaso vacío contra la ventana, rompiéndola, cuando el efecto del whisky se desvaneció y no quedaba ni una sola gota de ese líquido ámbar para seguir entumeciéndome.

Recuerdo haber destrozado las fotos que me llevaron a este estado deplorable y haber llorado. No porque estuviera borracho, ni porque estuviera enojado, sino porque con cada segundo que arrastraba el reloj, la verdad se hacía más difícil de negar: no hay explicación para esas imágenes en pedazos esparcidas por el suelo.

No hay manera de arreglar esto. Al involucrar a un niño inocente en sus juegos, Nina me condenó a no poder perdonarla jamás.

Hizo la única cosa que nunca voy a olvidar: usó una vida inocente, igual que un día hicieron conmigo. Esto va más allá de quien estaba dispuesto a ser por nosotros, se trata de cómo fui moldeado. Y el dolor de esta certeza solo lo empeora todo.

Evito respirar demasiado profundo, igual que evito dormir en mi propia cama, para huir de su olor que, de repente, está en todas partes. Nina está en todos lados.

En la casa aún vacía, porque tardó en elegir el diseño de decoración, en su par de zapatos abandonados junto a la puerta, en la ropa cuidadosamente doblada en el perchero del cuarto.

Está en el cepillo de cabello sobre el lavabo del baño, en el jabón de frambuesa en la ducha y en el champú de vainilla también. Está en mi alma, grabada tan profundamente, que ni siquiera las pruebas incuestionables de su traición lograron arrancarla de ahí; más bien, todo lo contrario.

Esas fotos, esas malditas fotos, han convertido cada fibra que la mantiene ahí en cadenas, estrangulando mi corazón hasta que está a punto de romperse de una vez y para siempre. Y sé que se va a romper.

—Ella me traicionó —digo en voz alta.

Es una especie de terapia de choque que he intentado toda la noche. Si sigo repitiéndolo, tal vez se vuelva más fácil creerlo, aceptarlo y actuar en consecuencia, en lugar de arrastrarme por la

casa y por mi propia consciencia detrás de la mujer con la que pensé que compartiría mi vida.

Los nudillos raspados de mis manos, de los que ni siquiera recuerdo cómo quedaron así, son una metáfora perfecta de las heridas que fueron abriéndose dentro de mí con cada pequeña pieza de este rompecabezas llamado Nina que encajaba.

Que ella pareciera tan perfecta para mí debió haber sido una señal de alerta, ¿no? Nadie es perfecto, pero Nina lo era. Al menos, debería haber sospechado algo. Los rumores que se esparcieron por la isla, que al principio parecían bromas de mal gusto, ahora encajan en esas verdades a medias que ella contaba.

Hay tantas cosas imperdonables en esta historia. El terror que sentí cuando se fue, todo mi miedo, mi ansiedad y ese sentimiento de abandono no fueron nada comparado con el temor de que su motivo para buscar distancia y soledad fuera juntar valor para asumir que quería abortar.

Era desolador pensar que Nina volvería solo para decirme que no quería nada de esa vida que yo estaba desesperado por ofrecerle, que quería de regreso sus sueños, sus planes, su juventud y su libertad.

Mi miedo era que, tal como prometí, tendría que aceptarla y apoyarla, aunque eso destrozara cualquier cosa que me impulsara a seguir. Lo peor de todo es que, incluso roto, me habría quedado a su lado, intentando mantener sus pedazos intactos.

El timbre resuena en el apartamento vacío y yo sigo sentado, en el mismo lugar. Suena una segunda vez, y una tercera, cuando después de unos minutos no me levanto. Es solo hasta la quinta vez que decido que es mejor terminar con esto de una buena vez.

Mis pasos hasta la puerta son lentos, y no me molesto en ponerme una camisa, en limpiarme las manos manchadas de sangre ni en ocultar el desorden que grita a mi alrededor. Nina se ganó el derecho a ver el resultado de lo que hizo, ¿no es así?

No es Nina a quien encuentro en el vestíbulo, sin embargo. Ni siquiera sé por qué sigo teniendo la esperanza de que sea ella. No necesita tocar el timbre; después de todo, su huella está registrada en la cerradura electrónica. Atlas, Apolo y Drako traen bolsas de papel en los brazos y ríen entre ellos, despreocupados.

—Prometieron una cena y una sorpresa —dice Drako, liderando la invasión a mi apartamento sin siquiera mirarme.

—Ya adivinamos cuál es la sorpresa, y como la cena no salió, trajimos el desayuno —añade Apolo.

—¿Dónde está la novia? —vuelve a preguntar Drako—. Apolo y yo seremos los padrinos, y Atlas va a tener que aguantarse, aunque nadie tiene la culpa de que le tocara el palito más corto. Ganamos justamente —afirma, dejando las bolsas que tenía en las manos sobre la barra de la cocina americana.

Les toma casi un minuto entero acomodarse en mi cocina y finalmente mirarme. Veo cómo las sonrisas desaparecen de sus rostros a medida que cada uno de los tres pares de ojos me analiza de pies a cabeza, solo para regresar, alarmados, a mi rostro.

Y como si solo ahora se encendieran las luces de la casa para ellos, el siguiente blanco de sus miradas es la destrucción que hay a nuestro alrededor.

—¿Qué pasó aquí? ¿Los asaltaron? —pregunta Drako—. ¿Cómo es posible? ¡Ni siquiera tienen muebles! ¿Se llevaron la cama?

—No. Terminé con mi novia —respondo, aún parado en el mismo lugar, junto a la puerta abierta.

—¿Terminaron? —pregunta Apolo, con confusión en su rostro.

—Pensamos que habías propuesto matrimonio a Nina —interviene Atlas, con su habitual mirada seria y analítica completamente enfocada en mí, buscando toda verdad posible sin que tenga que salir de mis labios. Suelto una risa seca mientras giro el rostro, y mis ojos se encuentran con el rostro de Nina en uno de los muchos pedazos de fotos esparcidos por el suelo.

—Lo hice.

—¿Y ella no aceptó? —pregunta Drako, incrédulo.

—Aceptó y está embarazada. —Los ojos de Apolo y Drako se abren al máximo, mientras Atlas mantiene su expresión imperturbable, esperando lo que sabe que debe venir a continuación —. El hijo no es mío.

44

NINA MARCHESI

Exhalo el aire por la boca, tratando de reunir fuerzas, y pongo mi dedo sobre el lector de huellas digitales. Regresar a Khione no fue una decisión fácil; dos días no alcanzaron para despejar el caos en mi cabeza, pero no puedo posponer esto para siempre. Necesito respuestas. Si no es por mí, es por el bebé que llevo en el vientre. Después de una noche más sin dormir, el amanecer me trajo la certeza de que me levantaría y abordaría la barcaza tan pronto como fuera capaz de llegar hasta ella.

Llevo una mano a mi abdomen y hago una plegaria silenciosa, la misma que he repetido los últimos días y noches: que haya una explicación. Solo pido que haya una explicación. Empujo la puerta del penthouse cuando el seguro se destraba.

La destrucción esparcida por todo el lugar me hace abrir los ojos de par en par, y corro hacia adentro sin pensarlo.

—¿Nero? —lo llamo, sintiendo mi corazón latir en la garganta, de pronto—. ¿Nero, estás aquí? —pregunto al no obtener respuesta—. ¡¿Nero?! —continúo gritando su nombre mientras entro y salgo de cada habitación vacía, buscándolo.

Saco el celular del bolsillo y finalmente lo enciendo. La llegada continua de nuevos mensajes solo alarga mi agonía, porque el teléfono se congela, recibiendo, recibiendo y recibiendo, posponiendo el momento en que pueda descubrir qué pasó.

Finalmente logro desbloquear la pantalla y, viendo que la última notificación de Nero no indica nada que justifique el estado en que encontré el penthouse, marco su buzón de voz. Tampoco me ayuda, ya que las grabaciones empiezan a reproducirse de las más antiguas a las más recientes, y Nero me dejó 112 mensajes en las últimas cuarenta y ocho horas.

Si tengo que escuchar cada uno antes de descubrir qué ocurrió, probablemente voy a tener un colapso. Cuelgo y marco un nuevo número.

—¿Hola? —contesta Drako, y la falta de su acostumbrada irreverencia pone cada fibra de mi cuerpo en alerta. Si el desastre a mi alrededor no fuera prueba suficiente de que algo está mal, el tono de Drako lo sería.

—¿Qué pasó? —pregunto, aterrada—. ¿Dónde está Nero? —La persona al otro lado de la línea vacila demasiado—. ¿Dónde está, Drako?

—Él está en la oficina —responde finalmente—. Pero no está en condiciones de hablar contigo ahora, Nina.

—¿N-no está en... en condiciones? —balbuceo—. ¿Qué quieres decir con eso? —El pánico me araña por dentro, reptando por mis venas y asentándose en mi corazón. Ante la posibilidad de que algo le haya pasado a Nero en mi ausencia, el miedo se filtra por mi piel y se acumula, dejándome paralizada—. ¿Qué le pasó? ¡Por favor, Drako!

—Él... —Drako comienza, pero se interrumpe casi de inmediato—. Necesita tiempo, Nina.

No creo que sea buena idea que hablen ahora. —El alivio me invade, solo para ser sustituido segundos después por un sentimiento que no logro identificar.

—¿Él no quiere hablar conmigo? —pregunto, despacio, sintiendo que mi estómago se hunde. Las palabras de Lysandra vuelven a resonar en mi cabeza como si fueran una segunda conciencia.

¿Será posible? Ahora que su madre dejó claro lo que él quiere de mí, ¿Nero ni siquiera se tomará el tiempo de mirarme a los ojos mientras destroza mi corazón, demostrando que todas sus promesas eran mentira?

O tal vez no. Una vocecita tímida y esperanzada susurra en mi mente, intentando disipar el estado de desolación en el que empiezo a hundirme. Tal vez solo descubrió lo que su madre hizo y se siente demasiado avergonzado para justificarse. Tal vez no todo lo que ella dijo fue mentira y él no sabe cómo contarlo.

Esos audios… Tan solo la posibilidad de que Nero realmente haya dicho esas cosas me revuelve el estómago, pero la gente cambia. Quizá Nero fue ese hombre en el pasado, pero ya no lo es. Quizá hizo todo eso, dijo esas palabras, pero no sobre mí.

Es patético que me aferre a esa esperanza. Ridículo de tantas formas que no me atrevo a contar, pero aún así, me aferro.

Sea cual sea la verdad, estoy tan segura de mi propósito ahora como lo estaba esta mañana al levantarme en Atenas. Necesito ver a Nero. Necesito escucharlo. Necesito saber qué es verdad y qué es mentira. Necesito que me diga que todo es mentira, menos nuestro amor.

***

—Lo siento, el señor Nero Zanthos no está disponible para recibirla —me dice Ícaro, y parpadeo, sorprendida. ¡Maldición!

—¿No está aquí? —pregunto. Drako me aseguró que Nero estaría aquí, pero quizá salió a una reunión o algo mientras venía. El asistente desvía la mirada, incómodo, y un campanazo de alerta suena en mi cabeza.

—Está, señora. Solo que no está disponible para recibirla.

—No me importa, puedo esperar —le advierto, retrocediendo para sentarme en uno de los sillones de la antesala de la oficina de Nero. Ícaro aclara su garganta, respondiéndome antes de que mi cuerpo toque la superficie acolchada.

—Creo que no me entendió. Él no la va a recibir. Ni ahora ni después. —Mis labios se entreabren, el único indicio de que escuché lo que Ícaro dijo. Me quedo ahí, inmóvil, casi como una estatua, durante varios segundos.

—¿Él se rehúsa a verme? —pregunto, e Ícaro asiente, tragando saliva.

La primera lágrima es rápida en brotar y deslizarse de mi ojo. Cierro los párpados, escuchando claramente el sonido de mi corazón hecho pedazos. ¿Es eso, verdad? Ya no puedo negar lo innegable. No hay una explicación. Todo era cierto. Nero quiere deshacerse de mí.

Esa vocecita insistente vuelve a asomar. Ahora me dice que, tal vez, Nero está siendo manipulado. ¿Y si Lysandra hizo todo ese teatro solo para convencerlo de que yo acepté el aborto? Sugiere la voz.

Si ya me sentía patética antes, ahora no existe una palabra lo suficientemente fuerte para describir el nivel de humillación al que estoy dispuesta a someterme, si eso significa no enfrentar la realidad de que Nero no es el hombre en el que yo creía.

Necesito hablar con él. Lo único que necesito es hablar con él y lo resolveremos. Resolveremos todo. Pero eso no es lo que le digo a Ícaro. Asiento para él antes de dirigirme a la salida de la exportadora y detenerme en la acera.

Pasa la mitad del día mientras espero que Nero finalmente atraviese las puertas del edificio, pero no me muevo. La gente sigue pasando a mi alrededor, los comercios siguen funcionando y los autos continúan desgastando el asfalto con sus neumáticos.

Todos siguen con sus vidas, contando sus historias y riendo, mientras siento que cada fragmento de mi mundo se está desmoronando hasta que, inevitablemente, colapse.

Mis piernas duelen después de las primeras horas, mi estómago reclama comida, y me culpo, porque sé que quedarme de pie, bajo el sol, con hambre y sed, es una irresponsabilidad hacia mi bebé. Pero también lo hago por él. Él necesita a su padre. Yo necesito a su padre. Nosotros lo necesitamos.

—¡Nero! —prácticamente corro hacia él cuando finalmente aparece.

La falda de mi vestido ondea, y bajo las manos para evitar que el tejido se eleve demasiado. Al escuchar mi voz, Nero se congela.

Sus ojos suben lentamente de la pantalla del celular que tiene en las manos hasta encontrar los míos, y cuando eso ocurre, siento que el aire en mis pulmones podría haberse convertido en hielo, tal es la frialdad que encuentro en las iris azules del padre de mi hijo.

No dice nada. Simplemente se queda ahí, mirándome, como si esperara, o mejor dicho, como si deseara nunca volver a verme.

—Te doy crédito por la audacia —rompe el silencio después de lo que parece una eternidad —. ¿Cómo puedes ser tan puta?

Escucho su voz, y todo lo que oigo son las palabras que se pronunciaron en el asiento trasero de aquel auto. Es el mismo tono. Aquel que estaba segura no pertenecía al hombre que conocía. Es el mismo tono, dirigido a mí aquí y ahora, en vivo y a todo color.

—Necesitamos hablar —intento.

—¿Hablar? —Suelta una risa cargada de desprecio—. Mantengo mi cuota de interacción con gente como tú al mínimo, y lamentablemente para ti, el tiempo que pasamos juntos ya la sobrepasó. Espero no tener que volver a ver tu cara nunca más —declara, volviendo a caminar, dispuesto a pasar junto a mí y seguir su camino como si yo no fuera más que un obstáculo insignificante, una piedra en su sendero. Un pequeño estorbo del cual Nero se deshace sin esfuerzo.

Imploro a aquella voz en mi mente que me susurre una razón para todo esto. Cualquiera. Aceptaría cualquier razón, por absurda, patética o increíble que fuera, la aceptaría. Pero no recibo nada más que la espalda de Nero cuando giro mi cuerpo para seguirlo con la mirada.

—¿Por qué estás haciendo esto? Y... yo... —Las palabras salen de mis labios casi en un susurro, pero es suficiente para que Nero las escuche. Detiene sus pasos por segunda vez y se da la vuelta para mirarme de frente.

—¿Por qué? —pregunta, su tono gotea sarcasmo—. ¿Por qué? ¿No te cansas de este jueguito, Nina? ¡Ya no va a funcionar, carajo! —estalla, elevando la voz y haciéndome encoger. Las lágrimas brotan de mis ojos y recorren mi rostro sin que pueda detenerlas. Nero las observa con una expresión de desprecio aún más profunda—. En realidad, no es de sorprender. ¿Acaso no te creí la primera vez? ¿Y la segunda...? No voy a caer una tercera.

—¡Nero! —Oigo la voz de Atlas antes de verlo acercarse desde algún lugar detrás de mí y poner una mano en el hombro de su amigo. Su tono es bajo cuando continúa—. Te estás pasando de la raya.

—¿Pasando de la raya? —Otra de sus risas de desprecio corta el aire y se clava en mi corazón —. ¿Yo cruzo la línea? ¿Y qué hizo ella cuando se metió con medio mundo mientras usaba mi anillo en el dedo? —escupe las palabras y mis ojos se abren de par en par, mi boca también, sin poder decir nada. ¿Está diciendo que yo hice qué?—. ¿Qué estaba haciendo, Atlas, mientras preparaba el truco más viejo del mundo para engañarme?

—No sé de qué estás hablando —logro susurrar después de escuchar solo un zumbido constante en mis oídos. El pánico me pesa y me aplasta. Apenas puedo respirar. Creo que ya no puedo respirar—. Deberías... —empiezo, pero el aire me falta antes de terminar de hablar. Lucho por hacer que mis pulmones vuelvan a funcionar—. Tú... Deberías... parar —digo, sollozando, sin mucha conciencia de lo que realmente estoy diciendo—. Deberías parar antes de decir algo de lo que no puedas arrepentirte.

—Lo único que me gustaría corregir es el día en que te conocí. Borrarlo de mi vida tan completamente que ni siquiera seas una sombra en mi pasado. Al final, sigues siendo la misma chiquilla ambiciosa, ¿verdad? Ese ojo grande nunca desapareció, solo lo escondiste detrás de sonrisas fingidas y palabras engañosas.

Sollozo fuerte, con la boca abierta, perdiendo la última gota de control que me quedaba. Mi rostro se retuerce, mostrando el dolor más intenso que jamás había sentido.

—Me la llevaré a casa —Atlas le advierte a Nero, y es como una experiencia fuera de mi cuerpo. Estoy viendo todo, y aun así, siento que mi mente ya no está aquí—. Esto terminó. — Deja el lado de su amigo y se acerca a mí.

Incluso en mi estado, soy capaz de retroceder, asustada. Él se detiene a unos pasos y levanta las manos abiertas, mostrándome su buena intención.

—Haz lo que quieras —responde Nero.

—Solo quiero llevarte a casa, ¿de acuerdo? —me dice Atlas con un tono tranquilo y reconfortante. Parpadeo para mirarlo, pero mis ojos se desvían hacia un movimiento de Nero. Abre el maletín que trae, saca su contenido y lo lanza a mis pies.

Las hojas se esparcen por el suelo, y cuando mis ojos reconocen lo que ven, creo que voy a vomitar. Son fotos. Fotos de... de sexo y... ¿esa soy yo?

Atlas aparta la vista del suelo y vuelve a hablarme.

—Cuando estés lista, solo dilo. —Sus palabras tienen sentido, pero aún no las entiendo, demasiado enfocada en la imposibilidad de todo lo que está ocurriendo.

—Niega —me desafía Nero, sus ojos clavados en los míos, rebosando odio en la misma medida en que los míos reflejan dolor.

No digo nada. ¿Cómo podría? ¿Cómo es posible que me esté juzgando por algo así? ¿Cómo puede haber creído que... que esto... que esas fotos son reales?

Él me conoce. Cada parte de mí. Cada sonrisa, cada plan, cada sueño, porque le di todo. Nero se infiltró en mis días, trepó mis muros y golpeó las puertas de mi mente hasta que no tuve otra opción que dejarlo entrar.

Él se volvió parte de mis planes, me dio nuevos sueños, hizo de mi vida un lugar para dos cuando yo no tenía intención de dejar de ser solo yo cuando nos reencontramos, hace meses, en el vestíbulo de la asociación. Nero fue el único hombre que conoció mi cuerpo. El único toque que hizo bailar a mi corazón. Es el padre de mi hijo.

Y por saber todo eso, incluso después de escuchar su voz diciéndome que no soy más que un caso descartable, aún así volví aquí. Volví esperando, deseando, creyendo, que me daría una explicación, que habría una razón.

Vio imágenes. Fotos que podrían venir de cualquier lado y decidió que eso era suficiente prueba para condenarme. Para que todas las promesas que me hizo, para que todas las garantías que me dio, se convirtieran en nada. Para que nuestro hijo, que es una parte de los dos, se volviera irrelevante. Y eso, eso es algo que jamás podré justificar. No hay manera.

Creo que voy a vomitar.

—Ya te dije que no hago promesas que no puedo cumplir —mis palabras salen en un hilo de voz mientras lucho por mantener mi mirada fija en la de Nero—. Pero lo que voy a prometer ahora, lo cumpliré, Nero. Cuando te arrepientas de esto, porque lo harás, no sé si hoy, mañana, en un año o en diez, pero lo harás. Y cuando ese momento llegue, no te voy a perdonar. —Juro —. Nunca te voy a perdonar.

Nero me da la espalda, desestimando el peso de mis palabras con la misma facilidad con la que desestimó nuestra historia. Lo observo alejarse y subir al auto.

Lo observo hasta que el coche desaparece en el horizonte. Un poco después, en realidad, incapaz de moverme o de parpadear. Entumecida. Me siento entumecida.

—Vamos, Nina. Te llevaré a casa —Atlas coloca una mano en mi codo y empieza a guiarme hacia su auto.

Mi cuerpo se mueve en automático, y el retorcimiento en mi estómago se vuelve cada vez más intenso. Lucho contra las náuseas, apretando los labios y tratando de respirar profundamente, pero fallo.

Ni siquiera eso, sin embargo, logra hacerme reaccionar. Sigo tan anestesiada como antes, y simplemente ya no me importa.

45

NERO ZANTHOS

—¿Ese es tu plan? ¿Hacer y decir cosas de las que sabes que te vas a arrepentir, y luego beber para olvidarlas? —pregunta Atlas al entrar en mi cuarto en casa de mis padres y encontrarme tirado en el sillón, bebiendo whisky directamente de la botella.

—Si vienes a hablar de lo que creo que vienes a hablar, eres libre de dar media vuelta y largarte —le digo, pero él se sienta en el sillón frente a mí, inclina el cuerpo y apoya los codos en las rodillas.

—Creo que me quedaré, y tú puedes contarme qué pretendes con todo esto.

—Bien. Entonces supongo que será una noche silenciosa. —Bajo la botella y la apoyo contra mi pierna.

—Este no eres tú —afirma, arrancándome una risa amarga.

—¿Y era yo cuando estaba siendo engañado, a punto de casarme con una mujer que intentaba estafar a tres tipos diferentes al mismo tiempo?

—No puedes decir eso con certeza.

—Viste las fotos.

—¿Te refieres a las que esparciste por el suelo para que toda la isla las viera? Eso no está bien, Nero. Eso es un delito, carajo.

—Las rompí la primera vez; no quería volver a ver esas imágenes nunca más. En realidad, me gustaría poder lavar mi cerebro con cloro para borrarlas, pero descubrí esta mañana, al abrir mi correo, que mi madre tuvo la "amabilidad" de enviarme los archivos digitales. —Río, despectivo, porque sé perfectamente bien que la amabilidad fue lo último que motivó a Lysandra—. Las imprimí por puro instinto masoquista, casi sádico.

—Ya me di cuenta —me acusa, y yo echo la cabeza hacia atrás contra el respaldo del sillón, moviéndola de un lado a otro en el cuero, negando.

—Eran para mí. Cuando abrí el maldito correo, vi de nuevo las fotos y sentí cómo el odio volvía a arder en mis venas. Me di cuenta de que ya estaba empezando a olvidar. Y no puedo permitirme olvidar. Reimprimí las fotos para que, cuando mi estúpido corazón me obligue a pensar en darle una oportunidad a Nina para explicarse, pueda recordarle que lo que hizo no tiene perdón.

—Eso to…

—Sabía que ella volvería —digo, interrumpiéndolo. ¿No dijo que venía a escuchar?—. Los otros dos con los que me engañaba, o a los que engañaba conmigo, sinceramente no sé cuál es la semántica correcta en este caso, se fueron de Grecia. Yo era su última opción. Sabía que iba a volver.

—Toda historia tiene dos versiones, Nero. No deberías negarte a escuchar la otra.—me advierte Atlas, y tomo un largo trago de whisky antes de enderezarme en el sillón, dejando mi espalda recta.

—¿La quieres para ti? ¿Es eso? —Me encojo de hombros—. Adelante. —Señalo hacia la puerta—. En realidad, ni siquiera debería ser difícil.

46

NINA MARCHESI

Aprieto los dientes con fuerza cuando veo que la vecina, a la que solía saludar cada vez que nos cruzábamos, se cambia de acera solo para no caminar junto a mí. Mi expresión permanece imperturbable; no pienso mostrar ni un atisbo de vulnerabilidad. No aquí, no ahora.

La siguiente persona que se cruza en mi camino no es tan discreta. Cleonte, el dueño de la farmacia del barrio, un hombre mayor de barba y bigotes blancos, escupe al suelo después de mirarme fijamente por unos segundos. Continúo caminando, impasible. No aquí, no ahora. Solo faltan cinco puertas, Nina. Solo cinco puertas más.

Acelero el paso al ver acercarse a un grupo de personas. Puedo soportar el desprecio de uno a la vez, pero enfrentarme a varios al mismo tiempo... temo que será demasiado, y colapsaré antes de llegar a la seguridad de mi casa, ahora a solo tres puertas.

Toda la isla lo sabe.

Cada persona en Khione está al tanto de cómo Nero me humilló en la acera frente a la exportadora, y, de alguna manera, todos han visto las mismas fotos que él me arrojó en la cara. ¿Cuánto debe odiarme para hacerme pasar por esto? ¿No fueron suficientes sus palabras y sus acciones?

Entro en casa y dejo que mi cuerpo se desplome contra la puerta al cerrarla. Las lágrimas brotan de mis ojos, seguidas de sollozos que escapan de mi garganta. Mis hombros tiemblan, y no puedo evitar casi gritar en medio de la desesperación que parece no tener fin. El vacío en mi dedo anular derecho es testigo de todo esto.

Hace dos semanas, Atlas me dejó en casa, y apenas logré llegar al baño para no vomitarme encima. Me sorprende haber aguantado tanto antes de que mi cuerpo reaccionara inevitablemente ante esas fotos. Asco. No por las imágenes en sí, sino por lo que implicaban: pruebas de una traición que jamás sucedió, que jamás sería capaz de cometer. Me sentí invadida por un desprecio tan intenso que creí que moriría antes de parar de vomitar.

Ese mismo día, mi madre regresó de la tienda, impulsada por el murmullo que ya empezaba a recorrer la isla. Por segunda vez en tan poco tiempo, doña Rosa me abrazó mientras me desmoronaba en lágrimas, otra vez por culpa de Nero Zanthos.

Me dije a mí misma que me daría un día para lamentarme. Solo un día, y después seguiría adelante, retomaría mi vida, buscaría un trabajo, haría todo lo posible para que mi hijo creciera como un hombre que jamás expusiera a ninguna mujer a la humillación que yo viví.

No pude levantarme de la cama durante cinco días. Hundida en la desesperación y con una opresión en el pecho que me sofocaba, perdí la noción del tiempo y del espacio, limitándome a llorar, pensar, y agotarme de hacer ambas cosas, solo para caer dormida y repetir todo de nuevo al despertar. Logré levantarme el sexto día. No porque quisiera dejar todo atrás de inmediato y fingir que era una mujer invencible, sino porque sabía que ya no podía pensar solo en mí.

Lo que no esperaba era que toda la isla ya me hubiera juzgado y condenado como la mujer sin

escrúpulos que intentó atrapar a su joya más preciada con un embarazo.

Y si la actitud de Nero me lanzó a una espiral de desesperación, el peso de la opinión pública me arrojó en un pozo de apatía. No me importó nada por días, y hoy fue la primera vez que abrí los ojos sintiéndome apenas capaz de vivir, en lugar de solo existir.

Fui a Atenas, desesperada por una consulta médica decente, anhelando escuchar los latidos de mi bebé y confirmar que, a pesar de todo, él estaba bien. Esta vez, ni siquiera intenté buscar atención en Khione.

Si antes no logré conseguirla, ahora las clínicas de la isla seguramente preferirían cerrar sus puertas antes que atenderme. Pero, aunque no dependí de la gente de Khione para recibir atención médica, eso no me libró de sus miradas, comentarios y recriminaciones.

De camino a mi casa desde Atenas, me sentí como una condenada a muerte. Todos me observaban con desprecio, convencidos de mi culpabilidad, como si realmente desearan que me esfumara.

Fue solo al desembarcar en la capital que sentí que podía volver a respirar. Y por mucho que intenté prepararme psicológicamente para el regreso a la isla, no funcionó.

Las recriminaciones me dan ganas de encerrarme en casa y no volver a salir. Sé que no puedo. Porque ya no dependo solo de mí misma. Aun así, decido que, al menos por unos minutos, me permitiré hundirme.

Me deslizo hasta el suelo, abrazando mis rodillas. Solo por unos minutos, me repito. Solo unos minutos y nada más.

***

—¿Nina? —Escucho a mi madre llamándome desde las escaleras, y frunzo el ceño.

Miro el reloj y veo que son las tres de la tarde, lo cual confirma mis sospechas. Es demasiado temprano para que esté en casa.

—Estoy en mi cuarto —le respondo, y en cuestión de segundos, entra.

Su mirada recorre todo mi cuerpo, deteniéndose en mi rostro, aún rojo y con la nariz hinchada. Suspira profundamente, se acerca y besa mis mejillas. La abrazo con fuerza y me quedo así un rato, absorbiendo su calma.

—¿Cómo te fue en la consulta? —pregunta cuando nos separamos.

—Todo bien —digo, llevando la mano a mi vientre y tomando una respiración profunda—. Ya llegamos a las ocho semanas. —Mi sonrisa es triste, y me siento culpable por ello.

Parece absurdo que, a pesar de algo tan maravilloso como el hecho de que mi bebé esté sano, no pueda sonreír de verdad. Mi madre sonríe un poco más que yo. Su mano se posa en mi abdomen, cubriendo la mía.

—Dos meses. Vamos a parpadear, y él ya estará aquí, llorando y mamando. —La imagen se dibuja en mi mente, y por primera vez desde que ocurrió todo esto, siento un ligero consuelo.

—La doctora me advirtió sobre el estrés y las emociones fuertes —comento, torciendo los labios—. ¿Cómo se supone que voy a controlar eso? —La pregunta es retórica, y mi madre lo entiende, porque me responde con otra.

—¿Lograste agendar la próxima consulta?

—Sí, la misma doctora de hoy me hará el seguimiento.

—Bien. —Asiente.

—¿Por qué estás en casa tan temprano? —pregunto, y ella se encoge de hombros.

—Decidí cerrar la tienda antes hoy. —Algo en su tono no me convence. Entorno los ojos.

—¿Por qué?

—Nada importante. Quería saber cómo te fue en la consulta.

—Esa no es razón, mamá. Pudiste haberme llamado o pedirme que pasara por la tienda. Te lo habría contado allí —mi madre muerde su labio y desvía la mirada—. ¿Qué está pasando? —insisto, y ella exhala pesadamente.

—En las últimas dos semanas, nadie ha entrado en la tienda —dice, y mis ojos se agrandan.

—¿Qué? —El desespero me consume junto con un sentimiento de estupidez. Claro que yo no sería la única afectada directamente por todo esto, ¿no? Y mientras yo me escondía, llorando todo el día, mi madre estaba allá afuera, viendo cómo su sueño se marchitaba por algo en lo que ni siquiera tuvo culpa—. Mamá... —murmuro, sintiendo las lágrimas deslizarse por mis mejillas.

Dios, cuánto odio esto. Cuánto odio haberme convertido en un mar de lágrimas de repente.

—Todo está bien, hija. No es tu culpa. Nada de esto es tu culpa —asegura, leyendo mi expresión. La abrazo nuevamente—. Vamos a superar esto, amor, como siempre lo hemos hecho, juntas —me dice, sosteniendo mi rostro entre sus manos para que mantenga la mirada fija en ella —. Juntas. —Asiento y respiro hondo—. Las personas van a olvidarlo, tarde o temprano, lo olvidarán.

—¿Y si no lo olvidan, mamá?

—Se darán cuenta de que es mentira. Verán quién eres realmente y sabrán que todo esto no es más que una trampa sucia. —La seguridad en sus palabras no se filtra en mi piel, pero despierta una leve esperanza en mi corazón. Ella besa mi frente, y en el momento en que se aparta, suena el timbre—. Voy a atender —me avisa.

Espero ansiosa su regreso. La gente se niega a mirarme, a comprar en la tienda... ¿quién estaría dispuesto a visitarnos? La respuesta llega más rápido de lo que quisiera, y no es nada que me guste escuchar. Menos de cinco minutos después, mi madre se detiene en el umbral de mi cuarto, con expresión preocupada.

—Hay dos hombres abajo, Nina. Dicen que son abogados de Nero.

47

NINA MARCHESI

Es una clínica distinta, pero la sensación en mi pecho es la misma que sentí semanas atrás. Ese día, no entendí que era una señal de algo malo, aunque debí haberlo hecho. Hoy, sin embargo, desconfío hasta de mi propia sombra.

No quiero estar aquí. El lujo opulento me hace sentir incómoda, y recordar todo lo que el doctor Kayrus me dijo me da ganas de vomitar.

Golpeo el suelo con el pie ansiosamente, repitiéndome una y otra vez que no puedo levantarme e irme, sin importar cuánto los ojos juzgadores de las otras mujeres embarazadas a mi alrededor empeoren mi náusea. Uno de los requisitos de Nero fue que me hiciera un seguimiento médico en la isla.

De eso querían hablar sus abogados, de sus exigencias. Después de dos semanas, no solo recordó que la mujer que echó públicamente está esperando un hijo suyo, sino que exigió una prueba de ADN y dejó claro que, si el resultado es positivo, me quitará a mi hijo. Estoy desesperada.

Nero fue tajante. En realidad, sus abogados lo fueron, porque él no se dignó a hablar conmigo. Envió sus exigencias y amenazas a través de hombres de traje que, por suerte, no eran Atlas ni Apolo; de lo contrario, no sé si lo habría soportado.

Algo que he aprendido en las últimas semanas es que es mucho más fácil lidiar con el desprecio de personas con quienes nunca me importó tratar. El desprecio de quienes alguna vez conocí, de aquellas con quienes intercambié sonrisas y palabras, duele mucho más.

Atlas me llamó casi en el mismo segundo en que los abogados de Nero salieron de mi casa. Dudé en contestarle, temiendo que me llamara como otro representante legal de Nero.

Porque, aunque ni Atlas, ni Apolo, ni Drako han venido a buscarme para señalarme con el dedo, tampoco ninguno me buscó para escuchar mi versión de los hechos.

Contesté solo porque él me cuidó el día en que todo pasó. Confié en que, a pesar de todo, él no se habría dejado envenenar contra mí, como lo hizo su mejor amigo.

Su primera pregunta fue cómo estábamos el bebé y yo, y eso me hizo llorar. Mi tonto corazón no pudo evitar desear que fuera Nero quien preguntara eso, que todo lo que he vivido estas últimas semanas no fuera más que una pesadilla de la que pronto despertaría.

Atlas me dijo que ni él ni Apolo representarían a Nero, porque no tomarían partido. Y aunque eso me dolió un poco -porque para tomar un lado, primero tienes que escuchar a ambos-, me hizo sentir que, tal vez, podría contar con algún aliado. Y necesito a todos los que pueda.

Porque con solo recordar las palabras de los abogados, mi corazón se acelera, y hace tres días, cuando salieron de mi casa, sentía que estaba a punto de desmoronarme allí mismo, en medio de la sala.

Pero si Atlas y Apolo estuvieran dispuestos a hablar con Nero, a intentar convencerlo, quizás

él abandonaría esta cruel idea de quitarme a mi hijo. Porque no tengo dudas de que, si él quiere hacerlo, lo logrará.

Nunca se me pasó por la cabeza mantener a Nero alejado de nuestro hijo. Hasta la visita de sus abogados, yo asumía que él también lo había rechazado, como hizo conmigo. Pero entendí, después de sus amenazas y exigencias, que lo que sucede es que él duda de que el hijo que espero sea suyo.

Lo que sí tiene claro es que "Alguien como yo no está en condiciones de criar a un niño, mucho menos a su hijo." Palabras suyas, no mías. Y cuanto más pienso en ellas, más el miedo amenaza con consumir todo mi ser.

—Nina Marchesi. —La mujer uniformada me llama sin una pizca de simpatía, y me levanto.

Esta vez, cuando entro al consultorio, el médico ya me está esperando. No me ofrece pastillas esta tarde. Solo una consulta que logra ser, al mismo tiempo, indiferente y dedicada. Totalmente indiferente hacia mí y completamente centrada en el hijo de Nero Zanthos.

Salgo de la clínica sintiéndome aturdida, después de haber sido tratada como si mi cuerpo no fuera más que un recipiente. La idea de que el hombre que amé, que amo, me esté sometiendo a esto, hace que momentáneamente pierda el poco equilibrio que acababa de recuperar.

Bajo de la acera y cruzo la calle con la vista nublada por lágrimas que no caen, y un claxon fuerte me saca del caos de mis pensamientos y me obliga a retroceder asustada cuando un coche casi me atropella.

Llevo una mano al pecho y mi respiración se entrecorta, con los ojos húmedos y abiertos, y el corazón a punto de salirse de mi pecho. Ni siquiera veo cuándo el coche que casi me arrolla da la vuelta unos metros más adelante, pero escucho cuando su conductor baja la ventana y me dice directamente, mientras conduce a una velocidad lo suficientemente baja como para dejar claro que habla conmigo.

—Lysandra Zanthos manda saludos. Las calles de Khione ya no son seguras para personas como tú. Deberías tener más cuidado al andar por ahí, después de todo, los accidentes siempre pueden ocurrir —recita, palabra por palabra, como si fuera un robot activado por control remoto. Y si antes creía tener miedo, lo que siento ahora va más allá de lo que cualquier ser humano debería soportar.

***

—Tenemos que irnos de aquí —sentencia mi madre, apenas termino de contarle todo lo sucedido, detalle por detalle. Camino de un lado a otro frente a los sofás de nuestra sala.

—¿Irnos? —Mi voz suena aguda, aún totalmente consumida por el pánico.

—Esa mujer... Siempre supe que esa familia tenía poder, hija. Pero ahora que sabemos el tipo de cosas para las que lo usan, no dudo de nada. Tenemos que irnos de aquí —repite, y yo dejo caer mi cuerpo en el sofá, ocultando el rostro entre mis manos.

Ya no puedo llorar más, pero tampoco sé qué más podría hacer. Cuando todas las verdades que conoces se rompen en un millón de pedazos, ¿cómo te convences de seguir adelante sin

ellas?

—Tenemos suficiente dinero para volver a Italia —continúa mi madre, planeando—. Allí decidimos qué hacer. Podemos ir a Roma o, tal vez, al interior.

—Pero tú amas Grecia, amas esta casa, amas la tienda. Ese dinero se ahorró con tanto sacrificio para cumplir tu sueño, mamá. Esta isla significa todo para ti —le digo entre lágrimas. Mi madre se levanta de donde está sentada y se arrodilla frente a mí.

—Te amo más a ti. —Sujeta mis manos y fija la mirada en mis ojos—. A ti y a mi nieto o nieta. Has soportado todo esto con mucha más valentía de la que cualquiera debería tener que demostrar, Nina. Siempre amé lo que este lugar significaba para mí, para nosotras, la oportunidad de una vida mejor. Pero ahora solo significa un riesgo, uno que jamás podría asumir.

La idea de irme convierte mi corazón, ya roto, en cenizas, porque aún considero este lugar mi hogar. Todavía tenía esperanzas de lograr un acuerdo de custodia compartida con Nero, de darle a mi hijo la presencia de ambos padres, aún tenía esperanzas de... Sacudo la cabeza, rechazando el flujo de mis pensamientos.

—Está bien, mamá, vámonos de aquí.

48

ATLAS XPANOS

Sentado en mi oficina, intentando una vez más descifrar el rompecabezas en el caso de Nina y Nero, llego a la misma conclusión de siempre: es evidente que todo esto fue montado, pero ¿cómo probarlo?

La incoherencia de las pruebas es clara; la línea de tiempo de los supuestos eventos no concuerda, pero la mayor inconsistencia es el investigador que Lysandra contrató. El tipo es conocido en su entorno y ni siquiera vive en Grecia. Que se preste para un montaje por dinero me parece... débil. ¿Tal vez un favor personal? Por mis propios medios, no encontré ninguna transacción financiera entre Lysandra y él, más allá de lo que sería esperable en una investigación real, pero todo en esta historia parece fuera de lugar.

No tiene sentido tratar de apelar al buen juicio de Nero. Decidió hundirse en su dolor, ahogándose en alcohol y amargura. Cualquier mención de Nina lo deja en un estado deplorable, pero tengo que ayudarla. Tengo que ayudarlos. Hay un niño, que me gusta pensar que sería mi ahijado, atrapado en medio de esta porquería. Un niño completamente inocente.

Y aunque Nina fuera culpable de todo lo que la acusan, yo estaría de su lado. Nadie en su situación debería quedar desamparado, mucho menos alguien que nunca hizo nada malo. Conozco a las personas, aprendí a leer sus intenciones desde muy joven, y Nina tiene una inocencia y dulzura que no podrían ser corrompidas tan fácilmente. Solo necesito encontrar pruebas para demostrarle a mi mejor amigo que está siendo un idiota y que se equivoca, antes de que sea demasiado tarde.

Como abogado, siento que es mi responsabilidad ayudar a probar la inocencia de Nina, aunque ella no me haya pedido ayuda. He investigado, he revisado cada pista y no encontré nada sustancial, mucho menos las pruebas que el investigador asegura haber hallado. Si todo fuera cierto, debería poder seguir el mismo rastro.

Una notificación de la aplicación de monitoreo llama mi atención y miro mi celular. En la pantalla aparece un nuevo informe en mi correo. Leo los elementos descritos y mis ojos se detienen en dos pasajes comprados: Italia, mediodía. ¿Nina está dejando el país? Paso las manos por el cabello, con mil pensamientos cruzándome la mente. Está huyendo, se está fugando. Miro el reloj y me doy cuenta de que aún tengo tiempo de alcanzarla antes de que aborde.

Nero haría lo imposible para culparla si se va con el niño. Una decisión impulsiva solo va a empeorar las cosas. Ni siquiera busco mi auto; me meto en el primer taxi que pasa.

—Al aeropuerto, por favor. Rápido —es lo único que digo antes de concentrar toda mi atención en el teléfono.

Selecciono el contacto de Nina y marco, apretando el teléfono entre mis dedos, intentando comunicarme con ella antes de que haga una tontería. Maldito Nero. Las personas acorraladas toman decisiones desesperadas, y eso es lo que temía.

Necesito hablar con ella, intentar detenerla, ofrecerle ayuda para limpiar su nombre, pero para

eso necesito que me conteste.

Salgo del taxi corriendo y entro al aeropuerto buscándola. Mis ojos recorren la multitud, tratando de encontrarla. El ruido de las conversaciones mezcladas y los anuncios de vuelos resuena por todo el lugar, pero estoy tan concentrado en hallarla que apenas los escucho. Mi mente va a mil por hora, planeando cómo convencerla de quedarse y hacerle saber que estoy dispuesto a ayudarla.

Creo verla a lo lejos, cerca del área de embarque, y acelero el paso. Finalmente, llego lo suficientemente cerca para distinguirla, sosteniendo una pequeña bolsa de hombro, sin ninguna maleta.

—¡Nina! ¡Espera! —grito su nombre—. ¡Por favor, Nina! —insisto, esquivando las cintas de seguridad para alcanzarla.

Ella sacude la cabeza, mirando a los lados, pero no puedo hacer lo que me pide en silencio. No puedo. Está mal. Tomo sus manos entre las mías, manteniendo su mirada. Lo que veo en sus ojos es dolor y tristeza. Quiero abrazarla, pero me detengo.

—Podemos demostrar tu inocencia, Nina, pero no puedo hacerlo si no estás aquí —digo de forma directa—. Para ayudarte, necesito que me ayudes. Te prometo que haré todo lo posible para limpiar tu nombre.

Ella suelta una risa seca y me mira casi con lástima.

—¿Y a quién le interesaría que yo probara algo, Atlas?

—Nina...

—No —me interrumpe—. Esta isla ya me hizo suficiente daño. Este lugar ya no es seguro para mí ni para mi hijo —agrega, hablando en voz baja, atenta al entorno.

—¿Estás siendo presionada? ¿Te están amenazando? ¡Nina! Háblame. Déjame ayudarte.

—La única ayuda que necesito es que te quedes callado, Atlas. La misma persona que me obliga a irme podría encontrarme donde sea que esté. Esto es mucho más serio que un simple capricho de novios. Mucho más —me confiesa con determinación. El miedo en cada palabra me estremece de pies a cabeza.

—Pero prométeme que me mantendrás informado —Nina duda un momento, pero asiente. Su madre, que está a su lado, se muestra impaciente.

—Tenemos que irnos. Ya es la última llamada —dice doña Rosa, tomando la mano de Nina. Le doy a la señora una tarjeta.

—Cualquier cosa, doña Rosa, cualquier cosa que necesite, me puede encontrar aquí. Es seguro, se lo prometo.

—Está bien, hijo. Gracias.

Miro a Nina una última vez, y me detengo en su vientre. Ella me mira y le pido.

—Cuida bien de mi sobrino, Nina.

—Descuida —me responde con una leve sonrisa.

Siento que esta será la última vez que la veré por mucho tiempo, y lamento profundamente por mi hermano, por todo lo que está perdiendo sin darse cuenta.

Me quedo un rato en el aeropuerto, observando el avión que se aleja, seguro de que, con él, la felicidad de Nero se va, mientras yo permanezco aquí, rezando en silencio para que cuando llegue el momento de la verdad, no sea demasiado tarde.

49

NERO ZANTHOS

Golpeo la aldaba contra la puerta de madera, sintiéndome furioso por tener que hacer esto en primer lugar. Hace días que Nina se niega a hablar con los abogados o a recibirlos en su casa, así que no me quedó otra opción que venir en persona. Se va a arrepentir de esto.

Pasan minutos sin que alguien responda a mis golpes, y vuelvo a golpear, ahora con más fuerza, hasta que estoy casi aporreando la puerta sin obtener respuesta alguna.

—No están en casa, ¿sabía? —grita un niño de unos diez años desde su bicicleta, frenando frente a las escaleras de la casa de Nina.

Frunzo el ceño y miro el reloj. Es la hora del almuerzo; al menos una de ellas debería estar en casa. Bajo las escaleras y me acerco a la bicicleta del niño.

—¿Quieres ganarte algo de dinero, chiquillo?

—¡Claro! —responde, poniendo un pie en el pedal de la bicicleta, listo para cumplir la misión que le voy a encargar.

—Ve hasta la tienda y dile a Nina que Nero está aquí. —La emoción desaparece de su rostro de inmediato, y entiendo el motivo cuando vuelve a hablar.

—La tienda está cerrada, señor. Lleva cerrada tres días. Igual que la casa —cuenta el niño, y todo mi cuerpo se tensa.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, señor. —El niño mira a ambos lados de la calle, como si quisiera asegurarse de que nadie nos escuche, y yo me lamento en silencio. La vena chismosa de Khione empieza a asomar desde temprano. El crío ni siquiera ha terminado de cambiar todos los dientes y ya se comporta como un anciano de noventa años que no tiene nada mejor que hacer que comentar sobre la vida de los demás. No lo reprendo; de hecho, me inclino un poco hacia él—. Sé algo que están diciendo por ahí. Si se lo cuento, ¿me da esos billetes?

—Dime y, si es interesante, te doy la mitad. —El niño se encoge de hombros, ni siquiera intenta negociar.

—Dicen que la familia poderosa de la isla mandó a “arreglar” algo con ellas. —Sus palabras hacen que me enderece de inmediato.

—¿Qué? —No es una pregunta; es una exclamación por lo absurdo, pero el niño responde igual.

—Hace tres días que no están, señor. Se fueron sin llevar nada y no regresaron —susurra, mirando de nuevo a los lados en busca de testigos para su chisme. Si antes me molestó, ahora no me importa.

Tres días. Se fueron hace tres días y no volvieron. Todas las implicaciones de esto giran en mi

mente y, cuando me doy cuenta, estoy de nuevo en lo alto de las escaleras, lanzando mi cuerpo contra la puerta de madera, una y otra vez, hasta que logro forzarla.

Entro a la casa como si mi vida dependiera de ello, y encuentro todo en el mismo lugar donde sabía que estaría. Libros, muebles e incluso ese par de zapatos que Nina siempre deja tirados junto a la puerta. Mi corazón late con fuerza en mi garganta mientras reviso cada habitación y las encuentro vacías.

Al entrar al cuarto de paredes rosadas, siento el estómago hacerse un nudo. La cama está hecha, el armario lleno. Libros sobre el escritorio, la computadora de Nina y sus decenas de bolígrafos de colores. El cuarto de doña Rosa está igual. Nada está fuera de lugar, nada falta, y mi corazón se calma un poco, convencido de que no han ido a ningún lado.

Bajo las escaleras al primer piso mientras saco el celular del bolsillo, dispuesto a llamar a Ícaro para que se encargue de reparar la puerta que rompí. Pero un brillo familiar capta mi atención y camino hacia él rápidamente.

En el aparador, en una esquina de la sala, encuentro el anillo de compromiso que le di a Nina, descansando sobre un folleto de un programa para enfermeras en los Emiratos. Sostengo el anillo e intento convencerme de que esto no significa nada. Todo está aquí, no pudieron haber ido a ningún lado.

Pero sé que sí. La certeza de que este anillo, abandonado sobre lo que solía ser el mayor sueño de la Nina que yo conocía, fue algún tipo de despedida, late en mi pecho como un segundo corazón, tan roto como el primero.

Nina se fue.

***

—Imaginé que te encontraría aquí —dice mi madre, entrando en mi apartamento sin haber sido invitada, aunque dejé la puerta sin llave, así que no sé si puedo culparla por eso.

Su voz parece lejana, y los extremos de mis labios se levantan. Por dios, ojalá la voz de Lysandra sonara siempre así de apagada. Sería una bendición. La botella en mi mano resbala, haciendo ruido al caer y rodar por el suelo. Ver la bebida derramarse me saca una carcajada.

—¿Estás borracho? —pregunta Lysandra, deteniéndose frente a mí, desde lo alto de sus tacones. Inclino la cabeza hacia atrás para sostenerle la mirada.

Impecablemente elegante, como siempre. Le sonrío a mi madre.

—Tal vez —respondo.

—¿Es eso? ¿A eso vas a reducirte ahora? ¿A ser un borracho? —Parpadeo y chasqueo la lengua, perdiendo el interés en ella y estirando el brazo para alcanzar la botella que rodó lejos.

Se agacha y alcanza el whisky antes que yo, recapturando completamente mi atención.

—No voy a permitir esto, ¡Nero! No voy a aceptar que bebas hasta caerte por esa puta de mierda que no va a…

—¡Cállate, Lysandra! —exclamo, interrumpiéndola, y su expresión pasa de enfurecida a

sorprendida de inmediato.

—¿Qué?

—Te dije que te calles. Y sal de mi casa. —Mi madre sacude la cabeza, negando con incredulidad.

—Se fue con otro. Huyó porque uno de esos a los que quería embaucar estaba tan ilusionado como tú. Él volvió por ella. ¿Y tú me tratas así? —Absorbo sus palabras, rogando internamente que el whisky que he bebido sea suficiente para no recordar nada de esto mañana.

Pero, por si acaso, me levanto del suelo del apartamento todavía vacío. No venía aquí desde hace semanas. Camino hasta la cocina y tomo de la barra una de las botellas que traje especialmente para hacerme compañía esta noche. Ahora, elijo vodka.

—¡Nero! —exclama Lysandra cuando abro la botella y me la llevo directamente a la boca. Un hilo de vodka me escurre por el mentón, mojándome el rostro.

—¿Quieres quedarte? Quédate. Pero hoy —digo, agitando la botella en su dirección—, esta es la única compañía que estoy dispuesto a tolerar.

50

NINA MARCHESI

SIETE MESES DESPUÉS – PIENZA/ITALIA

Miro mis pies y me lamento en silencio. Parecen dos panes doloridos. Los panes no sienten dolor, maldita sea. Son blandos y esponjosos.

Apoyo la mano en la pared y empiezo a caminar despacio. Después de casi doce horas de turno, cargando una enorme barriga de nueve meses, mi cuerpo está suplicando una pausa. Dios, estoy agotada.

—Nina, ¿estás intentando evitar el viaje de casa al hospital para el día del parto? No seas floja, ¿vives a un kilómetro? —me dice Clara, una colega de turno, cuando me encuentra en medio del pasillo y se pone a caminar a mi lado. Río.

—¡Ya sabes cómo es! No hay Ubers en esta ciudad —bromeo, sacándole una carcajada—. Necesito mucho mi cama —gimoteo—. Hoy la emergencia fue un caos. Juro que todavía no entiendo cómo una ciudad de menos de dos mil quinientos habitantes puede tener tantas urgencias.

—Somos dedicados —dice Clara, guiñándome el ojo. Ella nació y creció en Pienza. Me toca reír a mí—. Pero, en serio, ¿cuándo te detienes? Tu nombre sigue en la lista para la próxima semana, es una locura.

—En dos días. Kael nace la próxima semana, según lo planeado —respondo, acariciando mi barriga por encima del pijama quirúrgico—. Pensé que podría trabajar hasta que sintiera las contracciones, literalmente, pero ya no puedo más. Me vendría bien, porque no estoy en posición de rechazar horas extra, pero una mujer debe reconocer sus límites.

—Sobre todo una mujer embarazada de nueve meses.

—Bueno, ya sabes cuál es el lado positivo —digo.

—Por lo menos ya estás en el hospital, ¿cierto? —pregunta, sonriendo.

—¡Exactamente! —Y apenas acabo de decirlo cuando siento una presión nueva en mi abdomen.

Detengo la caricia en mi vientre, intentando identificar en qué parte exactamente se está concentrando la incomodidad, pero no necesito esforzarme mucho; segundos después, un líquido comienza a escurrir por mis piernas.

Abro los ojos con sorpresa. ¡Rompí bolsa! Miro hacia abajo y, en mi pecho, se revuelven un sinfín de emociones: miedo, emoción, preocupación, todo al mismo tiempo. También hay una pizca de culpa, pero no me concentro en eso ni en ninguna otra. Necesito llamar a mi madre.

—¡Dios mío! ¡Ya es hora! —dice Clara, emocionada, al notar que me quedé atrás y me

observa por encima del hombro. Da media vuelta y mira al final del pasillo—. ¡Mujer en trabajo de parto! —grita, avisando a alguien que no sé quién es, pero imagino que debe ser alguno de nuestros colegas.

Saco el celular del bolsillo y hago la llamada, controlando mi respiración mientras llega la ayuda. Me siento en la silla de ruedas que me traen mientras espero que mi madre conteste.

—¿Nina?

—Rompí bolsa. Mi bebé ya viene.

—¿Ya viene? —Su grito emocionado me hace reír—. ¡Voy para allá! ¡Voy para allá!

—No tardes, este pequeñín parece tener prisa.

***

Las contracciones son frecuentes e intensas. Intento respirar hondo y concentrarme en mi respiración, pero es difícil. Mis colegas me están monitoreando de cerca y me tranquilizan, pero sé que algo está mal.

Después de casi dieciocho horas de trabajo de parto, todavía no tengo suficiente dilatación. Aunque no me fijara en los monitores marcando mucho más de lo debido, o en mi presión arterial disparada, la intensa jaqueca y las náuseas constantes serían indicios más que suficientes. Mi madre aprieta mi mano, mirándome con preocupación.

—Hola, Nina —la doctora Elena entra a mi habitación con una sonrisa poco convincente en el rostro—. Los resultados de los exámenes llegaron. Tu preeclampsia evolucionó a eclampsia. Necesitamos hacerte una cesárea.

—¿Pero él está bien? ¿Kael está bien?

—Sí. Te hemos estado monitoreando desde el inicio de las contracciones. La cirugía será solo una medida de seguridad, para asegurarnos de tener todo bajo control, ¿de acuerdo?

—Lo único que quiero es que mi bebé nazca sano y seguro, doctora Elena. Si me puede dar esa garantía, no necesito nada más.

—Haremos nuestro mayor esfuerzo, y ese pequeñín va a llegar gritando, Nina. ¿Nos preparamos para la cirugía?

—Vamos —digo, mirando a mi madre. Sus ojos están llorosos, y le doy una sonrisa tranquilizadora.

Sabíamos que era posible que tuviéramos que hacer una cesárea. Los problemas al inicio de mi embarazo pasaron factura; una preeclampsia, y desde que comencé el control prenatal aquí, la doctora Elena me advirtió que podría evolucionar y qué haríamos si eso ocurría.

—Todo va a estar bien —le digo a mi madre—. Nuestro pequeño ya viene. —Su asentimiento claramente nervioso y un beso en el dorso de mi mano son toda la respuesta que recibo.

La ansiedad corre en mis venas compitiendo con la emoción de finalmente conocer a mi hijo o hija. Mi mente terca se va a la imagen de su padre; la angustia que siempre acompaña mis

recuerdos de Nero llega rápida y silenciosa. Cierro los ojos, diciéndome a mí misma que este es un pésimo momento para eso y reprimiendo el deseo de que él estuviera aquí.

Sé que esto es una situación fuera de mi control, pero respiro hondo, esforzándome por mantener la calma. Me administran la medicación para controlar mi presión y prevenir convulsiones.

El tiempo pasa lentamente hasta que finalmente llega el momento de la cesárea. Las enfermeras me preparan para la cirugía, poniéndome una gorra en la cabeza y una mascarilla de oxígeno en el rostro.

La sala de cirugía está fría y silenciosa, excepto por los sonidos de los equipos médicos y las voces de los profesionales que están trabajando. La anestesia empieza a hacer efecto, y siento una sensación de somnolencia y mareo.

Mi madre me dice que me concentre en mi respiración y en mi hijo que está a punto de nacer. Las voces de los médicos y enfermeras se vuelven tenues y lejanas, mi consciencia se va desvaneciendo con cada segundo, hasta que el vacío me envuelve.

***

—Ten cuidado, hija —advierte mi madre cuando abre la puerta para mí. La escucho, pero no logro prestarle mucha atención, estoy demasiado concentrada en el pequeño paquete en mis brazos como para enfocarme en cualquier otra cosa.

Inclino mi rostro sobre el de Kael, rozando nuestras narices. La suya es tan pequeñita que me dan ganas de morderla mientras le hablo en un tono de voz que descubrí que sólo uso para él.

Mi bebé duerme en mis brazos, y respiro aliviada cuando entro a casa por primera vez después de una semana. Mi posparto no fue sencillo. Las complicaciones de la eclampsia me mantuvieron alejada, impidiendo que pudiera regresar antes, pero ahora estamos bien.

Kael nació con cincuenta y cinco centímetros, tres kilos seiscientos cincuenta y dos gramos. Un bebé enorme y totalmente sano. Eso es lo único que me importa. Tiene el cabello claro, casi rubio, la piel blanquísima, y sus ojos son azules, no como los míos, sino exactamente como los de su padre.

—Ya estamos en casa, mi amor —le digo—. Bienvenido a tu hogar.

Mi madre me ayuda a acomodarme en el sillón de lactancia que colocamos en la sala, y me instalo. Ella se sienta en el brazo del sillón después de ajustar la almohada de lactancia a mi torso, facilitando el apoyo de Kael, y ambas nos quedamos mirándolo embelesadas durante lo que parecen horas.

—Es perfecto —dice mi madre.

—Lo es. —Me muerdo el labio y suelto una exhalación profunda antes de abordar el tema que me ha consumido desde que vi a mi hijo por primera vez—. Creo que en algún momento voy a tener que contactar a Nero para avisarle que nació, ¿verdad? No puedo esconderme para siempre; es su hijo también.

Hacer esa admisión no es fácil. Nada que implique a Nero ha sido fácil desde hace mucho

tiempo. Mi madre y yo dejamos Grecia con nada más que la ropa que llevábamos puesta, nuestros celulares y documentos, porque sabíamos que si empacábamos, la isla haría lo suyo y corríamos el riesgo de no poder salir antes de que Lysandra o Nero se enteraran.

Recomenzar no fue sencillo. La drástica mudanza de ciudad, de clima, de temperatura, de ambiente, fue un reto. Además, aunque el dinero que mi madre pasó su vida ahorrando para comprarse una casa se convirtió en nuestra reserva de emergencia, no iba a durar para siempre.

Logramos establecernos, reponer algunas cosas que dejamos atrás, desde ropa hasta muebles, y nos mantuvimos unos meses hasta que ambas conseguimos trabajo. Pero había un bebé en camino y tres bocas que alimentar a largo plazo. Esa, de hecho, sigue siendo una preocupación constante en mi cabeza.

No estamos a punto de pasar hambre, pero la sensación de urgencia, de necesitar garantías y un plan B, C, e incluso D, nunca me abandona. Supongo que las cosas podrían haber sido mucho peores, claro, porque nuestra mudanza no estuvo hecha sólo de momentos malos.

Hubo muchos buenos momentos también. Y pequeñas cosas, casi milagros, que sucedían justo cuando más las necesitábamos. Conseguir rentar esta casa, por ejemplo.

Cuando llegamos a la ciudad, nos hospedamos en la casa de una señora mayor que alquilaba habitaciones. Era sólo una para mi madre y para mí.

Sabíamos que teníamos que mudarnos cuanto antes para prepararnos para la llegada de Kael, pero encontrar a alguien dispuesto a alquilarnos una casa sin firmar un contrato no era tarea fácil, y poner nuestros nombres en cualquier documento de vivienda no era un riesgo que quisiéramos correr, sabiendo que Lysandra Zanthos podría estar buscándonos.

Llevábamos al menos tres meses buscando una casa cuando recibimos una llamada del dueño de esta. Ya nos había rechazado antes, pero cambió de opinión y aquí estamos. Me gusta llamar a estos momentos *pequeños milagros.*

Escogimos Pienza como nuestro hogar provisional, basándonos en nada más que la información que encontramos en internet. Esta pequeña ciudad en el interior de Italia es lo suficientemente tranquila para no sentirnos perdidas después de años viviendo en Khione. Tiene un hospital y el costo de vida es razonable.

Esos eran nuestros criterios principales y no esperábamos mucho más, pero la ciudad resultó ser una grata sorpresa. Pienza tiene un sentido de comunidad increíble, tan bueno como el de Khione, o incluso mejor.

Después de siete meses aquí, ya me quedó claro que los habitantes de esta ciudad se preocupan más por el bienestar de sus vecinos que por convertir sus vidas en chismes de entretenimiento. Y eso, definitivamente, los hace ganar muchos puntos a mis ojos.

Mi madre me mira como si estuviera decidiendo si decirme o no algo.

—Sé que piensas que no debería preocuparme por Nero, mamá, pero no lo hago por él, sino por Kael. Él merece tener un padre en su vida.

Doña Rosa humedece sus labios antes de soltar una profunda exhalación.

—Atlas llamó mientras te estaban preparando para la cirugía —cuenta, y levanto las cejas, porque nunca me lo cuenta.

Sé que ha sido una fuente de información para Atlas sobre Kael y yo desde que dejamos Khione. Él llama al menos una vez al mes, pero desde nuestro encuentro en el aeropuerto, no he vuelto a hablar con él.

No podía, simplemente no podía. Pero también sé que no sería justo privar a la única persona que me tendió una mano de algo tan básico como saber que su ahijado y yo estamos bien.

Así que finjo que no sé que él llama, y mi madre finge que no lo hace. Era un acuerdo silencioso entre nosotras, hasta ahora.

—Te lo digo no porque quiera hacerte daño, hija, sino porque no quiero que tomes una decisión en el calor del momento y luego te arrepientas.

—¿Decirme qué?

—Estaba nerviosa cuando atendí a Atlas. La situación de la eclampsia me tenía enloquecida, ya sabes, pero los chicos estaban hablando al fondo y no pude evitar escuchar.

—¿Escuchar qué, mamá? —Ella traga saliva y me mira.

—Que Nero está comprometido.

51

NERO ZANTHOS
CASI CUATRO AÑOS DESPUÉS

Abro los ojos y sé que este es uno de mis últimos días en este lugar. No se siente como un hogar. Nunca logro que estos sitios lo parezcan. Aparto el acolchado de mi cuerpo, saco las piernas de la cama y me levanto.

Las persianas automáticas alrededor de la habitación se abren conforme lo programado por la inteligencia artificial del departamento mientras cruzo el cuarto. El cansancio, que ya se ha convertido en una extensión de mi cuerpo, pesa sobre mis hombros a pesar de que acabo de despertar. Hago girar los hombros hacia atrás y paso por el vestidor para llegar al baño. Los estantes y colgadores prácticamente vacíos me dan algo de alivio.

Aprendí hace tiempo que desempacar completamente es una pérdida de tiempo. Nunca me quedo mucho en un solo lugar. No tiene sentido establecerme físicamente si mi mente se niega a hacer lo mismo.

Dejo que los chorros de la ducha masajeen mis músculos y liberen un poco de la tensión constante, el mayor tiempo posible sin perjudicar mi rutina, hasta que finalmente cierro el agua. Salgo del cubículo y termino mi higiene matutina antes de salir del baño, con una toalla enrollada en la cintura.

Me detengo frente a la única sección del vestidor medianamente ocupada y me visto con la misma monotonía de siempre: pantalón de traje, camisa, zapatos y cinturón, dejando la corbata y el saco para más tarde.

Mi próximo destino es la oficina adjunta a la habitación. Enciendo las luces y entro en el ambiente casi estéril. Paredes grises y muebles negros dominan el espacio, aunque realmente me da igual. Enciendo los tres monitores sobre el escritorio y me siento frente a las pantallas para comenzar mi rutina de conferencias.

El primero, como siempre, es mi canal de comunicación con Thomas, el investigador inglés. Él es quien ha llegado más cerca de obtener información real sobre el paradero de Nina, aunque todo ha terminado en callejones sin salida.

Nina desapareció. No hay uso de su tarjeta de crédito, ningún movimiento en su cuenta bancaria, ni contratos a su nombre en casi cuatro años. El último movimiento en su cuenta, o en la de su madre, fue algunos días antes de que ambas desaparecieran. Parece que premeditaron todo, como si se hubieran desvanecido en el aire.

El reporte diario de Thomas no me dice nada distinto al de ayer. No tiene noticias. Paso a revisar el informe de Alberto, el investigador portugués. Sus palabras terminan de sellar una decisión que había estado considerando hace un tiempo: despedirlo.

Aunque es famoso en su ámbito, nunca me ha dado información relevante desde que lo contraté hace dos años. Los otros cuatro investigadores con los que trabajo al menos me han dado algunas pistas, aunque sean mínimas.

Reviso correo por correo, analizando la información enviada por cada detective, ya resignado a que no hay novedades, cuando una pequeña nota en el último mensaje captura mi atención.

“Sigo una pista. Quizás tenga nueva información mañana.”

Mi cuerpo reacciona de inmediato. Mi corazón se acelera, una capa de sudor frío cubre mi piel, y siento que me falta el aire. Cierro los ojos para evitar el mareo que sé que vendrá, y tenso y relajo los músculos de varias partes de mi cuerpo para combatir el hormigueo.

Controlo la respiración y me concentro en no darle importancia a las sensaciones que me torturan. Pasará. Y pasa. Necesito casi treinta minutos hasta que no queda rastro del episodio, pero después de años, ya sé cómo manejarlos. Los he aceptado.

Leo y releo la pequeña nota que desató mi reacción. Guttierre no me diría eso si no estuviera realmente cerca de descubrir algo.

La ventaja de trabajar con profesionales caros es que no pierden el tiempo en darme información irrelevante solo para justificar su sueldo. No necesitan hacerlo, ni yo.

Cierro los correos y paso a revisar el mapa 3D de Khione, donde los pasos de Nina, la semana en que se fue, están trazados en detalle. No ha cambiado desde ayer, pero aun así lo examino con la misma dedicación que todos los días.

No veo nada nuevo que no haya visto en los últimos cuatro años. Mi siguiente tarea son las fotos, no las que lo desencadenaron todo, sino las anteriores.

Fotos de la vida de Nina, desde la infancia hasta su adultez. Miro varias veces a la niña de ojos grandes y azules, luego a la adolescente delgada y algo torpe.

Después paso a la universitaria alegre y dedicada, y mis ojos saltan a su historial académico abierto en una de las pantallas antes de volver a las fotos, hasta llegar a la mujer que reencontré aquella noche de Navidad.

La primera foto es precisamente de esa noche. La misma que fue publicada en el periódico al día siguiente, Nina y yo en el jardín de la asociación. La observo largo rato. Siempre las miro largo rato.

La alarma suena, recordándome que la mañana ha pasado y que es hora de ir a la exportadora. Me levanto, echo un último vistazo a las pantallas para confirmar que no ha llegado nada nuevo en el último minuto, y las apago.

Mi estómago revuelto me indica su resistencia a comer. Siempre es difícil alimentarme después de uno de esos episodios. Vuelvo al vestidor, ajusto la corbata en el cuello, me pongo el saco y salgo de casa.

El camino a la exportadora lo hago en el asiento trasero. Perdí el gusto por conducir hace años, y no solo por eso, en realidad. Incluso trabajar me parece una pérdida de tiempo; siento que cualquier cosa que haga, si no es buscar a Nina, es un desperdicio de un tiempo que debería invertir en encontrarla.

—Buenos días, señor Nero Zanthos —me saluda Ícaro en cuanto entro en mi oficina, siguiéndome—. ¿Revisamos su agenda de hoy? —pregunta, y respiro profundamente antes de

decirle que sí, aunque mi impulso sea decir que no.

—Podemos, pero antes tengo dos tareas para ti.

—A sus órdenes, señor —responde, parado frente a mi escritorio mientras cuelgo el saco en el perchero.

—Necesito un nuevo apartamento —le informo—. Y también un nuevo investigador. Voy a reemplazar a Alberto. —Ícaro asiente sin cuestionar nada. Los años lo han hecho más eficiente y menos emocional.

—¿Alguna preferencia en cuanto a nacionalidad o alguien destacado en el panorama actual? —pregunta.

—Revisa si hay algún ex agente de Scotland Yard disponible.

—Considérelo hecho, señor. ¿Revisamos la agenda?

—Adelante.

—Señor —dice Ícaro cuando respondo a su llamada—. Su cita de las cuatro está aquí. —Miro la tablet donde tengo mi agenda abierta, verificando dos cosas: la primera, que apenas son las dos y media de la tarde; la segunda, que mi cita de las cuatro es con mi madre.

—Dile que regrese a las cuatro. No la recibiré antes.

—Sí, señor —Ícaro cuelga, y vuelvo a concentrarme en las planillas que tengo frente a mí.

La siguiente hora y media pasa mucho más rápido de lo que quisiera. Apenas parpadeo y ya me está llamando mi asistente para pedir autorización para que entre Lysandra.

Mi madre ni siquiera ha terminado de cruzar la puerta de mi oficina y ya puedo decir que está furiosa. En los últimos años, nuestra relación se ha deteriorado todo lo posible. Dejar de ignorar los comportamientos problemáticos de Lysandra es probablemente lo único por lo que realmente puedo agradecer a mi ex novia.

La realidad es que, si antes mi madre ya tenía ciertas actitudes posesivas, después de mi relación con Nina se volvió controladora e invasiva. Y cuando yo seguí negándole el rol que trataba tan desesperadamente de forzar en mi vida, Lysandra se volvió prácticamente obsesiva.

—¿Así que esto es lo que he llegado a ser? ¿Alguien que tiene que esperar para entrar en una de las salas de su propia empresa? ¡No soy tu sirvienta, Nero! —exclama, con los brazos rígidos al lado del cuerpo, casi pegados al vestido verde sin mangas que lleva.

—No, no lo eres. Los empleados suelen ser buenos en seguir acuerdos —digo, volviendo a mirar la pantalla de mi computadora—. Difícilmente llegan una hora y media antes a una reunión, porque, principalmente, tienen otras cosas que hacer.

Aunque ya no la esté mirando, sé que Lysandra no se molesta en llevarse la mano al pecho fingiendo ofensa. Sabe que ese tipo de manipulación funciona aún menos ahora que antes.

—No puedo soportar esto más —declara, sonando realmente agotada, y atrae mi mirada de vuelta hacia su figura, que ahora luce inquieta—. ¡Esto es absurdo! ¿En qué clase de mundo una

madre tiene que pedir cita para ver a su hijo? ¡No soy tu empleada, Nero! ¡No soy un contrato de negocios! ¡Soy tu madre! Te crie y ni me recibes en tu casa, ni contestas mis llamadas. Apenas hablas conmigo a menos que esté en tu agenda. —Deja escapar una risa amarga—. Lo cual, misteriosamente, ocurre solo cada tres meses. Ni siquiera intentas disimular que limitas hasta eso. —Lanza sus reproches sobre mí como si yo fuera el culpable de esta situación, en lugar de su propio comportamiento tóxico, que es exactamente lo que está mostrando ahora—. ¡Hace casi un año que no nos visitas, más de un año que no ves a tu padre, Nero! —Levanta las manos como si necesitara el gesto para ilustrar lo absurdo de la situación—. No vienes a las cenas, ni a los almuerzos, ni a las fiestas. No fuiste a mi cumpleaños. ¿Tienes idea de lo que hizo pensar a la gente?

Ahí está. Río amargamente.

—¿Ese es tu problema? ¿Que no fui a tu cumpleaños? ¿Por eso estamos teniendo esta conversación, Lysandra? ¿Eso significa que cada vez que falte a uno de tus cumpleaños tendré que soportar este tipo de represalia? Considérame adecuadamente amenazado.

Lysandra cierra los ojos y aprieta los puños. Exhala ruidosamente en una rara demostración de pérdida de control.

—¿Eso es todo?

—No te estoy amenazando, Nero —dice, cuando recupera la compostura, y aparta la mirada, observando las ventanas. Ahora es ella quien deja escapar una risa amarga—. Pensé que la partida de esa mujer lo solucionaría todo.

La mera mención de Nina hace que se me ensanchen las fosas nasales.

—No vamos a tener esta conversación.

—¿Y por qué no? —pregunta, con una risa seca—. No es como si fuera un secreto que te has obsesionado con ella, ¿verdad? ¿O crees que no sé todo el dinero que gastas financiando esa búsqueda inútil que ya lleva años?

—Pensé que limitar nuestras interacciones sería la mejor manera de, al menos, mantener algo de relación, pero si aun así vas a intentar entrometerte en mi vida, tal vez deberíamos suspenderlas por completo.

—¡Solo quiero recuperar a mi hijo! —grita. Lysandra grita, y yo cruzo los brazos frente al pecho, preguntándome qué la llevó a este límite, porque es la primera vez que la escucho gritar en toda mi vida—. ¡Solo eso! ¿Quieres seguir persiguiendo a esa mujer por el mundo? ¡Hazlo! ¿Quieres hacerle la prueba al niño para saber si es tuyo? ¡Hazla! ¡Tráelo a casa, si lo es! Lo que sea necesario para que vuelvas a ser el hombre que solías ser, solo hazlo, pero hazlo ya —exige.

Reiría si tuviera la disposición para explicarle a Lysandra que su deseo es imposible de cumplir. No hay nada en el mundo capaz de hacerme volver a ser el hombre que fui; aún no han inventado una máquina del tiempo.

Miro la pantalla de mi computadora antes de responderle.

—Se te acabó el tiempo.

***

Deslizo el dedo por la pantalla de la tablet, pasando a la siguiente foto. Muestra una suite principal espaciosa, pero basta con ver la bañera de hidromasaje para decidir que, para este apartamento, la respuesta es un rotundo no. Cierro la presentación y abro la siguiente lista que envió el agente inmobiliario.

No es un penthouse, sino una casa, y eso me agrada. Abro la galería de fotos y paso de una a otra, descubriendo los espacios y perdiendo el interés en ellos rápidamente, mientras mi mente se sumerge en uno de sus pasatiempos favoritos: viajar a una realidad alternativa donde Nina aún está aquí.

En esa realidad, los tres vivimos en la casa cuyas fotos mis ojos observan ahora sin realmente verlas. Nuestro hijo corre por el jardín y Nina tiene una expresión preocupada, temerosa de que se acerque demasiado a la piscina, aunque estamos tan cerca del niño que eso nunca sucedería sin que pudiéramos impedirlo.

En mi mente, es un niño. Siempre es un niño, aunque nunca tuve la oportunidad de saber el sexo del bebé. Ella dijo que creía que no era una niña. Cierro la presentación de la casa y levanto la vista hacia la pared de mi oficina.

Un suspiro profundo se escapa de mis labios, y paso un tiempo ciego a todo lo que me rodea. Las voces que se oyen al pasar por mi puerta al abrirse me devuelven del futuro imposible al amargo presente.

—Juro por Dios que, si hubiera sabido que te convertirías en un gitano errante, nunca me habría apuntado para ser tu amigo, Nero. —Drako entra sin tocar, quejándose, e ignora completamente mi cara de fastidio.

—¿De verdad te vas a mudar otra vez? —pregunta Apolo, entrando detrás de Drako en esta pequeña invasión a mi oficina—. ¡No ha pasado ni medio año desde que cambiaste de casa!

Aparto la tablet a un lado, esperando al tercero, que no tardará en aparecer. Y en 3, 2, 1...

—¿Qué hacen aquí? —pregunta Atlas, deteniéndose en el umbral de la puerta abierta, esperando permiso para entrar.

—Aparentemente, un motín —contesto, mirando a Drako y Apolo con desdén. Los dos idiotas se instalan como si fueran bienvenidos, y Atlas aún no ha entrado—. Entra, Atlas —ordeno—. Y cierra la maldita puerta. —Da un paso al frente y cierra la puerta detrás de él, sin acercarse más—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Soy tu reunión de las seis. —Me informa con un tono obvio.

—Mira qué considerado. Hasta hizo cita. —Drako se burla—. ¿Sabías que Nero se muda de casa otra vez? —Me acusa, como si yo estuviera haciendo algo malo.

Atlas apenas gira un poco el cuello, reconociendo el patrón, pero no dice nada. Su gemelo, sin embargo, no pierde la oportunidad.

—Tienes que parar con esto, hermano. Te estás volviendo loco. Ya es hora de que busques a un psiquiatra. Ya lo decidimos todos. —Lo anuncia como si fuera cualquier cosa.

—¿Todos quiénes? —pregunto sin real interés en la respuesta.

—Nosotros tres —admite Apolo, y Drako asiente.

—Yo no decidí nada —Atlas añade tranquilamente, desentendiéndose.

—¡Tú votaste que sí! —Drako se queja.

—Que yo crea que Nero necesita ayuda médica no significa que me vaya a meter en su vida si no me ha pedido ayuda —Atlas dice esto con tal calma que cualquiera que lo mirara pensaría que está pidiendo un jugo, no conteniendo a dos tarados.

—¿Y piensas esperar hasta cuándo? —Drako sube el tono, molesto—. ¿Hasta que lo único que quede sea ordenar las flores para el funeral? Porque ya sabemos que serán margaritas.

Por lo que entiendo, ya han tenido esta discusión muchas veces para haber llegado a este punto. Todos lo miramos, en un cuestionamiento silencioso al que él responde.

—Eran las favoritas de Nina, o vamos a seguir fingiendo que ella no es la razón de tus crisis, de tus obsesiones, de tus ataques de ansiedad. ¿Vamos a seguir haciendo como si no supiéramos que cuando desapareces es para vagar como un fantasma por su casa, por la casa de ustedes? ¿Hasta cuándo vas a huir de una casa cada vez que empieza a recordarte a Nina?

—Fuera de mi oficina, todos ustedes. —Cierro la conversación.

—No sirve de nada huir de lo que llevas dentro. —Drako me ignora, sin tacto alguno—. ¡No es la casa, eres tú! —grita ahora, sin contenerse.

Y así empieza de nuevo. Cierro los ojos con fuerza porque no quiero que se den cuenta. Pero mis manos comienzan a temblar, y pierdo la fuerza en las piernas, aunque ya esté sentado.

Abro los ojos y veo todo borroso; no entiendo lo que están diciendo, es como si hablasen despacio y en susurros. Drako me pone una mano en el hombro, afloja mi corbata y desabrocha tres botones de mi camisa.

No es la primera vez que me ven en una crisis de ansiedad, pero no creo que alguna vez hayan presenciado una tan fuerte. Apolo empuja a Drako, agarra mi cabello y, sin delicadeza, me guía para que incline la cabeza hacia mis rodillas.

—Respira —me recuerda, respirando fuerte y despacio, guiándome—. Respira —repite, y yo lo hago, durante largos segundos, mientras Apolo sostiene mi cabeza y respira conmigo. Mi audición empieza a normalizarse, los sonidos dejan de ser amortiguados.

No pasa mucho antes de que mi visión también se aclare. Sigo contando respiraciones junto con Apolo, y Drako me abanica con unas carpetas que agarró. Entonces veo a Atlas entrar apresurado, ni siquiera me había dado cuenta de su ausencia. Se arrodilla frente a mí y coloca un cubo de hielo en cada una de mis palmas.

La vulnerabilidad que me invade me da ganas de tirar a los tres por la ventana de la oficina, para que no digan ni vean más nada. Para no exponerme así, patético y sin control, pero estoy cansado, agotado y sin saber qué hacer.

—Nunca voy a poder superarlo mientras no sepa qué pasó con ella —respondo honestamente a una pregunta que nadie hizo. Cada palabra me desgarra al salir, buscando un lugar menos hostil para descansar—. Lo intenté, pero es más fuerte que yo —continúo. Ya empecé, y ahora voy a terminar. No soporto que me desafíen como si pudiera hacer algo distinto de lo que hago. ¿Creen que elegí esto? ¿Que quería quedarme así?—. Hasta que no le ponga un punto final a esto, mi vida seguirá estancada en el tiempo, flotando en los fragmentos de conciencia que me quedan.

Declaro finalmente, y sé que mi dolor se abre paso. Circula en el aire y encuentra refugio en el corazón de cada uno de mis amigos.

No puedo decir que me sienta más aliviado, pero veo que ellos, sin duda, se sienten más agobiados. Quisiera sentirme culpable por eso. Pero hace mucho que ya no tengo espacio para eso.

Es el silencio lo que nos conecta. Apolo y Drako se vuelven a sentar, Atlas permanece de pie junto a ellos. Tiro el resto del hielo al basurero y me seco las manos en los pantalones.

—Podemos ayudarte a buscarla, pero tienes que prometer que... —Drako empieza, y lo interrumpo.

—Lo prometo.

—Ni siquiera sabes lo que iba a decir.

—¿No hacerle daño? —adivino, y él asiente—. No lo haré. No más.

—Entonces tenemos que hacer lo necesario para encontrarla.

Por una ironía del destino, o tal vez como recompensa por el momento compartido, recibo un mensaje nuevo, y lo abro. Es el investigador, avisándome que Oliver Sarris compró un boleto para Grecia, viajando solo y que aterrizará en cualquier momento.

El aire que respiro se siente como pura energía, llenándome de una fuerza que va más allá del simple oxígeno.

—Esto se va a terminar —digo en voz alta sin dar explicaciones, y ellos me miran confundidos—. Tengo una pista, y acaba de aterrizar.

—Yo manejo —se ofrece Drako, alzando las llaves del auto.

52

NERO ZANTHOS

Escondidos en un auto, ya llevamos tres días siguiendo a Oliver Sarris, y en ningún momento ha estado solo para que podamos abordarlo. Esta parece ser nuestra primera oportunidad.

—Está saliendo de la casa —anuncia Drako a través del altavoz del auto. El muy idiota insiste en seguir a Oliver por separado, solo para andar en su moto.

—Lo vemos, Drako —me quejo, impaciente—. Estamos justo enfrente de la casa. Y, por cierto, ¿no crees que te ves un poco sospechoso para estar en una vigilancia?

—¿De qué hablas? —pregunta indignado, mirándose en el espejo retrovisor al otro lado de la calle.

—No sé, tal vez el casco rojo y la ropa de cuero no son las mejores elecciones para pasar desapercibido —comento con sarcasmo.

—Puedo hacerme pasar por un repartidor en cualquier momento —se defiende, ofendido.

—¿Con una Ducati? Me estás tomando el pelo.

—¿Uber Eats Black Super Premium?

Atlas golpea su cabeza contra el tablero sin encontrarle gracia.

—¿Por qué tuvimos que traerlo, exactamente? —Apolo finalmente habla, moviéndose en el asiento trasero, cansado de estar sentado.

—Porque dejarlo solo y aburrido significaría más problemas por resolver cuando volviéramos —declara Atlas, con tono afligido. Parece que ha pasado un buen rato pensando en todas las posibles consecuencias de esa opción, y en todas, Drako acaba haciendo alguna estupidez irreparable.

—Está bajando las escaleras —avisa Drako, innecesariamente.

—Cállate, Drako.

Observo a Oliver cruzar la calle, caminando hacia su auto estacionado. Parece tranquilo y confiado. Aprieto el volante con fuerza, intentando controlar mi ansiedad. Oliver enciende el auto y lo seguimos discretamente.

—Mantente fuera de su vista, Drako —le advierto, tomando aire con fuerza por la nariz para intentar mantener mis latidos bajo control.

—¿Crees que soy un idiota?

—Claro —respondemos al unísono los tres desde el auto.

Mantenemos una distancia segura hasta que Oliver entra en una calle concurrida. Un tipo frena de golpe en un semáforo y provoca un pequeño accidente. No es grave, pero nos deja

atrapados en una fila de autos.

Drako nos deja atrás y continúa siguiéndolo en la moto.

—¡Les mantendré informados, idiotas! —se jacta, desapareciendo de nuestra vista.

***

Con la ubicación que nos envió, llegamos a un club. Estamos en el vestíbulo, esperando a Drako. Aparece en chanclas, traje de baño y con una toalla.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, algo atónito por su apariencia completamente fuera de lugar—. ¿Estamos en el lugar correcto, Drako? ¿O lo perdiste?

—Estoy improvisando. ¡Y deja de desconfiar! Sé exactamente dónde está. Tengo un plan.

—¿Y cuál es…? —Le dejo la frase para que la complete, como si hablara con un niño. Drako pone los ojos en blanco.

—Está en la sauna. El novio de Nina está en la sauna —podría golpearlo solo por el ridículo apodo, pero me contengo—. La ropa de ustedes está en los lockers. —Nos da la llave—. De nada.

—¿Ropa? —pregunta Atlas.

—Ajá. Les compré algo también, de nada otra vez —dice, ya alejándose de nosotros.

—¿Y tú a dónde vas?

—A entretener a mi cuñado mientras ustedes se visten —dice, guiñando un ojo. Doy un paso hacia él, listo para golpearlo, pero Atlas y Apolo me empujan hacia atrás.

—Guarda tus energías para el novio de tu ex novia.

***

Cuando llego a la antesala de la sauna, Drako está recargado en la puerta, como si fuera un guardián. Parece que ya se le acabaron las bromas, porque nos espera en silencio, con una expresión controlada.

—Está ahí dentro, solo —nos informa, con un gesto señalando la puerta detrás de él.

—Creo que es mejor que te quedes aquí afuera, Drako —anuncia Atlas, en parte pidiendo, en parte ordenando en voz alta.

—¿Por qué? ¡Tengo un plan! —susurra, como si tuviera todo bajo control.

—Por eso mismo. —Sus ojos se abren para defenderse, pero Atlas lo corta—. ¿Recuerdas la última vez que tenías un plan perfecto, cierto?

—Eso fue un accidente, Atlas.

—¿Y la vez anterior? —responde Atlas.

—Tenía todo controlado —Drako sisea entre dientes—. No es mi culpa que ustedes siempre

se desesperen y arruinen todo antes de que funcione —se queja, pero acepta con una expresión burlona—. Luego de que yo hago todo, los héroes se llevan las medallas. —Hace una reverencia pequeña, señalando que entremos y se aparta de la puerta.

Pongo la mano en la puerta de la sauna y respiro hondo antes de abrirla.

—Tal vez sería mejor que yo también me quede afuera —decide Apolo, y lo miro, preguntando con la mirada—. Por si necesitas un abogado —explica, y señalo a Atlas, obvio—. Atlas es muy recto, no sobornaría a nadie para sacarte rápido de la cárcel.

—¿Tú sí sobornarías? —pregunta Atlas.

—Sería mejor que lo hicieras, porque si depende de mí y alguien me pregunta algo, diré que no vi nada, no sé nada, solo estaba aquí mirando el paisaje —amenaza Drako.

—Buena aclaración —respondemos Atlas y yo al mismo tiempo, sin dirigir nuestras palabras a nadie en particular.

—¿Pueden cerrar la puerta, por favor? —la voz de Oliver nos llama la atención desde adentro. Su tono educado me irrita de inmediato.

—Claro que podemos —respondo de mal humor y entro, con Atlas a mi lado—. Necesitamos hablar —anuncio, cruzando los brazos, sin preocuparme en que Oliver no se sienta amenazado. Su mirada va de mí a Atlas, luego a la puerta cerrada, donde las sombras de Drako y Apolo, recargados, se ven claramente.

—¿Te conozco de algún lado? —pregunta curioso, pero ya intentando alejarse. Detrás de él solo hay unos escalones más altos del banco donde está sentado.

—Soy el prometido de la mujer con la que huiste de Grecia hace cinco años —respondo rápido, sin rodeos, sin gastar palabras.

—¿Mujer? No sé nada de ninguna mujer. ¿De qué hablas?

—Nina Marchesi —explico, avanzando impaciente hacia él, pero Atlas reacciona más rápido y se interpone.

—Déjalo hablar, Nero —pide, mirándome directo a los ojos y sin dejarme un resquicio para pasar.

—¿A quién intentas ayudar? —pregunto, irritado—. ¡Huyó con Nina y ahora se hace el desmemoriado!

—No huí con nadie. Me fui de Grecia porque dejé embarazada a mi novia —se defiende Oliver, avergonzado, y avanzo hacia él sin necesitar más palabras. Atlas realmente debe usar su fuerza para detenerme, porque me arrastra en dirección a ese imbécil.

—¿Y quién era tu novia, carajo? —grito, escupiendo las palabras, con las fosas nasales infladas.

—Diana Karas —responde, asustado. Oliver saca la billetera del bolsillo del albornoz despacio, como si fuera un arma, y me muestra fotos. Las pasa una por una, contándome su

historia—. Era un desastre, un adicto. Mis padres me enviaron lejos para proteger a mi novia. Me tomó tiempo ganarme el derecho a tener a mi familia de vuelta. Sea lo que sea que buscas con esa chica, yo no soy el tipo que buscas. Jamás la he visto. Ni siquiera sé quién es.

El peso de sus palabras me golpea como una bala, destrozando todo en lo que creía. Podría matar a mi madre en este preciso momento. Trato de recordar sus palabras exactas, y la certeza de que me ha mentido tantas veces se instala como un manto pesado que me ahoga.

La calma de Oliver es lo que me desquicia. No está nervioso, porque aunque tiene dos tipos acorralándolo en una sauna, no tiene nada que esconder. Nada.

No necesito más detalles, ni una larga charla para llegar a la conclusión de que mi próximo paso solo puede ser uno.

—Gracias por tu colaboración —le digo a Oliver en automático, dándome vuelta y abriendo la puerta de la sauna sin siquiera mirar a los lados.

—¿Qué pasó? ¿A dónde vas? —pregunta Drako detrás de mí. Mis hermanos apuran el paso para seguirme. No paro, no freno, ni me doy la vuelta para responder. Solo respondo con una calma inexplicable la verdad que me consume y vibra en mí sin dejar espacio para nada más.

—Voy a asesinar a mi madre.

53

NERO ZANTHOS

—Nero —dice mi madre, cerrando el libro que tiene en las manos con una expresión esperanzada. Su esperanza, sin embargo, dura solo hasta que ve mi rostro con atención. Lysandra baja el libro sobre el asiento a su lado, en el sofá—. ¿Qué pasó? —Su tono es lo bastante temeroso como para aumentar mis sospechas. Es casi como si estuviera asustada de algo, de que yo me hubiera enterado de algo.

Apenas noto la presencia de mi padre, sentado en la butaca al lado del sofá. Mi vista solo está en Lysandra, mi mente concentrada en todas las posibilidades que giran a su alrededor, transformando mi pecho en el ojo de un huracán de emociones.

Me acerco a ella hasta que el espacio entre nuestros rostros es mínimo, solo lo justo para no tocarnos, y bajo los brazos sobre el asiento, rodeándola.

Los ojos de Lysandra se abren de par en par, y su cuerpo se echa hacia atrás en un intento de poner algo de distancia entre nosotros, sorprendida por la rapidez con la que invado su espacio. Con la vista periférica, veo a mi padre levantarse de la butaca, pero lo detengo antes de que tenga oportunidad de intervenir.

—Quédate donde estás. Esto es entre ella y yo. —Konstantino se queda inmóvil, parpadeando, antes de cruzarse de brazos. No retrocede, pero tampoco avanza.

Es una reacción tan típica de su complacencia habitual que ni me sorprende. Lysandra lo mira, pidiendo ayuda con la mirada, pero eso no lo hace moverse.

—Me mentiste —digo las palabras despacio, sintiendo el sabor amargo de cada una al deslizarse por mi lengua—. No solo por uno, dos, tres, o cuatro, sino por casi cinco años. Acabo de conocer a un viejo amigo tuyo, ¿sabes a quién? A Oliver Sarris. ¿Y sabes lo que descubrí?

Cada palabra que pronuncio rompe uno de los frágiles hilos que aún sostienen mi autocontrol. Mi tono es una mezcla de desprecio, amargura y sarcasmo, algo que nunca había oído en mi propia voz.

—¿Qué?

—Él no sabe quién es Nina, no sabe quién soy yo, ¡ni siquiera te conoce! —Las acusaciones salen de mi boca con furia, salpicando gotas de saliva.

—¿Y qué esperabas? ¿Que te tratara como si fueran mejores amigos solo porque compartieron un par de piernas? —Lysandra tiene la desfachatez de desafiarme, avanzando para recuperar el espacio que había retrocedido. Se pone de pie, intentando igualar nuestras posiciones, y me mira incrédula al decir:—. ¡Nero, ubícate!

—¿Qué hiciste? —pregunto, nada convencido por su respuesta ridícula. Aprieto los puños y doy un paso atrás, luego empiezo a caminar en círculos cortos. Me giro hacia Lysandra de nuevo —. ¡¿QUÉ HICISTE?! —Ahora la pregunta es un grito que expresa no solo el odio que recorre

mis venas en lugar de sangre, sino toda la angustia que la verdad comienza a desencadenar.

Lysandra me observa como si no pudiera creer mi osadía. Sus fosas nasales se ensanchan mientras intenta controlar su propio temperamento, clavando las uñas en sus palmas.

—Te protegí. —Finalmente, se rinde en su intento de controlarse y me lanza las palabras como si fueran verdades absolutas—. ¡Te libré de un problema! ¡Hice mi papel de madre!

—¿Tu papel de madre? —Mi voz sale vacía cuando la cuestiono, desesperado, porque ella no lo negó. ¡No lo negó!—. Si encuentro al otro hombre que involucraste en esto, o a sus padres, ellos no van a saber quién soy, ¿verdad? Porque ¡todo fue una farsa! —La última frase sale de mi boca en un grito aún más fuerte que los anteriores. Me alejo de Lysandra, incapaz de soportar su cercanía.

Retrocedo unos pasos antes de darle la espalda. Llevo el puño a la boca, mordiéndolo, necesitando desesperadamente otra forma de dolor que me distraiga del que me destroza el corazón con cada latido descompasado.

—¡Ella no valía nada!

—¡Era todo para mí! —admito en voz alta por primera vez en años, girándome hacia Lysandra. El odio hacia mí mismo invade cada uno de mis poros, compitiendo en intensidad con lo que siento por ella.

—¡Estás loco, Nero! ¡Completamente loco!

—¿Dónde está? —pregunto, acercándome de nuevo, abriendo y cerrando las manos sin control.

—No lo sé.

—¿Dónde está, Lysandra? —vuelvo a gritar, esperando que eso la haga entender que no me iré hasta que obtenga la respuesta que necesito.

—¡No lo sé, maldita sea! ¡No lo sé! Si lo supiera, ¿crees que ya no habría traído a tu hijo a casa? —responde también gritando, y lo poco que quedaba de mí se desvanece por completo. "Tu hijo", dijo.

Mientras yo pasé todo este tiempo consumido por la duda, para Lysandra, saber si el hijo que Nina esperaba era mío o no, nunca fue una incógnita. Ella sabía. Siempre supo y destruyó mi vida solo por capricho.

El dolor es un nudo en mi corazón, apretándolo hasta que está a punto de estallar y acabar con mi miseria, y espero. Espero y espero y espero. Pero incluso después de minutos, sigo aquí, sintiéndome más destrozado a cada segundo, pero aún aquí.

—Todos estos años... —digo, y tengo que voltear el rostro, apartando la mirada de Lysandra para evitar hacer una locura—. Todo este tiempo... —Es impensable. Es indescriptible. Es una agonía interminable que sube por mi garganta y llena cada rincón de mi cuerpo—. No puedo creer que todos estos años... —repito en un susurro—. ¿Cómo puedes odiar tanto a alguien? ¡Sin razón alguna! Porque es eso, ¿no? Nina nunca te hizo nada... —Elevo la voz, mi indignación y odio impulsan mi desesperación hasta un punto en el que ya no puedo contenerme—. ¿Y yo?

¿Qué te hice yo para que me condenaras a esta vida de miseria?

—¿Miseria? —Lysandra rechaza la idea al instante—. ¡Te acepté en esta casa! —Señala, y aquellos días en que me sentía agradecido por eso parecen ser de otra vida, de otro universo, tal vez—. Te acepté cuando no eras nada —me recuerda—. ¡No tenía por qué hacerlo! Pero lo hice, porque no podía tener hijos. Sin embargo, debí haber imaginado que la manzana no cae lejos del árbol. —Su comentario final no tiene sentido para mí, y no sé si es que mi entendimiento está nublado por el odio que me consume o si realmente hay una razón.

—¿Entiendes que no solo destruiste a mi familia? También destruiste la nuestra. Eso que tan generosamente me recordaste haber hecho por mí ya no significa nada, Lysandra. Nada. —Podría escupir al suelo ahora mismo.

Mi padre da un paso hacia mí, y le lanzo una mirada de advertencia para que se mantenga alejado, porque aunque su expresión deja claro que hasta este momento no sabía nada, ¡era su trabajo saberlo, carajo! ¡Era su maldito deber!

—Es hora de decirte algo, Nero —dice Konstantino, y por primera vez desde que puse un pie en esta casa hoy, veo a Lysandra verdaderamente desesperada. La palidez inunda su rostro.

—¡No! ¡No! —grita, avanzando hacia Konstantino, apuntándole con el dedo.

—Es momento, Lysandra.

—¡No, no, no! —repite ella, pero él la ignora y se dirige a mí.

—Soy tu padre —declara, y sacudo la cabeza despacio, sin entender, hasta que otra palabra sale de su boca—. Biológico. —No respondo. Hay demasiadas emociones invadiendo mi pecho y mente en este momento. Miro a Konstantino, intentando procesar lo que acaba de decir, pero guardo silencio. Él toma mi silencio como un permiso para continuar—. Me enteré cuando ya era tarde. Era un joven impulsivo y dejé que mi familia me convenciera de que lo hecho, hecho estaba. Por mucho tiempo pensé que lo mejor era olvidar, pero cuando te vi en ese orfanato, Nero, no pude, simplemente no pude. —Habla lentamente, como si reviviera esa escena en su mente—. Eras igual a ella...

—¡No, no, no! —Lysandra empieza a gritar con histeria, negando con la cabeza y moviendo las manos—. ¡Él es igual a mí! ¡Igual a mí!

—No, no lo es, Lysandra —responde Konstantino—. Tú, mejor que nadie, sabes cuánto tiempo desperdiciaste intentando convertirte en la mujer que yo amaba, pero yo la conocí primero. Puedes tener el mismo perfume, los mismos gestos, incluso algunos rasgos, pero no eres ella, y Nero nunca se ha parecido a ti en nada. Él es idéntico a su madre. La naturaleza fue generosa, librándolo de la genética podrida de mi familia.

Familia. Esa última palabra resuena en mi cabeza como un eco interminable, pero no tiene nada que ver con las dos personas que tengo enfrente. No, se trata de mi familia, de mi hijo, de la mujer que amé y a quien humillé de todas las maneras posibles, intentando que sintiera al menos una fracción del dolor que estaba seguro de que ella me había causado.

Un hijo.

Me doy la vuelta y salgo de la casa de Lysandra y Konstantino sin ver ni escuchar nada. Mi vista se convierte en un túnel con un destino claro mientras subo al auto y manejo como un demente por las calles de Khione, viendo solo el lugar donde quiero llegar. Que no provoque un accidente en el camino es un milagro.

Cuando estaciono el auto y finalmente llego a la puerta que buscaba, golpeándola con fuerza, necesitando que alguien la abra, siento que por fin puedo empezar a intentar respirar de nuevo.

—¿Nero? —Atlas pregunta, abriendo la puerta de la casa que comparte con Apolo—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito ayuda.

54

NERO ZANTHOS

—Casi veinte años pensando que era adoptado —lamenta Atlas, sujetando su taza de café con rabia—. Tu madre es una hija de puta —añade, captando la atención de todos en la sala.

Atlas no es de decir groserías, y mucho menos de usar una palabra así para referirse a una mujer, aunque lo merezca. Pero parece que ni se da cuenta de que lo dijo en voz alta; su mirada está perdida, igual que sus pensamientos.

—Ella no es mi madre —respondo con calma—. Mi madre murió el día que nací.

—De manicomio. Debe tener una de esas enfermedades en las que los padres se obsesionan con los hijos. Esa mujer estaba loca por ti —Drako comenta—. Te lo decía siempre, era una loca de cárcel. Siempre tuvo ese aire de villana de telenovela, me recordaba a la bruja del orfanato. Nos despreciaba, Nero —continúa, espantando el recuerdo y pasándose la mano por la cara, como si intentara borrar la imagen de su mente.

—Siempre supimos que tu padre era un idiota, pero no sabíamos que era un profesional en eso —interviene Apolo—. ¿Cómo lograba verte todos los días sin contarte que eras su hijo? No entiendo.

—No me miraba —explico, finalmente comprendiendo—. Así es como lo hacía. Me daba todo lo que el dinero podía comprar y se escondía lo mejor que podía —resumo mientras en mi mente desfilan imágenes de toda nuestra vida juntos—. Al menos tuvo la decencia de sentir vergüenza por ser así.

—Nunca pensé que Nina te hubiera engañado, ¿sabes? —me confiesa Apolo, bajo la atenta mirada de Drako. Atlas sigue sumido en su propio mundo, como si estuviera haciendo cálculos.

—Yo tampoco, pero siempre creí que había escapado con ese tipo solo para vengarse de que la humillaras. De hecho, me pareció que lo tenías bien merecido —me dice Drako, sin un atisbo de remordimiento.

—Gracias. —Río, sin mucha gracia—. Necesito encontrar a Nina y a mi hijo; me estoy volviendo loco con toda esta verdad sin poder hacer nada. —Paso las manos por mi cabello, concentrado en lo único que realmente importa de toda esta basura. Mi mujer y mi hijo, que ni siquiera tengo derecho a llamar así.

Lágrimas que hacía tiempo no sentía ruedan libres y caen sobre la superficie lisa de la mesa de la cocina, donde estoy sentado. No sé si es porque me siento acogido o desesperado, pero un llanto convulsivo se apodera de mí.

Ninguno de ellos se mueve o reacciona, solo me observan. Drako está sentado en la misma mesa que yo, Apolo recargado contra la barra de la cocina, y Atlas parece finalmente haber regresado de donde sea que había ido en los últimos minutos, mirándome desde el sillón donde está en la sala.

No puedo, ni quiero, dejar de llorar y sollozar; es una sensación que al mismo tiempo me

libera y me ahoga.

Estuve equivocado todo este tiempo sobre la única persona que amaba, la única que me importaba. Y aunque estoy destrozado por dentro, por la brutalidad de la verdad y por todo el daño que le hice, sonrío, porque estar equivocado es todo lo que siempre quise.

Atlas se levanta decidido y camina hacia mí. Hay algo en su mirada que me pone en alerta y me pongo de pie también.

—Sé dónde está Nina —declara. Sin embargo, sus palabras suenan más como un reto que como una ayuda.

—¿Dónde? —pregunto, sintiendo cómo su mirada se alimenta de una sombría satisfacción, mientras una mezcla de esperanza y desconfianza crece en mi pecho.

—Pienza, Italia —responde con una calma fría, económico en sus palabras.

Tiene el mismo aire que adoptaba cuando nos sugería hacer algo, uno de nosotros no lo hacía, y todos acabábamos en problemas. No le importaba salir perdiendo también, siempre y cuando tuviera razón. Y es con la certeza de que me arrepentiré al instante que pronuncio mis siguientes palabras.

—¿Cómo sabes eso, Atlas? —articulo cada sílaba lentamente y con cuidado, mientras la tensión aumenta de golpe a mi alrededor. Apolo y Drako se acercan, notando el cambio en el ambiente.

—Hace cinco años, yo la ayudé a desaparecer —admite, y no sé si me lo dice o me lo lanza como una acusación.

Lo siguiente que escucho es su mandíbula golpeando contra mi puño cerrado con una fuerza que ni siquiera sé de dónde salió, porque antes de darme cuenta, ya lo estoy golpeando una segunda y una tercera vez.

Mi reacción parece trascender mi propio cuerpo. Observo como si estuviera en trance, fuera de mí. Los únicos sonidos que escucho son los golpes secos de cada impacto.

Doy un paso atrás, nervioso. Una parte de mí quiere matar a mi hermano, y la otra también, me doy cuenta finalmente. Mi cerebro tardó en procesar el instinto asesino que mi cuerpo obedeció sin dudar.

Apolo se interpone entre nosotros cuando preparo otro ataque, y no logro golpearlo por poco.

—Basta, Nero. Luego le das otro golpe. Déjalo que termine de contar la historia, porque me está matando la curiosidad.

Drako me mira y luego a Atlas, que está resignado, probando con cuidado la movilidad de su mandíbula. No dice nada, ni se queja, pero Drako no se calla.

—Yo creo que puede aguantar otro par de golpes. Dale, Nero, otros dos y después escuchamos el resto de la historia —me incita, como si esto fuera un juego.

Los gemelos lo miran, pero yo sigo concentrado en Atlas, avanzando sobre Apolo y sujetando

a Atlas por la camisa. Apolo queda atrapado entre nosotros.

Drako se sienta en el sillón, como si esta pelea no fuera nada serio, como si fuera una de tantas de nuestra infancia. Apolo lo observa con desaprobación.

—Ay, por favor. ¡Qué drama! Nero quiere golpear, Atlas quiere recibir los golpes, y yo quiero ver. —Se defiende, encogiéndose de hombros ante la mirada reprobatoria de Apolo—. Si Atlas quisiera defenderse, Nero no lo hubiera ni tocado. ¿O hace falta recordar que es cinturón negro en jiu-jitsu y que no ha perdido una competencia desde los 23 años?

Apolo gira la cabeza, como si de pronto recordara ese detalle, algo que también había pasado por alto. Si Atlas realmente quisiera, podría devolverme el golpe y lastimarme en serio, pero no lo hizo. Ni siquiera lo intentó. Recibió los golpes sin oponer resistencia. El dolor nunca ha sido un problema para él, y es algo que yo debería recordar.

Apreto los puños, intentando calmarme, respiro profundo y trato de enfocarme en lo que de verdad importa. Doy un paso atrás, temblando, no por ansiedad, sino por la rabia que todavía me hierve.

Apolo se hace a un lado, evaluándome. Yo no avanzo, y él baja la guardia. Atlas le aprieta el hombro en un gesto de agradecimiento silencioso.

—No creas que te estoy defendiendo porque me preocupa lo que te pase —dice Apolo, retirando su hombro de la mano de Atlas, indignado.

—¿Entonces por qué lo defendiste? —pregunta Drako, medio interesado, sin levantar la mirada de su celular.

—Porque llevo siendo el gemelo más atractivo desde hace mucho tiempo, y no pienso dejar que este feo me quite el puesto. ¿Te imaginas mi cara perfecta con una cicatriz? Las mujeres se volverían locas.

Cierro los ojos, incrédulo de que puedan bromear en una situación como esta. Pero somos adultos, y ya conozco esta dinámica. Drako siempre ha sido muy hábil para evaluar su entorno y tomar decisiones rápidas, y rara vez se impresiona por nada.

En su mente, si Atlas no iba a matarme -y eso lo tiene claro-, no tenía sentido que él gastara ni una pizca de energía metiéndose en esta pelea, más allá de las necesarias para disfrutar el espectáculo.

Apolo es distinto, sí se preocupa por su hermano, aunque el peligro sea mínimo. Él se lanzaría de un avión sin pensarlo dos veces, pero se pone nervioso si Atlas se cae del segundo escalón de una escalera.

Atlas me observa en silencio, esperando mi reacción real, no la primera que tuve, movida por el impulso.

Estos tres hombres son mis amigos, mis hermanos, y desde que tengo memoria, siempre hemos peleado y hecho las paces. Esta vez no va a ser diferente.

Mi cuerpo responde antes de que yo decida hacerlo y rodeo a Atlas con un abrazo, aunque él asiente y dice.

—No voy a pedirte disculpas, porque no me arrepiento de nada. Nina necesitaba ayuda, y no haría nada diferente.

—Gracias —le digo como debí haberlo hecho desde el principio—. Gracias, hermano.

Solo entonces, Atlas me abraza de vuelta, todavía algo tenso.

—No lo hice por ti. Lo hice por Kael.

—¿Kael? —repito, sintiendo una mezcla de necesidad y temor en la respuesta.

—Tu hijo. Nina tuvo un niño, y ya es hora de que lo conozcas.

No sé si pasan segundos, minutos, horas o siglos. Ese instante en que todo cambia se alarga, y entonces susurro una oración a santos que ni conozco y doy gracias.

—¿Vamos de una vez, entonces? —Drako me saca de mi trance, mostrándome la pantalla de su celular donde estaba concentrado—. Tenemos cuatro boletos para Pienza. Llegamos hoy mismo si dejan de protagonizar una telenovela y mueven esos culos. Y para colmo, pésima actuación. Fatal.

55

NERO ZANTHOS

La calle es tranquila, una hilera de casas idénticas con patios bien cuidados. En realidad, toda la ciudad parece ser tranquila, por lo poco que vi desde el aeropuerto hasta aquí. Pequeños comercios, restaurantes familiares y casas con cercas blancas están por todas partes. Debería haber imaginado que Nina vendría a Italia, pero estaba tan cegado por mi propia miseria y las mentiras de Lysandra que no vi lo que ahora parece tan obvio.

La ciudad que eligió, aunque lejana de su lugar natal y el de doña Rosa, es un lugar familiar y, sobre todo, con un idioma que conoce. Con Nina embarazada y las dos dejando Khione sin nada, eso seguramente era importante. Mis labios se tensan, tragando el veneno que estos pensamientos dejan en mi boca, porque lo merezco.

—¿Estamos seguros de que ella no está allá adentro, mientras nosotros seguimos aquí afuera? —pregunta Drako desde el asiento trasero del auto.

Miro la casa adosada donde Nina vive con su madre y mi hijo. Es una construcción sencilla de dos pisos. Unas cercas bajas delimitan el jardín de la acera, y un muro de apenas un metro y medio de altura la separa de su casa gemela.

Las paredes son de un color cálido beige y las puertas y ventanas combinan madera y vidrio. Todo esto es muy distinto del lugar donde Nina vivía en la isla. Esta ciudad, de hecho, es completamente diferente.

Para empezar, no hay mar. Pienza está a al menos setenta kilómetros de la costa. Nina amaba tanto las playas de la isla. Alejarla de eso es otra de las culpas que cargo, supongo.

—Sí, estamos seguros. Nina viene del trabajo. Debe estar llegando en cualquier momento —responde Atlas desde el asiento del conductor, a mi lado, y lo miro.

Conoce la rutina de mi hijo y su madre desde hace años. Los ha seguido de lejos y los ha ayudado con todo lo que necesitan. Debería sentir gratitud, pero mi maldito egoísmo solo me deja sentir celos y envidia. Mi familia se ha vuelto más suya de lo que alguna vez fue mía.

—¿Creen que nos deje entrar a almorzar? —pregunta Drako—. Tengo hambre. —Giro la cabeza hacia él, sin poder creerlo.

—Estoy aquí, a punto de vivir el momento más importante de mi vida, ¿y tú piensas en comida?

—¿Qué? La comida también es importante en los grandes momentos. ¡Crea recuerdos afectivos! —declara, y resoplo, volviendo a mirar al frente.

No tengo tiempo para prepararme. La mujer que viene acercándose al final de la calle me deja sin aire mientras la observo sin parpadear.

Nina está exactamente igual a como la recordaba y, al mismo tiempo, diferente. En lugar de uno de los vestidos amplios que siempre amaba usar, lleva jeans y una simple camiseta rosa.

Su cabello oscuro está suelto, más largo de lo que jamás lo vi, y ya no tiene el flequillo que enmarcaba su rostro. Su cuerpo tiene más curvas de las que tenía hace cinco años, y Nina sigue caminando igual, con esa mezcla de inocencia y sensualidad.

—¿Y ese que va con Nina quién es? —pregunta Apolo.

Es entonces cuando amplío la vista y me doy cuenta de que hay un hombre al lado de mi mujer. Frunzo el ceño mientras los veo acercarse. Nina conversa con él con una familiaridad que me revuelve el estómago, y cuando él pasa un brazo por sus hombros, acercándola en un abrazo, siento que me va a dar un infarto.

¿Quién es ese tipo? ¿Por qué está abrazando a mi mujer? ¿Y qué voy a hacer para resolver esto? Porque algo es seguro: esto necesita resolverse ya.

Empiezo a respirar con dificultad mientras la imagen de ellos dos y las sonrisas en sus rostros se vuelve cada vez más nítida hasta que están al otro lado de la acera, prácticamente frente al auto donde mis amigos y yo estamos. Abro la puerta y bajo. El ruido atrae de inmediato la atención de la pareja, y Nina me mira.

Espero alguna reacción, cualquier cosa, pero no me da nada. La sombra de una expresión de sorpresa pasa por su rostro, pero desaparece demasiado rápido para que pueda descifrar algo. Ignora mi presencia y sigue su camino hacia la casa, con el hombre pisándole los talones.

Parpadeo mirando la puerta que se cierra, pero no logro moverme hacia ella, ni soy capaz de regresar al auto. No tengo un plan para lo que voy a hacer. Solo me quedo ahí, un poco antes de la mitad de la calle, esperando. Y creo que algún ángel o demonio se apiada de mí, porque pocos minutos después, el hombre sale de la casa, solo.

Apenas llega al final de la calle, y yo ya estoy pasando la cerca de madera, cruzando la pequeña entrada y tocando el timbre de la casa de Nina. Sin embargo, ella no abre la puerta. Presiono una segunda, una tercera y una cuarta vez, y sigo siendo ignorado.

—Sé que estás ahí, Nina —digo, pero la única respuesta es silencio. Después de varios minutos, vuelvo a hablar—. Te vi entrar.

Apoyo la cabeza contra la puerta y respiro profundo. La ranura para el correo suena cuando mi frente la toca, y retrocedo solo lo suficiente para empujarla con el dedo. La vista del interior de la casa es mínima, pero más que suficiente, porque la veo.

—No pienso irme. Si tengo que sentarme en estas escaleras y esperar hasta que vuelvas a salir, está bien. Puedo hacerlo.

—Solo hablo contigo en presencia de mis abogados —dice, acercándose a la puerta y hablando a través de la ranura para correspondencia. Saber que estoy tan cerca de ella me pone completamente fuera de control. Siento mi corazón golpeando con fuerza, como si fuera a estallar en cualquier momento.

—¿Es eso lo que necesitas? —le pregunto, pero nuevamente no me responde. Me alejo de la puerta, sintiendo un dolor físico al hacerlo, aunque no me aparto demasiado. Me inclino sobre la ventana del auto y meto la cabeza cuando Atlas baja el vidrio.

—Necesito a ustedes dos —les digo, señalando a los gemelos.

—¿Y a mí no? —protesta Drako.

—No, tú no —le respondo, y él me mira indignado mientras Atlas y Apolo salen del auto sin decir nada más.

Cruzamos la calle y pasamos la cerca. Justo cuando voy a empujar la puerta, ya está abierta. Nina la sostiene desde adentro, observando cada uno de mis movimientos desde el otro lado.

—Te voy a matar, Atlas —amenaza con voz firme, pero mi amigo solo le sonríe tranquilamente.

—Hola, Nina. Me encantaría decirte lo bueno que es verte y, quién sabe, darte un abrazo. ¿Me lo permites? —le dice, todavía sonriendo, y yo pongo los ojos en blanco.

Como si fuera tan fácil. Como si Nina fuera a abrir la puerta solo porque él se lo pide… Mi pensamiento se interrumpe cuando la veo abrir la puerta, y la observo, impactado, mientras ella mira a Atlas con ojos entrecerrados.

—Aún quiero matarte —le advierte, y él da un paso hacia ella, abrazándola. Mi amigo le susurra algo al oído, pero es tan bajo que ni Apolo ni yo logramos escucharlo.

—Es bueno verte —dice él más fuerte—. Muy bueno verte.

—No sé si puedo decir lo mismo —responde ella, y esta vez no hay ni un atisbo de sarcasmo en su tono—. Hola, Apolo.

—Hola, Nina —saluda el otro hermano, acercándose para besar su mejilla y abrazarla.

Las ganas de tocarla, de recibir el mismo derecho que Atlas y Apolo tienen, me consume. Quisiera hacer mucho más, muchísimo más, pero sé que no es el momento de tentar a la suerte. Cuando Apolo se aparta, finalmente me mira a mí.

Siento cómo el aire llena mis pulmones por completo, y respiro profundamente, ahogado por la sensación de que es la primera vez que respiro así en cinco largos años. Sus labios en forma de corazón se aprietan ante mi silencio, pero no logro romperlo; solo puedo mirarlos y obsesionarme, tratando de recordar su sabor.

—Ellos no son mis abogados —afirma con tono mordaz, muy distinto al que usó con mis hermanos—. Son los tuyos.

—Son nuestros, porque no voy a trabajar en contra de ti, Nina.

—¿Debería disculparme por no creerte? ¿O no vale la pena? Creo que no vale la pena.

—¡Uy! —La voz de Drako suena fuerte detrás de mí, y giro el cuello, viéndolo ya dentro de la cerca, a unos pasos de nosotros—. Eso dolió, Nero. Y Nina, no puedo creer que me hayas dejado fuera de la ronda de abrazos —reclama, arrancándole una risa, y el sonido me hipnotiza.

Ella le extiende los brazos, y él la abraza con entusiasmo, susurrándole algo al oído también, demasiado bajo para que yo lo escuche. ¿De qué demonios están hablando? Nina pone los ojos en blanco al separarse de Drako, con una expresión divertida. Una expresión que desaparece

cuando vuelve a mirarme.

—Nos vemos en el auto —avisa Atlas, y ella lo mira inquisitiva. Él asiente en silencio y mi ceño se frunce mientras mis amigos se alejan de nosotros.

Nina tiene la mandíbula apretada, y la mirada que me lanza seguramente intimidaría a cualquier otro hombre. Tal vez debería intimidarme también, pero lo único en lo que puedo pensar mientras la miro es cómo logré sobrevivir lejos de esta mujer.

—No quiero que estés aquí —me advierte—. No confío en ti.

Asiento, aceptando sus palabras sin sentirme ofendido, porque no es nada que no supiera ya, ni nada que no merezca, y porque estoy demasiado ocupado absorbiendo su cercanía.

—No sé qué esperas lograr viniendo aquí de esta forma. Apenas puedo mirarte sin sentir ganas de hacerte pedazos —asegura, y su tono serio y la tensión en sus hombros dejan claro que no está exagerando. Pero ¿acaso no es hermosa?—. ¿Qué más quieres de mí? —pregunta, pero no espera mi respuesta—. ¿Acaso no me has quitado ya todo? —continúa, con un tono cargado de emociones, esperando, tal vez, que yo devuelva el golpe con palabras.

Metí las manos en los bolsillos, asegurándome de no ceder a la tentación de intentar tocarla, de enredar mis dedos en su cabello, porque no tengo dudas de que Nina reaccionaría con violencia. Y aun así, aceptaría ese golpe de buen gusto, solo por sentir su contacto.

—No voy a pelear contigo, Hadita —digo, y sus ojos se agrandan de inmediato. Nina pasa por el umbral y cierra la puerta detrás de ella. Alza el dedo y lo apunta directo a mi pecho.

—¿Qué quieres? ¿Que pierda mi historial limpio? ¿Es ese tu plan? ¿Que me arresten para que puedas quedarte con mi hijo?

—No voy a pelear contigo.

—Si crees que vas a venir aquí y arruinar la paz que tanto me costó conseguir, estás muy equivocado.

—No voy a pelear contigo, Nina —digo por tercera vez, y mis palabras tienen el efecto opuesto al que esperaba al principio.

Intentaba calmarla, darle la seguridad que pensé que querría escuchar. Pero verla así de molesta cambió mis intenciones. Nunca la había visto de este modo; no tuvimos tiempo. Y ahora, frente a una Nina que parece a punto de explotar, lo único que puedo pensar es en lo increíblemente hermosa que se ve enfurecida.

—¿Puedo darte un abrazo? —pregunto, y la mirada furiosa de Nina se intensifica. Aprieta los dientes con fuerza.

—Claro, justo después de que me trague tres toneladas de piedras y me tire al primer pozo que encuentre.

—Hipotéticamente, si te abrazo, ¿qué pasaría?

—A menos que te hayas vuelto masoquista, te aconsejaría que no lo intentes.

—Creo que estoy dispuesto a arriesgarme —respondo, sin poder ocultar la sonrisa que levanta un lado de mi boca.

—¿Estás seguro de que podrías vivir sin tus brazos? —pregunta, y por primera vez en cinco largos años, me río. Fuerte. De verdad.

Nina me observa incrédula por mi atrevimiento, y sostengo su mirada. Su expresión asesina no flaquea, pero su cuerpo… reacciona. Es un acercamiento mínimo, apenas perceptible, pero estoy atento a cada una de sus respiraciones. Su pecho cambia de ritmo cuando esa chispa familiar flota entre nosotros, y mi sonrisa se vuelve permanente.

—Está bien. Puedo intentarlo de nuevo mañana. —Me toma un momento responderle, procesando lo mismo que yo percibí en nuestro breve momento—. ¿A qué hora te gustaría que vuelva?

—A las quince para nunca debería ser suficiente —responde de inmediato, y chasqueo la lengua.

—Lamentablemente, a esa hora ya tengo compromisos, pero podemos intentarlo en cualquier otro momento entre medianoche y las doce menos uno —Nina cierra los ojos, como si por fin entendiera que no voy a rendirme.

—¿Qué quieres, Nero? De verdad, ¿qué quieres?

—Ahora mismo, saber si esta casa de al lado está desocupada. —digo, señalando la casa vecina con la cabeza.

—¡No! ¡No vas a rentar la casa al lado de la mía! —exclama, respondiendo a mi pregunta sin darse cuenta. Baja la cabeza por un segundo, y cuando vuelve a hablar, suena agotada—. ¿Qué pretendes con todo esto? —pregunta, por primera vez desde que comenzamos a hablar, mostrando una pizca de vulnerabilidad.

Estaba equivocado al pensar que la Nina de ahora era igual a la de hace cinco años, me doy cuenta. Hay líneas de expresión en su rostro que antes no estaban, sus hombros parecen cargar un peso que nunca había visto, y en sus ojos hay un cansancio que desearía no haber presenciado.

Más aún, desearía no ser la causa. Por eso le respondo a su pregunta con toda la honestidad que tengo, sin ninguna vergüenza, aunque sé que Nina no está lista para escuchar lo que tengo que decir.

—A ti, Nina. Y a mi hijo. A nuestra familia. —La risa que antecede a su respuesta es amarga.

—Llegaste cinco años tarde, Nero.

***

Cierro la puerta del auto y de inmediato tengo tres pares de ojos sobre mí.

—¿Te reíste? ¿Realmente te reíste? —Apolo es quien pregunta, y sonrío de lado.

—Y ahora está sonriendo, ¿cierto? Ustedes también lo ven, ¿verdad? No estoy alucinando, ¿o sí? —Drako sigue con su sarta de preguntas tontas, y Atlas solo me mira en silencio.

—¿Por qué estás sonriendo? —pregunta Apolo, desconfiado—. Desde aquí parece que ella aún te odia.

—Me estoy riendo porque estoy feliz, y sí, ella aún me odia.

—¿Te golpeó en la cabeza? No lo vi, pero creo que pudo haber pasado en algún momento en el que me distraje.

—No, pero hace cinco años me separaron de mi corazón, y hoy lo encontré otra vez —respondo con sinceridad, y Drako y Apolo hacen ruidos de náuseas, llevándose las manos al estómago como si estuvieran a punto de vomitar—. Ah, y uno de ustedes va a tener que rentar la casa al lado de la de Nina —aviso, cuando ya vamos en camino al único hotel de la ciudad.

—¿Por qué? —pregunta Apolo, frunciendo el ceño.

—Porque ella me prohibió hacerlo.

—Bueno, supongo que este es un buen momento para que me agradezcas por ser el dueño de esa casa, entonces —dice Atlas, y levanto una ceja, apartándome un poco.

—¿De esa casa?

—Y de la de Nina, y de todas las otras que los propietarios se negaron a alquilarle porque no tenía contrato.

56

NERO ZANTHOS

Me detengo frente a la puerta de Nina a las ocho y media de la mañana. Su turno terminó a las siete, así que, según Atlas, la señora Rosa ya debe estar en camino a la guardería con Kael, y Nina está sola en casa. Supuse que preferiría esta conversación a solas. Miro el sobre que tengo en mis manos.

En él están los términos que Apolo redactó. En ellos, dejo claro que renuncio a cualquier derecho sobre la custodia de Kael, ya sea total o compartida. Me pongo a disposición de las condiciones que Nina quiera imponer y solo pido poder convivir con mi hijo bajo los términos que ella considere convenientes.

Toco el timbre una sola vez y rápidamente escucho pasos dentro. Se acercan, pero luego parece que se alejan. Me pregunto si vamos a tener que hablar otra vez a través de la ranura para el correo. Ese pensamiento me hace sonreír.

La opresión en mi pecho desapareció, y la libertad de sonreír es solo la menor de las consecuencias. La sensación de aire fresco que sentí al estar cara a cara con Nina, sin barreras, sigue llenando mis pulmones y haciendo que la vida sea mejor solo por saber dónde está. Dios, qué difícil era no saberlo.

Sé que aún tenemos un largo camino por delante. Sé que yo tengo un largo camino por delante. Pero hay un camino, carajo. Hay un camino, y eso es mucho más de lo que tuve en los últimos cinco años.

Menos de un minuto después de que se alejaron, los pasos vuelven a acercarse y la puerta se abre, pero no es Nina quien me recibe. La señora Rosa me mira con una expresión dura en el rostro y una escoba en la mano.

—Te estaba esperando.

***

La mirada de Nina al acercarse a su casa y verme sentado en los escalones de la entrada es de pura frustración. Parpadea, como si no pudiera confiar en lo que está viendo, y se detiene. Lleva ropa parecida a la de ayer: jeans, camiseta y zapatillas. Sin embargo, hoy su cabello está recogido en un moño alto, dejando su rostro completamente expuesto.

Toda su atención está fija en mí, y cuando se da cuenta de que no importa cuántas veces parpadee, no voy a desaparecer, Nina suelta un suspiro cansado y continúa su camino hacia su casa, hacia mí.

—Hola, Hadita —la saludo en voz alta, desde lejos, lo suficientemente fuerte para que me escuche. Nina cierra los ojos y se aprieta el puente de la nariz con los dedos índice y medio. Necesito controlar el uso del apodo.

—Estoy agotada, Nero. Acabo de salir de un turno de dieciocho horas. No puedo lidiar contigo ahora —advierte, mientras entra en su jardín.

—Te dije que puedo volver a la hora que te sea más conveniente. Solo tienes que decirme cuándo.

—¿O qué? ¿Vas a seguir acosándome en la puerta de mi casa cada vez que tengas oportunidad? —pregunta, llegando a los escalones, y yo me pongo de pie.

—Solo quiero hablar contigo, Nina —digo, y ella desvía la mirada, mordiéndose los labios, luciendo tan cansada como dijo que estaba.

—Es realmente impresionante lo dispuesto que estás a hacerlo, así, de repente —responde con sarcasmo, y asiento, aceptándolo.

—Perdóname —digo por primera vez. Solo al llegar al cuarto de hotel ayer, y recostarme en esa cama pequeña con una sonrisa idiota en la cara, me di cuenta de que la palabra más importante aún no había salido de mi boca—. Perdóname, Nina —repito con toda la sinceridad que tengo, y ella me mira como si todo lo que ha ocurrido en los últimos segundos fuera demasiado absurdo para creerlo.

—¿Y ahora qué? ¿Se supone que debo abrazarte, besarte y decirte que todo está bien? ¿Que podemos volver a ser una familia feliz? —Su tono es frío y lleno de rabia contenida—. Como te dije ayer, llegaste demasiado tarde.

—No voy a mentirte y decir que ese no es el lugar al que quiero llegar, Nina. Sí quiero que seamos una familia feliz, pero no espero que me perdones de la noche a la mañana.

Ella se ríe, amargamente.

—Me sorprende que esperes perdón, Nero. Muy lindo querer recuperar a tu “familia perdida”. Me pregunto qué pensará tu actual familia de esto. ¿Tu esposa sabe que estás aquí? —pregunta, y retrocedo, parpadeando.

—¿Mi qué? —No puedo evitar que mis cejas se levanten ni que mi voz suene demasiado aguda.

—¿No te casaste con ella también? No me digas que ella es la siguiente parada en este tour que estás haciendo. ¿Kael tiene un hermanito que debería conocer? —lanza las preguntas agresivamente, y aunque no tengo idea de qué está hablando, me apresuro a responder.

—No me casé. Tú fuiste la única mujer en mi vida desde aquella noche de Navidad, Nina.

El rostro de mi Hadita se queda inmóvil, como si estuviera calculando el verdadero significado de mis palabras, y yo no espero que Nina crea en ellas ahora, no cuando todo lo que ve al mirarme es a alguien de quien necesita librarse lo antes posible.

Eso, sin embargo, no cambia la verdad de lo que le dije. Nina ha sido la única. Desde que se fue, no me he involucrado con nadie más, ni emocional ni físicamente. No me quedó nada que pudiera darle a otra persona. Todo lo que era, Nina se lo llevó consigo al marcharse.

—¡Mi mamá lo escuchó! —anuncia, y maldigo un poco a doña Rosa. Convenientemente dejó fuera de nuestra conversación esta mañana el detalle de que su hija cree que estoy casado. Quiero decir, supongo que los golpes de escoba y las exclamaciones de dolor también cuentan como comunicación, ¿no?—. El día que nació Kael, Atlas llamó. Estaban conversando al fondo, y mi

mamá escuchó a los chicos hablando sobre tu prometida.

Frunzo el ceño.

—¿Podemos tener esta conversación adentro? —le pido.

—No —responde de inmediato, y yo asiento.

—Nunca estuve comprometido, Nina. Nunca me casé. Ni siquiera estuve cerca de tener una relación. Eso fue solo una locura más de mi madre, tratando de hacerme reemplazarte a toda costa. —Esa palabra provoca en Nina una mueca de dolor, y me defiendo antes de que pueda acusarme—. No tienes que preocuparte por ella. Nunca más. No somos un paquete. Mi madre no es parte de nuestra vida. Ni lo será jamás. —Le aseguro con toda la fuerza de mi propio resentimiento, y creo que eso resuena en Nina por un momento, que aprovecho para añadir—. Lo que ella hizo no puede deshacerse. Pero su presencia, sí. No la quiero cerca de ustedes, ni de mí.

Parece considerar mis palabras.

—¿Qué necesitas? ¿Pruebas? En quince minutos puedo aparecer con todos los documentos que confirmen que mi estado civil no ha cambiado en los últimos cinco años —le ofrezco—. Probar que nunca hubo compromiso podría ser un poco más complicado, porque no sé cómo demostrar que no existen registros de algo que nunca ocurrió, pero si eso es lo que necesitas, solo dime, Nina, y lo conseguiré. Nunca estuve comprometido con otra mujer y, definitivamente, no estoy casado. Puedo ser culpable de muchas cosas, muchas, pero de eso no.

Nina escucha cada palabra antes de desviar la mirada.

—Muy bien. Eso significa que somos tu única parada, pero debes tener una fecha para irte, ¿no? ¿Cuándo? —Sé que no debería sonreír, y mucho menos tan abiertamente, pero no puedo evitarlo.

—Nunca, Nina. Nunca más los voy a dejar.

—Creo que te volviste loco en estos cinco años —declara con una risa incrédula.

—No tienes idea de cuánto tienes razón. Y ese es solo uno de los muchos motivos que tengo para quedarme. Apenas ayer me sentí cuerdo otra vez.

Ella sacude la cabeza y rodea mi cuerpo, subiendo las escaleras hasta la puerta de su casa.

—Estoy demasiado cansada para seguir con esta conversación —afirma, y mete la mano en su bolso para sacar el llavero. Inspiro profundamente, buscando valor.

—Yo puedo…

—¡Si me pides otro abrazo, Nero, te juro que no sé de qué soy capaz! —me interrumpe, arrancándome una risa, lo cual hace que su expresión se torne aún más molesta. Hermosa. Absurda y hermosamente molesta.

Mis manos hormiguean por tocarla, pero me contengo; coloco el sobre bajo el brazo y meto las manos en los bolsillos. Me hago la promesa de no volver a usar ropa sin bolsillos en un buen tiempo.

—Conocerlo, Nina. Iba a pedirte conocerlo. —Los ojos de mi Hadita se agrandan de inmediato, como cuando éramos niños.

—¡No! —Niega vehementemente, y yo asiento, resignado, aunque me apresuro a explicarme.

—Te prometo que eso es todo lo que quiero y nada más. No tengo ninguna otra intención. Traje esto. —Le ofrezco los documentos—. Son garantías. Estoy renunciando completamente a cualquier solicitud, presente o futura, sobre la custodia de Kael, sea total o compartida. Todo lo que quiero es ser parte de la vida de mi hijo en la forma que tú consideres.

Nina baja la mirada hacia el sobre, mirándolo con desconfianza antes de tomarlo.

Sus ojos se mantienen en nuestras manos por unos minutos antes de responderme.

—No. Si quieres algo de mí o de mi hijo, lo resolveremos en un tribunal.

—Haremos todo como tú quieras, Nina —concedo—. Si quieres un tribunal, podemos ir, pero no voy a decir nada diferente de lo que estoy diciendo ahora solo porque haya un juez delante. Te dije ayer que no voy a actuar en tu contra y te lo repito hoy: no quiero nada más que lo que estés dispuesta a darme. Por favor, lee los documentos —le digo, soltando el sobre, y Nina baja el brazo, pero lo mantiene entre sus dedos.

Sus ojos no se apartan de los míos y, por un segundo, vislumbro el tamaño de los muros que necesitaré derribar si quiero lograr mi propósito con mi hijo y su madre. No me asustan. Haré lo que sea necesario, y después, también haré todo lo que no lo es.

—¿Mamá? —Una vocecita infantil suena detrás de la puerta, y mis ojos se abren de par en par.

Mi corazón empieza a latir desbocado, y pienso que Nina va a decirme que me largue, pero la voz de Kael parece haber hecho que se olvide de mi existencia. Ella introduce la llave en la cerradura y la gira, abriendo la puerta. Me quedo paralizado al ver al pequeño niño rubio que aparece.

Es pequeño. Claro que lo es, Kael aún no cumple los cuatro años. Sus ojos son tan azules como los míos, y su rostro es una réplica exacta de cómo era yo de niño, aunque también se parece mucho a mi cara de adulto. Mis ojos recorren su camiseta azul del superhéroe, los shorts negros y las medias de colores, hasta detenerse en el pedazo de tela roja atada a su cuello, como si fuera una capa.

Es una miniatura de mí. Cualquiera que nos viera juntos no dudaría en decir que Kael es mi hijo. Mi hijo. ¡Y es igualito a mí! ¡Mierda! ¡Maldita sea! ¡Carajo!

Me muerdo la lengua hasta sentir el sabor a sangre, tratando de alejar las lágrimas, porque estoy peligrosamente cerca de romper en llanto, y explicarle eso a un niño sería difícil.

Veo a Nina agacharse para hablarle, sonreírle mientras él le pasa los bracitos alrededor del cuello en un abrazo. No escucho nada. Los sonidos a mi alrededor se volvieron sordos, y la única parte de mí que sigue funcionando es la vista, aunque ahora está más aguda que nunca.

Me fijo en cada detalle del niño: la nariz fina, las mejillas redondeadas, las cejas gruesas. Sus labios son pequeños y rosados, y tiene una cicatriz en la frente cuya historia ya quiero conocer.

Quiero saberlo todo sobre él.

¡Dios! ¡Cuánto tiempo he perdido! El peso de todos estos años cae sobre mis hombros como una carga insoportable, como si fuera a aplastarme.

—¿Eres mi papá? —La misma vocecita que dijo "mamá" hace un momento pregunta, atravesando la barrera de silencio que me rodea y dejando mis pulmones sin aire. Respirar. No puedo respirar. ¿Qué acaba de preguntar?—. Te pareces mucho a mí. ¡Hasta pareces yo de grande, ¿verdad, mamá? —le pregunta a Nina, quien sigue observando mi expresión de desesperación.

Quiero decirle a Kael que sí, que soy su papá, pero prometí a Nina que lo haría a su tiempo, así que no respondo. No lo niego, pero tampoco lo confirmo.

—¿Puedo darte un abrazo? —le pregunto, agachándome para quedar a su altura.

Kael me observa solo un segundo antes de lanzarse a mi cuello sin ninguna reserva, y es suficiente. Su alegría infantil arranca las lágrimas que he intentado tan duramente retener. Aprovecho el abrazo para secarlas sin que él note su existencia, y lo sostengo con fuerza.

No sé cómo describir este sentimiento, solo sé que nunca podría ser completo si lo volviera a perder. Todavía huele a bebé. Mierda, voy a llorar otra vez. Kael me lo impide, alejándose de mí.

—¿Sigues siendo un príncipe? —pregunta, y la sorpresa se suma a la mezcla de emociones en mi rostro ahora—. Mamá me dijo que mi papá era el príncipe de Khione y que por eso estaba lejos, porque tenía que trabajar. ¿Ya terminaste de trabajar? ¿Y tienes mucha hambre? —Hace una pregunta tras otra, sin esperar respuesta entre ellas, lo cual es un alivio, porque la única pregunta que soy capaz de contestar es la última.

—No, no tengo mucha hambre.

—¡Ah, qué bien! La abuela va a salir y solo hizo comida para dos, pero yo puedo compartir mi parte contigo —explica, y siento que no voy a poder contener las lágrimas mucho más. Miro a Nina—. ¿Puede comer con nosotros, mamá? —pregunta Kael, y estoy seguro de que ella va a decir que no.

Sería justo. Sería comprensible que dijera que no. Nina alterna la mirada entre nuestro hijo y yo unas cuantas veces antes de responder.

—Sí, puede.

La sonrisa que ilumina el rostro de Kael es mi nuevo sol.

No necesito otro. Aunque el astro real desapareciera mañana, no lo echaría de menos.

—Entonces, está bien —dice, extendiendo su manito para tomar la de su mamá y la mía—. Puedes quedarte con todo el brócoli y los pimientos, no me gustan para nada —declara.

Y agradezco al cielo que se gire y nos jale a mí y a su madre hacia dentro de la casa antes de que podamos levantarnos, porque vuelvo a llorar, y esta vez no es tan fácil ocultar las lágrimas. Son demasiadas y vienen muy rápido. También odio el brócoli y los pimientos. Es una tontería, pero no puedo evitar la emoción.

57

NINA MARCHESI

Nero está sentado en la mesa del comedor.

Nero está sentado en mi mesa del comedor.

Nero está sentado en mi mesa del comedor, almorzando con nuestro hijo y conmigo.

Repito esas palabras en mi mente, esperando que así tengan sentido, porque la escena que tengo delante simplemente no lo tiene. Soñé con esto muchas veces a lo largo de los años. Muchísimas.

Hace años, le hice una promesa a Nero. Le prometí que jamás lo perdonaría por lo que me hizo a mí y a nuestro hijo. Después de que nació Kael, descubrí que la parte de mí que no era madre quizás podría cumplir esa promesa, pero la otra… la otra jamás lo haría. Porque no hay nada en este mundo que no haría por mi hijo.

Pude haber vivido soportando el desprecio de Nero toda la vida, si eso significaba que Kael tendría todo lo que merece. Si no fuera por las locuras de Lysandra, en realidad, eso habría sido exactamente lo que habría hecho.

Por Kael, habría soportado las acusaciones infundadas de Nero hacia mí y habría buscado la forma de mantener una relación amistosa, a pesar de todo lo que él me arrojó encima.

Hice todo lo posible para borrar a Nero de mi mente y de mi corazón, e incluso tuve algo de éxito. Después de los primeros años, dejé de pensar en él cada vez que me sentía sola, y dejé de torturarme recordando nuestros últimos momentos, algunos días los buenos, y otros, los malos. Incluso he tenido algunas citas recientemente.

Pero nunca pude arrancar de mi corazón y de mi mente el deseo de que mi hijo conociera a su padre. Aunque, durante cinco años, eso no fuera más que un sueño lejano.

Ahora, sin embargo, él está aquí. Nero está sentado en mi mesa del comedor, almorzando con mi hijo y conmigo. Y todavía no puedo creerlo. Sigo pensando que en cualquier momento voy a despertar asustada, después de haber tenido el sueño más realista de toda mi vida.

Y ni siquiera sé cómo me siento. Llevo desde ayer tratando de averiguarlo, pero sigo sin poder identificar nada más allá del deseo de que Nero no cambie de opinión.

El único sentimiento claro dentro de mí es el miedo de que esto sea solo un arrebato de Nero, y que mañana o pasado simplemente se marche, haciéndole a mi hijo lo mismo que me hizo a mí. Esa sería la única cosa que la madre en mí jamás le perdonaría.

No pretendía que Kael lo conociera mientras no estuviera segura de que eso no sucedería. Pero la presencia de su padre, el hecho de saber que él nunca estuvo comprometido, y la promesa de renunciar a cualquier derecho sobre la custodia de nuestro hijo me desestabilizaron, y cuando oí la voz de mi niño, simplemente abrí la puerta.

Fue un error estúpido. Y, por supuesto, de todas las cosas que podrían haber pasado, lo que ocurrió fue que Kael se vio reflejado en Nero. Son idénticos, es cierto. Y no solo en apariencia, sino en muchos gestos y gustos también. Mi hijo es prácticamente una versión en miniatura de su padre, aunque nunca haya convivido con él.

—Terminé, mamá —anuncia Kael, y parpadeo mirando mi propio plato, aún lleno. Luego, desvío la mirada al plato de Kael, completamente vacío, aunque no le permití que regalara sus brócolis y pimientos a Nero.

El plato de Nero, sin embargo, también está vacío. Aunque los vegetales que sé que odia fueron todo lo que le serví en su plato. Creo que tengo derecho a ser un poco mezquina, ¿no?

—Muy bien, amor.

—No te comiste todo, mamá —señala Kael, y miro hacia abajo otra vez, pero no antes de captar la pequeña sonrisa de autosuficiencia que asoma en los labios de Nero. Lo ignoro—. ¿Estás muy cansada para comer de nuevo? —pregunta Kael, haciendo que vuelva a mirarlo, y veo con la visión periférica cómo la expresión de Nero se endurece de inmediato.

—Sí, hijo. Mamá está solo muy cansada. Comeré más tarde —le aseguro, y él asiente.

—Mamá, ¿puedo llevar a Nero a mi cuarto para que vea mis héroes? —pide Kael, y llevo los dedos a mis sienes, masajeando los puntos donde el dolor late con fuerza. Necesito dormir. O intentarlo, si el caos en mi cabeza me lo permite.

—No, amor, él tiene que irse. Dejémoslo para otra ocasión, ¿está bien?

—Nero —repite Kael, y me doy cuenta de que, entre la aparición sorpresa de mi hijo y su inesperado descubrimiento, Nero no ha sido formalmente presentado a él.

Debería decírselo, ¿verdad? Que él es su padre. Kael ya lo sabe, de alguna manera, pero simplemente no puedo hacerlo. Y no creo que nadie pueda juzgarme por eso. Es demasiado pronto.

Definitivamente, es demasiado pronto para que estemos aquí, todos sentados a la mesa, cuando Nero apenas reapareció ayer, después de cinco años. Mi mente no me da tregua, recordándome sin piedad que con Nero nunca hubo pausas ni tiempos lentos. El tiempo nunca fue importante para él.

Le devuelvo el recuerdo con algo aún menos indulgente: dejar que las cosas se precipitaran nos llevó a este punto, y tal vez yo no me preocupé en su momento por arriesgar mi propio corazón, pero ciertamente no haré lo mismo con el de mi hijo.

Miro a Nero y su expresión es solo expectante. No muestra indignación por mi negativa inmediata, ni juicio, ni nada. Solo resignación y algo que parece… ¿nostalgia? Sacudo la cabeza, desechando esa idea engañosa. Él no puede sentir nostalgia de algo que nunca tuvo.

—¿Qué tienes que hacer? —pregunta Kael, dirigiéndose a Nero. Nero me mira, como buscando ayuda. Es difícil resistir la tentación de poner los ojos en blanco.

—Tiene que trabajar —le respondo.

—Está bien —acepta Kael, satisfecho—. Tienes que trabajar mucho.

Asiente con la cabeza, serio, y Nero se ríe suavemente.

—¿Ah, sí?

—Sí. Porque mi cumpleaños ya viene, y quiero cuatro regalos, porque voy a cumplir cuatro años —declara con orgullo.

—¿Un regalo por cada año? —pregunta Nero, como si fuera una gran revelación.

He estado tan perdida en mis pensamientos durante la última media hora, solo asintiendo y sonriendo hasta que Kael me avisó que había terminado de almorzar, que esta es la primera interacción entre él y Nero a la que realmente presto atención. La alegría indiscutible en el rostro de Nero y la naturalidad con la que Kael le habla me hacen un nudo en el pecho.

—Así es. Siempre recibo tres. Uno de mamá, otro de la abuela, y uno de ti —mi hijo revela la mentira que he mantenido estos años sin saber lo que está diciendo, y los ojos de Nero se agrandan de sorpresa—. ¡Ah! Gracias por el del año pasado, papá.

La lágrima que se desliza por el rostro de Nero es rápida e incontrolable. Parpadea, aturdido, y yo aparto la mirada de Kael hacia mí.

—Exacto, son tres. ¿De dónde sacaste que este año quieres cuatro?

—Es que antes tenía tres años, entonces con tres me conformaba.

—Pero cuando tenías dos también recibiste tres.

—No me acuerdo, así que no cuenta —decide con firmeza. A pesar de la confusión en mi pecho, logro reírme de la astucia de mi pequeño.

Claro que él no imaginaba que yo consideraría seguro dejar que llamara a Nero “papá”. Mi hijo siempre ha sido demasiado listo para mi tranquilidad, un niño de casi cuatro años que a veces parece tener el doble. No sé si es su personalidad o el resultado de la vida que hemos llevado.

—¿Por qué estás llorando, papá? —pregunta Kael, ignorando mi intento de distraerlo.

—No estoy llorando —responde Nero, aunque su rostro cuenta otra historia—. Me cayó algo en el ojo —explica, y Kael se baja de su silla de inmediato. Se acerca a Nero y trepa por sus piernas hasta quedar sentado sobre ellas.

—Déjame soplar para ayudarte. —Debería ser un pedido, pero la forma en que actúa con Nero, como lo hace conmigo y con mi madre, lo convierte en una exigencia.

Espero que Nero se ponga tenso, intimidado por la cercanía inesperada, sin saber cómo reaccionar, pero en lugar de eso, rodea a Kael con sus brazos y lo mira con tanto amor, con tanta devoción, que un nudo se forma en mi garganta. Recuerdo esa mirada. Recuerdo cómo solía hacerme sentir.

—¿En cuál ojo fue? —pregunta mi hijo.

—En el derecho —contesta Nero.

—Mamá, ¿cuál es el derecho? —Kael se gira hacia mí, invitándome a participar de un momento del que he sido una espectadora, sintiendo tanto miedo como alegría.

—El que está del mismo lado que usas para agarrar el lápiz.

Él no responde, solo lleva su pequeña mano derecha al ojo de Nero y usa sus dedos para abrirlo un poco más.

Kael sopla con todas sus fuerzas y, luego, como yo siempre hago con él, baja el párpado de Nero y deja un beso sobre él.

Aparto la mirada, ocultando mi propia lágrima, sabiendo que, pase lo que pase de ahora en adelante, ya nada será igual. Cuando vuelvo a mirar a Nero, unos segundos después, hay un intercambio silencioso pero claro entre nosotros: “Gracias”, parece decirme él. “Muchas gracias”.

58

ATLAS XPANOS

—Debería haber comprado juguetes —se queja Drako mientras salimos sigilosamente de la casa vacía, cada uno de nosotros con bolsas en los brazos. Normalmente, yo sería el sensato y les diría a mi hermano y a Drako que, si Nero nos dijo que no hiciéramos algo, deberíamos obedecer. Pero considerando que se trata de visitar a Kael mientras él fue al registro civil, creo que la orden de Nero no tiene mucho sentido. Así que, en una rara ocasión, estuve de acuerdo con Apolo y Drako—. ¿Cómo voy a convertirme en el tío favorito si no llego con regalos? —Drako resopla.

—Me parece lindo que creas que tienes alguna oportunidad de ser el tío favorito —dice Apolo, con un tono presumido.

—Y me alegra que ya hayan asumido que eso es lo que serán, tíos, favoritos o no, porque el padrino soy yo —les aclaro, y ambos me miran indignados.

—¿Quién lo dijo? —cuestiona Drako—. Nero y Nina aún no han elegido.

—Ya lo decidimos —les recuerdo, ayudando a sus memorias selectivas.

—No me acuerdo —sentencia Apolo, volviendo a mirar al frente.

—Yo tampoco —Drako añade—. Solo recuerdo que decidimos a los padrinos de la boda, lo cual ni cuenta porque ni boda hubo —dice, señalándome, mientras Apolo le da un codazo—. ¡Ay! ¿Qué te pasa? —se queja Drako.

—Me alegra que lo hayas mencionado. Eso es justo lo que estaba diciendo. Ustedes serán los padrinos de la boda, y yo soy el padrino del niño. Lamentablemente para ustedes, la boda aún no ha sucedido, así que no son padrinos de nada, pero mi ahijado ya tiene casi cuatro años.

—¡Idiota! ¡Eso era lo que estaba tratando de decirte! —Apolo se queja mientras Drako me lanza una mirada de ultraje.

—¡Esto no se ha terminado! —promete Drako cuando llegamos a la puerta de Nina. Tocamos y, después de un rato, una voz infantil nos responde desde el otro lado de la puerta, sin abrirla.

—No hay nadie en casa —avisa Kael, y Apolo, Drako y yo intercambiamos miradas.

—¿Y quién lo dice? —pregunta Drako. Escuchamos una risita infantil tras la puerta.

—Yo. Pero no cuenta.

—¿Estás solo? —pregunta Apolo, frunciendo el ceño.

—Sí.

—¿Dónde está tu mamá, Kael?

—¿Quiénes son ustedes? —pregunta, con astucia.

—Somos tus tíos. Vinimos a verte.

—No puedo abrir la puerta, lo siento, tíos —nos pide, y siento un alivio al saber que, aunque está solo, no abrirá la puerta a desconocidos—. ¿Qué son los tíos? —pregunta luego.

—Son los hermanos de tu papá o de tu mamá —responde Drako, mirando la puerta como si pudiera verlo a través de ella.

—Mi mamá no tiene hermanos.

—Tu papá sí —añade Apolo.

—Aaaaaah —dice alargando la vocal, y me encantaría ver su carita en este momento. En realidad, muero por ver su carita en cualquier momento.

A lo largo de los años, doña Rosa me ha enviado algunas fotos, dos al año. Siempre una en el cumpleaños de Kael y otra en Navidad. Así que, aunque sé cómo luce, eso está lejos de ser suficiente.

Siempre he querido tener hijos. No sé si se deba a mi pasado, o a pesar de él, pero el deseo de tener un niño en mi vida ha estado presente desde que tengo memoria. Durante mucho tiempo pensé que me tocaría a mí traer esa alegría a la vida de mis hermanos también.

Sin embargo, cuando Nero se enamoró, supe que pronto él también desearía lo mismo. Y lo deseó, al menos, hasta que fue un idiota. Sacudo la cabeza, dejando de lado esos pensamientos, y vuelvo al presente.

—Yo también quiero tener hermanos —dice Kael después de un rato en silencio, y Atlas, Drako y yo nos miramos otra vez. Si Nina amenazó con matarme por deducir que fui yo quien reveló su paradero a Nero, ¿qué hará si descubre que quizás acabamos de hacer que su hijo quiera tener hermanos?

—¿Dónde está tu mamá? —le pregunto, cambiando de tema. Felicidades, Atlas. Tu carrera de padrino empezó de maravilla.

—Ya se fue a trabajar.

—¿Y tu abuela? —pregunto.

—Aún no ha llegado del trabajo —responde, y rápidamente hago una cuenta que nunca me había preocupado en hacer antes.

El horario de trabajo de Nina empieza a las siete de la noche, y sale de casa alrededor de las seis y media. Doña Rosa sale de su propio trabajo a esa misma hora. ¿Quién cuida de Kael durante ese tiempo? Nadie, esa es la respuesta.

Cuando Nero descubra esto… que ambas deben trabajar tanto que no tienen más remedio que dejar al niño solo, aunque sea por un rato, esa será otra piedra en el castillo de culpa que mi hermano está construyendo. Si no hubiera sido tan miserablemente terco… Chasqueo la lengua y muevo la cabeza de un lado a otro.

—Pero ya está por llegar —nos avisa Kael.

—¿Podemos hacerte compañía? —pregunta Drako.

—¿Qué es compañía? —Kael responde con otra pregunta.

—Quedarnos contigo. ¿Podemos quedarnos contigo? —reformula Drako.

—No puedo abrir la puerta —repite el niño, y esa misma sensación de alivio de antes me recorre.

—No es necesario —dice Apolo.

—Sí, no hace falta —concuerdo—. Vamos a hacerte compañía aquí afuera.

—Está bien —dice mi ahijado, y Drako es el primero en sentarse en el suelo. Apolo y yo lo seguimos, y pronto los tres estamos apoyados contra la puerta y las paredes de los costados—. ¿Vieron a mi papá hoy? Ustedes son sus hermanos, así que deben haberlo visto, ¿no? —pregunta Kael, haciendo que mis amigos y yo nos miremos entre nosotros una vez más.

Cuando Nero llegó a la casa a la que nos mudamos apenas ayer, con el rostro empapado en lágrimas y sin poder dejar de llorar, le tomó un buen rato explicar lo que había pasado. Todos quedamos sorprendidos con la rapidez con la que Kael lo aceptó, dándole un lugar en su vida. Pero supongo que la sorpresa viene porque ninguno de nosotros sabe lo que es ser un niño querido, sin razones para sentir inseguridad.

Por lo que Nero nos contó, Nina siempre le hizo creer al niño que su padre era parte de su vida. No sé si ella se da cuenta de lo que eso significa para mi amigo, pero si él ya la amaba antes, después de descubrir eso, Nero llegó a idolatrarla.

—Sí, vimos a tu papá hoy.

—¿Entonces no se fue para volver a ser príncipe? —pregunta, y cierro los ojos, entendiendo perfectamente a qué se refiere Kael porque Nero nos lo explicó también.

—No, Kael. No se fue —le aseguro.

—¿Y ustedes lo van a ver de nuevo hoy?

—Sí.

—¿Le pueden preguntar algo?

—Claro, lo que quieras.

—Pregúntenle cuándo va a venir a ver mi colección de héroes —pide, y Drako, Atlas y yo intercambiamos una mirada.

—Claro que le preguntaremos, Kael —dice Drako—. Pero, ¿nos invitas también a tus tíos?

—No sé, tendría que preguntarle a mi mamá.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —La voz, proveniente del frente de la casa, nos hace mirar hacia la cerca. Doña Rosa está en la acera, acercándose.

—Buenas noches, doña Rosa —la saludo, y su expresión se suaviza cuando me ve.

—Hola, Atlas. Buenas noches. —Cruza la cerca y atraviesa el jardín. Los tres nos levantamos, recogiendo las bolsas que habíamos dejado a un lado—. ¿Qué están haciendo aquí? —repite.

—Buenas noches, doña Rosa —dicen Apolo y Drako casi al mismo tiempo.

—Buenas noches —les responde, pero se vuelve hacia mí con una ceja levantada, esperando la respuesta que ya nos ha pedido dos veces.

—Pensamos en preparar la cena y pasar un rato con Kael —explico, y sus ojos se entrecierran —. ¿Por favor? —pido, y ella suspira largamente.

—No debería dejar que entren.

—¿Abuelita? —llama Kael desde adentro.

—Sí, mi niño.

—¿Puedo conocer a mis tíos? —pide, y los labios de doña Rosa se tuercen.

Finalmente, pone los ojos en blanco y mueve la cabeza de un lado a otro, como negándose. La mamá de Nina nos hace un gesto con la mano para que nos apartemos de la puerta y mete la llave que ya tenía en la cerradura.

Apolo, Drako y yo nos ponemos en fila, a unos pasos de distancia, esperando el momento en que se abra la puerta. Cuando el pequeño rubio, una réplica exacta de Nero cuando era niño, aparece sonriendo frente a nosotros, es imposible no sonreír también, especialmente cuando habla.

—Hola, tíos.

59

NINA MARCHESI

—Gracias por recibirme —agradece Nero, cuando lo hago pasar a la casa. Lleva puestos unos jeans cortos y una camisa blanca, con los dos primeros botones abiertos. Desvío la mirada al darme cuenta de que lo estaba observando—. ¿Está Kael aquí? —pregunta, sonando ansioso—. De verdad lo extraño.

Respiro hondo, recordando que precisamente por eso lo invité esta tarde. Tal vez podría haberlos mantenido separados por más tiempo si no hubiera cometido el error de abrirle la puerta a Nero -literal y metafóricamente- hace una semana. Pero ahora que se conocieron, mi hijo ha preguntado varias veces si su papá volvió a ser un príncipe y, cuando le dije que no, me cuestionó por qué entonces no vino a verlo.

—No, hoy es el día libre de mi mamá. Se lo llevó a la plaza del barrio —respondo, y Nero asiente; una expresión de decepción cruza su rostro, aunque se esfuerza en disimularla rápidamente. Como me prometió, Nero no ha hecho ninguna exigencia... al menos, no hasta ahora.

Atlas, quien siempre tuvo mi número, aunque en los últimos años nuestra comunicación había sido a través de mi mamá, me preguntó si podía darle mi contacto a Nero. Resignada, lo autoricé, y en estos últimos siete días he recibido mensajes diarios preguntando cómo ha estado Kael por la mañana y por la noche. Nada más que eso.

—Leí los documentos que me diste —le digo, caminando hacia la mesa del comedor. Le hago un gesto para que se siente, espero a que elija un lugar y me acomodo frente a él. Deslizo el sobre con los documentos por la mesa hasta colocarlos frente a sus ojos—. Tengo algunas observaciones. Hice unas modificaciones y me gustaría conversar sobre algunos cambios. —le señalo, y veo sus cejas alzarse. Sé exactamente por qué.

Las garantías que Nero me susurró al oído cuando llegó a mi casa fueron llevadas al extremo en los papeles que me entregó. Según esos documentos, él estaría dispuesto a hacer lo que yo quisiera, a aceptar cualquier decisión que tomara cuando se tratara de Kael.

Nero apoya las manos sobre el sobre, pero no lo abre, y me preparo para argumentar. Imaginé que su postura complaciente no duraría para siempre.

—Está bien. Le pediré a Atlas que redacte las modificaciones. —promete, y yo frunzo el ceño, confundida.

—¿No vas a leerlas antes?

—No hace falta.

—Pero ni siquiera sabes qué cambios estoy proponiendo.

—No necesito saberlo, Nina. No importa. Cuando te dije que sería en tus términos, lo dije en serio, sin importar cuáles fueran. —Parpadeo, realmente sorprendida, y mi corazón late de un modo distinto, demasiado satisfecho con sus palabras. Me reprendo mentalmente.

—Debí haber incluido que tienes prohibido pisar Italia. ¿Aún estoy a tiempo de añadirlo? —bromeo, y los labios de Nero se curvan en una sonrisa enorme. Mi mente intenta convencerse de que es una sonrisa bonita, pero me niego a admitirlo—. ¿Tienes alguna idea de cuánto tiempo piensas quedarte en la ciudad? —pregunto, cambiando de tema—. Nuestra rutina es complicada, pero si tienes un estimado, podemos organizarnos e ir integrándote en la vida de Kael poco a poco.

—Sí, tengo un plan. —responde, y yo alzo las cejas, animándolo a continuar—. Probablemente, para siempre. A menos que tú decidas mudarte, claro. Entonces yo iría también, a donde sea que vayas.

Ruedo los ojos ante su respuesta absurda, la misma de antes, que me da ganas de gruñir.

—Hablo en serio, Nero. Te invité aquí única y exclusivamente porque, en contra de todos mis impulsos, sé que mi hijo merece tener a su padre. Pero si no vas a tomártelo en serio, es mejor que paremos antes de empezar.

—Me lo estoy tomando en serio —dice simplemente, sin mostrar ninguna molestia o incomodidad por mi reacción.

—No puedes hablar en serio si dices que te vas a quedar aquí para siempre, Nero. Tienes tu vida; no hay manera de que la abandones, y lo sé. Las cosas serán mucho más sencillas si somos honestos desde el principio.

—¿Quieres que sea honesto? ¿Que me ponga serio?

—Eso es lo único que te pido.

—Muy bien. —dice, y yo coloco las manos sobre la mesa, entrelazando los dedos—. Tienes razón, Nina. Tengo una vida —admite, y asiento.

La esperanza que había comenzado a brotar en mi pecho, por Kael, al escuchar sus palabras dos veces antes, de que se quedaría, se desvanece y muere. A pesar de eso, me siento en paz. Porque, aunque mi corazón tenga la tendencia irracional de querer confiar en Nero, después de todo lo que pasó y todos estos años, mi mente no me ha fallado.

—Creo que podemos pensar en formas de hacer que todo funcione si me dices cómo planeas manejar la distancia.

—Te equivocas si piensas que es la distancia —responde a mi pregunta inicial como si no hubiera escuchado lo que acabo de decir—. Mi vida son tú y Kael. —Sus palabras son tan calmadas que cualquiera que lo escuchara probablemente le creería sin dudar. Cualquiera, menos yo—. Sé que no he hecho nada para demostrarte eso en los últimos cinco años. Más bien, he hecho todo lo contrario. Pero me equivoqué, Nina, y voy a pedir perdón todos los días de mi vida, aunque sé que no será suficiente. Aun así, soy egoísta y no voy a dejar de desear y esperar tener la oportunidad de arreglar las cosas. No pienso irme a ningún lado.

La promesa sale de sus labios, y su mirada es la misma con la que pasé noches enteras soñando despierta, llorando hasta quedarme dormida mientras acariciaba mi vientre cuando Kael aún estaba allí. Pero ahora, esa promesa no significa nada, porque ya es demasiado tarde.

—Tienes que dejar de hacer esto —le advierto, y no necesito explicar de qué hablo para que Nero lo entienda.

—Me pediste sinceridad.

—No puedo creer que tenga que decirte esto, Nero. Pero ya es demasiado tarde. Todo lo que pasó... —comienzo, pero me detengo, negándome a seguir por ese camino—. Tú me dijiste que tú y tu familia no eran un "paquete". Kael y yo tampoco lo somos. Tú estás aquí para ser parte de la vida de él, Nero, no de la mía. Solo tiene tres años, y es la única razón por la que estoy aquí hablando contigo civilizadamente y buscando opciones. Él. Solo él —enfatizo, y Nero me observa en silencio—. Necesito que estés de acuerdo —recalco.

—Lo siento, Nina, pero no puedo hacer eso. Me pediste honestidad, y aunque no lo hubieras hecho, nunca te daría otra cosa que no fuera eso. Yo quiero el paquete completo. Quiero a nuestro hijo y te quiero a ti, y no me importa tener que esperar.

—Deberías, porque eso no va a cambiar.

—Entonces, seré feliz de haber pasado mi vida esperando a la única mujer que he amado. Mil vidas esperando por ti serían mejores que cualquiera en la que no existiera la oportunidad de volver a estar contigo.

***

—Y este es Batman —Kael le muestra a Nero el último de sus muchos muñecos de superhéroes, encantado.

Peleó con un amiguito en la plaza y quiso volver a casa antes. La sorpresa y la alegría en su rostro al llegar y ver a su papá hicieron que cada segundo de la agotadora conversación que tuve con Nero valiera la pena. Kael literalmente corrió a sus brazos.

Después de su promesa de amor eterno, me negué a seguir hablando con Nero de cualquier cosa que no fuera Kael. Establecimos horarios para las visitas, días específicos, y acordamos que incluso en esos momentos deberá llamarme para coordinar. Hoy no estaba en la agenda, pero no le negaría esto a mi hijo. Kael lo abrazó en su vida como si, de verdad, su papá hubiera estado de viaje y finalmente regresara. Ese siempre fue mi plan. Pero nunca me atreví a decirlo en voz alta ni a admitir que estaba buscando cualquier oportunidad para incluir a Nero en cada pequeño espacio de la vida de Kael.

—¿Y cuál es tu favorito? —Desde la puerta de la habitación de Kael, veo a Nero, arrodillado frente a la estantería, junto a nuestro hijo, preguntar.

—Superman. ¿Y el tuyo?

—A mí me gusta Batman.

—Creo que cambié de opinión —dice Kael, y yo levanto las cejas, porque desde que mi hijo entendió el concepto de superhéroes, Superman ha sido su preferido—. Sí —confirma, inclinando la cabeza hacia atrás—. Creo que ahora mi favorito es Batman —concluye, y aunque intento parpadear rápido, no puedo evitar que una lágrima rebelde ruede por mi mejilla.

60

NINA MARCHESI

Nero: ¿Puedo visitar a Kael hoy?

Dudo en responder el mensaje en la pantalla de mi celular. Mi primera reacción es decir que no. Hoy es mi día libre y es el único día que tengo realmente para estar con mi hijo. Sin embargo, sé que sería egoísta de mi parte.

Aunque tenga solo un día a la semana para dedicarle, yo siempre he sido parte de la vida de Kael. En cambio, Nero es algo nuevo. Algo que ha ido encantando a mi hijo cada día más. Después de dos semanas de visitas, la opinión de Kael no solo ha cambiado sobre su superhéroe favorito.

Ahora, de repente, ha decidido que le gusta más el azul que el amarillo, que la manzana es su fruta preferida, aunque antes se negaba a comerlas, que no le gusta la corteza del pan y hasta me ha pedido que le compre una camisa de botones y mangas largas para arremangarla “como las de papá”.

Ver todo esto desata una lucha en mi pecho, y apenas estamos comenzando. Ayuda y a la vez no ayuda que Nero haya cumplido hasta ahora con lo que prometió.

Viene solo en los horarios que acordamos, siempre pregunta antes, no se queda más tiempo del necesario, acepta las restricciones de días que le impongo y trata a Kael como si fuera un príncipe, lo cual, en cierto sentido, es verdad.

La mayoría de las visitas las supervisa mi madre, porque son en la noche, cuando ya estoy en el trabajo. Ver a Nero lo menos posible es una decisión egoísta de la cual no me arrepiento.

Nina: Está bien. Hoy estoy libre.

Le respondo y su contestación no tarda en llegar.

Nero: ¿Alguna hora en especial?

Nina: Después de las 2, después de que almuerce.

Nero: ¿Puedo llevarle un regalo a Kael?

Nina: Ayer ya le llevaste uno.

Nero: Lo sé.

Nina: No lo acostumbremos mal. Mejor esperemos un poco.

Nero: De acuerdo. Nos vemos luego, Nina.

No respondo su último mensaje. Me levanto de la cama y empiezo a organizar mi día, porque tengo la sensación de que será largo.

***

—¡Ven, papá! Es hora de ver la película. —Kael prácticamente arrastra a Nero hacia el sofá

antes de que alcance a cerrar la puerta.

Mi hijo insistió en abrir la puerta conmigo. Cuando le conté que Nero vendría hoy, casi daba saltos de alegría, y con toda la inocencia del mundo, pero aun así doliendo, me dijo: “Me encanta la abuela, pero los mejores días son cuando tú y papá están en casa”.

Le recordé que eso había pasado solo tres veces, y él afirmó que esas habían sido las mejores. Luego inclinó la cabeza, pensativo, y consideró que, tal vez, un día en el que estuviéramos “todos, todos” en casa, su papá, su abuela, sus tíos y yo, sería el mejor de todos.

Kael se encariñó con sus tíos en un instante. Pero, ¿cómo no lo iba a hacer? A diferencia de Nero, que respeta los límites que le pongo, ellos complacen a Kael en todo lo que quiere hasta que tengo que amenazarlos diciéndoles que, si no paran, solo podrán verlo una vez por semana.

—¿Qué película veremos hoy? —pregunto, sentándome en el sofá junto a Kael. Nero está del otro lado, dejando a nuestro hijo en medio de los dos.

—¡El Gato con Botas! —pide, y yo sonrío. Es una de sus favoritas—. Papá dice que nunca la ha visto —añade. Claro. Debería haberlo imaginado.

—Está bien, vamos a verla.

61

NERO ZANTHOS

—¡Shhh! —me dice Kael, aunque ni siquiera estoy hablando, cuando nota que estoy mirando a su mamá, dormida a su lado—. No podemos hablar fuerte, ¿ok, papá? Para no despertar a mamá.

—¿Pero no querrá despertarse para ver la película? —le pregunto en un susurro, de verdad preocupado.

No tenía intención de entrometerme en el momento entre Nina y Kael. Cuando ella dijo que era su día libre, pensé que solo estaba anunciando que sería la supervisora de nuestras visitas de hoy. Sin embargo, en cuanto llegué, Kael se apresuró a contarme todo lo que haríamos porque era el día de descanso de mamá, lo que me hizo darme cuenta de que tienen una rutina especial para estos días.

Quedarme fue una decisión egoísta, pero no pude evitarlo. Nina ha puesto toda la distancia posible entre nosotros. La mayoría del tiempo, solo la veo en las fotos que hay por su apartamento. Y la extraño. Cada día, un poco más. Siento que eventualmente este sentimiento va a consumirlo todo.

Pero no le mentí cuando, semanas atrás, le dije que no me importaba esperar toda la vida. Cada palabra fue sincera. Y Kael… mierda… mi hijo es el niño más increíble que existe.

—No —responde él, también susurrando—. Ella siempre se queda dormida, luego le contamos todo —explica, y sonrío antes de asentir.

Vemos la película juntos. En algún momento, Kael deja de estar sentado y se recuesta en el sofá, poniendo su cabecita en mi regazo y sus pies apoyados en las piernas de Nina. Dejo de prestar atención a lo que pasa en la pantalla.

Bajo la mirada y me dedico a admirar cada detalle de mi hijo. Acaricio su cabello, veo cómo sus pestañas se alzan y caen cada vez que parpadea y trato de memorizar cada expresión que cruza su rostro mientras reacciona a lo que está viendo en la película.

Cuando dejé Grecia y subí al avión rumbo a Italia, era plenamente consciente de que le debía mucho a Nina. Sabía que nunca podría saldar esa deuda; es demasiado grande, simplemente inmensa. También sabía que jamás podría agradecerle lo suficiente por el hijo que me dio, aunque entonces aún no lo conocía.

Lo que no imaginé es que habría una gratitud aún mayor que no podré expresar ni con palabras ni con gestos, ni con nada. Esa que me aprieta el pecho hasta el punto de asfixiarme cada vez que pienso en ella, es decir, todo el tiempo. La gratitud de que me haya hecho parte de la vida de mi hijo, aun cuando yo mismo me negué a serlo.

Kael me mira como si fuera su superhéroe, porque aunque lo haya conocido hace apenas unas semanas, siempre he estado en su corazón. Estoy en sus recuerdos, en sus gustos, en su día a día. He estado en todos los lugares importantes, aunque no lo supiera, solo porque Nina se esforzó tanto en ello. No hay forma de agradecer algo así.

—¿Sabes lavar los platos? —pregunta Kael, aún susurrando, al levantarse de mi regazo. Me doy cuenta de que la película ha terminado y los créditos están subiendo en la pantalla.

Parpadeo varias veces, alejando las lágrimas que se acumularon mientras divagaba.

—No —respondo, con curiosidad por saber a dónde lleva esta conversación. Kael baja del sofá con cuidado y da unos pasos, pero al notar que no lo sigo, se gira hacia mí y me hace un gesto con la mano para que lo acompañe.

Me levanto y lo sigo. Salimos de la sala, rodeamos la pequeña barra y entramos en la cocina americana. Es un espacio pequeño; la casa de Nina es igual a la de al lado, donde mis hermanos y yo estamos viviendo sin que la madre de mi hijo lo sepa.

En la planta baja está la sala, la cocina americana, un baño y una lavandería, y en la planta alta hay dos habitaciones y otro baño. Kael saca un banquito de debajo de la barra de la cocina y lo coloca frente al fregadero.

—Voy a subirme al banquito para lavar los platos. Pero no puedo lavar los cubiertos; para eso necesito a un adulto, así que tendrás que hacerlo tú. —La explicación me hace reír, y Kael me regaña. Se sube al banquito y se pone de puntitas para ver si su mamá sigue dormida. No se ha despertado.

—Perdón, se me olvidó —digo, disculpándome, y él sacude la cabeza, regañándome. Esta vez, contengo la risa.

Si Kael tiene mi rostro, sus gestos son por completo los de Nina: desde su forma de sonreír enseñando todos los dientes hasta la forma en que revuelve los ojos.

—Está bien. Vamos, pon atención, para que cuando te toque a ti lo hagas bien —exige, y yo asiento, y segundos después ya estoy embobado otra vez con mi hijo. ¿Es normal querer llorar al verlo lavar los platos? Kael lava dos platos, dos vasos y dos recipientes de postre, todos de plástico, y luego se gira hacia mí.

—¿Es mi turno, cierto? —susurro.

—Eso —confirma, baja del banquito, lo corre un poco hacia un lado y vuelve a subirse. Tomo la esponja y Kael me supervisa. Observa atentamente mientras lavo los tenedores, cuchillos y cucharas, y cuando termino, mi hijo saca un trapo que estaba guardado debajo del fregadero, detrás de una cortina que lo cubre—. Ahora tenemos que secar —dice y toma uno de los platos. Kael pasa el trapo sobre el plato en movimientos circulares—. Es así, pero no me sale, porque me paso intentando y nunca se seca nada.

Esta vez, me tapo la boca para ahogar la risa que no puedo contener. Kael me regaña otra vez y me pasa el trapo. Empiezo a secar, y aunque realmente me lleva tiempo hacerlo bien, no le paso nada a Kael hasta que está perfectamente seco.

—¿Qué están haciendo? —pregunta Nina, y giro mi rostro en su dirección.

—Estoy enseñándole a papá a lavar los platos, mamá —dice Kael, ahora en un tono normal. Las cejas de Nina se levantan mientras se pone de pie—. ¿Te gustó? —Mi hijo le pregunta orgulloso de su logro. Mi pequeña Hadita me mira de arriba a abajo, deteniéndose un momento

en el trapo sobre mi hombro, luego observa el fregadero, ya vacío, y por último vuelve a mirar a Kael.

—Me encantó, mi amor. —La sonrisa que nuestro hijo le da es la cosa más hermosa del mundo, y cuando ella sonríe también, carajo, mi corazón da un vuelco.

—¿Hicimos un buen trabajo? —pregunta Kael, y la sonrisa de Nina se convierte en una mirada desconfiada hacia él.

—Sí —responde, sospechosa.

—Como recompensa, ¿podemos comer la tarta de chocolate? Pero no quiero la tuya, mamá, quiero la de la señora Anna —pregunta, y cruzo los brazos para contener la sonrisa. No debería sentirme orgulloso de que esté tratando de conseguir una recompensa por algo tan simple como lavar los platos, pero lo estoy.

Nina desvía la mirada y hace un puchero antes de mirarnos de nuevo y responder.

—Sabes que tenemos una regla, ¿no? —es todo lo que dice, y mis cejas se fruncen.

—Solo podemos comprar el día de pago —responde Kael, desanimado, y mi boca se abre un poco, pero la cierro antes de decir algo que sé que Nina desaprobaría.

—Exactamente.

—¿Y cuánto falta?

—Seis días. —Mi hijo asiente, y de repente se gira hacia mí—. ¿Y a ti? ¿Qué día te pagan? —pregunta, y casi me echo a reír, pero mejor celebro esta pequeña victoria. Yo no ofrecí nada, así que Nina no puede culparme por la respuesta que le doy.

—Ayer me pagaron. —Kael me sonríe de oreja a oreja—. Si tu mamá te deja, podríamos ir a comprar.

***

Kael observa indeciso la vidriera de una cafetería en el centro de la ciudad. Además de su tarta favorita, hay una decorada con los colores y el logo de Batman, y no puede decidir si quiere la que siempre pide o la que lo ha sorprendido hoy.

Miro a Nina con ojos de súplica, rogándole que me deje comprar las dos, pero ella permanece impasible. Niega con la cabeza, y me siento miserable. Retrocedo un poco, alejándome de la vidriera, y le hago una señal para que se acerque.

Ella viene, con una expresión que deja claro que no tiene intención alguna de ceder.

—¿Y si compro la de Batman para mí y le dejo comprar la otra? —sugiero, y ella pone los ojos en blanco.

—¿En serio sería para ti?

—Me gusta mucho Batman —respondo, y ni siquiera se molesta en contestarme, solo suelta un resoplido—. Podemos comprar ambas, Nina. Por favor —le pido, murmurando.

—No, Nero. Tiene que aprender que no puede tenerlo todo —afirma. Me giro completamente hacia ella.

—Claro que puede —digo en voz baja—. Nosotros podemos.

—No se trata del dinero. Es cuestión de límites. Tiene que entender que no puede obtener todo lo que quiere en el momento que quiere, aunque tengamos para comprarlo. —Suelto un suspiro resignado y miro de nuevo a Kael. Entiendo lo que quiere decir, pero aun así duele saber que no podré darle todos sus caprichos.

—¿Cómo haces esto siempre? —pregunto con genuina curiosidad, y ella se ríe. Una risa de verdad. Trato de memorizar el momento, porque es la primera vez en cinco años que me sonríe sin sarcasmo.

—Te acostumbras —dice, y asiente hacia Kael.

—¿Yo? —susurro en protesta—. ¿Tengo que darle yo la noticia?

—Eres su papá, ¿no? —pregunta con un toque de diversión, sin tener idea de lo mucho que esas palabras me golpean.

—Lo soy —respondo con una sonrisa enorme y me acerco a Kael. Me agacho para ponerme a su altura antes de hablarle.

—Y entonces, ¿decidiste? —le pregunto y le doy un beso en la mejilla. Él niega con la cabeza.

—Quiero la de chocolate, pero la otra es de Batman.

—Lo sé, hijo. Pero solo puedes elegir una —digo con calma, y él asiente, ya consciente de ello—. ¿Por qué no hacemos esto: hoy comes la de chocolate y, para tu cumpleaños, pedimos una que sea mitad chocolate y mitad Batman?

Sus ojitos azules se iluminan, y me mira al instante, apartando la vista de la vidriera por primera vez.

—¿Podemos hacer eso? —pregunta, sorprendido, y su asombro me pone en alerta.

Nina dijo que su pago es en seis días. El cumpleaños de Kael es en dos semanas. Puede comer otra tarta hasta entonces, ¿cierto? ¿O acabo de meter la pata?

Busco a Nina con la mirada y ella me observa confundida, preguntándose por qué estoy tardando tanto, y no sé cómo decirle que tal vez cometí un error.

—Podemos —respondo, decidiendo que lidiaré con la posible furia de Nina después. Ya le dije que sí, no hay marcha atrás.

—Entonces quiero la de chocolate —elige, y le doy un beso en la mejilla antes de levantarme y pedir la tarta. También le compro una porción a Nina.

Ella me agradece un poco avergonzada cuando nos sentamos a comer. Kael hace un desastre enorme y, cuando termina su tarta, tiene chocolate por toda la cara. Me siento bendecido, porque este es uno de los mejores momentos de mi vida.

Conduzco de regreso a casa con el corazón a punto de explotar de felicidad y amor. Cuando estaciono, me giro hacia atrás. Kael se sube al asiento trasero y rodea mi cuello con sus brazos, abrazándome desde su asiento.

—Gracias, papá —dice, y luego se suelta.

—Gracias, Nero —también me agradece Nina, y abre la puerta del auto para que Kael salga antes que ella. Sin embargo, él se detiene con las piernas fuera del auto, pero sin poner los pies en el suelo.

—¿Puedo ahora preguntarles a mis tíos qué día les pagan para poder comer tarta también? ¡Tengo tres! —celebra con los ojos brillantes, como si hubiera hecho un gran descubrimiento.

—¡No! —se apresura a negar Nina.

—¿Por qué no? —pregunta Kael, genuinamente confundido.

—Porque no puedes andar pidiendo tarta a todo el mundo, Kael.

—Pero ellos no son "todo el mundo". Son mis tíos —replica, y yo me muerdo los labios para ocultar la sonrisa.

—Te lo explico en casa, Kael —responde Nina, excluyéndome del resto de la conversación.

Ella y Kael salen del auto, y yo doy la vuelta a la manzana y estaciono en otra calle antes de regresar sigilosamente a casa para que ni Nina, ni Kael, ni su abuela descubran que ahora soy su nuevo vecino.

Lo hago sonriendo de oreja a oreja, sintiéndome un hombre con mucha suerte.

62

NERO ZANTHOS

Nero: ¿Puedes salir un momento, por favor?

Nina: La puerta está abierta, estamos arriba. Pasa.

Nero: Prefiero esperar aquí afuera, ven tú sola, por favor.

Escucho los pasos de Nina bajando las escaleras mientras yo espero, sintiéndome un poco nervioso. Finalmente, abre la puerta, con una expresión asustada.

—¿Qué pasó? —pregunta con los ojos bien abiertos—. ¿Alguien se lastimó? —dice mirando a todos lados, como si pudiera adivinar la respuesta en el aire.

—¿Qué dices, Nina? —le respondo, confundido—. ¿Quién se lastimó?

—¡Eso es lo que te estoy preguntando! Tú fuiste quien vino a hablarme.

—Pero yo no dije que alguien estuviera herido, solo que necesitaba hablar contigo —aclaro, y Nina parpadea, pasando de preocupada a molesta en cuestión de segundos.

—¿Entonces por qué no entraste de una vez? —exclama, golpeándose el muslo con la palma de la mano, dejándome aún más desconcertado.

—No avisé que venía. No quería ser inoportuno.

—Tu existencia ya es inoportuna, Nero. ¡Qué susto! ¡Maldita sea! —Lleva una mano al pecho, cierra los ojos y respira profundamente para calmarse.

—Lo siento, no era mi intención.

—¿Qué quieres? —Su apuro por deshacerse de mí me hace retroceder un poco. Nina nunca me recibe con los brazos abiertos, pero tampoco suele ser tan cortante. Al menos, no desde aquel primer día.

—Compré esto. —Saco tres entradas del bolsillo y se las ofrezco. Nina las toma con el ceño fruncido.

—¿Tres entradas para Lego Batman? —Me mira esperando una explicación, pero yo me distraigo mirando su ropa: una especie de bata que apenas cubre su cuerpo. Ver sus curvas me golpea con nostalgia, y aparto la mirada inmediatamente. Me tomo unos segundos para responderle.

—Sí. —Carraspeo—. Es para esta tarde —le digo, casi disculpándome por no haber avisado antes—. Sé que tú y Kael siempre ven una película en tu día libre, pensé que esta semana podría ser algo diferente —explico, y Nina frunce el entrecejo.

—¿Y para eso necesitabas que viniera afuera? —me pregunta, como si hubiera hecho algo tan absurdo como llamar a una ambulancia sin razón.

—No quería que Kael me viera.

—¿Por qué no? —pregunta, echando la cabeza hacia atrás. Me esfuerzo por mantener mis ojos en su rostro. Quizás no entiende aún, o tal vez solo quiere que me humille. De cualquier manera, le doy lo que quiere.

—No estaba seguro de que aceptarías ir, y no quería que él te obligara a decir que sí.

—Aquí hay tres entradas —dice, apretando los labios y arqueando una ceja. Un claro desafío.

—Sí, las hay. Me encantaría ir con ustedes, pero no quiero entrometerme en tu día libre. Sé que la semana pasada ya me robé tu tiempo con él, y no tengo intención de hacerlo de nuevo… a menos que tú me invites a compartir este momento —le digo, olvidando por completo el discurso calmado y persuasivo que había preparado.

—Muy bien. Gracias —me agradece, y casi sonríe con malicia al rechazarme sin darme una respuesta. No le hice ninguna pregunta, así que no puedo culparla.

—De nada. —Asiento, rindiéndome y dándole la espalda, resignado.

No quiero arruinar su día libre ni forzar mi presencia en el único momento que tiene para descansar. El ofrecimiento ya está hecho. Sé que lo entendió, y parece que decidió no aceptarlo. Ya he pasado frente a mi casa y a la de la vecina cuando Nina me llama.

—Nero. —Su voz suena arrastrada, como si ya se estuviera arrepintiendo. Si mi nombre fuera un poco más largo, creo que habría desistido a mitad de camino.

—Sí —respondo sin dar un solo paso, girando solo el rostro para mirarla por encima del hombro.

—Puedes venir con nosotros —mi sonrisa comienza a dibujarse lentamente.

Intento contenerla para no parecer arrogante o victorioso, temeroso de que ella se moleste y decida castigarme retirando la invitación. He notado que últimamente Nina guarda un poco de rencor y se venga en pequeños detalles siempre que puede.

—Gracias.

—No hay de qué —me responde, y ya no puedo ocultar la sonrisa.

—No solo por eso, sino también por todo.

***

—¿Sabes contar historias, papá? —me pregunta mi hijo, montado sobre mis hombros como un monito, mientras aprieta dos legos contra mis ojos.

—Creo que sí, hijo, pero puedes enseñarme si lo hago mal. —Le aprieto las piernitas, sujetando sus piernas en mi cuello mientras Kael se echa hacia atrás riéndose. Se equilibra con facilidad y vuelve a la posición normal antes de que mi corazón se acuerde de que debe seguir latiendo.

—No sé leer, papá. ¿Tú sabes?

—Sí, sé leer. —Da unas palmaditas, y escucho cómo los dos pequeños legos de su colección chocan.

—Entonces sabes contar historias. Mamá, ¿él puede contarme la historia para dormir esta noche? Quiero la del pingüino.

—Aún es de tarde, Kael; dormirse es de noche.

—Mamá, eso no importa, tú duermes en la mañana y en la tarde.

Miro hacia el suelo, tratando de no reírme de la situación, pero no ayudo a Nina, porque la única persona que desea que ella diga que sí, más que mi hijo, soy yo mismo.

—Tienes razón, pequeño. Pero tú duermes de noche.

—¿Y cuánto falta para la noche?

—Tres horas.

—Lo que tengo de edad —responde, y sé que ha levantado tres dedos. Siempre hace eso, y saber algo tan simple sobre mi hijo me saca una sonrisa cada vez.

—Un poquito menos. Tienes tres años.

—Es verdad. Espera, papá. —Vuelve a pedir, intentando taparme los ojos con los legos, y me golpea en la frente con una esquina dura cuando acerco su cuerpo hacia adelante con cuidado. Kael se para frente a nosotros, exigiendo toda nuestra atención, y simula un bostezo como si tuviera un sueño enorme que no siente—. Mira, mamá, tengo un sueño así de grande. —Abre los brazos todo lo que puede y empieza a negociar—. Puedo dormir en la tarde hoy, y si me demoro un poquito en dormir. —Muestra con sus deditos—. Papá puede contarme dos historias. ¿Verdad, papá? —me pregunta buscando mi apoyo cuando llegamos a la puerta de casa.

Busco la mirada de Nina, y ella asiente, incapaz de negarle un pedido tan encantador.

—Claro, hijo. Las que quieras —prometo.

—¿En serio, papá?

—Te vas a arrepentir, Nero. —No sé si Nina me está advirtiendo o amenazando, pero le respondo sonriendo.

—Lo dudo. —Sigo tras él cuando la abuela Rosa abre la puerta y lo abraza.

—Papá me va a contar muchas historias, abuela, hasta que sea tarde. No lo dije yo, fue mamá quien lo dijo. ¿Verdad, mamá?

—Quiero ver si estás tan emocionado por bañarte como por las historias, señor Kael. —Mientras se quita las botas y cuelga su abrigo, Nina le llama la atención con seriedad. Kael parece desinflarse de repente.

—¿Hoy toca baño, mamá? —Mira hacia mí, pidiendo ayuda con la mirada.

—Todos los días toca baño, Kael. —Al escuchar eso, sus hombros se caen y sus ojos se clavan en el suelo.

Con voz desanimada, parece otro niño, distinto del que hace media hora saltaba de felicidad por los dos legos que encontró en su bolsa de palomitas.

—¿No podemos saltar el baño solo hoy? —pregunta, y aunque me da un poco de pena, también me resulta gracioso. Mi hijo es como un pequeño cascarrabias cuando se trata de bañarse. Anoto este detalle en la colección de cosas que voy guardando sobre él, junto al hecho de que siempre levanta los dedos cuando habla de su edad.

—Arriba, jovencito. Baño, pijama y cama. Después vienen las historias —avisa Nina.

—¿Baño de cuerpo o baño de cabeza?

—De los dos, Kael.

—Está bien. —Suspira, toma aire como si necesitara reunir coraje, y sube las escaleras corriendo, muy decidido. Lo sigo.

Kael abre tres cajones seguidos en su cuarto. Del primero, saca un pijama; del segundo, ropa interior y calcetines; y del tercero, una toalla. Lo apila todo en un hombro.

—¡Mamá! —grita, llamando a Nina, que ha ido directo al baño a abrir la llave del agua—. ¿Puede ser esta? —Levanta la tela como si ella pudiera verla desde allí.

—Sí —responde Nina desde el baño—. Trae la cajita pequeña. —Le pide, y él busca en la cómoda, sin ayuda, una cajita azul donde está su “kit de uñas infantil”.

Kael corre al baño, y yo me apoyo en el marco de la puerta, observando la pequeña rutina coordinada entre los dos. Nina lo sube sobre la lavadora y lo ayuda a quitarse la ropa. Le entrega los dos legos que aún traía en las manos, y ella los coloca en el borde de la ventana.

Kael sube un pequeño escalón para entrar a la bañera con cuidado, y ni siquiera necesitan hablarse, simplemente comparten sonrisas serenas, de esas que ya se han compartido mil veces y que no necesitan palabras.

El peso de cada momento que me he perdido se acomoda en mí, pieza por pieza, mientras los veo actuar como un pequeño equipo del que no soy parte y al que solo puedo observar desde afuera. Soy un espectador. Eso es lo que soy en la vida de mi hijo y de mi mujer, y no tengo a nadie más que culpar que a mí mismo.

Nina llena solo un poco la bañera. El agua le llega hasta la mitad de las piernas a Kael, pero el baño lo toma de pie, con la ducha.

Mi hijo cierra los ojos de forma exagerada cuando le ponen el champú en el cabello, aunque su mamá le recuerda que no pica. Se queja cuando le lava cada uno de los dedos de los pies y pone caras cuando le toca levantar la segunda pierna. Susurran entre ellos, como si yo no estuviera ahí, y me siento casi un intruso.

Después de secarlo, vestirlo, peinarlo y cortarle las uñas, Kael se sienta sobre la tapa del inodoro, finalmente mirándome.

—Ahora mamá también toma su baño, y después es tu turno, papá.

—¿No estás olvidando algo, jovencito?

—¡Los dientes! —Se acuerda, y en esta parte parece emocionado. Corre a su cuarto y vuelve con su banquito. Se sube para alcanzar el lavabo y se lava los dientes, un poco torpemente.

—La parte de arriba también, Kael —le recuerda Nina, acomodando la ropa sucia en el cesto y doblando la toalla. Él lo hace rápido, como si fuera una competencia.

—Ahora es tu turno, mamá, o no va a dar tiempo de contar dos historias.

—Hoy puedes esperar en el cuarto con tu papá, Kael. Yo me baño sola.

—No, mamá, te esperamos. No vamos a dejarte sola. ¿Verdad, papá? Bañarse es muy aburrido —me dice, y yo me río.

—Creo que podríamos ir preparando tu cama y eligiendo la historia; tu mamá suele ser rápida.

—¿Y cómo sabes eso, papá? ¡Nunca la viste!

—Los adultos se bañan rápido. —Esquivo la pregunta con una sonrisa, mientras Nina me lanza una mirada divertida. Creo que es la primera vez en mi vida que me siento avergonzado por haber visto a alguien desnudo.

O tal vez el problema fue la reacción de mi cuerpo después de quedarme más de dos segundos paralizado, imaginando a Nina en la ducha mientras yo la esperaba en el umbral. Debo estar perdiendo la cabeza; tener pensamientos depravados en la presencia de mi hijo debe ser el colmo de la desesperación.

Dios, ayúdame.

—¿Puedo ir? —Kael pregunta, ya ofreciéndome su mano.

—Claro. —Nina le da un beso en la mejilla y lo huele, satisfecha con el resultado de su trabajo, y yo salgo con él del baño, como si ahí dentro faltara el aire para respirar.

63

NINA MARCHESI

Kael parece tan lejos de dormir como hace media hora, cuando me escabullí del baño y corrí hacia la habitación, escondiéndome después del baño más largo de la historia.

La mirada ardiente de Nero se adhirió a mi piel y me dejó desequilibrada. Necesité un poco más que agua fría para calmar mi piel.

Ahora, con ropa limpia y el cabello peinado, regreso al pasillo, y las risas de mi hijo son tan escandalosas que hasta mi mamá se ríe, sin saber de qué, escuchando desde nuestra habitación.

No puedo interrumpir al ver a Nero con una sábana enrollada en el cuello, imitando a… ¿un pingüino volador? ¿De dónde sacó esa historia?

—Y entonces el super pingüino encontró a sus amigos y volaron hasta las capas de hielo. —Es impagable ver a Nero sosteniendo dos lámparas como si fueran los amigos del super pingüino.

—¿Qué son las capas de hielo, papá?

—Son grandes bloques de hielo que los pingüinos llaman hogar.

—¿Su cama es de hielo? —Kael pregunta sorprendido.

—Sí —responde Nero, pero se rasca la cabeza, como si estuviera dudando de si respondió bien.

—¿Y no tienen frío?

—No, Kael. Tienen un pelaje muy grueso que los protege.

—¿Como esta manta? —Él tira de la cobija para mostrarle la parte peluda a su papá.

—Exactamente igual que esta manta.

—Papá, ¿puedes decirle a mi mamá que no quiero una cama igual a la de los pingüinos? Yo no tengo pelaje, voy a sentir frío.

Nero se ríe y Kael lo mira sin entender. Mi hijo es abrazado por su papá en un fuerte y cálido apretón, acurrucando su rostro en el hueco del cuello de Nero antes de darle un pequeño beso. Casi siento envidia al ver cuánto se siente seguro en sus brazos. Recuerdo el tiempo en que yo también me sentía así.

De perfil, los dos son una réplica exacta el uno del otro, bellos, mi hijo y mi… sacudo la cabeza, alejando el pensamiento antes de que se complete.

—¿Ya lo extrañas, papá? —Kael se aparta y mira a Nero, apoyando suavemente su mano en su rostro.

—Creo que sí, hijo —responde Nero, y siento que lo dice sinceramente.

—¿*Quiero que yo pido* a mi mamá que te quedes a dormir aquí?

—Así no se dice, hijo. ¿Quieres que yo le pida, hijo? —corrige Nero.

—Sí, quiero. Puedes pedirle.

No necesito ser la villana que dice que no, porque Nero se apura a corregir.

—No, hijo. Quise decir que no se dice “quiero que yo pido”, se dice “quieres que yo le pida”.

—Está bien, pero ¿vas a pedirle?

—Hoy no, hijo. Recuerda que te expliqué que tengo una casa.

—¿Donde viven los tíos?

—Así es. Tengo que dormir allí.

—¿Por qué?

—Porque si no, tus tíos se ponen tristes y pasan frío.

—¿Tienen camas como las de los pingüinos?

—Así es.

—Entonces está bien, papá, si quieres llevar una manta, hay una abajo. —Kael se acomoda y Nero lo cubre, dándole dos besos en la cara sin levantarse.

—Puedes ir, papá, ya estoy dormido. —Mi hijo señala sus ojos cerrados—. Y estoy calentito.

—Buenas noches, hijo.

—Buenas noches —se despide. Nero sale de la habitación y cierra la puerta, encontrándome en el pasillo.

La mirada que comparte conmigo no necesita palabras. Cada sentimiento que vibra en su pecho está estampado en sus ojos: calidez, orgullo y amor. Por mi hijo. Por nuestro hijo.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, me siento transportada a un tiempo en el que todo era fácil, en el que todo era simple, y solo por ese breve momento me permito sentir nostalgia.

64

NINA MARCHESI

—Mamá —me llama Kael mientras baja las escaleras con su cerdito de juguete en las manos. Levanto la vista de los recibos y facturas que estaba revisando y le presto atención a mi hijo.

—Sí, cariño —respondo cuando se detiene frente a mí, abrazado a su alcancía. Kael muerde su labio en una muestra de timidez poco común en él. Mi hijo no es una criatura introvertida. Muy por el contrario, lo considero bastante extrovertido, así que su cabeza baja y sus mejillas sonrojadas captan toda mi atención—. ¿Qué pasa, hijo? —le pregunto y él levanta la mirada.

Kael coloca su cerdito sobre la mesa, justo frente a mí, antes de hablar.

—¿Puedes ver cuánto tengo? Quiero saber si puedo invitar a alguien más para la cena de mi cumpleaños, además de ti y de la abuela —pide y parpadeo, porque, aunque Kael lleva semanas hablando de su cumpleaños con su papá y sus tíos, esto, sin duda, me sorprende.

El día de su cumpleaños, salimos a cenar fuera. Es el único día del año que hacemos eso, porque invitar a tres personas a un restaurante no es un lujo que podamos permitirnos con frecuencia, a pesar de que una de esas personas sea un niño que come muy poco en comparación a un adulto.

Kael es un niño curioso. Le gusta conocer lugares, personas y cosas. Pregunta sobre todo, quiere tocarlo todo, busca experiencias y más experiencias todo el tiempo. Desde que comenzó a ser consciente de su entorno, cada mañana preguntaba por un restaurante en el centro de la ciudad.

Pasamos por allí camino a su guardería y después de que insistió mucho, le prometí que iríamos a conocer el lugar en su cumpleaños. Él no tenía idea de lo que eso significaba, pero cuando entendió el concepto de un restaurante, inmediatamente preguntó si podríamos hacerlo el año siguiente.

Le expliqué que no lo sabía, pero que si teníamos dinero, con gusto iríamos. Desde entonces, comenzó a guardar monedas diciendo que era para poder ir al restaurante en su cumpleaños. Es claro que sus ahorros no serían suficientes ni para pagar las entradas, pero se esforzó tanto y esperó tanto por eso que jamás podría decirle que no.

He estado haciendo malabares durante dos meses para asegurarme de que tengamos lo suficiente para la noche de su cumpleaños, que será en tres días, y que quiera invitar a cuatro personas más me toma completamente desprevenida.

Primero, porque aunque ya sabía que después de casi dos meses conviviendo con Kael, Nero y sus amigos se han vuelto parte integral de la vida de mi hijo, y luego, porque pagar la cuenta de cuatro personas más va a ser un poco complicado. Pero, ¿quién dijo que tengo el valor de decírselo a Kael? ¿Qué madre lo haría? Puedo tomar turnos extra las próximas semanas. Resuelvo el problema en mi propia cabeza.

—Claro que puedo ver, cariño —respondo y tomo el cerdito. Lo vuelvo al revés y quito la tapa que está en su pancita.

Giro la abertura sobre la mesa y una buena cantidad de monedas comienza a caer. Miro a Kael y en su rostro hay una expresión de orgullo tan grande que me hace reír. Cuento, moneda a moneda, y encuentro cincuenta y ocho euros. Mis cejas se levantan cuando la sorpresa se apodera de mi rostro.

¿Cómo logró Kael juntar tanto? Aquí hay suficiente para que él, de hecho, pagara una cena para mi madre, él y yo. Retrocedo la cabeza, pensando, tratando de recordar si pude haberle dado tantas monedas a lo largo del año. Pero, de repente, un pensamiento se instala en mi cabeza.

—¿Tus tíos te han estado dando monedas, Kael? —pregunto, entrecerrando los ojos.

—Solo cuando me lo merezco, mamá —responde orgulloso y cierro los ojos, deseando golpear mi cabeza contra la mesa frente a mí. ¡Son imposibles, maldición!

Podría preguntar qué quiere decir Kael con "merecer", pero no creo que me guste la respuesta, así que me lo guardo para mí y me giro hacia mi hijo de tres años con toda la paciencia del mundo, porque él no tiene la culpa de la estupidez de los adultos que ahora forman parte de su vida.

—Tienes, sí, lo suficiente para invitar a más personas, cariño.

—¿Ah, sí? —pide confirmación con los ojos brillantes.

—Sí, tienes. —Kael asiente con la cabeza varias veces antes de que el mismo aire de timidez que tenía al bajar las escaleras vuelva a aparecer en su rostro.

—Quiero invitar a papá y a los tíos, mamita. ¿Puedo? —dice lo que yo ya sabía y me pide permiso.

—Sí, puedes.

—Pero, ¿y si no quieren venir? —Su tono es tan inseguro como sus palabras.

—Claro que querrán, Kael. Ellos te quieren.

—¿Puedes invitarlos tú? —sugiere y suelto una risa. Hago un puchero y lo llevo a la esquina de mi boca.

—Sí, puedo.

—¿Puede ser ahora? Falta muy poco para mi cumpleaños, mamá.

—No sé dónde vive, hijo —explico—. Pero puedo enviar un mensaje a tu papá y pedirle que vengan aquí. ¿Qué opinas?

—No es necesario, mamá. Yo sé dónde viven —asegura y frunzo el ceño.

—¿Sabes?

—Sí.

—¿Cómo?

—El tío Drako me lo contó, mamá. —Asiento en señal de aprobación —. Vístete bien, mamá. Te llevaré allí. —Kael saca de la nada la idea de que debo vestirme bien, y me pregunto si no entendió mal lo que Drako pudo haber dicho.

Nero nunca me ha dicho dónde vive, y tampoco lo he preguntado; no me he molestado en hacerlo. No cuando es él quien viene aquí siempre que quiere ver a Kael. Supongo que después de tantas semanas, ya es hora de que lo descubra.

—Está bien —digo, levantándome—. Vamos.

—¿No te vas a cambiar, mamá? —Kael insiste y yo rollo los ojos.

—No, Kael. Jeans y camiseta están perfectos para visitar a tus tíos.

—Y a papá.

—Exacto. —Kael toma mi mano y me guía hacia la puerta. Cuando me detengo para agarrar mi bolso, él me detiene.

—No necesitas bolso, mamá. Es cerca. —Frunzo las cejas una vez más.

—¿Cómo que cerca?

—Ven, ya lo verás. —Me jala sin delicadeza, y cruzamos la puerta.

Kael me lleva a través del patio y gira a la izquierda. Sin embargo, entra inmediatamente por la siguiente puerta, y yo aprieto su mano para detenerlo.

—¡Kael! —le grito, pero él no se detiene. Sigue caminando hasta la puerta de la casa, y cuando llegamos, golpea con toda su fuerza infantil.

Yo golpeo el pie frenéticamente en el suelo, mientras nadie responde, pero en el fondo sé a quién voy a encontrar tan pronto como se abra esa puerta. ¡Y mierda! Podría aplastar a Nero por su audacia. ¡Se lo prohibí!

—¡Todo soy yo en esta casa! Ustedes piden comida y yo soy la que tiene que bajar a buscarla. —Es la voz de Drako la que escucho antes de

que la puerta se abra.

Cruzo los brazos ya enfadada cuando el idiota finalmente la abre por completo, relajado. Sus ojos se abren de par en par al verme, y presiona los labios.

—Hola, tío. —Kael llama su atención, mirando un poco más abajo de mi rostro.

—Espera, enano, solo un segundo.

—Lo siento, tío, te devuelvo la moneda que me diste por el secreto —asegura mi hijo.

Drako ríe, ignorando mi furia como si no tuviera miedo, y atrapa a Kael entre sus brazos. Lo levanta en el aire y gira, arrancándole una risa estridente al niño.

—¡Nero! —grita hacia las escaleras. No escucho respuesta, pero parece que sí, porque continúa—. ¿Recuerdas esa palabra con "f" que me prohibiste decir cuando estuviera cerca de Kael? —Una vez más, no puedo escuchar la respuesta que viene de arriba—. Bueno, estás muy "f", hermano. Kael está aquí.

—¿Cómo que vino solo? —Veo a Nero bajar las escaleras envuelto en una toalla, buscando a Kael con preocupación. Sonríe al verlo en brazos de Drako, pero su expresión cambia de inmediato cuando Drako se mueve y me revela.

Nero sujeta la toalla con fuerza y tiene la decencia de lucir más preocupado que Drako por ser sorprendido. No dice nada.

Por unos segundos, tal vez más de los que quisiera admitir, sigo el camino que una gota traicionera de agua recorre desde la punta de su cabello, por el cuello, bajando por el pecho musculoso. El resto del camino lo imagino yo, ya que la gota se detiene, pero yo no.

—Puedes dejar de babear en el umbral de mi casa, Nina, puedes babear aquí dentro. Tú pagas lo mismo.

—Muy gracioso, Drako —me quejo entre dientes.

—¿Quién es tu tío favorito, niño?

—¡Atlas! —responde Kael decidido.

—Así nunca te harás rico, mocoso.

Doy un paso hacia adentro, furiosa.

—¡Deja de sobornar a mi hijo! —reclamo a Drako—. ¿No vas a decir nada? —Me giro hacia Nero, aún aferrado a la toalla como si pudiera ocultarse de mi juicio.

—Puedo explicarlo.

—Más te vale. Es mejor que puedas.

—¿Estás molesta con los tíos, mamá?

—Sí, hijo.

Kael se vuelve hacia los idiotas en la sala y anuncia.

—Creo que hoy tendré que enseñarles a todos cómo se hace un castigo, y ustedes tendrán que hacerlo muy bien, ¿verdad, mamá? Para poder ir a mi cumpleaños. —Kael me mira un poco nervioso, y me apresuro a sacarlo de los brazos de Drako—. Aún pueden ir, ¿no, mamá? Después del castigo.

—Claro, hijo. Pueden ir. —respondo, tratando de calmarlo.

—¿Vas a poner veneno en la comida? —murmura Drako, sintiéndose gracioso.

—Puedes apostar que sí —prometo al salir.

***

—Hola —dice Nero, ahora vestido, en cuanto abro la puerta. Cruzo los brazos frente al pecho, esperando, pero no dice nada más.

—Explícate.

—Dijiste que no podía alquilar la casa de al lado, pero no dijiste nada sobre que Atlas, Apolo o Drako no pudieran hacerlo.

—¿De verdad? ¿Semántica, Nero? ¿Ese es tu argumento? —Sonríe antes de responder, y me enojo aún más al darme cuenta de que en realidad no estoy tan molesta. Que esté tan cerca de Kael es algo bueno, al fin y al cabo.

Si hubiera descubierto sus travesuras una semana después de su regreso a nuestras vidas, nuestra conversación sería muy diferente. Pero la verdad es que las cosas han cambiado.

Nero ha sido un buen padre. Presente, comprensivo, respetuoso de los límites. Ha hecho todo lo posible para que mi hijo tenga la mejor vida, y aunque todavía me preocupa que mañana o pasado cambie de idea y se vaya, no puedo negar que cada día se vuelve más difícil creer que eso realmente pueda pasar.

—Quería hablar contigo sobre el cumpleaños de Kael —comienza, saltándose el tema de la vivienda y suelto un suspiro profundo, reconociendo que no hay más que discutir realmente.

—¿Sobre qué?

—Primero, creo que es un buen momento para confesarte que le prometí una torta mitad de chocolate y mitad de Batman para su cumpleaños —Nero lo admite con tanto temor, tanta preocupación por haber hecho algo posiblemente incorrecto, que me arranca una risa fuerte, aliviando el ambiente que mi descubrimiento había creado.

—¿Cuándo? Fue el día que fuimos al café, ¿no? No lograste que eligiera solo una y negociaron el pastel de cumpleaños, ¿verdad? ¡Sabía que te estabas demorando! —lo acuso y me responde con una sonrisa nada avergonzada.

—Dijiste que me acostumbraría. Era la primera vez, no sabía cómo

hacerlo. —Sacudo la cabeza, negando.

—¿Y cuál es la segunda cosa?

—Me gustaría llevarlo a pasear. Nada lejos. Nada fuera de la ciudad. Solo quisiera sacarlo un poco de casa. También estás invitada, por supuesto. —Se apresura a añadir.

—¿Tienes alguna idea de a dónde quieres llevarlo? —pregunto.

—Vi que hay un parque en la ciudad. Creo que le gustaría ir, ¿no? También vi que tienen hasta empleados vestidos de superhéroes.

—A Kael le encanta el parque. Con la rutina, hace meses que no podemos llevarlo.

—Yo puedo hacer eso —se ofrece de inmediato—. Si me lo permites, claro.

—El día del cumpleaños tengo que trabajar durante el día y, por la noche, estaré libre. No podría ir con ustedes. —Nero asiente, resignado, aunque su expresión ha decaído visiblemente.

—Está bien —acepta—. Podemos dejarlo para otro día.

Respiro hondo y hablo antes de perder el valor.

—No es necesario, Nero. Ustedes pueden ir juntos. —Sus cejas se fruncen en confusión.

—¿Tu madre podrá acompañarnos?

—No, Nero. Pueden ir solos —explico, y él abre la boca, completamente sorprendido. Es casi gracioso. Pero no me río, en lugar de eso, soy sincera—. Creo que has ganado ese derecho.

—Gracias —dice, ya con los ojos vidriosos—. Muchas gracias.

65

NINA MARCHESI

El plato de Kael está demasiado lleno. No porque le hayan servido mucha comida, sino porque está comiendo poco, casi nada. Lo observo mover su tenedor de un lado a otro y, con algunos intervalos, levantar la vista hacia la mesa, mirando eventualmente hacia mí, a su derecha, o hacia su padre, a la izquierda. Sé que no es su independencia la que está fallando, justo hoy. Es otra cosa.

El restaurante a nuestro alrededor vibra con la actividad de una noche de sábado. Nuestra mesa está llena, exactamente como Kael quería. Ha pasado los últimos días sin hablar de otra cosa que no fuera esta cena y llegó aquí extremadamente emocionado.

Las montañas de regalos que lo esperaban en casa cuando volvió del parque con su padre probablemente tienen mucho que ver con su entusiasmo. En la sala de nuestra casa y en la habitación de mi hijo, hay muchos más de cuatro regalos que Kael esperaba recibir este año.

A pesar de mis protestas y de mis amenazas, sus tíos han sobrepasado todos los límites. Y aunque realmente me quejé, la alegría de mi hijo al ver todo eso... Nada me ha hecho tan feliz. Mi madre está conversando con Atlas, Drako y Apolo, y están metidos en una charla aleatoria, mientras Nero tiene la mirada en el mismo lugar que yo: en nuestro hijo.

—¿Qué pasa, Kael? —le pregunto en voz baja. Kael muerde su labio inferior antes de inclinar la cabeza hacia atrás y mirarme a los ojos.

—Creo que el dinero de mi alcancía no va a alcanzar para pagar la cuenta. Hay mucha gente, mamá. Así que estoy comiendo poquito para ahorrar —explica en su tono de voz normal, y la mesa a nuestro alrededor queda en silencio de inmediato.

Con el rabillo del ojo, veo que todos se miran entre sí, pero no desvío mi atención de esos pequeños ojos azules que me observan con expectativa. Mi corazón se aprieta.

Ningún niño debería tener que preocuparse por esto. Pero la frecuencia con la que tengo que decirle a mi hijo que no puede tener o hacer algo porque no tenemos dinero nos ha llevado a esto. Inclino mis labios sobre su cabello rubio y respiro hondo.

—Hijo, tu papá puede —empieza Nero, pero lo interrumpo.

—No hace falta. —Levanto la cabeza y apoyo mis dedos índice y medio en su mentón—. Puedes comer toda tu comida y pedir lo que más quieras. Había más que suficiente en tu alcancía. Mamá lo promete.

—¿Estás segura? —pregunta, todavía inseguro, y yo le sonrío.

—Absolutamente, amor. —Su rostro se ilumina con una sonrisa y Kael toma su tenedor con mucho más entusiasmo. Rápidamente se une a las conversaciones de la mesa, siendo mimado y adorado por sus familiares.

Por un instante, me pierdo en la imagen. El peso que se ha instalado en mi pecho se disuelve lentamente al darme cuenta de que, aunque no tengamos dinero para derrochar, mi hijo ya tiene más de lo que pensé que tendría, y todo lo que soñé día y noche que él tuviera: una familia.

No puedo evitar cerrar los ojos brevemente y hacer una oración silenciosa, pidiendo a Dios que no nos quite esto. Que no se lo quite a él. Cuando vuelvo a abrir los ojos, encuentro la mirada de Nero fija en mi rostro y no desvío la vista.

Un suspiro de nostalgia se escapa de mis labios antes de que pueda impedirlo, pero supongo que cuando una de tus fantasías más profundas y bien guardadas se hace realidad, es difícil explicarle a tu corazón que no todo está exactamente como lo deseabas.

—Terminé, mamá —me avisa Kael, sacándome de mis pensamientos sobre Nero. Bajo la vista hacia el plato de mi hijo y lo encuentro casi vacío. Solo ha dejado los pimientos y se apresura a justificarlo antes de que pueda decir algo—. Es mi cumpleaños, mamá. No necesito comer los pimientos, ¿verdad?

Muerdo mis labios para no reír y le doy otro beso en la cabeza.

—No, amor. Hoy no hace falta.

Cuando todos los platos están vacíos y nosotros, satisfechos, Kael me mira con expectativa. Yo río y asiento con la cabeza. Él levanta su manito en el aire, llamando al mesero, que se acerca rápidamente.

—Sí, señor —dice, haciendo que Kael adopte una actitud altanera que, ¡Dios santo!, se parece aún más a su padre.

—La cuenta, por favor —pide como le enseñé, lo que provoca que todos no puedan evitar sonreír.

El mesero asiente, se aleja y, minutos después, vuelve con una pequeña libreta llena de la cuenta. Kael me mira otra vez.

Abro mi bolso y saco de él su saquito de monedas. Mi hijo se baja de su silla cuando le doy el dinero y camina hacia la caja del restaurante, sosteniendo la cuenta en una mano y las monedas en la otra, extremadamente orgulloso de sí mismo.

—Lleva un año ahorrando para esta noche. Kael es un niño muy independiente, estas cosas son importantes para él. —explico a los adultos en la mesa, que se ríen y al mismo tiempo lucen confundidos—. Aunque ha conseguido nuevas fuentes de ingreso en los últimos meses —digo, lanzando miradas de desaprobación a los tíos de mi hijo—. Claro que sus ahorros no serían suficientes para cubrir la cuenta, pero el gerente ya está al tanto. Él pagará con lo que tiene y después yo vengo a cubrir el resto. —Un "Aaah" colectivo resuena, y yo río.

Mi madre y Nero son los únicos que reaccionan de manera diferente. La primera, porque ya sabía lo que estaba pasando, y el segundo, porque está muy ocupado mirándome de una forma que me hace latir el corazón.

Nos levantamos para esperar a Kael y salir del restaurante, y de alguna manera, termino demasiado cerca de Nero. Quizás mi cuerpo, de forma momentánea, se rebeló contra mi mente y decidió que era una buena idea

acercarse un poco.

Mi brazo roza el suyo cuando acomodo la silla en la que estuve sentada bajo la mesa, y tengo que esforzarme para no cerrar los ojos cuando Nero se mueve y sus dedos rozan mi cintura.

Kael vuelve, orgulloso, sosteniendo el pequeño recibo, y su padre lo levanta, girándolo en el aire y arrancándole las risas más deliciosas. Nero sostiene a Kael en sus brazos como si él fuera su mundo, y mi mente rápidamente proyecta un millón de otras situaciones en las que lo he imaginado tantas veces, pero sacudo la cabeza, alejando mis deseos más íntimos. Son tan profundos que hace mucho tiempo que ni siquiera yo los visitaba.

Debo recordarlo, me digo a mí misma. Debo recordar que Nero no es de fiar. No lo hago por mí, lo hago porque no hay nada en este mundo que no haría por mi hijo, pero la verdad es que, en cualquier momento, Nero puede irse otra vez.

En el instante en que ese pensamiento completa mi mente, sin embargo, me siento ridícula, porque ya no puedo creer en ellos tan fervorosamente como me gustaría, como sé que debería. No sé si es el día de hoy, si es la situación de la cena con la mesa llena, si fueron los toques sutiles o si han sido los últimos meses, pero el hecho es que las certezas que tenía sobre Nero se están desmoronando otra vez, y no sé cómo lidiar con eso.

Era más fácil hacer que mi cuerpo y mi mente trabajaran juntos contra el padre de mi hijo cuando estaban de acuerdo en que él era un riesgo. Ahora que cada día se parece menos a eso, se ha vuelto más difícil ignorar los pensamientos y deseos que pensé que nunca más tendría sobre este hombre.

Sin embargo, no puedo ignorarlos. Porque si no soy yo quien protege a Kael, ¿quién lo hará? Si Nero decide que se ha cansado de jugar a la familia y se va, dependerá de mí mantenerme fuerte para mi hijo. Y sé el dolor que significa perderlo.

Lo soporté una vez, no creo que pueda hacer eso de nuevo. Así que no,

no puedo ignorar mis temores, porque si se hacen realidad, la única barrera entre mi hijo y el abismo en el que caí alguna vez seré yo.

—¿Vas a volver a ser príncipe, papá? ¿Vas a volver al castillo donde vives? ¿Allá en Grecia? —Kael hace la pregunta que hace tiempo no hacía cuando Nero lo coloca en el suelo, atrayendo mi mirada. Su padre frunce el ceño, tan confundido como yo sobre de dónde pudo haber sacado el deseo de hacer esa pregunta ahora.

—¿Por qué preguntas eso? —Intenta entender en lugar de responder, y mi corazón se ahoga, haciéndome dar cuenta de que, en ese momento, necesitaba un "no" tanto como Kael.

—Porque si vas a quedarte aquí, papá, en tu cumpleaños, también tienes que invitarme a cenar y tienes que pagar la cuenta, porque ahora no tengo ni un centavo —explica su lógica infantil y todos reímos. Aún estamos perdidos en risas cuando Nero finalmente responde a la primera pregunta.

—No iré a ningún lugar donde tú no estés, hijo —promete, agachándose para estar a la misma altura que Kael, y el niño se lanza a su cuello, abrazándolo—. Nunca más. —Esas dos últimas palabras las dice mirándome fijamente.

No deberían significar nada, trato de convencerme y fallo miserablemente. Porque significan. Significan mucho.

***

Me acerco a la habitación de Kael algún tiempo después de que sus risas se han apagado. Necesité unos momentos a solas después de que regresamos del restaurante, lo que significa que elegí perderme la sesión de cuentos, que se volvió diaria después de la primera vez.

Mi madre y yo hemos sido completamente reemplazadas. Kael dice que nos ama, pero que papá es mucho mejor haciéndolo que nosotras. Me sentí un poco indignada, aunque debo admitir que sí, Nero es prácticamente un actor, representando una obra de teatro privada y diferente para nuestro hijo cada noche.

El silencio total en el pasillo me hace creer que Nero ya se ha ido. Respiro aliviada, porque eso es exactamente lo que quería, evitar tener que mirarlo de nuevo esta noche. Pero hay una parte de mí, una pequeña y obstinada, que se siente decepcionada porque se fue sin despedirse.

La luz de la habitación de Kael todavía está encendida, me doy cuenta, acercándome al umbral. Entro en la habitación y me detengo, paralizada ante la escena congelada ante mis ojos.

Mi hijo está durmiendo en su cama infantil, rodeado. De un lado está la pared, del otro, un Nero completamente comprimido, abrazándolo con sus brazos. Kael ronca tranquilamente, sintiéndose completamente seguro y cómodo en los brazos de su padre.

Nero no se ha ido. Se quedó dormido junto a Kael. Trago la emoción, pero no puedo evitar que se desborde de mis ojos en una lágrima silenciosa. La confusión dentro de mí vuelve a surgir, una vez más.

Desde hace años, mis deseos dejaron de ser importantes para mí. Parece algún tipo de tortura que la vida, de repente, haya decidido resfregármelos en la cara, como un perverso examen. Suspiro largamente y me acerco a la cama.

Tomo la manta doblada sobre la cómoda al lado y la abro, estirándola sobre Kael y sobre Nero, porque no puedo cubrir solo a mi hijo. Retrocedo un paso y muerdo el labio, disfrutando de la vista una vez más, tratando de capturarla en una fotografía mental que nadie más que yo tendrá.

Contorno la cabecera baja de la cama y me inclino sobre ella, dejando un beso en el cabello de Kael. El rostro tranquilo de Nero me atrae como un imán y lo miro durante casi un minuto entero. Mi mano se extiende, sin mi permiso, y acaricia su mejilla.

El toque enciende una docena de recuerdos no solicitados pero extremadamente vívidos. Nero y yo en la playa, corriendo y riendo. Nero y yo en el velero, en nuestra primera noche. Nero y yo en la cama que elegimos juntos, mientras cubría mi vientre de besos y tratábamos de elegir un nombre para nuestro bebé. Dejo caer otra lágrima.

El movimiento de Nero contra mi palma me saca de los recuerdos y presto atención a él. Aún tiene los ojos cerrados, dormido, pero su mejilla se frota nuevamente en mi mano antes de que Nero gire su rostro lo suficiente para besarme la palma y acurrucarse más cerca de Kael. Alejo mi mano con cuidado, preocupada de despertarlo, y me doy dos segundos más antes de salir de la habitación.

Tomo una última fotografía mental cuando me detengo en la puerta y, después, me prometo a mí misma que esto es todo. Solo será esto y nada más.

66

NINA MARCHESI

—Hola, don Carlo. Buenas tardes, ¿cómo está? —saludo al dueño del restaurante al que vinimos hace dos noches, para el cumpleaños de Kael.

Es un hombre alto, de bigote espeso y canoso, con la calva en la parte superior de la cabeza. Aún falta un poco para que el restaurante abra para el almuerzo, y ya lo encuentro vestido con su uniforme de chef, parado junto a la caja y sosteniendo su gorro en las manos. Me sonríe al verme.

—¡Hola, Nina! ¿Cómo estás?

—Bien —le digo, apoyándome en el mostrador—. Vine a saldar la cuenta. Disculpe por no haber venido ayer, el turno en el hospital estuvo un poco caótico.

Me justifico, y su rostro se arruga en una expresión de desconcierto.

—Tu esposo ya estuvo aquí ayer, Nina. Pagó la cuenta y dejó a todos felices con unas propinas enormes. Ya están emocionados para el próximo cumpleaños de tu familia, de hecho —concluye entre risas, sin notar mi expresión de sorpresa.

Cada palabra que sale de su boca me deja más y más impactada. ¿Mi esposo? ¿Ya vino? ¿Y dejó propinas descomunales?

Paso de la sorpresa a la indignación en cuestión de segundos. Con esfuerzo, logro sonreírle a Carlo, aunque espero que no parezca una mueca.

—¡Ah, claro! —le digo—. ¡Qué cabeza la mía! Se me olvidó por completo que habíamos quedado en eso.

El dueño del restaurante asiente, sonriente.

—Perdón por eso, Carlo.

—¡No te preocupes! —responde con un gesto de la mano—. Sé

perfectamente cómo es. Si no me olvido de la cabeza es porque está pegada a mi cuello.

Dejo escapar una risa forzada, pero es lo único que puedo ofrecer.

—Y felicitaciones por la hermosa familia que tienen. Siempre te veía solo con el niño. Tu esposo es un hombre con suerte.

Asiento, sonriendo apenas, mientras siento la rabia crecer dentro de mí como un monstruo cada vez más grande. ¡Nero no tenía ningún derecho a hacer eso!

Me despido de don Carlo y de todos los que encuentro a mi paso mientras salgo del restaurante con una sola certeza: ¡estoy a punto de matar a ese "hombre con suerte"!

67

NERO ZANTHOS

Kael está sentado sobre mis hombros cuando llegamos a la puerta de su casa. Sostengo firmemente sus piernas, manteniéndolo en su lugar mientras Atlas y Drako juegan con él, intentando hacerle cosquillas. Kael se inclina hacia adelante y hacia atrás, tratando de escapar de sus ataques.

Después de horas jugando a la pelota en la plaza de la otra cuadra, uno pensaría que el niño estaría tan agotado como yo me siento, y como estoy seguro de que mis amigos también lo están. Pero supongo que los cansados y viejos somos nosotros.

La puerta se abre, y la sonrisa en mi rostro se borra de inmediato al ver la mirada fulminante de Nina. Me observa con las fosas nasales dilatadas y la mandíbula apretada. Bien, esto es inesperado.

Le doy la espalda y bajo a Kael de mis hombros, escondiéndolo de la vista de su madre. Aún está atrapado en un ataque de risa y no ha notado a Nina, lo cual es un alivio.

—Hijo, ¿qué te parece ir a ver las camisetas de fútbol del tío Drako en la casa? —le sugiero, esperando que diga que sí.

Nina claramente quiere desahogar su furia, y no quiero irme sin saber el motivo, pero tampoco quiero que Kael presencie lo que sea que está por suceder. Mentalmente, agradezco que doña Rosa esté trabajando, porque si no, seguro ella habría abierto la puerta… con una escoba en la mano.

—¿Están aquí? —pregunta Kael, emocionado.

—No, pero tiene muchas fotos —respondo, y mi hijo sonríe, asintiendo con entusiasmo. Le revuelvo el cabello, despeinándolo un poco, y Drako y Apolo le toman de la mano, cada uno por un lado, para llevarlo a casa.

Antes de irse, Drako mueve los labios en silencio, diciéndome "te asesinará", y Atlas desliza el dedo sobre su garganta. Claro, ellos no me dejarían escapar tan fácil.

Espero a que los tres crucen el portón y respiro profundo antes de darme la vuelta.

—No sé qué hice, pero supongo que no servirá de nada si te digo que lo siento, ¿verdad? —pregunto mientras cruzo la puerta que Nina ha dejado abierta y la cierro al entrar.

Ella ya está en el medio de la sala, caminando de un lado a otro, como si no pudiera controlar su enojo. Y porque, aparentemente, no le temo a la muerte, me detengo un segundo a observar cómo su vestido se balancea, dándome breves vistas de sus muslos suaves.

—¡No tenías derecho! —me acusa, atrayendo mi atención hacia su rostro—. ¡Te dije que yo iba a volver para pagar la cuenta! ¡Te lo dije!

Está furiosa de verdad, y mi mente vacila, tentada a deleitarme con cada señal de su temperamento encendido, pero me esfuerzo por contenerme, porque si el problema es que yo pagué la cuenta del restaurante, entonces no pienso arrepentirme.

—Perdón —me disculpo de todos modos, lo cual solo parece enfurecerla más—. No quería molestarte, solo…

—¿Solo qué? —me interrumpe—. ¿Solo pensaste que sería buena idea llegar antes que yo y hacer algo que llevo un año planeando? ¿O pensaste que Kael era el único que estaba ahorrando?

Un año ahorrando para pagar una cena. Esa declaración quiebra mi determinación de no discutir, porque hice exactamente lo que Nina me está recriminando. Me adelanté para pagar antes que ella porque sabía que no aceptaría el dinero si intentaba dárselo.

Y aunque no llevo mucho tiempo aquí, he estado lo suficiente como para imaginar cuánto le debieron pesar los euros que dejé en el restaurante. Nina trabaja sin descanso. No se pierde ni un solo turno y, cuando puede, cubre a sus colegas. Aun así, apenas le alcanza para que Kael coma su pastel favorito una vez al mes.

Desde que llegué, he querido abordar el tema del dinero, pero sabía que debía hacerlo con cuidado. Crecí sin nada. Sé exactamente cómo se siente. No quiero que mi hijo pase por algo parecido, pero aún no sé cómo hacer que su madre esté de acuerdo conmigo. Quizás, ha llegado el momento de averiguarlo.

—Solo quería ayudar, Nina. Sé que no vas a aceptar mi dinero, pero es tan de Kael como mío. No me parece justo que sigas sacrificándote para que nuestro hijo tenga cosas cuando yo estoy aquí. Sé que has pasado mucho tiempo sola, pero ya no es así, Nina. Estoy aquí.

—¿Y cuando te vayas? ¿Qué hago yo? —pregunta, golpeando su pierna con la mano—. ¿Cuando ya no estés y tenga que explicarle a Kael que todas las cosas a las que se había acostumbrado se fueron contigo, cómo hago eso?

Su pregunta me deja necesitando un segundo para responder.

No es la primera vez que Nina lanza esas palabras contra mí, pero jamás lo había hecho con tanta furia. Después de meses, esperaba que la madre de mi hijo empezara a creer, aunque fuera un poco, que esto no es como ella piensa.

—No me voy a ir. No voy a ningún lado —aseguro, manteniendo la calma en cada palabra desde que crucé la puerta, porque no voy a discutir con Nina.

Voy a ser lo que ella quiera, lo que necesite que sea. Y si hoy eso significa ser su saco de boxeo, estoy más que listo.

—Y debo creer en eso, ¿verdad? ¿Aceptar como una verdad que todo es como en un cuento de hadas? Pues no, Nero…

—Nina…

—¡No! —responde alto, su rostro transformado por una expresión que ha pasado de la molestia al puro enojo—. ¡No tienes derecho a pedírmelo! ¡No tienes derecho a pedirme que te crea, porque ya lo hice una vez! ¿Y

sabes qué pasó? Mi vida se fue a la mierda y tú no hiciste nada para impedirlo.

—Nina, yo…

—¡No! —me interrumpe otra vez, y antes de que las palabras salgan de su boca, sé que lo que va a decir me va a destrozar. No me muevo. Si acaso, enderezo mi postura para ponerme justo en su línea de visión—. Tuve que escuchar a un médico decirme que la solución a todos mis problemas eran dos pastillas, y cuando me negué, fue tu madre la que me acorraló en la entrada de la clínica.

—¿Qué? —ahora soy yo quien la interrumpe. El odio que aún arde en mis venas hacia Lysandra sube a la superficie con solo escuchar su nombre—. ¿De qué estás hablando?

—¿Ah, no sabías? —Los ojos de Nina se vuelven distantes, como si reviviera recuerdos lejanos, y una risa amarga escapa de sus labios—. Me buscaste por cinco años, pero ni una sola vez te preguntaste qué me llevó a irme en primer lugar, ¿verdad? —Su pregunta me golpea con tal fuerza que retrocedo hasta que mi cuerpo choca contra la pared, necesitando apoyo, porque no, no lo hice.

Estaba convencido de que Nina había huido con otro y, aun después de descubrir la verdad, había tantas cosas sucediendo, que no me detuve a pensar. Entre la desesperación por encontrar a Kael y a su madre, lograrlo y convertirme en parte de la vida de mi hijo, ni siquiera consideré que existiera otra razón para que Nina se marchara, más allá de su miedo a que yo cumpliera la amenaza que le hice años atrás y le quitara a nuestro hijo.

—¿Qué fue lo que hizo, Nina? —pregunto, mirándola fijamente—. ¿Qué hizo Lysandra? —Nina se detiene, mirándome con una mezcla de dolor y enojo.

—Pagó a un médico para que me ofreciera dinero para abortar y después me dijo que no era la primera vez que lo hacía. Que yo no era la primera mujer a la que embarazabas ni la primera a la que le proponías matrimonio para mantenerla callada mientras "arreglabas la situación" —

cuenta, haciendo comillas con los dedos al pronunciar las últimas palabras, y mi cuerpo se apoya más en el concreto detrás de mí.

—Ella…

—Me mostró audios tuyos —continúa, interrumpiéndome de nuevo—. Audios tuyos conversando con alguien, diciendo que al final de esa semana te habrías librado de mí y del niño, y que si no cooperaba, me lo arrebatarías.

—Eso es mentira, nunca, nunca dije algo así. Esa conversación jamás sucedió —exclamo horrorizado solo de escuchar esas palabras. Nina vuelve a reír, otra risa amarga.

—Y esa respuesta llega con cinco años de retraso, Nero. —Me paso las manos por la cara, llevándolas hasta el cabello para tirar de él hasta sentir dolor—. Fui destruida en el asiento trasero de un auto y, aunque todas mis certezas se hicieron pedazos, aún así volví.

—Volviste —susurro mientras todas las piezas que faltaban en el rompecabezas de la manipulación de Lysandra se acomodan: la desaparición de Nina en los días que culminaron con la aparición de las fotos, la insistencia de ella en hablar conmigo, incluso después de que la rechacé dos veces; todo cobra sentido.

—Volví por ti —afirma, y cierro los ojos, incapaz de soportar tanto su dolor como el mío, aunque sé que eso es lo mínimo que le debo—. Y todo lo que necesitaba, Nero, era que me hubieras dicho exactamente eso, hace cinco años, y te habría creído. Habría dejado todos mis miedos atrás y habríamos seguido nuestra vida desde donde la dejamos. Pero no lo hiciste. —Sacude la cabeza, de un lado a otro, y las lágrimas ya le corren por las mejillas—. Creíste en la mentira, ni siquiera me diste la oportunidad de explicarme, me humillaste, me convertiste en una excluida social en el único lugar que alguna vez llamé hogar y después me prometiste que me quitarías a mi hijo. ¿Y sabes qué es lo peor, Nero? —Su risa se vuelve amarga, entre lágrimas—. Que, aun así, me habría quedado. Me habría quedado y habría intentado, de todas las formas,

convivir contigo, soportar tu odio, aunque me destruyera un poco más cada día. Por nuestro hijo, habría soportado eso y mucho más.

—Pero ella hizo algo más, ¿verdad? —pregunto, sin abrir los ojos, sin atreverme a secar las lágrimas que recorren mi rostro.

—El día en que tú y tus abogados me obligaron a ir a esa consulta en la isla, al salir casi me atropellan. El conductor se encargó de dejar claro que no fue un accidente. Me dio un mensaje directo de tu madre: "La isla ya no era un lugar seguro para alguien como yo."

—Entonces huiste —concluyo, diciendo lo obvio mientras abro los ojos.

—Sí, huí —asiente, moviendo la cabeza—. Huí para proteger a mi hijo, porque una mujer capaz de todo lo que ya había visto que Lysandra era capaz de hacer contra mí, contra nosotros, definitivamente podía hacerle daño a un niño inocente. Me quedé sola, en un país desconocido, embarazada, sin saber cómo iba a mantener al niño que llevaba en el vientre. Estuve sola en una mesa de cirugía, arriesgando mi vida y aterrada, aterrada porque, si algo me pasaba, ¿quién cuidaría de mi hijo? Mi madre ya está mayor, ella ya crió a su hija. Estuve sola, Nero, en esas noches en las que Kael no podía dormir y lloraba por los cólicos. Estuve sola cuando él decidió que era como Superman y saltó desde la ventana del segundo piso, creyendo que iba a volar. Estuve sola en cada cumpleaños hasta que cumplió cuatro, estuve sola todas las veces que enfermó. Siempre estuve sola. Así que, no, no tienes derecho a pedirme que crea en ti, porque puede que estés aquí ahora, pero has estado ausente mucho más tiempo del que has estado presente —termina de decir, jadeante.

No le respondo. ¿Qué podría decirle? Ninguna palabra será suficiente para expresar la profundidad de mi arrepentimiento, ni el odio que ahora siento hacia Lysandra. Si alguna vez dudé de si podría volver a mirarla a la cara, esa duda se ha desvanecido completamente.

No hay argumento alguno para contradecir todo lo que Nina ha tenido

que soportar sola mientras yo fallaba, día tras día, en cumplir cada promesa que alguna vez le hice, en ser el padre que debía ser. Mientras el silencio se instala entre nosotros y las verdades que hasta ahora no habían sido dichas ocupan su lugar, me convierto en un bulto rígido de pura culpa y autodesprecio.

Viví en un pozo, fui tratado como basura, luego fui engañado en la casa que aprendí a llamar hogar. Pero nunca estuve solo.

De una forma u otra, siempre tuve una familia a mi lado, y sabía que estaría ahí por mí el mismo tiempo que yo estuviera por ellos, porque mis hermanos y yo casi tenemos la misma edad.

Mirando los ojos heridos y desconfiados de Nina, la certeza que llevo arrastrando desde el momento en que descubrí toda la verdad, aún en aquel sauna, confrontando a Oliver Sarris, se hace tan grande en mi pecho que ya no hay espacio para nada más: haré lo que sea necesario para que Nina me perdone, o moriré intentándolo, pero jamás seré capaz de perdonarme a mí mismo.

Nina esconde el rostro entre las manos y sacude la cabeza de un lado a otro. Y, como si el peso de todo lo revelado fuera demasiado para mantenerse de pie, su cuerpo prácticamente se deja caer al suelo, con las piernas extendidas hacia adelante y la espalda apoyada en la mesa de centro, detrás de ella.

El hecho de que muestre tan abiertamente su última vulnerabilidad me hace imposible no tocarla. Necesito hacerlo, necesito asegurarle que nunca volveré a irme, que puede creer en mí en esto y en todas las promesas que aún quiero hacerle.

Sé que no tengo derecho a hacerlo, pero no es como si tuviera opción. Mi cuerpo se mueve hacia ella sin mi permiso. En unos pocos pasos, acorto la distancia entre nosotros y me arrodillo a su lado. Tomo sus manos, bajándolas para descubrir su rostro, y con mis dedos la miro de frente.

Ahí está todo. Cada sentimiento que sangró con sus palabras. En sus

ojos azules claros veo el agotamiento, el miedo, la inseguridad, el dolor y, sobre todo, la soledad. Hay tanta soledad que, de repente, estar junto a ella ya no parece ser suficiente para calmar la necesidad urgente en mi pecho de ser para Nina todo lo que ella necesite.

Nina tiene que saber que ya no está sola. Necesita sentirlo mucho más de lo que necesita escucharlo. Necesito mostrarle que, aunque sea para que me torture cada día, recordándome una y otra vez las verdades que acaban de convertirme en los restos de un hombre, aquí estaré.

Esta vez no le pido permiso. Rodeo su cuerpo con mis brazos en un abrazo firme. Coloco una de mis manos en su espalda y paso la otra por su cabello, manteniéndola firmemente contra mí. Ella no dice nada, no me devuelve el abrazo, pero tampoco me aparta.

—Perdóname.

68

NINA MARCHESI

—¿Me perdonas? —repite Nero, y siento que no tengo fuerzas ni para responder—. ¿Me perdonas? —vuelve a decir, apretándome más fuerte—. ¿Me perdonas? —insiste, rodeándome con tal fuerza que empieza a balancearme hacia adelante y hacia atrás.

—¿Nero? —lo llamo, pero él sigue pidiendo perdón, cada vez más fuerte, cerrándome en un abrazo asfixiante y balanceándonos sin parar—. ¿Nero? ¿Qué te pasa? —Sus brazos se vuelven tan firmes alrededor mío que comienzan a hacerme daño, y tengo que esforzarme para salir de su abrazo.

En el momento en que logro soltarme, el cuerpo de Nero cae de espaldas al suelo. Sus ojos están abiertos, pero su cuerpo tiembla de pies a cabeza, y su boca está entreabierta. Me arrastro de rodillas hasta su rostro, sosteniéndolo, buscando señales de una convulsión, pero no encuentro nada.

Mis manos tiemblan y tengo los ojos empapados y desorbitados.

—¿Qué te pasa, Nero? ¿Qué está pasando? —pregunto desesperada, sintiendo aún más angustia cuando él intenta hablar y su voz falla. Su frente está cubierta de sudor, y las venas en sus sienes y cuello sobresalen. Sigue esforzándose hasta que logra murmurar algo.

—No... no pasa nada. —Su respuesta me hace levantarme de golpe, y corro hacia la ventana, con el grito en la garganta.

—¡Atlas! ¡Apolo! ¡Drako! —llamo, desesperada—. ¡Apolo! ¡Drako! ¡Atlas! —Cuando estoy a punto de gritar una tercera vez, escucho pasos apresurados, y un segundo después, Apolo y Drako están a mi lado—. No sé qué está pasando, no sé. —Niego frenéticamente con la cabeza y corro de vuelta a la casa. Me arrodillo junto a Nero y veo que todo el color ha desaparecido de su rostro. Está pálido, respirando con dificultad y mucho más sudado que hace unos segundos.

—¿Me perdonas? —pide una vez más antes de perder el conocimiento.

Me quedo ahí, inmóvil, mirando su cuerpo inerte sin poder hacer nada. Todos los años de formación, las horas de práctica, los procedimientos que sé que debería seguir, quedan paralizados por el miedo de ver a alguien que amo en este estado.

No puedo hacer nada. No puedo tocarlo, ni levantarme, ni reaccionar al mundo a mi alrededor por un tiempo que no sé cuánto dura, hasta que Apolo pone una mano en mi hombro y me habla.

—Necesitas alejarte, Nina. La ambulancia ya llegó.

***

—Toma —dice Drako, deteniéndose a mi lado, apoyado en la pared, y ofreciéndome un vaso de café. Lo acepto.

Parpadeo, mirando el lugar al que vengo todos los días y que, sin embargo, ahora no reconozco. Estar en el papel de acompañante no solo se siente diferente por dentro, sino también por fuera.

Nadie me dice qué está pasando. Lo único que quiero es ir a mi casillero, ponerme el uniforme y entrar a la sala de exámenes donde está Nero para poder ver todo de cerca, pero ya me prohibieron hacerlo. Y, aunque racionalmente sé que solo estorbaría, no puedo evitar resentirme, porque hemos estado esperando ya media hora, y la espera me está matando.

Solo una vez he estado en esta posición de esperar noticias en un hospital, y fue cuando Kael se lanzó por la ventana. Mi hijo apenas tenía tres años y lo hizo mientras yo me duchaba. La desesperación y la culpa de esos días me hicieron llorar durante muchas noches, incluso después de que Kael ya estaba en casa, seguro.

La sensación que oprime mi pecho hoy es tan parecida que me amarga la boca y me seca la garganta.

—Gracias —murmuro, aún tratando de entender qué ocurrió. En un

momento, Nero estaba lidiando con todo lo que le arrojé tan conscientemente y, al instante siguiente… al siguiente, él estaba en el suelo.

—Tu mamá ya llegó a casa. Está con Kael. Atlas viene para acá. —Asiento con la cabeza, asimilando—. No sé si debería ser yo quien te diga esto, Nina, pero temo que si alguien no te explica lo que pasa, vas a acabar invadiendo la sala de exámenes, y no creo que a tus superiores les guste mucho. —Drako intenta bromear, como siempre, cumpliendo su rol de amortiguar tensiones, pero no tengo fuerzas para reírme. Después de un rato en silencio, cuando vuelve a hablar, su tono ya no tiene nada de divertido—. Lleva años lidiando con ataques de pánico, Nina. —Giro la cabeza hacia él tan rápido que me duele el cuello. Lo miro con los ojos bien abiertos, sorprendida.

—¿Q-qué?

—Nos tomó un tiempo descubrirlo, pero comenzaron poco después de que te fuiste. Nero no compartió sus sentimientos ni buscó ayuda; se obsesionó en encontrarte y no pasó mucho tiempo antes de que eso le cobrara factura.

—Ataques de pánico… —susurro.

—Ninguno de nosotros se sorprendió de que su cuerpo eligiera esa manera de pedir ayuda.

—¿Ha vivido con esto por cinco años? —pregunto, y Drako asiente—. ¿Por qué… por qué no buscó ayuda? ¿Por qué no recibió tratamiento? —Un triste amago de sonrisa cruza los labios del tío de mi hijo.

—El rechazo es un tema complicado para los cuatro, Nina, y en esa época, Nero lo sentía más que cualquier otra cosa. Mi suposición es que, de alguna forma, él pensaba que lo merecía. Podía culparte por todo lo demás, pero una parte de él se culpaba por no haber sido suficiente para impedir que hicieras todo lo que, supuestamente, hiciste.

—Eso es...

—Triste —dice Drako en voz baja—. Lo sé. —Asiente lentamente—. Todos estamos rotos de formas que apenas podemos explicar. Cada quien lidia con eso a su manera, claro. Yo hago bromas, Apolo vive como si no hubiera un mañana, Atlas intenta cambiar el mundo, y Nero... Él no había encontrado nada que valiera la pena, hasta que llegaste tú. Nos sentimos realmente felices, ¿sabes? Pensamos que por fin vería a su familia adoptiva por lo que realmente era: tóxica. Nero siempre estuvo tan enfocado en esa gratitud absoluta, en esa necesidad de probar que era digno de todo lo que, supuestamente, le habían dado, que nunca pudo ver eso. Creímos que al formar su propia familia, una familia de verdad y sana, lo entendería, pero hasta eso Lysandra lo envenenó.

Una lágrima corre por mi mejilla, y no sé si es por la situación en general o por las palabras de Drako. Pero no la detengo, ni a la siguiente, ni a la que viene después.

Muchas veces me he preguntado cómo habría manejado Nero mi partida. Y aunque durante la mayor parte de estos años creí que estaba casado, siempre me gustó pensar que, de algún modo, sufrió por mí, aunque fuera solo un poco.

Alguien me dirá egoísta, pero me reconfortaba pensar que todo lo que hizo fue para intentar hacerme sentir el mismo dolor que él sentía, sin saber que todo lo que tenía que hacer para hacerme sufrir era tan simple como lo que Nero realmente hizo: rechazarme.

La vida es un caos.

Primero estás feliz, luego decepcionado y, de repente, desesperado, pero cuando menos lo esperas, encuentras la manera de recomponerte y ser feliz otra vez. Las olas de acontecimientos nunca se detienen; nos mantienen en constante movimiento, y supongo que ahí está la esencia de estar vivo, aunque muchas veces parezca todo menos divertido.

No sé qué hacer.

Quiero aferrarme a los resentimientos, al pasado, a todo el dolor que he sentido por años, pero si algo tengo claro ahora, es que me siento ligera.

La vida sigue siendo un caos, pero dentro de mí, todo está limpio y ordenado. Después de cinco largos años, finalmente saqué toda la basura.

Y ahora me pregunto: ¿qué hago con tanto espacio?

***

—Hola —digo en voz baja cuando Nero parpadea en la habitación tenuemente iluminada, esperando que la niebla de la sedación desaparezca. Solo han sido unas horas, pero ser sedado nunca es algo agradable. Gira su cuello hacia mí, sus ojos van aclarándose poco a poco, y noto el momento exacto en el que se da cuenta de que algo anda mal—. Estás en el hospital. Te trajimos aquí después de que te desmayaste en mi casa, pero estás bien. Todo está bien. Te sedaron y, por eso, puedes sentirte un poco confundido —le explico despacio, y Nero asiente con la cabeza ante cada palabra que sale de mi boca.

—¿Me perdonas? —repite las últimas palabras que me dijo antes de desmayarse y yo ignoro sus palabras.

—¿Tienes sed? —pregunto, y él asiente de nuevo en silencio, pero antes de que pueda ir por agua, Nero comienza a moverse en la cama, esforzándose por sentarse. Pongo una mano en su pierna, intentando evitar que se levante, pero él se acomoda contra la cabecera, sentándose.

—¿Me perdonas? —repite. Nero observa alrededor, la habitación vacía del hospital—. Me hubiera gustado tener la fortaleza de soportar escuchar todo por lo que pasaste sin terminar en una cama de hospital, pero fui un cobarde. Tú viviste todo eso mientras criabas a nuestro hijo, Nina, mientras hacías de él un niño increíble y yo… yo ni siquiera pude soportar escucharlo. Lo siento, lo siento tanto.

—Nero, yo…

—No. —Él niega con la cabeza y extiende la mano para alcanzar la mía. Su trago seco me dice que realmente tiene sed, pero Nero se niega a soltarme para que pueda ir a buscar agua—. Te voy a pedir esto todos los días por el resto de nuestras vidas, y aún así no será suficiente, pero

necesito que sepas, Nina, cuánto sé que todo lo que pasó fue mi culpa. —Sacudo la cabeza, negando.

—Ahora no es el momento de hablar de eso.

—Sí lo es. He esperado demasiado. He esperado demasiado para escucharte y nunca más, Nina, nunca más voy a hacer eso. No puedo borrar el pasado; si pudiera, lo haría, sin importar lo que me costara. ¡Dios sabe que sí! Pero no puedo, y eso nunca dejará de doler. Pero puedo y voy a escribir un presente y un futuro diferentes para los tres. A tu lado, como tú permitas, y al lado de nuestro hijo para lo que sea en cualquier momento. También sé que mis palabras no significan nada. Pero haré que se vuelvan realidad todos los días. —Sacudo la cabeza, aceptando sus promesas.

—Está bien —le aseguro.

—No está bien —responde—. Pero haré lo posible para que lo esté.

***

—¿Tú también intentaste volar, papá? —Kael entra en el cuarto haciendo preguntas por la mañana. Las miradas alarmadas en los rostros de Drako, Apolo y Atlas me dicen que mi hijo ya les dio la referencia para la pregunta. Sentado en la cama, vestido y esperando que el médico pase por su habitación para recibir el alta, Nero estira los brazos hacia Kael, quien es rápido en agarrar sus manos—. ¿Ya conociste a la enfermera Paola? ¡Es mi favorita! ¡Me quitó los puntos y no dolió nada!

—¿Más favorita que mami? —Nero lo provoca, y Kael pone los ojos en blanco.

—¡Mi mami no cuenta, papá! ¡No! Ella es la mami, no es la enfermera-mami. ¿Tú también tuviste puntos, papá?

—No, hijo, no tuve.

—¿Dónde te lastimaste?

—En la cabeza, igual que tú. —Kael salta emocionado y Nero lo atrapa

en el aire. Nuestro hijo envuelve sus brazos alrededor del cuello de su padre y usa sus hombros como apoyo hasta que puede darle un beso en la frente a Nero. Yo suspiro.

—Mmm... Vamos a estar afuera. —Atlas avisa antes de que él y los chicos se acerquen a Nero, y poco después, cierran la puerta al salir.

—Mami… —Kael me llama.

—¿Sí?

—Bésale la cabeza al papá también; dos besos harán que pase más rápido, ¿no? —Muerdo el labio, feliz de ser espectadora de ese momento entre los dos y dividida entre aceptar la invitación o no.

Finalmente, contorno la cama, parándome lo suficientemente cerca de Nero para que mi abdomen roce su muslo. Él me mira como si no supiera qué esperar, y me acerco, inclinándome levemente antes de besar su sien. Él parpadea y las lágrimas ya están acumuladas allí. Lo miro por unos segundos antes de acercarme de nuevo y dejar otro beso en el mismo lugar.

Una lágrima resbala por la mejilla de Nero y Kael es rápido en colocar sus manitos en las mejillas de su papá.

—No llores, papá —le pide, acariciando la cabeza de Nero—. Ya va a pasar, papá. ¡Ya va a pasar! Y mi mamá va a cuidar de ti en casa, ¿verdad, mamá? —me pregunta y, sin desviar la mirada de los ojos de Nero, respondo.

—Sí, voy a hacerlo.

69

NINA MARCHESI

—Mamá, creo que ahora soy famoso —dice mi hijo al entrar a casa, con su mochilita a cuestas—. Todos me esperan en la puerta de la guardería. Y luego, también me esperan cuando salgo. ¿No es así, papá? —Mira por encima de su hombro, buscando la confirmación de Nero, que está cerrando la puerta después de entrar.

Frunzo el ceño, sin entender bien a qué se refiere Kael. Algunas semanas después del incidente que llevó a Nero al hospital, las cosas han vuelto a la normalidad y hemos establecido una rutina. Una rutina en la que Nero es una parte aún más grande y esencial de nuestras vidas que antes.

Además de ser el contador oficial de historias para dormir, Nero también se ha convertido en quien lleva y trae a Kael de la guardería y se queda con nuestro hijo después de que yo salgo a trabajar. Sus visitas son mucho menos rígidas que antes. Aunque seguimos comunicándonos sobre ellas constantemente, ahora es común que, al traer a Kael de la guardería, se quede a almorzar con nosotros y, a veces, incluso un poco más. Otra cosa que se ha vuelto menos formal son los mensajes de Nero. El hombre no pierde ni una oportunidad para enviarme un "Buenos días", "Buenas noches", o lo que se le antoje.

Más de una vez me he sorprendido intercambiando mensajes con él durante todo el día y solo me di cuenta de lo que estaba haciendo cuando nos deseamos buenas noches virtualmente. Kael se lanza a mis brazos cuando me agacho para abrazarlo.

—¿Sí, hijo? ¿Quién? —pregunto, tratando de encontrar algún sentido en su declaración.

—Así, como enjambres. —Se zafa de mi abrazo y levanta las manitos al aire, abriendo y cerrando los dedos para ilustrar—. Mamá.

Kael se aleja de mí y pide que lo cargue su padre, quien inmediatamente

lo hace. Sus manos empiezan a acariciar el rostro de Nero.

—Dicen que soy así, hermoso, igualito a mi papá. —Mis ojos se entrecierran y mi boca se abre al darme cuenta de la conversación que mi hijo está contando inocentemente.

—¿Por eso has estado tan empeñado en llevar y traer a Kael de la guardería estas últimas semanas? —pregunto, incapaz de contener la indignación que me invade—. ¿Para pasear con mi hijo? —Mi tono es sumamente ácido, y creo que es poco. Sin embargo, Nero no se inmuta.

Levanta una ceja hacia mí antes de acercarse, todavía con Kael en su cintura, y lo presiona contra mí, formando un sándwich de padre y madre. Kael adora eso, estirando los brazos y rodeando mi cuello con uno y el del padre con el otro.

—Hola, Nina —me saluda Nero, acercando su rostro al mío y dejando un beso innecesariamente lento en mi mejilla. El calor de sus labios contra mi piel calienta todo mi cuerpo, y es solo cuando se alejan que suelto el aire—. He hecho todo lo posible para llevar a nuestro hijo a la guardería para que su madre pueda descansar un poco más, porque sé que llega cansada de su turno nocturno y ahora puede dormir sin preocuparse por eso.

Revuelvo los ojos, ignorando su explicación muy racional, pero nada satisfactoria.

—Y mamá, ¿sabías que papá no tiene novia? —Kael vuelve a hablar y, esta vez, mi reacción a la clase de conversación que él está teniendo cerca de nuestro hijo es física.

Mis fosas nasales se inflaman al respirar con fuerza. Tan cerca como estamos, es imposible no ver la sonrisa en el rostro de Nero, y eso solo me irrita más.

—¿De verdad, cariño? —respondo solo porque no puedo dejar a mi hijo sin respuesta.

—Sí —confirma—. Papá le dijo a la mamá de Giovanna que no tiene novia, porque está casado —Kael concluye, y la ceja de Nero vuelve a levantarse, esta vez con una provocación aún más evidente. Revuelvo los ojos otra vez.

—Muy bien. Es hora de que vayas a arreglar tu cuarto. Después tomaremos un baño y luego almorzaremos.

—¿Baño de nuevo? —se queja, provocándome una risa como cada vez. Esto generará historias tan vergonzosamente graciosas cuando sea mayor...

—Sí. Baño de nuevo.

—Está bien —Kael acepta, cabizbajo, intentando hacerme sentir mal. Nero lo coloca en el suelo y él camina hacia las escaleras.

—¿Le gusta la piscina? ¿O su problema no es solo con bañeras y duchas? —pregunta el padre cuando nuestro hijo ya no puede oírnos.

—Nunca ha ido a una —respondo honestamente y el rostro de Nero comienza a perder lentamente su relajación—. Tampoco nunca ha visto el mar. —Nero asiente, pensativo—. Solo conoce el agua de la bañera o la ducha.

Él no responde, así que entro a la cocina, empezando a organizar el almuerzo. Pero después de unos minutos, Nero viene detrás de mí.

—¿Y tú? ¿Tienes novio? ¿O tu corazón está disponible para ser conquistado? —pregunta y me doy la vuelta, apoyando las caderas contra el fregadero de la cocina y suspirando.

—¿No lo ves? Las hordas de hombres en mi puerta.

—No. Nunca miro hacia atrás y sabemos que yo soy el primero en la fila. —Una risa de desdén sale de mi garganta y coloco las manos en el pecho de Nero, empujándolo levemente para sacarlo de la cocina.

No me deja que pare de tocarlo, mientras sostiene mis manos y se sienta

en el banco frente al mostrador de la cocina, dejándome atrapada entre sus piernas.

—Deja de decir tonterías, tengo un asunto serio que tratar —le advierto, y él sonríe.

—Mis oídos son todos tuyos. Y todo lo demás que quieras también... —dice Nero con una sonrisa traviesa, acercando su rostro al mío lentamente. Me quedo congelada, sabiendo exactamente lo que espero y, al mismo tiempo, sin saber qué esperar.

Desvía su cara en el último momento y me deja otro de esos besos largos en la mejilla. Esta vez está a un centímetro más cerca de la esquina de mi boca que antes. Parpadeo para alejar la sensación de anhelo que hace que mi cuerpo se estremezca por un momento.

—Necesitas ver a un médico —digo sin rodeos.

He pensado mucho en cómo abordar el tema, pero no encontré una manera mejor que esa. No quiero otro susto como el que tuve hace algunas semanas. Y, sobre todo, no quiero arriesgarme a que Nero tenga otra crisis de ansiedad, y esta vez, frente a Kael. ¿Qué hubiéramos hecho si Atlas no hubiera estado disponible para cuidar a nuestro hijo en la casa de al lado mientras su padre recibía ayuda?

Y, principalmente, nunca quiero sentir ese miedo otra vez. Me preocupa que, ahora que todo parece estar bien, Nero simplemente lo ignore.

—Ya estoy ocupándome de eso —promete, manteniendo mis manos en su pecho y yo no hago ningún movimiento para retirarlas—. No quiero que te preocupes, porque cerca de ti, no he sufrido nada.

—No es una competencia, Nero. Ambos necesitamos estar bien para cuidar de Kael. —Asiente, de acuerdo.

—También tengo un asunto serio que hablar contigo. Dos, de hecho —dice él.

—Mis oídos son todos tuyos. —Mi respuesta lo hace sonreír con los

labios apretados en una mueca. Revuelvo los ojos otra vez y me rasco la garganta—. Solo los oídos, Nero. —Él mira hacia las escaleras, como si buscara a Kael—. Va a tardar. El cuarto está hecho un desastre. —Nero asiente antes de responder.

—Hice algo y no te va a gustar.

—Gentileza la tuya al avisar —respondo con sequedad, tratando de alejarme, pero él mantiene sus manos sobre las mías para asegurarse de que no puedo hacerlo—. ¿Qué hiciste?

—Deposité los últimos cuatro años de pensiones atrasadas, deberías revisar tu cuenta.

—¡Nero! —exclamo, forzándolo a soltarme y dando un paso atrás.

—Te dije que no podía arreglar el pasado, Hadita, pero esto sigue siendo nuestro presente. Ese dinero es de él. Son posibilidades para él. —Abro la boca para decirle que el dinero fue lo que complicó todo la última vez, pero la cierro, porque después de cuatro meses de su regreso a nuestras vidas, sé que ya hemos superado esa fase. Quiero que ya hayamos pasado de esa etapa.

—¿Cuánto depositaste, Nero?

—El sesenta por ciento de mi salario mensual por cada mes desde el primer mes de gestación, más beneficios, todos corregidos y con intereses.

—La ley dice que son treinta.

—No me importa. Él es mi hijo. Ese porcentaje es solo una formalidad. Cada centavo que tengo es para él, es nuestro, Hadita. —Lo hace de nuevo, de manera astuta, como si no me diera cuenta de que, porque no me quejé del apodo la primera vez, está probando una segunda. Idiota.

—¿Vas a hacer que me investiguen por fondos dudosos, verdad? —pregunto, segura de que Nero no ha depositado menos que una pequeña fortuna en mi cuenta, que estuvo cinco años sin movimiento, solo volviendo a usarse cuando supe que ya no servía de nada huir, porque

Nero ya me había encontrado. Se encoge de hombros.

—Tenemos dos abogados muy buenos —asegura, y llevo los dedos a la puente de mi nariz, presionándola.

—¿Cuánto es tu salario, Nero?

—No te preocupes, tenemos dos abogados realmente excelentes. —Se niega a responder y estoy lista para protestar cuando él vuelve a hablar—. Tengo otro asunto. Es un pedido y una invitación al mismo tiempo.

—¿Un pedido y una invitación?

—Quiero llevar a Kael a conocer el agua —dice—. Un lago. He estado pensando en esto un tiempo y, ahora que sé que él aún no ha estado en una piscina ni en el mar, creo que sería una buena oportunidad. Vi el anuncio de una casa de temporada en una ciudad cercana, está junto a un lago. Es una propiedad privada y el acceso al lago es restringido a la casa —explica, y mi mente rápidamente me recuerda un momento, hace años, cuando estuvimos en otro lugar privado. La playa privada a la que Nero me llevó en nuestra primera cita—. Este es el próximo lugar al que quiero llevarlo, Hadita —dice, como si estuviera leyendo mis pensamientos, toma mis manos de nuevo y me jala, haciéndome volver al medio de sus piernas.

Nero deja otro beso largo en mi mejilla. Más cerca del borde de mi boca que antes. ¿Debería estar contando cuántos centímetros hay entre ese punto exacto de mi piel y mis labios? ¿Debería preguntarme cuántos besos faltan para que Nero llegue a ellos? No, ¿cierto? No debería.

—¿Cuándo quieres llevarlo? —pregunto, aclarando mi garganta cuando Nero se aleja.

—Durante un fin de semana. Y no quiero llevarlo solo a él. Me gustaría que tú también fueras con nosotros. Entiendo que trabajas, pero tú y Kael necesitan salir de casa. ¿Puedes conseguirte un día libre?

Tardo un tiempo en responder, aunque sé lo que quiero. Mi primer

impulso es negarme, pero al final, decido que no va a pasar nada grave.

—Lo intentaré.

70

NERO ZANTHOS

—Entonces la bruja lanza...

—Está bien, voy a desconectar la llamada ahora —aviso, tomando el celular que estaba apoyado sobre una mesita.

—¡Ey, pero aún no hemos terminado de contar la historia! —protesta Apolo en la videollamada.

—Sí, pero Kael ya terminó de escuchar, está desmayado desde hace casi una hora. —Giro la cámara del celular hacia mi hijo, dormido en la cama.

—Está celoso porque fue reemplazado como el narrador oficial de cuentos para dormir. —Drako se burla y yo entrecierro los ojos.

Tres días atrás, cuando mi hijo pidió que hiciéramos una videollamada para que sus tíos le contaran una historia, lo comprendí. Después de meses integrándose a la rutina de Kael, mis hermanos tuvieron que regresar a Grecia y retomar sus propias vidas. Dijeron que su misión aquí había terminado.

Es natural que mi hijo los extrañe y busque formas de mantenerlos presentes, de mostrar que eso es lo que quiere. Pero no puedo negar que me dio celos, sí, de haber perdido el puesto de narrador de cuentos para dormir. Principalmente cuando el pedido de Kael se repitió ayer y hoy.

—¡Ah, mira esa cara de enfado, Drako! —Apolo está, literalmente, apuntando hacia mí, y yo me canso, desconectando la llamada en su cara. Respiro hondo.

Me acerco a la cama y me agacho al lado de ella. Kael se volvió loco con tanto espacio. Acostumbrado a moverse solo entre los dos duplex que conoció como casas, primero la de su madre y luego la mía, su llegada a la casa del lago fue una sucesión de “Oh”, “Ah” y “¡Guau!”.

Después de un día entero corriendo, saltando y aprendiendo a flotar en

el lago, mi hijo me preguntó si podríamos volver aquí otra vez, con su abuela y sus tíos. La segunda parte de sus invitados me hizo poner los ojos en blanco, pero le dije que volveríamos muchas veces.

Nina me miró con desconfianza y, en la primera oportunidad, me preguntó cómo exactamente podría garantizar eso. El dueño podría decidir dejar de alquilar la casa, por ejemplo.

Me encogí de hombros y le dije que no sería un problema. Ver la incredulidad apoderarse de su rostro fue un deleite. “Compraste la casa, ¿no?” me acusó en cuanto se dio cuenta. “A él le gustó, claro.” Me defendí, pero eso no pareció ser una justificación suficiente para la madre de mi hijo, que me dejó en la cocina y salió quejándose sola.

Nunca pensé que sentirme débil me llevaría al momento en que me siento más fuerte en toda mi vida. El ataque de pánico que me llevó al hospital, hace semanas, puso todo en perspectiva. Y, después de la conversación que cambió todo entre Nina y yo, por primera vez en mucho tiempo, la “perspectiva” no era algo que me asustara.

Beso la cabecita de Kael e inhalo su olor a bebé. Lo admiro en silencio durante varios minutos. Él es mi mayor regalo. Siempre me lamentaré por lo que perdí. Sin embargo, ¿qué gané? ¿Qué sigo ganando? Siento que ya no hay espacio en mí para tanta felicidad. Simplemente sigue desbordando. Quiero decir, hay espacio para una pieza muy específica más.

Le doy un último beso a mi hijo y salgo de su habitación. Cierro la puerta y, al girarme, me quedo paralizado ante la imagen de la mujer maravillosa saliendo del baño al final del pasillo.

Nina parece haber salido de uno de los muchos sueños eróticos que he tenido con ella. Su cuerpo no lleva nada más que una bata y cuando digo nada, me refiero a nada en absoluto. Puedo ver el contorno de sus pezones bajo el tejido fino y cada vez que se mueve un poco, la pequeña abertura en la parte delantera me da un vistazo entre sus muslos.

Ella tiene una pequeña neceser en la mano y lleva una toalla enrollada

en la cabeza. Y si eso no me dijera que acaba de salir de la ducha, la piel sonrojada me lo diría. Hermosa. Espectacularmente hermosa. Ella gira el rostro, finalmente dándose cuenta de mi presencia, lo que me obliga a dejar de mirarla.

Camino hacia ella y Nina se mira a sí misma, abriendo y cerrando la boca varias veces.

—En mi cuarto solo hay una bañera, y necesitaba mucho una ducha —justifica, algo avergonzada, mientras señala el baño de mi habitación, y yo asiento.

—La casa es tuya, Hadita —digo y, carajo, ¡qué buen sabor tienen las palabras en mi boca! Cada una de ellas. Que me haya permitido volver a llamarla Hadita fue mi segunda mayor victoria después de haber ganado el derecho a ser parte de la vida de mi hijo. Al menos hasta que Nina me acepte completamente de nuevo en su vida. En todas sus partes—. Podemos instalar duchas en todas las habitaciones, si quieres.

—¡Son doce habitaciones, Nero! Y aún debemos hablar sobre tu extraña tendencia a despilfarrar. —Sonrío.

—Mis oídos son todos tuyos. Y lo que más quieras también —repito las palabras que se han convertido en una broma interna entre nosotros en las últimas semanas.

—¿Kael se durmió? No pensé que me hubiera tardado tanto en la ducha —dice, y genial, ¡ahora tengo que luchar contra las imágenes de Nina, desnuda, bajo la ducha, que de repente invaden mi mente! Exhalo lentamente y congelo la expresión en mi rostro para que no lo note.

—Se desmayó, ni escuchó toda la historia. Al menos eso me dio la satisfacción de poder colgar el teléfono en la cara de Apolo, Drako y Atlas —comento, y Nina echa la cabeza hacia atrás.

—Estás muriendo de celos, ¿no? —pregunta, burlándose, y yo cruzo los brazos sobre el pecho—. Bueno, bienvenido a la tierra de los narradores de historias reemplazados.

—No fui reemplazado —protesto, y ella humedece los labios, mirándome con esa expresión traviesa que siempre he adorado.

Yo bufaría si no la hiciera lucir decididamente más hermosa. Puede burlarse de mí todo lo que quiera, siempre que eso me dé la oportunidad de ver esa expresión en su rostro.

—¿Tomarás un vino conmigo? Entonces puedes decirme lo que quieras sobre mis tendencias despilfarradoras. —invito, y Nina levanta las cejas.

—¿Un vino?

—Una copa, o tal vez dos. —Ella medita un tiempo antes de asentir.

—Una copa —advierte—. Solo déjame ponerme algo —pide y es una pésima elección de palabras, porque me recuerda que está completamente desnuda bajo la bata de seda.

No puedo evitar dejar que mis ojos recorran todo el cuerpo de Nina una vez más, aunque soy muy consciente de que ella está siguiendo cada movimiento de mi mirada.

Ahora, al estar más cerca, cada detalle que antes era solo un vistazo se convierte en un espectáculo por sí mismo. El escote expuesto, las curvas de sus tetas, más grandes que cuando nos separamos, los pezones que se endurecen bajo mi mirada atenta, sus labios húmedos y entreabiertos, y sus ojos brillantes. Es una visión increíble.

Me acerco, simplemente inclinando mi cuerpo, lo que nos deja muy cerca, pero aún así respetando un límite. Beso su mejilla lentamente y arrastro mis labios por su piel hasta llegar a la esquina de sus labios. Nina suspira y no me aleja.

—Te esperaré allá abajo.

***

Estoy nervioso.

Nervioso de verdad.

Las copas de vino están en mis manos, la botella sobre la mesa de centro, la chimenea encendida, y elegí una música suave para acompañar nuestra conversación. Sé exactamente lo que quiero hacer, pero no tengo idea de lo que haré en realidad.

El sonido de pasos bajando las escaleras me hace levantar la mirada y encuentro a Nina, descalza, usando un vestido suelto que es tan tentador como la bata que llevaba antes. Aunque, si tengo que ser honesto, debo admitir que cualquier cosa que se ponga siempre es una tentación para mí.

Sus ojos recorren la sala, encontrando primero el vino sobre la mesa, luego la chimenea encendida, y por último, a mí.

—Esta casa es una exageración —dice antes de cualquier otra cosa, acercándose a mí, frente a las ventanas panorámicas de la sala, desde donde admiraba la vista del lago iluminado por la luna.

—Podemos elegir una más pequeña si quieres.

—Pensé que habías dicho que compraste esta.

—La compré. —Me encojo de hombros—. Pero eso no significa que no podamos comprar otra. —Ella me pone los ojos en blanco. Adoro cuando hace eso, y Nina lo hace mucho.

—¡No puedes salir comprando todo a la ligera! —exclama, deteniéndose a mi lado.

—¿Y por qué no?

—¡Porque no es correcto!

—A Kael le encantó la casa.

—A Kael le encantan muchas cosas, no puedes comprar todo lo que le gusta, Nero.

—¿Y las cosas que necesite? ¿Podemos comprarlas? —Ella entrecierra los ojos hacia mí, segura de que la pregunta es una trampa.

—Puede ser —concede, como siempre, cambiando el “nosotros” que uso por “tú”. Nina ya no se molesta en quejarse, porque cada vez que lo hizo, mi respuesta fue la misma: todo lo que es mío es nuestro.

—Entonces argumento que él necesitaba esta casa. El niño tiene que aprender a nadar en algún momento, después de todo. —Nina parpadea, como si quisiera confirmar que entendió correctamente lo que dije y, poco después, se echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Por el bien de tus negocios, es mejor que siempre dejes las cuestiones legales para Atlas y Apolo, ¿ok? —responde, secándose las lágrimas de los ojos y yo frunzo los labios, fingiendo indignación. Le entrego la copa de vino—. Gracias —dice y mira hacia afuera. Nina pasa un tiempo observando el paisaje antes de volver a hablar—. Es hermosa. La vista aquí es hermosa.

—Es lo más hermoso que he visto —murmuro y Hadita se vuelve hacia mí, atrapándome mientras no aparto la mirada de ella ni por un instante. No puedo resistir. Levanto la mano libre y acaricio su mejilla con el pulgar.

Dentro de los límites que Nina me permite, he pasado las últimas semanas robando todos los toques y besos en la mejilla que he podido, pero no ha sido suficiente. No ha sido ni de cerca suficiente. La falta que siento del cuerpo de Nina es como una cuerda alrededor de mis pulmones, impidiendo que funcionen con facilidad.

Mis ojos bajan hacia sus labios antes de regresar a sus ojos. Pasamos un momento mirándonos fijamente mientras el aire a nuestro alrededor cambia, y sinceramente no sé de quién es el primer movimiento, pero en el siguiente instante, mis labios chocan contra los de Nina, y gimo de inmediato, incapaz de manejar el placer de sentir su sabor en silencio.

Es un beso lento y desesperado al mismo tiempo. Comienza con un suave deslizamiento de mi lengua sobre ambos labios, luego pasa a una mordida ligera en su labio inferior. Solo entonces mi lengua entra en su boca y cuando encuentra la de Nina, puta madre, no gimo, gruño de

satisfacción.

Coloco la copa que tenía en las manos sobre el mueble que fue puesto a nuestro lado por ángeles, porque si no estuviera aquí, probablemente habría tirado el vino al suelo. No hay forma de que retire mis manos de Nina ahora.

Tomo su copa, deshaciéndonos de ella también, y meto las manos en su cabello. Mis dedos se infiltran entre los suaves mechones, y me ahogo en la sensación de tener a Nina en mis brazos.

Es mucho mejor de lo que recordaba. En algún momento, la realidad se desvaneció en mis memorias, porque esto, sus labios en los míos, su lengua chupando la mía, sus manos apretando mi espalda, sus pechos aplastados contra mi pecho, nunca podría simular la sobrecarga de placer que inunda mi cuerpo.

—Dios, cuánto te extrañé, Hadita. ¡Cuánto te extrañé! —digo, bajando mis labios por su mandíbula, cuello, repartiendo besos por su quijada, sus mejillas, y, de repente, pasándola a abrazarla y hundiendo mi rostro en su cuello. Tan embriagado por la posibilidad de tocarla sin límites que simplemente no sé qué hacer primero.

No sé si quiero seguir besándola, si solo quiero abrazarla toda la noche, si quiero acostarme en una cama y hablar con ella durante horas, escuchando su voz con su cuerpo acurrucado al mío y, de repente, sé que quiero todo eso. Todo eso y mucho más. Coloco mis manos en su mejilla, alineando nuestras miradas.

—Te amo —digo, desesperado, porque no puedo soportar más tener que contener las palabras que suben a mi garganta—. Te amo, Nina. Eres la mujer de mi vida. Te amo —repito, y los ojos de Nina se cierran. No espero que ella me responda, pero lo hace.

—Yo también te amo —dice, sorprendiéndome, y soy incapaz de mantener las lágrimas alejadas de mis ojos—. Tuve miedo de admitirlo una vez, y sigo preguntándome, una y otra vez, si las cosas habrían sido diferentes si lo hubiera dicho antes.

—No. —Niego, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Nada de lo que pasó fue tu culpa, amor. ¡Nada!

—Lo sé, solo... No voy a vivir más con miedo, Nero. No voy a perder más tiempo. No quiero perder más tiempo. Tenía tanto miedo de que me dejaras otra vez, de que nos abandonaras... Pero durante esas horas en el hospital fue imposible no pensar: "¿Y si es otra cosa? ¿Y si es la vida la que te quita de nosotros? ¿Y si eso pasa y pierdo todo el tiempo que podríamos haber sido completos, solo porque tenía demasiado miedo de romperme otra vez?" No quiero perder más tiempo. Ya hemos perdido cinco años.

Ella busca mi boca. El segundo beso es tan intenso y desesperado como el primero, pero nada lento. Coloco mi mano en la nuca de Nina y empujo su cabeza contra la mía, profundizando el contacto. Pasamos mucho tiempo solo besándonos y tocándonos.

Nos separamos solo cuando necesitamos aire, dejando nuestras manos recorrer nuestros cuerpos y tocar el momento, asegurándonos de que es real, que todo lo que está sucediendo es real.

—¿Me dejas hacer el amor contigo? —pregunto, esparciendo nuevos besos por su mandíbula y cuello.

—¡Tienes esa obligación! —exclama, entre sonidos bajos de placer, haciéndome reír.

La beso otra vez y palpo su culo, levantándola. Nina envuelve sus piernas alrededor de mi cintura y camino con ella en mi regazo, deteniéndome de besar su boca solo cuando llegamos a las escaleras para poder prestar atención a los escalones.

Beso su rostro en lugar de eso y ella ríe. Su mano acaricia mi mejilla y yo beso su palma también. Abro la puerta del cuarto y, en cuanto la cierro, presiono el cuerpo de Nina entre mí y ella. Mi Hadita me mira con los ojos llenos de deseo y yo muerdo su labio inferior.

Mis manos se deslizan bajo la tela del vestido, acariciando sus muslos,

piel contra piel. Nina jadea suavemente. Mi verga late, mis bolas pesan y decido que la puerta no es suficiente para todo lo que quiero hacer con ella.

Camino hasta la cama y subo sobre ella de rodillas, dejando a Nina sentada en el medio del colchón antes de presionar mi mano contra su vulva, haciéndola recostarse.

Regreso mis manos a sus muslos y me inclino, besando cada centímetro que mis movimientos revelan al subir el vestido. Rozo provocativamente mi nariz en su piel, amando la sensación. Podría hacer esto todo el día.

Continúo mi exploración hasta que Nina necesita levantarse para que pueda seguir levantando la tela de su vestido y, al final, quitárselo. Ella está sin sujetador y solo lleva una pequeña tanga de encaje. Bebo la vista de su cuerpo semidesnudo, su pecho agitado, planeando cada beso que voy a esparcir sobre él.

Nina, sin embargo, tiene otros planes. Se levanta sobre las rodillas y comienza a desabotonar mi camisa, besando la piel que se va revelando. Cuando termina con los botones, desliza sus manos por mi torso y abdomen, provocando espasmos en mi erección.

—No vas a jugar solo hoy, Nero —me advierte, ya habiendo leído mis intenciones y sonrío de forma lasciva.

—¿Estás segura? —pregunto, afianzando los dedos en los lados de su cadera y llevando la otra mano al centro de sus piernas. Presiono mi dedo contra la tela de su tanga, encontrándola ya empapada, y Nina gime—. Tenía juegos muy buenos en mente.

—Y vamos a jugar todos —responde, gimiendo y comenzando a mover sus caderas contra mi mano—. Pero solo después —declara, lanzando su boca contra la mía otra vez—. Quítame la tanga, Nero —me pide, elevando mis niveles de excitación—. Haz el amor conmigo.

Soy rápido en obedecer. Deslizo la tela empapada hacia abajo y Nina levanta las rodillas del colchón, una a la vez, hasta quedar completamente

desnuda. Ella lleva las manos al botón de mi bermuda y lo desata, luego la cremallera, y yo salgo de la cama para quitarme la ropa.

Sus ojos recorren mi cuerpo entero, dedicando atención especial a mi verga y ella humedece sus labios. Por Dios, qué rico es saber que ella me extrañaba tanto como yo a ella.

Nina se arrastra sobre las rodillas hasta el borde de la cama y planta un beso en mi pecho. Sus manos deslizan por mis costados, por mis muslos, enviando escalofríos por mi columna y sacudidas en mis bolas, y yo meto mis dedos otra vez en su cabello.

Me inclino para besar su boca de nuevo, metiendo mi lengua en la suya y envolviéndola en una danza húmeda y deliciosa. No pasa mucho tiempo antes de que nos convirtamos en un lío de sonidos roncos y gemidos otra vez.

Me levanto de rodillas en la cama y me siento, trayendo a Nina para que se siente sobre mis piernas, dejándome encajar entre sus muslos. Mi verga apunta hacia arriba, quedando entre nuestras barrigas, pero Nina lleva las manos hasta ella, acariciándola con la presión perfecta antes de bajarla, levantar las caderas y encajarla entre los grandes labios de su vagina.

La sensación de la humedad allí, acariciando toda mi verga, me arranca un gruñido. Nina comienza a moverse lentamente, hacia atrás y hacia adelante, masturbándonos a los dos al mismo tiempo. Ella abandona mi boca y esparce besos por mi mandíbula y mi garganta. Nina lame mi oreja, rasguña mi nuca y muerde mi barbilla. Esta mujer va a destruirme.

La velocidad de sus movimientos aumenta cuando su boca vuelve a la mía. Sus caderas dejan de moverse de un lado a otro y comienzan a frotarse contra mi verga en un vaivén delicioso y continuo mientras sus labios consumen los míos. Aprieto su culo y sus tetas, volviéndola loca al combinar el ritmo de mi lengua en su boca con el de sus caderas.

La presión de sus dedos en mis hombros se vuelve más fuerte a medida que ella frota su vagina abierta contra mi erección y sus gemidos se transforman en gritos. Ella echa la cabeza hacia atrás, apartando su boca

de la mía y yo inmediatamente muerdo uno de sus pezones, saciando las ganas de chupárselo.

—Nero —ella llora mi nombre y creo que estoy a punto de avergonzarme.

—Hadita, hace cinco años que mi verga se alimenta solo de nostalgia. Si sigues jugando así, voy a eyacularme sin siquiera haber entrado en ti —admito en voz baja. Nina interrumpe su movimiento torturante y baja la mirada hacia mí, mirándome mientras su pecho sube y baja, jadeante, y su vagina resbala sobre mi verga.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Fuiste la última mujer que me tocó, Nina, y por más que no quisiera admitirlo, será imposible no acabar rápido la primera vez —aviso, siendo muy honesto.

—¿La última? —Ella sonríe con un brillo completamente diferente en los ojos, volviendo a moverse, ahora muy lentamente. Mi fadinha es tan posesiva, maldita sea.

—La única. Después de ti, ninguna más.

—¿Solo yo? ¿Todo este tiempo?

—Solo tú —repito las palabras cuando me doy cuenta de cuánto la excitan. Nina cierra los ojos por un segundo, gime, y yo acaricio lentamente su pezón con mi pulgar. Chupo el otro y luego soplo sobre él.

—Dilo otra vez —pide, enloquecida, echando la cabeza hacia atrás una vez más.

—¡Solo tú! Soy solo tuyo, lo sabes —repito y, sin que lo espere, Nina se acomoda sobre mi verga y se mueve, descendiendo cada centímetro de forma torturante, mirándome a los ojos, reclamando lo que siempre fue suyo, uniendo completamente nuestros cuerpos.

Ella sube y baja apretándome lentamente. Rujo, completamente

dominado por el placer mientras el gemido de Hadita se alarga hasta que su vagina me ha tragado de nuevo por completo. Ella acerca su boca a la mía.

—También soy solo tuya. Siempre lo he sido. Nada ha cambiado —admite, y dejo de respirar mientras el significado de su declaración me golpea de lleno.

—¿Solo mía? —pregunto y ella responde con un gemido al levantarse y bajar su culo en una penetración corta—. ¿Nadie más te ha tocado, amor? —pregunto, jugando con sus pezones entre mis dedos, mi toque más posesivo que antes, deleitándome con la idea de que solo yo conozco la textura de sus pechos perfectos y su peso en mi mano.

—No, solo tú. Son solo tuyos —suspira de placer mientras la masajeo y lamo su cuello. Luego, raspo mis dientes hasta el valle de sus senos y deslizo mis manos por los costados de su cuerpo hasta alcanzar su hermoso culo.

—¿Completamente mía? —Apreto sus caderas con fuerza, manteniendo sus caderas en su lugar, y ella responde rápido, ansiosa por volver a moverse.

—Cada curva y defecto —provoca, lamiendo mi boca y buscando mi lengua.

—Eres perfecta, Hadita. Es casi un crimen que solo yo conozca tu cuerpo. —Ella gime, contorsionándose sobre mi cuerpo, desesperada por la fricción.

—¿Quieres cambiar eso? —me provoca y yo penetro en ella con fuerza, marcando mi respuesta.

—Prefiero morir como un criminal —garantizo, empujando mis caderas hacia arriba otra vez. Nina grita y el sonido va directo a mi verga como un aviso, pero soy codicioso y casi me arriesgo a hacer una pregunta peligrosa. Intento detenerme, pero no puedo. Cada célula posesiva en mí vibra, impulsándome, suplicando.

Lamo sus labios, marcando mi territorio de una manera celosa y egoísta, empujándola hacia el fondo de mi mente, besando a Nina.

—Nadie más conocerá el sabor de tu boca, Nina. Es solo mía —pido y digo, preparándome para cualquier respuesta que ella me dé.

Nina vuelve a mirarme, sus ojos llenos de deseo mientras mueve la cabeza de un lado a otro, negando.

—Desde el momento en que te conocí, nunca hubo otro. Otro sabor, otro cuerpo, otra textura. Ninguno. Nadie. Nada. —El neandertal en mí celebra—. Mi boca es solo tuya, mis pechos son solo tuyos, mi vagina es solo tuya, mi cuerpo entero es solo tuyo. Así que, méteme toda tu verga, por favor —implora con gemidos arrastrados y no pensé que pudiera excitarme más de lo que ya estaba.

—¿Te tocas para mí, amor? Quiero que te acabes conmigo y no aguantaré mucho más —pido, llevando su mano a su clítoris. Ella obedece de inmediato, comenzando a frotar su vagina. Coloco mis manos en su culo, hundiendo los dedos en su carne caliente y deliciosa con aún más fuerza y la penetro, exactamente como Nina me ordenó.

Mis caderas golpean rápido y profundo, y con cada embestida me vuelvo menos capaz de seguir moviendo mi lengua en la boca de Nina, pero mantengo mis labios pegados a los suyos.

Ella grita, alimentando mi deseo con su placer y amplificando el mío hasta que es imposible distinguir uno del otro en esta mezcla deliciosa de éxtasis y locura. Mi Hadita gime mi nombre justo en el momento en que me desborda por completo dentro de ella, y mientras abrazo su cuerpo tembloroso y vuelvo a saquear su boca, finalmente me siento completo.

71

NINA MARCHESI

Deslizo la lengua a lo largo de la verga de Nero, y él gime, todavía medio dormido. Rozo la punta de mi nariz contra su miembro duro y vuelvo a lamerla desde la base hasta la cabeza antes de tragármela por completo.

—Si esto es un sueño, no quiero despertar —dice, abriendo los ojos. Aún arrodillada sobre el colchón, entre sus piernas, lo miro mientras llevo su miembro hasta el fondo de mi garganta antes de tragármelo nuevamente—. Ah, Hadita —gime, alentándome a seguir.

Rodeo la punta de su verga con la lengua, presiono mis labios en el frénulo y empiezo a subir y bajar, aplicando presión. Nero gime suavemente, sus dedos se hunden en mi cabello, tirando de las raíces, pero me permite controlar el ritmo por completo. Lo torturo con chupadas largas en su extensión y lamidas lentas en sus testículos antes de empezar a moverme con más intensidad, tragándomela entera solo para deslizar mis labios hacia arriba y repetirlo una y otra vez.

Él termina en mi boca, algo que no pudo hacer la noche anterior, y yo trago todo, satisfecha, antes de reptar sobre su cuerpo y recostarme encima de él. Nero aparta un mechón de mi cabello detrás de mi oreja y acaricia mi mejilla con el pulgar.

—Extrañaba mucho estos “Buenos días”, amor —dice, sacándome una risa y besándome en los labios. Suspiro, feliz, aún embriagada y con la entrepierna sensible después de la noche. Nero nos gira en la cama, quedando él encima de mí—. Yo también quiero —murmura, dejando besos por mi cuello, mi pecho, bajando por mi torso hasta alcanzar uno de mis senos y lamerlo. Sus labios succionan mi pezón, endureciéndolo al instante, haciéndome gemir mientras me muevo sobre la cama—. Volvimos a hacerlo sin protección, Hadita —me recuerda—. ¿Crees que esta vez logremos una niña?

—No vamos a conseguir nada. Tomo pastillas hace años —respondo, y él chasquea la lengua.

—Una lástima...

Nero desliza una de sus manos hasta el centro de mis piernas e introduce dos dedos en mí de una vez, comprobando mi humedad y disfrutando lo que encuentra. Los curva dentro de mí y los saca lentamente, robándome el aliento por un segundo.

—Nero... —gimoteo, y él abandona mi pecho para chasquear la lengua.

—Dijiste que podría divertirme un poco después de hacerte el amor, amor —me recuerda la promesa que hicimos antes de caer rendidos en la cama, luego de horas de adoración mutua.

—Pero esto no es diversión, es tortura —me quejo, y él ríe suavemente.

—Ni siquiera he empezado —advierte, volviendo a meter sus dedos en mí con fuerza, arrancándome un jadeo.

Tum, tum, tum

Los golpes en la puerta nos sobresaltan de inmediato y nos miramos con los ojos bien

abiertos.

—¡Papá! ¡Papá! —Kael llama, sonando desesperado, y vuelve a golpear la puerta—. ¡Mamá desapareció! ¡No está en su cuarto!

—Eh... —Nero comienza, pero se interrumpe, sin saber qué decir.

“Murmúrale que estoy abajo” le indico, moviendo solo los labios. “Y dile que te espere antes de bajar”, agrego. Nero frunce el ceño, pero no protesta.

—Debe haber bajado, hijo. Espera un instante. Papá va a llevarte con ella —responde, saliendo de encima de mí, y yo salto de la cama, vistiéndome a toda prisa y lamentando tener que ponerme la ropa interior arruinada, aunque sea solo por unos minutos.

“Dile que primero tienen que arreglar su cama” le sigo indicando, solo con los labios, agradecida de que Nero entienda bien mis movimientos.

Me escondo en el baño por seguridad mientras Nero abre la puerta del cuarto y sale. Espero un minuto entero antes de escabullirme hacia las escaleras y llegar a la cocina. Cuando Nero aparece con Kael en brazos, soy la madre perfecta que estaba haciendo panqueques.

***

—¿Ya se durmió? —pregunto, terminando de lavar los platos de la cena.

—Sí, ya se durmió —responde Nero, acercándose a la cocina. Me mira de una manera extraña antes de desviar la mirada—. ¿Puedo tocarte ahora? —me pide, y mi boca forma un “Oh” mudo.

—Así que de eso se trata —digo.

Después de lo de esta mañana, he mantenido nuestros límites habituales frente a Kael. Parece que eso no era lo que Nero esperaba.

—¿Qué fue lo que hicimos anoche, Hadita? —pregunta, rodeando mi cintura con sus brazos, y alzo una ceja hacia él.

—Pensé que solo tendría que tener esta charla con un hombre dentro de muchos años —bromeo.

—Hablo en serio —dice, enterrando su nariz en mi cuello—. No te estoy pidiendo nada, solo... quiero entender. Cuando dijiste que no querías perder más tiempo, asumí que querías todo, no solo el sexo.

—Quiero todo —respondo, apoyando mi mano en su mejilla y besando su barbilla.

—Entonces, ¿por qué fingir esta mañana? ¿Por qué huir cada vez que intenté tocarte?

—¿De verdad querías que Kael nos encontrara desnudos en tu cama?

—No, pero había otras maneras de hacerlo sin fingir que nunca estuviste en nuestra cama. —Y ahí está, ese “nuestra” de nuevo. Aprendí a adorar escucharlo decir eso. Suspiro.

—Tienes razón —admito—. Me dejé llevar por el pánico, no esperaba vivir una situación así tan pronto. Perdón. Pudimos haberlo hecho diferente, pero no creo que debamos poner el mundo

de Kael, que apenas se está estabilizando, patas arriba otra vez. Quiero tomar esto con calma, Nero.

—¿Esto qué? ¿Nosotros? —Me río.

—Creo que ya hemos ido demasiado lejos como para decir que lo haremos con calma ahora. ¿Sabes? Un hijo, cinco años, todo el drama... —Enumero los hechos, haciendo una broma sobre ellos, algo que nunca pensé que podría hacer.

—Muy graciosa —se queja Nero, y me río más.

—Me refiero a cómo vamos a manejar esto con Kael. Creo que necesitamos ir despacio. No es posponerlo para siempre. Solo no hacerlo de golpe.

—Entonces, entre nosotros dos...

—Sin perder más tiempo —lo interrumpo, asegurando.

—Sin perder más tiempo —repite él—. Quiero pedirte algo.

—Parece algo serio.

—Sí, es algo serio.

—¿Podemos hablarlo en la cama? —pido, rozándome contra él.

—Amor, no creo que pueda tener una conversación seria y sincera contigo en una cama en los próximos años. Así que será mejor que nos quedemos justo donde estamos —dice, y suelto una carcajada.

—Está bien. Dime.

—Quiero registrar a Kael. Añadir mi nombre a su acta de nacimiento. —Sonrío de inmediato.

—¿Por qué crees que necesitas pedírmelo?

—Porque quiero hacerlo en Khione.

72

NINA MARCHESI

Jamás pensé que volvería a pisar Khione. Me costó mucho decidir irme, abandonar la isla, pero una vez que lo hice, entendí cuánto daño me había hecho ese lugar. Hasta que mi vida fue completamente trastornada, siempre consideré los chismes como algo inofensivo, incluso un poco divertido. Tal vez lo sean, y yo esté descargando de las personas la responsabilidad que realmente tienen.

El hecho es que, aunque extrañaba mi hogar, no quise regresar. Claro, quería algún día mostrarle a mi hijo el lugar donde nací, crecí y donde fue concebido, pero no si eso significaba revivir el infierno que dejé atrás o exponerlo a él a eso. Así que pasé los últimos años con sentimientos encontrados respecto a la isla. La añoraba, pero extrañaba la parte que me acogió, no la que me rechazó. El problema es que ambas eran lo mismo, y no podía tener una parte sin la otra.

El auto sale de la carretera del aeropuerto mientras tengo a Kael dormido en mis brazos. Mi madre está sentada a mi lado, entre Nero y yo. Ella aprieta suavemente mi mano cuando entramos en el pueblo, y la miro, sabiendo que ella, mejor que nadie, es quien realmente me comprende.

Asiento, tranquilizándola sin decir nada, y veo el pie de Nero golpeteando el piso del auto en un reflejo nervioso. No habría venido si él no hubiera insistido tanto. Kael fue registrado en Italia. Nuestro hijo es un italianito, no había necesidad de venir a la isla para que Nero cambiara su registro. Solo estamos aquí porque el padre de mi hijo lo deseaba muchísimo. Ahora me pregunto si su ansiedad es señal de arrepentimiento.

—¿Todo bien? —me pregunta, y solo entonces me doy cuenta de que me está mirando.

—Sí. Todo bien —confirmo, antes de girarme hacia la ventana, lista para dejar que mis ojos se pierdan en los adoquines y las casas coloridas que fueron el único hogar que conocí durante la mayor parte de mi vida.

Sin embargo, mi intento de observar sin ver realmente nada se frustra cuando unas pancartas comienzan a llamar mi atención. Están colgadas en la mayoría de las casas, en puertas o ventanas, y me inclino para leer.

"Bienvenidos, Nina, Rosa y Kael"

"¡Nos alegra que hayan regresado, Nina y Rosa! Bienvenido a Khione, Kael"

"¡Qué bueno que están en casa!"

"Bienvenida, familia Marchesi"

Son muchas variaciones de las mismas palabras, y las leo todas, una y otra vez, hasta que logro estar segura de que no estoy alucinando. Le doy un codazo a mi madre para que también lea.

—¿Qué es esto? —pregunto al aire, mi voz apenas un susurro.

—Están pidiendo disculpas —explica Nero, y lo miro, con los ojos ya ardiendo por las lágrimas que aún no derramo, pero no puedo evitarlo. Simplemente no puedo. Es mi hogar.

—¿Fuiste tú? —le cuestiono—. ¿Fuiste tú quien hizo esto? —Nero niega con la cabeza.

—Lo único que hice, Hadita, fue lograr que la gente escuchara la verdad. Todo lo demás, lo hicieron ellos.

—¿Ellos saben? —pregunto, todavía sin poder creerlo—. ¿Saben lo que realmente ocurrió?

—Cada detalle. Y estoy seguro de que hasta algunos más, probablemente… Es la maldición de Khione —dice, y vuelvo a asentir.

Miro de nuevo las calles y, cuanto más nos adentramos en la isla, más pancartas y mensajes aparecen. Hay muros pintados con nuestros nombres y hasta algunos con mi rostro y el de mi madre. Las palabras "bienvenidos" están por todas partes, y cuando el auto llega a la plaza central, entiendo por qué las calles estaban tan vacías: toda la gente está aquí.

Reunidos bajo un cielo de cintas de colores, nos reciben mientras el auto avanza y nos saludan. No puedo evitarlo, lloro. No es por ellos, ni porque me importe lo que decían de mí, sino porque siento cómo se quita un peso de mis hombros.

El auto no se detiene, pero cada persona que dejamos atrás, que nos saluda y sonríe, hace que mi corazón se sienta más libre, sin las ataduras de las mentiras que aprisionaban mis recuerdos felices de este lugar.

***

Nero no fue muy preciso cuando dijo que "la gente sabía lo que realmente ocurrió." El mundo sabe lo que ocurrió. Cuando llegamos al hotel y acosté a Kael en la cama, Nero nos explicó a mi madre y a mí cómo se dio todo, con detalles.

Atlas, Apolo y Drako regresaron a la isla con una misión: difundir la verdad, y vaya que lo hicieron bien, porque la historia de la madre que urdió planes retorcidos para separar a su hijo de su familia solo por capricho recorrió el mundo en los últimos días, gracias a la internet.

Yo no tenía idea.

Dejé de prestar atención a lo que sucedía en línea poco después de llegar a Pienza. Me refugié en lo que la pequeña ciudad ofrecía, porque me daba miedo volver a los hábitos de mi adolescencia, cuando seguía la vida de Nero por internet.

Si Nero no me hubiera mostrado las decenas de sitios de noticias hablando de nuestra historia y cuentas de Instagram compartiéndola casi como un cuento de hadas, jamás lo habría sabido. Mientras mi madre y yo caminamos por las calles que un día fueron el camino a nuestra casa, nuestros viejos vecinos nos abordan, nos abrazan y nos dan la bienvenida con palabras, además de los mensajes escritos que ya vimos.

Todos son amables y, la mayoría, en efecto, se disculpa. Se apresuran a contarnos los últimos chismes de la isla, y yo tengo ganas de sacudirlos y preguntarles si no aprendieron nada con todo

lo que ocurrió. Pero no hago nada de eso.

Cierro los temas con educación, y mi madre y yo seguimos adelante, solo para ser detenidas de nuevo por otra persona que se acerca a saludarnos. Tardamos mucho en llegar finalmente a nuestra antigua casa, y aun así, no estoy preparada para lo que encuentro allí.

Por fuera, la casa está exactamente como la dejé. No hay nada diferente. Las paredes siguen impecablemente blancas y los muros intactos, pero eso no es lo más impresionante.

Toda la acera está cubierta de semillas de granada y de montones de piedritas, como las que manda la tradición que dejemos en los umbrales de nuestros vecinos en año nuevo. Y, colgado en nuestra puerta, hay un macramé, no de tela, sino de monedas de vassillopita.

El llanto de mi madre es alto, y la abrazo. Las pancartas eran para mí, pero esto, esto es para ella. Doña Rosa amó esta isla con todo su corazón. Fue parte de esta comunidad mucho más tiempo que yo, y por eso sufrió un dolor mucho mayor cuando se volvieron contra nosotras.

La gente lo sabe, porque, a pesar de todo, nos conocen. Las tradiciones cumplidas en abundancia en nuestra puerta, representando todos los años que perdimos de ellas, hacen que los hombros de mi madre se sacudan mientras llora. La abrazo fuerte.

—Estamos en casa, mamá. En casa.

73

NERO ZANTHOS

Paso las yemas de los dedos por el papel que sostengo en la mano, y su significado encaja en mi corazón como la penúltima pieza de un rompecabezas. Registré a mi hijo. Mi nombre está en su acta de nacimiento. Parpadeo, tratando de contener las lágrimas para que no caigan.

Abrazo a Nina y le doy un beso en la frente. Ella levanta la cabeza y me ofrece sus labios. Kael no entiende por qué estamos tan contentos, pero aplaude igual, emocionado con la noticia de que sus padres son novios.

Nos tomó dos semanas hacer las cosas como Nina sugirió, poco a poco, pero aquí estamos. No creo haber sido tan feliz antes.

—Vamos a celebrar en casa —declaro, y el brillo en la cara de mi pequeña Hadita se va apagando hasta desaparecer.

—No quiero ir a la casa donde vivían tus padres —responde, malinterpretándome por completo—. Sé que ya no viven ahí, pero aún así, no quiero volver a ese lugar, Nero. Suiza me queda lo suficientemente lejos como para que hasta el recuerdo de la existencia de tus padres se mantenga lejos de nosotros —enfatiza, arrancándome una risa, porque Lysandra y Konstantino realmente se fueron a Suiza.

Cuando la verdad se supo en la isla, Lysandra no pudo soportar el destino al que, años atrás, condenó a Nina: el de ser una marginada. Empacó sus cosas y tomó un avión al lugar más lejano que pudo. Konstantino la siguió, como siempre.

—Ellos no son mis padres, pequeña Hadita. Ninguno de los dos —le recuerdo.

—Perdón —dice, y yo niego con la cabeza, haciéndole saber que no tiene que disculparse.

—Y no estaba diciendo que íbamos a ir allá —aclaro.

—¿Entonces a dónde? —pregunta, y la única respuesta que le doy es una sonrisa.

***

—Está... amueblado. —Son las primeras palabras de Nina al entrar en el penthouse, y me hacen soltar una carcajada. Dejamos a Kael con su abuela antes de que la trajera al apartamento, ese que habíamos planeado compartir antes de que todo sucediera.

—Sí. Nunca pude vivir aquí sin ti, pero supongo que estaba esperando este momento. Esperando que volvieras a él, que volvieras a mí. Sé que tu madre decidió quedarse en la isla y no regresar a Pienza. Cuando vengamos a visitarla, podemos quedarnos aquí —le ofrezco—. Podemos cambiar cualquier cosa que no te guste, podemos cambiarlo todo si quieres.

Nina, que ya está en medio de la sala entre los sofás, se gira y camina hacia mí. Se apoya contra mí, recostando su cabeza en mi hombro, y la abrazo.

Le doy un beso en la frente. Nos quedamos así, en silencio, simplemente absorbiendo el

espacio que nos rodea por un momento, hasta que se voltea en mis brazos y nuestros cuerpos quedan frente a frente.

—¿Y si nos quedamos aquí definitivamente? —pregunta, sorprendiéndome—. No dejé Khione por elección, Nero. Y si puedo elegir, quiero criar a nuestro hijo aquí. Nos conocimos aquí, crecimos aquí, comenzamos nuestra familia aquí. Quiero que crezca aquí también.

—¿Que crezca, eh? —bromeo, levantando las cejas—. ¿Me estás diciendo que finalmente me vas a dar otro hijo?

—Claro, como si te hubiera estado dando largas esperas durante años, ¿verdad?

—Ayer ya era mucho tiempo. Y ahora ya han pasado semanas.

—Estás loco.

—Loco por ti, pequeña Hadita. Quiero verte embarazada, quiero consentirte, cuidarte y hacer todos tus caprichos.

—Esa última parte me gusta bastante —dice, sonriendo, y yo acerco nuestras narices, sonriendo también. Amo a esta mujer más que a nada.

—¿Estás segura? —pregunto—. ¿De volver a la isla? No tenemos que hacerlo si no quieres. Podemos quedarnos en Pienza o irnos a cualquier otro lugar que elijas.

—Estoy segura —confirma, y apoya su frente contra mis labios.

—Entonces creo que necesitamos comprar una cama nueva con urgencia.

—¿Aquí no hay cama? —pregunta Nina, confundida.

—Sí hay, pero no la elegimos juntos.

Sus ojos se entrecierran.

—¿Qué pasó con la otra?

—Podría, o no, haberla mandado a quemar —admito, y sus ojos se abren con sorpresa.

—Un poco dramático, ¿no crees? —bromea, tan hermosa como siempre.

Levanto la mano y acaricio su mejilla. Que podamos bromear sobre lo que pasamos es mi señal favorita de que realmente hemos dejado todo atrás.

—Te amo, pequeña Hadita.

—Yo también te amo, Nero. Cada parte de ti —declara, y se pone de puntitas para unir sus labios con los míos.

74

NINA MARCHESI

Extiendo el brazo y no encuentro nada más que espacio vacío a mi lado en la cama. Nero ya se levantó, y ni siquiera recuerdo haberlo escuchado despedirse. Dos semanas después de habernos mudado definitivamente a Khione, parece que mi cuerpo finalmente se rindió a la paz y decidió disfrutarla. He estado durmiendo como nunca, profundo y largo.

Entre mi salida del hospital y los preparativos finales, me tomó un mes despedirme de Pienza. Siempre voy a querer a esa ciudad y a la forma tan hermosa en que me recibió, pero despertar en Khione... es simplemente diferente.

Me doy la vuelta en la cama y hundo la nariz en la almohada de Nero. Inhalo su olor, disfrutando de la sensación y tratando de escuchar los sonidos de la casa para averiguar si dormí lo suficiente como para perderme la salida de Kael a la guardería. Pero no oigo nada, solo silencio.

Abro los ojos, parpadeando varias veces para asegurarme de que veo bien. ¿Nero me dejó un sobre? ¿Por qué demonios me dejaría un sobre encima de la cama?

Me incorporo y estiro la mano para tomar el sobre de papel. Siento algo pequeño deslizarse dentro y frunzo el ceño. La luz natural que entra por las persianas me permite ver sin necesidad de encender las luces.

Abro el sobre y encuentro una nota, casi una carta por lo larga que es. Saco el papel y doy vuelta el sobre para que caiga el objeto suelto que había dentro. Mi corazón late desbocado cuando mis ojos reconocen mi anillo de compromiso, el mismo que Nero me dio hace años.

Desdoblo el papel con prisa.

"Hola, Hadita,

Puede que esté tomando tu 'Ya no quiero perder más tiempo' de forma demasiado literal, pero pensé que valía la pena arriesgarme.

Ya te pedí matrimonio una vez, y hoy quiero ir más allá. Quiero casarme contigo de verdad. ¿Te casas conmigo, Hadita?

Voy a esperarte en Téssera. Tenemos invitados y una boda organizada, pero, al contrario de lo que tal vez estés pensando, no te estoy contando esto para presionarte. Al contrario, quiero que te sientas libre de tomar la decisión que dicte tu corazón.

Te estaré esperando en el altar y me encantaría que vinieras a encontrarme allí. Pero, si decides no hacerlo, te amaré de la misma manera y seguiré siendo tuyo, incluso hasta que me digas que ya no me quieres (y seguramente hasta después de eso también).

Te amo,

Nero."

Leo y releo las líneas, parpadeando sin poder contener las lágrimas que ruedan por mis mejillas. ¿Él quiere casarse? ¿Hoy? ¿Ahora? ¿Con toda la isla presente? Eso es jugar sucio. Mis ojos regresan al anillo en la palma de mi mano.

Escucho golpes en la puerta del cuarto, arrancándome de mis pensamientos.

—¿Estás despierta? ¿Vestida? —Es Drako quien pregunta—. ¿Podemos entrar?

Tardo en responder, demasiado aturdida para confirmar o negar.

—¿Nina? —Apolo pronuncia mi nombre, y yo solo asiento, olvidando que no pueden verme.

—Pasen —digo finalmente, aún sentada en la cama, vestida con un pijama de seda—. ¿Qué hacen aquí? —pregunto cuando dos de los tres hermanos de mi esposo aparecen frente a mí.

—Somos tu transporte —responde Drako—. Para casarte o para huir, te llevaremos a donde quieras, Nina. Y, por extraño que parezca, no estoy bromeando.

—En realidad —añade Apolo—, si quieres huir y dejarlo en ridículo solo, nadie te juzgará; yo, al menos, lo llamaría justicia.

—Yo también —coincide Drako.

—¿Qué?

—Es tu oportunidad de vengarte —explica Drako.

—¿Vengarme? ¿Están locos? ¡Yo amo a ese hombre! ¡Es el padre de mi hijo! —digo, levantándome de la cama—. Más les vale que no piensen ir a mi boda vestidos así —amenazo—. ¿Dónde está mi vestido? Él me compró uno, ¿verdad?

75

NERO ZANTHOS

Téssera nunca había visto tanta gente, lo sé. Abrir este lugar para la enorme cantidad de personas que ahora llenan la orilla fue una decisión difícil, pero parte del plan era hacerlo en un sitio que pudiera ser especial y, al mismo tiempo, fácil de olvidar.

Si Nina decide que no quiere venir, no quiero que algún lugar de Khione se convierta en un recordatorio constante de eso. Por eso elegí Téssera. Quiero que Nina venga. Con todo mi corazón, deseo casarme con esta mujer y quiero hacerlo hoy.

Pero sé que hay una gran posibilidad de que no venga. Todo el plan gira en torno a eso, en realidad. Las personas que están aquí, en algún momento, vieron a Nina humillada por mí, y aunque ahora conocen la verdad detrás de todo, eso no borra ni justifica mis acciones. Quiero darle a mi Hadita la oportunidad de equilibrar nuestra historia, porque aunque a ella no le importe, a mí sí.

El murmullo a mi alrededor llama mi atención, y entonces la veo. Una lancha se está acercando. Aprieto la manito de Kael en la mía. Espero que, si Nina decide no venir, no se resienta por haber involucrado a nuestro hijo, pero no había forma de hacer esto sin él; no tenía opción.

La lancha parece acercarse en cámara lenta, y mis ojos siguen cada ola que deja tras de sí, mientras contengo la respiración. Ni siquiera parpadeo cuando finalmente la embarcación llega al muelle y aseguran las cuerdas.

Siento que el corazón está a punto de estallarme en el pecho. Todos los invitados están de pie en la arena, mirando hacia el mismo punto que yo, y la sequedad en mi garganta no tiene nada que ver con el sol que brilla sobre nosotros.

Finalmente, desenganchan la pasarela de la lancha, y Apolo y Drako salen de la cabina. Espero. Y sigo esperando. Y espero lo que parece una eternidad, sin que nadie más salga después de mis hermanos.

Inclino la cabeza y asiento para mí mismo, aceptando que ella no vendrá. Sabía que era una posibilidad. Sabía que podía suceder.

—Te voy a llevar a casa, hijo —le digo a Kael, quien alza los brazos, pidiendo que lo cargue. Lo levanto y respiro profundamente, pero no parece suficiente para llenar el vacío en mi pecho.

—¡Mira, papá! ¡Mamá parece un hada! —Llevo la mirada de vuelta al muelle de inmediato, y las lágrimas se escapan antes de que siquiera me dé cuenta de que ha llegado.

Nina está bajando de la lancha y me está mirando.

Y mientras, con mi hijo en brazos, veo a la mujer de mi vida caminar hacia el altar, viniendo a mi encuentro, solo tengo una certeza: no importa lo que pase, todo estará bien, porque tengo todo lo que necesito.

EPÍLOGO

NINA MARCHESI

OCHO MESES DESPUÉS

—¡Hadita! ¿Será posible que ni tú escuches lo que digo? —Nero se queja en la distancia, caminando hacia mí por la arena de la playa.

Miro a mi esposo, que se acerca a paso rápido, con el ceño fruncido.

—Hola, amor —lo saludo, haciéndome la desentendida, pero él no cae en mi trampa.

—Nada de amor, ¡mira esto, Nina! ¡Estás toda roja! —protesta, inclinando la sombrilla para cubrirme por completo del sol—. El sol está muy fuerte para ti a esta hora —dice, mientras sus manos llenas de bloqueador solar, que sacó... ¿de su bolsillo?, cubren mis hombros, que ni siquiera tienen una mancha roja.

—¿Trajiste bloqueador en el bolsillo, Nero? —me río mientras él extiende la crema con más dedicación de la necesaria sobre mi cuerpo.

—¡¿Y ustedes?! ¡Bola de idiotas! ¿Dónde dejaron sus autos? —les grita a sus hermanos—. ¡Todos estacionados a kilómetros de distancia! —responde él mismo, indignado—. ¡No puedo contar con ustedes para nada! —les grita, tratando de que lo escuchen desde el agua.

—Nero, relájate. Solo vinimos a dar un paseo en la playa —le digo, tratando de calmarlo mientras sus hermanos ignoran su berrinche.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —me pregunta, sin pausar entre una queja y otra.

—Caminando, Nero. Son quince minutos desde casa. No exageres.

—¿Y trajiste la bolsa de maternidad? Porque no la veo por ningún lado —me reprende, poniéndose las manos en la cintura—. ¿Qué es esto, Nina? —Levanta una bolsa de papitas, casi vacía—. ¿Te comiste esto? —pregunta alarmado—. No me digas que te comiste esto.

Intento levantarme, pero mi enorme panza de 38 semanas me lo dificulta. Después de pensarlo, he llegado a dos conclusiones posibles: o el universo piensa que soy alguna clase de ser iluminado que debe desafiar todos los métodos anticonceptivos, o los espermatozoides de Nero son mutantes.

A pesar de haber estado tomando anticonceptivos por años, quedé embarazada en la primera vez que tuvimos sexo en la casa del lago. Nero bromeó sobre si esta vez conseguiríamos una niña, ya que lo hicimos sin condón de nuevo. Bueno, parece que fue una especie de premonición. Íris llegará en cualquier momento.

Mi esposo me ayuda a ponerme de pie, con una delicadeza como si pudiera romperme. Le doy un beso en los labios.

—Gracias —le digo, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Por qué? —pregunta, intrigado, mientras sus manos reposan en mi vientre, como si

pudiera compartir el peso solo por tocarme.

—Por darme la familia que siempre quise —respondo, abrazándolo lo mejor que puedo con la barriga entre nosotros.

Sus ojos se humedecen, y me da un beso suave en los labios, luego en la frente.

—Te amo, Hadita —declara, pero su emoción dura menos de tres segundos, porque el grito agudo de Kael nos interrumpe—. ¡Kael, sal del agua! ¡Ahora! —ordena Nero.

—¿Por qué, papá? —mi hijo lo desafía, y yo me vuelvo a sentar en la arena. Tan rápido como me ayudó a levantarme, mi esposo me ayuda a sentarme otra vez.

No sé qué es más divertido: ver a Nero convertido en un viejo regañón o a Kael desarrollando el hábito de ignorar la sobreprotección de su padre, tal como Drako le enseñó.

—¡No sabes nadar! —explica Nero, cruzando los brazos mientras ve a su hijo ser lanzado como una pelota en un juego entre Apolo y Drako.

—Mis tíos me cuidan, papá. O floto. Yo sé flotar —responde Kael, gritando entre risas.

—¡Fuera del agua! —repite Nero, girando hacia mí—. Tu mamá nos está esperando. Vino de visita. ¡Me tienen tan estresado que hasta se me olvidó! —se queja, sentándose en la arena a mi lado mientras vemos cómo Drako carga a nuestro hijo, colgándolo de los tobillos y dejando un rastro de agua a su paso.

—Tienes que relajarte, Nero. O te va a dar algo antes de que nazca Íris.

—Si mis hermanos y mi esposa colaboraran, sería mucho más fácil —responde, levantando la bolsa de papitas frente a Apolo y quejándose—. ¿No les dije que no comieran basura frente a mi mujer?

Apolo toma la bolsa de su mano, se da la vuelta y se echa el resto de las papitas en la boca de una sola vez. Luego se vuelve de nuevo hacia mí y le habla a Nero con la boca llena.

—¿Contento, abuelo?

—Para nada. ¡Los voy a echar a todos de mi casa! —amenaza Nero, levantándose y tomando a Kael en brazos antes de ofrecerme la mano, dudando un momento si ese apoyo es suficiente o si debería dejar a Kael en el suelo.

En ese instante, una contracción fuerte recorre mi cuerpo, endureciendo mi vientre, y trato de controlar mi respiración. Todos lo notan, pero nadie dice nada para no asustar a Kael.

Sin embargo, el agua que comienza a bajar por mis piernas desata el pánico general.

—¡Tranquilos! —dice Nero para todos, aunque sus manos tiemblan. Me reiría si otra contracción no me golpeara justo en ese momento—. ¡Tenemos un plan! —vuelve a hablar mi esposo.

—Sí, lo tenemos —asiente Apolo, estirando los hombros hacia atrás, como si estuviera preparándose para una maratón.

—¡Perfecto! Yo me llevo a Kael a casa —anuncia Atlas, ya colocando a nuestro hijo sobre su hombro, y él suelta una carcajada.

—Adiós, mamá. ¡Trae a mi hermanita a casa! No la dejes intentar volar, ¿sí? —me despide con un beso en la mejilla. Me río, porque Kael aún asocia las visitas al hospital con vuelos—. Cuídalas bien, papá —le dice a Nero, quien parece tomarse un segundo de descanso de su ataque de nervios para despedirse como corresponde de nuestro hijo.

—¿Por qué él tiene la parte fácil? —pregunta Drako cuando Atlas ya se ha alejado con Kael.

—Yo traigo la bolsa de maternidad del auto —avisa Apolo, ya dirigiéndose a buscarla.

—¿Entonces a mí me toca cargar la "sandía"? En tu próximo parto, Nina, me voy a abstener del plan —me avisa con tono burlón —, pero en este estoy ganando puntos.

—¡Cállate, Drako! —le suelta Nero, visiblemente nervioso. Drako se coloca a mi izquierda mientras Nero se posiciona a mi derecha. Ambos sostienen mis brazos alrededor de sus cuellos, y empezamos a caminar despacio—. Esto no está funcionando —se queja Nero, deteniéndose.

—¡Calma! Aún falta bastante —les digo para tranquilizarlos.

—Vi en la tele una mujer que dio a luz en el ascensor porque todo pasó muy rápido —comenta Drako, como si fuera una buena idea. Grito cuando Nero pasa un brazo bajo mi espalda y otro bajo mis piernas, levantándome en el aire.

—¡Nero! —protesto, pero no le importa.

Mi esposo me carga por varios metros en la arena, como si fuera lo más fácil del mundo, y no puedo evitar reír o amarlo aún más por esto.

***

Las paredes son tan blancas como la primera vez, la bata quirúrgica que llevo es tan azul como aquella vez, y hay el mismo número de médicos en el equipo, pero aun así, todo es completamente distinto esta vez.

Agarro la mano de Nero con fuerza cuando siento otra contracción. Esa es una de las mayores diferencias. Él está aquí, de verdad, sosteniéndome la mano, no solo en mi imaginación.

Esta tarde, no hay miedo que me consuma ni preocupaciones sobre qué hacer cuando el bebé deje la seguridad de mi vientre. Esta tarde, siento el dolor de las contracciones cada vez más frecuentes sin preguntarme si veré la carita de mi hija, porque sé que la veré. Aprieto los dientes y gruño con el dolor.

—Así es, amor. Así, sigue —me anima Nero mientras aprieto su mano aún más fuerte. Sus ojos no se apartan de mi rostro ni un segundo. Me da toda su atención, todo su apoyo.

—Vamos, Nina. Es momento de empujar —dice el obstetra, y asiento con la cabeza—. A la cuenta de tres, ¿de acuerdo? —pregunta, y mi respuesta es un gruñido que todos entienden—. Uno, dos, tres. —Empujo, sintiendo el sudor caer por mi rostro y la presión entre mis piernas aumentar—. ¡Otra vez, Nina! —el doctor me indica, y aprieto los dientes mientras empujo una vez más, gritando—. Eso, Nina. Ya casi está. Una más.

—Ya viene, amor. Nuestra pequeña ya viene —dice Nero, tocando su frente con la mía, y pujo una vez más. La sala parece quedarse en completo silencio durante los segundos que siguen, hasta que es interrumpido por el llanto más hermoso.

Las lágrimas siguen corriendo por mi rostro, ya no de dolor, sino de emoción, y cuando la enfermera coloca ese pequeño ser en mis brazos, examino cada partecita de ella, su carita, sus manitos, sus deditos, y miro a Nero, quien también está llorando a mi lado.

—Es perfecta, amor —dice entre lágrimas, y yo apenas puedo responder.

—Sí, lo es.

—Y es nuestra —completa Nero, inclinándose para dejar un beso en la cabecita de Iris y luego en mi frente—. Gracias, mi pequeña hada. Gracias. Te amo.

AGRADECIMIENTOS

“La gratitud es un privilegio de quienes ven la vida con el corazón.”

Y nosotras tenemos ese privilegio. Este proyecto fue una locura en la que nos lanzamos de cabeza, y hay personas a las que necesitamos agradecer por hacerlo posible.

Primero, a Dios, como siempre, siendo el gran apoyo y permitiéndonos llegar al final de otro libro. ¡Lo logramos!

Luego, a nuestras familias, por su apoyo y por todas esas veces que nos interrumpieron durante el proceso, ya fuera por cosas importantes o insignificantes. Las queremos.

En especial, a Daniel (el esposo de Lola, quien la alimentó y también la distrajo más de una vez viendo televisión a todo volumen cuando todo lo que ella necesitaba era silencio) y a Daniella (hermana de Jenniffer, quien mantuvo el stock de energizante de la autora, aunque también arruinó algunas noches de sueño y cumplió su cuota de distracciones en el proceso).

A la señora Odette, ¡gracias por regalarnos la lasaña el último día de escritura! Fue un verdadero ángel.

Agradecemos a Hayesha, la única beta que logramos reclutar y la mejor que podríamos haber tenido.

A nuestro equipo, que siempre nos apoya y se une a nuestras locuras y a los plazos imposibles.

A nuestras lectoras, que siempre son mucho más pacientes de lo que merecemos.

A nuestros grupos de WhatsApp, que nos han dado apoyo incondicional.

A los benditos inventores del helado, el pan de queso, las bebidas energéticas y también al creador de Google Meet.

Y nos agradecemos la una a la otra, porque a pesar de todas las amenazas y de esas veces que gritamos diciendo que era culpa de la otra, terminamos el libro, seguimos siendo amigas y ni un solo día nos bloqueamos en las redes sociales.

¡Vamos, equipo!

Ah, y sígannos en Instagram: @lola.belluci.autora y @jennifferfogos.autora

---

[1] En italiano: La propuesta está a tu disposición.

[2] En italiano: ¡Bien hecho!

[3] Es un pastel tradicional griego que se come el día de Año Nuevo. La palabra "vasilopita" significa "tarta de San Basilio" en griego, en honor de San Basilio el Grande, santo cristiano de la Iglesia Ortodoxa Griega. Según la tradición, el pastel se hornea el 1 de enero y se corta en presencia de la familia o la comunidad, reservando un trozo para San Basilio, otro para Jesucristo, otro para la casa y el resto para los miembros de la familia. Se cree que la persona que encuentre la moneda dentro del pastel tendrá

suerte durante todo el año. Además, el corte de la vasilopita es un momento de unión y celebración en la cultura griega.